

ROBERTO
EMANUELLI

La vida son dos días

ENTONCES
BÉSAME



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITA

DEDICATORIA

1. Y ADEMÁS SE NECESITAN ABRAZOS, DE ESOS QUE TE CALIENTAN EL CORAZÓN...

DÍA 730

2. ¡RÁPTAME Y LLÉVAME CONTIGO!

3. NO TERMINARÁ NUNCA, SIEMPRE VENDRÉ A BUSCARTE...

DÍA 1.896

4. YO SÓLO QUERÍA SER LA ÚNICA, LA ÚNICA EN TU CORAZÓN

5. ELLA ERA YA MI CASA

6. EL CIELO SE HABÍA VUELTO LOCO

DÍA 2.098

7. SI TIENE GANAS DE TI, NO SE VA

8. ¡DIOS, QUÉ GUAPA ERES!

9. CUENTOS

10. ¿TÚ Y YO JUNTOS?

DÍA 2.567

11. EL LUGAR MÁS HERMOSO EN EL QUE HE ESTADO ERES TÚ

12. CUANDO FUERA HAY SILENCIO, EN MI CORAZÓN HAY CAOS

13. IMPORTANTE PARA TODOS, ESPECIAL PARA NADIE

14. CUANDO TÚ ESTÁS CONMIGO, CONMIGO ESTÁ TODO EL UNIVERSO

15. ¿CÓMO ESTÁS?

16. SUEÑOS

DÍA 3.012

17. PIENSO EN TI. TE ECHO DE MENOS. TE AMO

18. QUÉ NO SER

19. SONIDOS

20. QUIEN NO TE ENCUENTRA TAL VEZ ESTÉ BUSCANDO EN EL LUGAR EQUIVOCADO

DÍA 3.897

21. CUANDO LAS PERSONAS SE VAN, ¿LUEGO VUELVEN?

22. PÁGINAS

DÍA 4.258

23. «CIERTAS NOCHES» EN FAMILIA

24. PARA SIEMPRE

25. TAL VEZ UN DÍA TE DESPIERTES EN MITAD DE LA NOCHE, BUSCANDO MI MANO

26. TE AMO

DÍA 4.803

27. ERES HERMOSA COMO LAS COSAS PROHIBIDAS

28. QUIEN TE BUSCA DE VERDAD TE ENCUENTRA

29. ¡EMBORRACHAOS DE BESOS!

30. ME GUSTAS

31. ¡ESTALLEMOS, HAGAMOS RUIDO!

32. ¿ME LLEVAS EN BRAZOS?

33. LAS COSAS QUE QUERÍA DECIRTE Y NUNCA TE HE DICHO

34. Y CUANDO TENGAS MIEDO, VOLVERÉ A ABRAZARTE

35. TU FLOR

DÍA 5.002

HACIA TU FELICIDAD

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Leonardo sólo ha tenido un gran amor en su vida. Se llamaba Ángela y se marchó sin dejar rastro al poco de dar a luz a su hija Laura, diecisiete años atrás. Desde entonces, Leonardo ha tenido muchas relaciones, pero ninguna de ellas ha conseguido conquistar su corazón.

Laura, en plena rebeldía adolescente, se aleja cada día más de su padre y, mientras sueña con descubrir la verdad acerca de su madre, se dedica a buscar el amor en blogs de internet.

El destino, tras recorrer océanos de distancia, será el encargado de proporcionarle las respuestas a todas sus preguntas al final de un sorprendente viaje. Un viaje que para Laura significará encontrar por fin el valor de amar y, para Leonardo, la fuerza para volver a hacerlo.

Apasionada, visceral, emotiva y totalmente sorprendente, La vida son dos días, entonces bésame es la maravillosa historia de amor que ha arrasado en Italia.

El ciclón italiano que te enamorará.

#LA VIDA SON DOS DÍAS

The cover features three vertical lines of varying lengths, each ending in a small black star. The lines are positioned on the left, center, and right sides of the page. The central line is the longest, extending from the top to just above the subtitle. The left and right lines are shorter, extending from the top to the middle of the page.

**ROBERTO
EMANUELLI**

La vida son dos días

**ENTONCES
BÉSAME**

Traducción de
Maribel Campmany

 Planeta

Me han preguntado por qué, a veces,
siento todavía tanta rabia.
He contestado que sólo es porque,
a veces, todavía pongo demasiado corazón.

A mi madre

1

Y ADEMÁS SE NECESITAN ABRAZOS, DE ESOS QUE TE CALIENTAN EL CORAZÓN...

15 de julio

El corazón de la gente no es algo que puedas comprender sólo porque dices que quieres hacerlo. Sería demasiado fácil..., hace falta mucho más. Hace falta valor. Hace falta tener miedo. Hace falta locura. Si no tienes miedo, significa que en realidad no eres consciente de dónde te estás metiendo, y si no estás lo bastante loco, nunca encontrarás el valor para superar el miedo. También hace falta poesía, mucha poesía. Porque la vida de quienes amamos necesita música y caricias. Y cuando su vida se rompe en mil pedazos, se necesita paciencia para recogerlos todos, para buscarlos en los rincones más escondidos, en los más oscuros, sucios y olvidados, con cuidado, dulzura, atención, para volver a colocarlos en su sitio, uno a uno. Y además se necesitan abrazos, de esos que te calientan el corazón cuando dentro hace frío, que apagan el miedo al futuro, que te hacen sentir menos solo, esos abrazos en los que te pierdes y te encuentras, en los que te escondes del mundo y, tal vez, también un poco de ti mismo, que te permiten llorar sin avergonzarte o dar explicaciones, que te impulsan a pensar que lo

conseguirás, que todo irá bien. Todo irá bien.

Y puede que la nuestra, nuestra vida, también necesite música y caricias, y abrazos, sí, incluso cuando pensamos que no lo merecemos, incluso cuando nos echamos la culpa de cualquier error, incluso cuando nos decimos que podríamos haberlo hecho mejor, que podríamos haber dado más, así es, nosotros también necesitamos música y caricias. Y un abrazo sincero.

Mientras lo pienso, puedo oír a lo lejos las notas y las palabras de Marco Mengoni —*perché ti voglio bene veramente...*, «porque te quiero de verdad»—, y al mismo tiempo me dejo mecer por el sonido del agua del grifo, que fluye con fuerza en el lavabo y salpica. Llevo unos diez minutos encerrado en el baño, me he lavado la cara, varias veces, con agua fría. Me miro al espejo y veo a un hombre aterrorizado, sin valor. Sin locura. Sin música ni caricias. Sin poesía. Y sin nadie con ganas de abrazarlo ni ponerse a recoger los pedazos de su vida.

Pienso en lo que he dejado, en lo que ha desaparecido. Pienso en lo que he perdido, así, de repente, sin comprender, sin «sentir». Y en todo lo que no he podido conseguir a pesar de mis esfuerzos. Pienso por encima de todo en Laura y en lo que acabo de ver. Llegar a casa y sorprender a tu hija masturbándose es algo que te empuja a refugiarte en un lugar seguro, como cuando eras pequeño, dejando el mundo encerrado con llave fuera y tus pensamientos dentro; como cuando eras pequeño y te escondías debajo de las sábanas para volverte invisible, seguro de que así ningún monstruo bueno ni malo podría encontrarte, de que ninguna debilidad quedaría al descubierto, y ya nada podría hacer mella en la idea que te habías hecho del mundo, con todos sus horrores y sus maravillas aún por descubrir, comprender y dominar. La diferencia es que, con el paso de los años, la capacidad de asombrarse ante los monstruos y las maravillas va disminuyendo, se esfuma, sientes cómo se apaga en tus manos, en tu corazón, en la curva de tu sonrisa, cada vez más, bajo el peso del desencanto, de la desilusión...

«Ya es mayor, tiene casi dieciocho años —me repito—, es normal. Normalísimo.» Y, sin embargo, no es suficiente para mitigar el disgusto, más emotivo que moral, que me arde en el pecho. No colma ese vacío que me vuelve frágil y me aturde y que evoca los demonios que me destrozan la

cabeza y el corazón. Su madre debería estar ahora aquí. Haría falta la presencia de una mujer. «¿Dónde estás, Angela? ¿Por qué no estás?»

Mientras tanto, el ruido del agua debe de haber velado el sonido de algunos avisos de mi teléfono. Son mensajes de WhatsApp de Giada y de Beatrice:

Giada: Leonardo..., eres una pasada en la cama y estás buenísimo, te lo digo en serio, pero también eres un cabronazo, mi querido mecánico y filósofo y no sé qué más... Sí, porque ¿tú qué eres? ¿Qué les cuentas a las que te tiras dos o tres veces, dedicándoles palabras bonitas y profundas reflexiones, antes de deshacerte de ellas para pasar a la siguiente?

Leonardo: Hola, Giada, lamento leer palabras tan hostiles. Yo dejé claro el hecho de que no quería comprometerme más allá de... En fin, me gustó hacer el amor contigo pero, ya sabes, tengo una hija y todo lo demás...

Giada: ¡No hables de hacer el amor, Leonardo! Por favor, al menos ahórrame eso. Lo que hicimos tú y yo fue follar. Echamos unos estupendos, maravillosos polvos, y ya está. Luego desapareciste. Como todos. ¡Eres como todos!

Leonardo: No sé qué decir... Lo siento... Espero que te vaya bien...

Giada: Yo sí sé qué decir: ¡vete a la mierda!

No contesto, ya estoy bastante desorientado con lo de Laura, mejor dejarlo estar...

Leo los mensajes de Beatrice:

Bea: Voy a ver a los Thegiornalisti, tocan en una antigua fábrica en la Tiburtina, ¿te vienes?

Leonardo: ¿Cuándo?

Bea: El jueves.

Leonardo: No puedo, he quedado con Matteo...

Bea: ¿Y qué? Venid los dos...

Leonardo: ¿Te parece de los que les gustan los conciertos de los Thegiornalisti?

Bea: Mmm. Tienes razón, no... xD

Bea: Ayer hablé con Filippo para organizar una cena todos juntos, tú, yo, Laura, él, Matteo y Emanuela... ¿Recuerdas que dijimos de quedar en casa de uno de nosotros y preparar sushi?

Bea: Dice que se ha enamorado locamente, y esta vez también es la mujer de su vida... Lo de siempre, cada semana se enamora de una distinta... No crecerá nunca. Mientras no nos la traiga a la cena...

Leonardo: Pues tú saliste con él...

Bea: Es cierto, pero es que yo luego crecí...

Leonardo: Exacto.

Leonardo: Pero él es así.

Bea: En todo caso, podría proponerle a Laura lo del concierto, ¿qué te parece?

Leonardo: Sí, muy bien.

Bea: Oye, pero ¿qué te pasa? Estás en plan escueto...

Leonardo: No, nada, es que precisamente se trata de Laura. Luego te llamo y te lo cuento...

Bea: ¿Qué le pasa?

Leonardo: Nada, Bea, a ella no le pasa nada malo... Soy yo el que lo ve todo mal, debería ser mejor...

Bea: Pero ¿qué ha ocurrido?

Leonardo: Venga, te llamo luego o mañana y te lo cuento, pero ¡no es nada grave! O podríamos quedar un día de éstos, tú y yo, me gustaría mucho. De todos modos, dile lo del concierto, sabes que te adora, os adora a todos, pero especialmente a ti, ¡y le encantará ir contigo!

Bea: ¡Claro, después le escribo! Bueno, espero tu llamada, ¿eh?, cuento con ello. ¡Y, sí, nos vemos pronto! ¡Adiós, queridísimo amigo! #

Leonardo: Adiós... #

Beatrice es mi mejor amiga, una maravillosa criatura de treinta años con la que puedo hablar y abrirme como no hago con nadie más. Lo mismo le ocurre a Laura, y eso ya es un pequeño milagro. Bea es una de las personas más perspicaces y brillantes que he conocido en mi vida. Es psiquiatra en un hospital de la zona de Prati, se especializó el año pasado.

La conocí hace mucho tiempo, cuando salía con Filippo, tenía veinte años, era curiosa y alocada, intelectualmente libre y ecléctica. Muy pronto se convirtió en parte integrante del grupo, prescindiendo de la historia con Filippo, que acabó bastante deprisa y de un modo que nunca nadie ha llegado a entender. Por lo demás, tengo que admitir que jamás he comprendido cómo esos dos podían estar juntos, qué los hacía ser compatibles. Pero ¿acaso hay alguien que sepa explicar en profundidad las dinámicas de las relaciones, de las emociones, de los sentimientos? Hay cosas que suceden sin más, hay que tomarlas tal como vienen.

Salgo del cuarto de baño y voy hacia la puerta del dormitorio de Laura, la que hace unos minutos he abierto y he vuelto a cerrar casi de inmediato. Sólo he mirado durante un instante, un instante que me ha parecido una eternidad, el tiempo de hacer la pregunta más tonta y ridícula: «Laura, pero ¿qué haces?». Ella ha cerrado las piernas y se ha tapado con una almohada. Todavía se ha puesto más colorada de lo que ya estaba, y de golpe ha pasado de la excitación a la vergüenza y luego a la rabia y a la humillación. Tras un instante de titubeo, ha gritado: «¡Cierra la puta puerta!», casi llorando.

Ahora que vuelvo a estar al lado de su cuarto, la voz de Mengoni se oye alta y clara —*succede anche a noi di far la guerra e ambire poi alla pace...*, «a nosotros también nos sucede, hacemos la guerra y deseamos la paz»—. Llamo fuerte a la puerta y grito:

—¡Perdóname, Laura! Voy a preparar la cena, pensaba volver tarde esta noche, como te dije, pero han anulado el partido de fútbol. Nos estamos haciendo mayores, siempre hay alguien que se lesiona, o que tiene hijos, o

suegros... Mmm... —Silencio. Continúo—: Perdóname...

Mientras espero una respuesta, me fijo en un papelito sucio y arrugado al pie de la puerta. Es su letra. Lo leo:

Algunas veces, de una manera un poco cómica, y un poco conmovedora, decidimos ser alguien o algo que no somos, que nunca hemos sido y que quizá nunca seamos. Porque nos venden una vida que no estamos en disposición de pagar, porque nos piden que digamos cosas en las que no creemos, o que nos identifiquemos con principios que no sentimos como nuestros, con ideas alejadas de nuestro corazón, porque nos dicen que todas esas imperfecciones no nos quedan bien, y que con todas esas sombras nos falta colorido...

No, no puede perdonarme. A los diecisiete años no perdonas a tu padre por haberte sorprendido con las piernas abiertas mientras intentas ser lo que eres.

Al cabo de unos segundos más de silencio, durante los que el volumen del equipo de música ha bajado bruscamente:

—¿No podrías haber llamado? ¿Por qué abres sin pedir permiso, joder?

—Tienes razón, iba distraído, no me he dado cuenta... No volverá a ocurrir —contesto. Y dejo el papel en el suelo, donde lo había encontrado. Entonces pregunto—: ¿Te apetecen unos huevos?

La oigo resoplar.

—Pues vaya novedad... —susurra, creyendo que yo no la oigo. A continuación vuelve a subir el volumen del equipo de música.

Me veo forzado a levantar el tono de voz:

—No te he oído, Laura, ¿has dicho algo?

—Que hagas los huevos.

—Oye, que si no te apetecen, podemos...

—¡Que hagas los huevos!

La segunda vez ha gritado irritada.

Suena el teléfono de casa. Contesto, es Camilla, la mejor amiga de Laura, de modo que mi hija viene hacia mí por el pasillo. Mientras tanto, se ha vestido. Levanta la mano para coger el inalámbrico.

—Es Camilla... —le digo a la vez que se lo tiendo.

—Lo sé... —responde sin mirarme siquiera, sin apartar los ojos de la palma de su mano, como si esperara que el teléfono se materializara sobre ella en cualquier momento.

Después de cogerlo, se da la vuelta y regresa a su habitación. Antes de verla desaparecer, oigo que dice:

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Por qué no me llamas al móvil? Ah..., no lo he oído, debe de haber ido a parar debajo de la almohada. Sí, ya lo sé, tenía la música a tope, ya ves, no te lo puedes ni imaginar... Luego te cuento...

La cocina está hecha un verdadero desastre, hoy me tocaba a mí lavar los platos. Laura y yo tenemos un acuerdo: dos veces ella y una yo. Teniendo en cuenta que yo trabajo todo el día, es una pequeña rebaja que me parece justa. Pero no he podido pasarme por casa a la hora de comer, he tenido mucho follón en el taller; antes de las vacaciones siempre pasa lo mismo, todo el mundo se acuerda de hacer la revisión, las reparaciones, los controles y todo lo demás en el último momento. Odio trabajar después del horario de cierre que me he impuesto, mi vida no es mi trabajo, yo no soy mi trabajo. Si a veces me quedo alguna hora más es sólo para hacer el mantenimiento de mi Alfa Romeo Spider Duetto del 67. Lo guardo como si fuera una reliquia en el garaje que está detrás del taller, un pequeño capricho al que le tengo mucho afecto por diversos motivos. Pero eso no es trabajo, eso es placer en estado puro.

Además de los huevos, preparo una ensalada de tomate y mozzarella de búfala.

—¡Laura, la cena está lista!

Silencio.

Me acerco un poco al pasillo e insisto:

—Laura, la ce...

No me da ni tiempo a terminar la frase cuando grita resentida:

—¡Oye, que no estoy sorda, ¿eh?!

—Pues podrías contestar —digo también yo ligeramente molesto.

Cuando entra en la cocina ya me encuentra sentado esperándola. Lleva unas mallas negras y una camiseta de tirantes blanca, muy fina, bajo la que se intuye un pecho bastante exuberante. Va descalza. Es guapísima, morena y con la piel oscura y dorada, como su madre, se le parece un montón. Los ojos negros rasgados. Alrededor del tobillo, justo encima del empeine, lleva bien visible un tatuaje que se ha hecho hace unas pocas semanas, sin avisarme ni preguntarme qué me parecía.

—Pues no sé yo —me sale espontáneamente—, ¿de verdad estás segura de que no te vas a cansar de la frase que te has tatuado? ¿No podríamos haber hablado los dos de ello?

—¿Los dos? Es mi piel, no la tuya. No voy a cansarme nunca de esta frase, está en el número uno de la lista de éxitos de mi vida, es mi mantra, «la vida son dos días», y así es exactamente. Es lo que pienso, lo que creo. ¡Es la verdad! A pesar de que para ti sea difícil de entender... —Hace una breve pausa, esboza una sonrisita idiota y sarcástica y después sigue diciendo—: ¡Así es... y siempre será así! Pero, aunque no lo fuera, me gusta esa paradoja. Lo que cuenta es que ahora lo creo, que en este momento esa frase la siento mía, ¿vale?

La miro y en sus ojos percibo que es plenamente consciente de lo que dice, parezco yo a su edad, tiene el mismo temperamento, la misma pasión, sólo que ella también tiene una rabia que yo no tenía, desde luego, no tan perturbadora. Pues claro que lo entiendo...

Encajo la indirecta y prefiero no discutir. En el fondo, creo que tiene razón en todo, la vida son dos días, no hay duda; pero no se lo digo, no quiero admitirlo, ahora no, no aquí delante de ella, por alguna tonta razón que, en mi cerebro, presumo que tiene que ver con mi papel de padre y, en mi corazón, con mis fantasmas. Y, de todos modos, su tono, como siempre poco amistoso cuando se dirige a mí, no ayuda. Mejor cambiar de tema.

—¿Estás lista para el último año de instituto?

—Papá, estamos a quince de julio, en pleno verano, estoy de vacaciones, acabo de terminar un año duro, he estudiado muchísimo y me parece que lo he aprobado con una media excelente, ¿o me equivoco? —La pregunta es retórica, de hecho, sigue diciendo—: Ahora estoy disfrutando de las vacaciones, quiero divertirme, ¿comprendes? Y, no, no estoy pensando en el último año de instituto. Joder.

—Deja de decir tantas palabrotas, no te hacen parecer más fuerte ni más interesante.

En efecto, siempre le ha ido bien en la escuela, nunca ha tenido el más mínimo problema; le interesan muchas asignaturas que a los de su edad por lo general les asquean, como literatura e historia del arte, o música, que ha estudiado desde que era pequeña, instrumento y solfeo (toca el piano de maravilla, aunque a decir verdad ya hace tiempo que ni siquiera se le acerca, y es algo que me apena un poco...). También le gusta leer, cualquier cosa; con once años me pidió que le comprara *Los niños de la estación del Zoo* porque había leído algún fragmento en casa de Bea. Además, creo que tiene un talento natural para la escritura, diría que un talento sorprendente. De vez en cuando tengo la oportunidad de leer breves textos que escribe en Facebook o en algún papel que encuentro por casa, como ha ocurrido hace un rato. Es increíblemente buena, y no lo digo porque sea mi hija: presumo de saber distinguir cuando alguien escribe bien.

Sí, de acuerdo..., pero eso no la autoriza a contestarme de ese modo.

—Qué coñazo... —susurra precisamente. Pero no ha terminado—. A propósito, Camilla, Benedetta y los demás queremos ir a Grecia; ¿para ti hay algún problema? —Lo dice como si fuera a salir corriendo.

—¿A Grecia? —Lo repito como si hubiera dicho «a Siria».

—Sí, a Grecia, papá. Todo el mundo va.

—Mmm... Y ¿adónde de Grecia?

—A Miconos.

—¿Miconos? Pero, oye..., ¿tú sabes lo que hay en Miconos? ¡Ese sitio es una locura! Y ¿quiénes son todo el mundo, eh? Y además, ¿qué tiene eso que ver?, ¿qué me importan a mí los demás?

—Papá...

—Y ¿cuándo quieres ir, a ver?

—Las tres primeras semanas de agosto. Ya hemos reservado la casa con una paga y señal y hemos comprado los billetes de avión para que salga más barato.

—O sea..., ¿ya has reservado la casa en Miconos, con tus amigas, y has comprado los billetes de avión, a Miconos, sin decírmelo? Y ¿cuándo ibas a hacerlo?, ¿el día antes de irte? —Repito la palabra *Miconos* sin parar, la pronuncio de manera histérica, casi como si quisiera subrayar que la gravedad de su acción se ha vuelto todavía más flagrante al haber elegido un destino diabólico.

—Dios, lo sabía... —y sacude la cabeza.

—¿Qué es lo que sabías? ¿A ti te parece normal? ¿Es que no te das cuenta? ¡Tienes diecisiete años, Laura!

—¡Pues por eso, diecisiete, no doce! Y dentro de cuatro meses cumpliré dieciocho, y sólo te estoy pidiendo ir de vacaciones con mis amigas...

—Vale, me has cogido desprevenido... Toda esta historia... Y, además, eso de que me lo digas cuando ya está todo decidido... Pues, no sé... Lo hablamos más adelante, ¿de acuerdo? —Intento recobrar la calma, pero estoy muy dolido.

—Papá, debo saberlo pronto, tenemos que confirmar la reserva y organizarnos, no puedo dejarlos a todos colgados. Y, además, el abuelo Maurizio y la abuela Barbara me han dicho que me echarán una mano con el dinero... —Se levanta—. Voy a arreglarme, que dentro de un rato pasarán a buscarme Camilla y Piergiorgio para ir al cine. Cuando vuelva ya lavaré los platos, también los que te tocaban a ti...

—¡Pues qué bien! ¿Así que a los abuelos ya se lo habías dicho? ¡De ahí has sacado el dinero para la paga y señal y el vuelo! Sabes perfectamente que no es un problema de dinero... Para los abuelos es fácil hablar, no se paran a pensar... —Ambas veces casi balbuceo la palabra *abuelos* por culpa de los nervios, y mientras Laura está a punto de meterse en el pasillo, añado apresuradamente—: Y la ensalada, ¿no te la vas a comer?

—Papá, no me gusta la mozzarella, nunca me ha gustado... —Se me queda mirando unos segundos.

—Ah..., ya... —La miro, sin añadir nada más, y a continuación bajo los ojos.

Con el ímpetu de justificarnos a nosotros mismos, nuestros caprichos, nuestros deseos, nuestras narcisistas y a menudo pueriles necesidades, olvidamos demasiado a menudo tener en cuenta y comprender los sentimientos y los razonamientos de los demás, y respetar sus plazos.

Me sirvo una copa de blanco muy frío, es un verdejo, me la bebo toda, luego enciendo un Marlboro. Estoy cansado. Vaya día. Ojeo algunas páginas de *La soledad de los números primos*, otra vez me he propuesto leerlo.

En los pequeños altavoces conectados al iPod suena mi *playlist* semanal de Spotify, ahora canta Dimartino con *I calendari*. Mientras tanto, mis ojos van hacia la tele, puesta en RaiNews24, a la que he quitado el sonido, a la cinta de noticias que pasa por la parte inferior: habla de un petrolero hundido en las costas de Turquía, y mi cabeza y mi corazón no pueden evitar volver allí, a ese diciembre de 1998, cuando aún todo parecía posible...

Aquella noche, en ese sótano lleno de poesía de la via Berlinguer, mi vida quedó sobre la mesa. Se quedó entre las llaves de mi Vespa y el tabaco con el papel de fumar. Llevaba un cigarrillo encendido que había liado en la mano derecha cuando leí esa carta, unas pocas líneas en una hoja doblada por la mitad; terminaba así: «... pero quiero que sepas que siempre estaréis conmigo, tu Angela».

Recuerdo que cerré los ojos, durante mucho rato, para ver si había algún modo de sufrir menos, para saber si era cierto que lo que ves con los ojos es sólo el reflejo de lo que sientes con el corazón. Cerré los ojos. Para buscar un poco de fuerza en mi interior, un poco de esa energía que a los veinte años te salva la vida continuamente y te regenera, y te hace sonreír incluso ante la mala suerte. Pero nada. Tal vez porque era demasiado, era demasiado grande lo que me estaba matando. Demasiado profundo el agujero que me partía el alma, generando un vacío que iba a quedarse allí para siempre, gigantesco y

aterrador.

Ya lo sabía, ya lo había leído: estaba escrito en el silencio de los últimos días, incluso antes de estar escrito en esa incomprensible carta. Noviembre, naranjas y peras en el frutero de plástico verde. Nuestros libros de la universidad esparcidos encima de la mesa de la cocina. Ceniza mezclada con amor por todas partes, en cada cosa. *La literatura del siglo XX, Filosofía oriental, El teatro griego...* Hojas con los acordes y las letras de las canciones de De André, de Vasco, de De Gregori, junto a una guitarra desafinada con nuestros nombres grabados. «Leonardo y Angela para siempre.» En el periódico de ese día, arrugado, tirado en el suelo: «Desastre ecológico: petrolero hundido en el mar Negro». Y eso fue todo, terminó así.

Eso fue todo...

DÍA 730

Estoy en el océano Pacífico, navego rumbo noroeste (latitud $33^{\circ} 56' 23.791''$ N / longitud $118^{\circ} 48' 24.62''$ O), en Estados Unidos. Veo alejarse Malibú. El mar está en calma, el viaje será largo.

2

¡RÁPTAME Y LLÉVAME CONTIGO!

Diario de Laura

16 de julio, 3.50 horas

Aquí me siento más cerca de mi naturaleza, es como una terapia, es donde me desahogo de verdad. Este diario es mi amigo imaginario, ese con el que siempre he hablado, mi psicólogo silencioso y acogedor, que no juzga nunca y me valora por lo que soy: yo, Laura.

Tener un diario secreto, aparte de los más o menos públicos que ahora casi todos tenemos en varias redes sociales, es algo a lo que nunca podría renunciar. Albergo un amor desmedido por la escritura entendida como medio para comunicar, para contarme, para compartir un poco de mi vida, de lo que llevo dentro, con quien le apetezca pararse a leer y decirme, a través de un *like* o un comentario, si le ha gustado y qué le he transmitido, qué fibras le he tocado, cuáles de mis palabras le han hecho sentir menos solo o menos triste o menos incomprendido, cuáles ha hecho suyas, regalándolas quizá luego a otra persona que las necesitaba. Pues bien, si la escritura es una cura para el alma, si conlleva una apertura hacia el mundo, ya sea a través de un

blog o de Facebook, aun cuando se oculte tras un apodo original, ¡yo me apunto! Me encuentro muy a gusto, es un juego que me encanta, me estimula y, a veces, lo reconozco, sacia mi ego y mi vanidad. Pero escribir en este espacio sólo mío, hecho de papel que se arruga y se desgasta, que tiene el aroma de mi piel y de mi vida, que se deshoja y se imprime de tinta azul y negra, y de fosforito amarillo y rosa y verde, lleno de surcos y marcas de la punta, hechas con una presión directamente proporcional a la rabia, a la alegría, al amor, al odio y al dolor del momento..., pues eso, que me hace sentir libre y feliz. Libre de expresarme de manera auténtica y sin filtros. Sin el condicionante del qué pensarán y de tener que mostrar una parte de mí misma más o menos bonita o culta o educada o interesante o sexy...

Y ahora, lo que siento en mi interior, lo que necesito echar fuera, es rabia, mucha rabia. Anoche mi padre volvió a casa de repente, abrió la puerta de mi habitación sin llamar y me sorprendió tocándome, sin bragas, mientras pensaba en Marco.

Pero ¿se puede ser más capullo, joder? ¿Cómo puede ser tan poco sensible? Lo bueno es que luego le gusta llenarse la boca con que tenemos que respetar los «espacios vitales» de los demás, preocuparnos por el prójimo y blablablá..., ¡un montón de gilipolleces!

Y después le extraña que no hablemos nunca, que lo evite, se pregunta por qué soy tan fría con él...

Algún motivo habrá si mi madre lo dejó y salió corriendo, ¿no? Algún motivo habrá si sus únicos «amores» son el taller, la música y los libros. Claro, como está «muy bueno», se tira a las mujeres que quiere y se acabó, las colecciona como si fueran trofeos... Se cree que no lo sé, que no lo veo: mi padre es un mujeriego que colecciona polvos y, luego, adiós muy buenas...

¡Odio el hecho de que hasta a mis amigas les gustaría tirárselo! ¡Que lo encuentren «condenadamente sexy»! Camilla siempre me lo dice. Y hasta a Fabio y a Piergiorgio, mis dos amigos gais, también les parece un «bombón», «macizo» y «buenorro».

Pero ¡cómo está el mundo!

En compensación, Marco pasó a recogerme después de cenar y fuimos a Ostia. Me escribió un mensaje maravilloso: «Estoy en la puerta de tu casa, sal a la ventana, mira lo que tengo para ti...». Me asomé y allí estaba él, apoyado en el capó de su coche, con un ramo de rosas en la mano y esa sonrisa de idiota, encantadora y maldita. Estoy muerta. Me muero cada vez. Y él lo sabe muy bien...

Nos tomamos una cerveza en el muelle, sobre el murete. Luego buscamos un poco de intimidad con el coche, mientras escuchábamos música, y aparcamos en un sitio aislado. Y después lo hicimos, y fue maravilloso...

Lo amo con locura. Si fuera siempre tan dulce y romántico..., pero ya sé que después volverá a desaparecer, como hace siempre. Como siempre hacen todos...

Y, además..., en el fondo lo sé..., sé que para mí es hacer el amor, mientras que para él es follarse..., ya lo sé.

Hoy por la tarde, Camilla y yo primero hemos ido al centro a comprar los bañadores nuevos, luego nos hemos hecho unas fotos preciosas con la puesta de sol, en el Gianicolo. Le he regalado un libro, *Locura*, de Patrick McGrath... No puede ser que no lo haya leído, ¡tiene que leerlo ya! Aunque, conociéndola, lo devorará en dos días, es prácticamente la única con la que puedo hablar de libros, además de chicos, fiestas y ropa como con las demás. No es por casualidad que ella y yo seamos como hermanas.

En este momento, en mi habitación está sonando Adele con *Someone Like You*. Hace mucho que no toco el piano, me gustaría empezar otra vez a tocar, debería hacerlo, siento que lo necesito...

Acabo de leer la publicación de Zagal en Tumblr. Joder, lo adoro, habla de amor como poca gente en el mundo, es el único que entiende cómo somos las mujeres. ¡Por eso mi diario y mi blog están llenos de sus palabras! ¡Zagal,

ráptame y llévame contigo!

Sólo quería decirte que te echo de menos. Quería hacerlo en voz baja. Quería decirte que, sí, puede que sea cursi, pero cada vez que pienso en ti, sonrío. Porque en el fondo el solo hecho de pensar en ti, de imaginarte en esos momentos de cotidianeidad que tendemos a infravalorar, hace que me sienta bien. No sé, como cuando te apartabas suavemente un mechón de pelo para ponértelo detrás de la oreja. O cuando entornabas un poco los ojos mientras te concentrabas en algo que te interesaba. Tal vez para alguien sean cosas pequeñas, pero para mí significaban mucho, porque decían mucho de ti. Pues eso, quería decirte que te echo de menos. Sólo eso. En voz baja. Allí donde estés.

¡Cuánta belleza! Entro en mi blog, escribo algunas palabras...

El viaje más bonito de mi vida lo he hecho con los ojos cerrados, inmóvil. Pensando en ti...

Y pensaba en ti, Marco. Y seguiré haciéndolo un poco más, antes de derrumbarme exhausta. Me sientas muy muy bien... Mientras tanto empieza a sonar C. Tangana con *Mala Mujer*...

¡Mañana, a la playa, voy a Fregene con Camilla, Piergiorgio, Fabio y Benedetta, y presumiré de bañador nuevo!

Buenas noches, diario.

3

NO TERMINARÁ NUNCA, SIEMPRE VENDRÉ A BUSCARTE...

17 de julio

—¡Oh, sí! ¡Oh, sííí! —grita fuerte y, después de llegar al orgasmo, Francesca jadea y se deja ir con la cabeza hacia atrás sobre las sábanas revueltas.

Me mira a los ojos, casi parece estar en trance. Mientras estoy encima, le devuelvo la mirada, me cuesta respirar y el corazón me late acelerado, y al cabo de unos pocos segundos alcanzo mi placer, apretando con un último impulso las manos alrededor de sus muñecas, mientras gotas de sudor se reagrupan en una sola línea, y luego en una sola gota, más intensa, más gruesa, que se separa de la punta de mi nariz y acaba mojando su cara. Y después otra gota, y otra más, en sus labios, sus mejillas, sus pechos... Al cabo de un rato, con un tono casi autoritario, susurra:

—Otra vez. Vuelve a ponerte el mono azul, me chifla mi mecánico cuando me coge y me hace suya con firmeza, ¿sabes? Quiero volver a empezar... —A continuación, cambia de tono, entre profesional y pornográfico, y añade—: Señor mecánico, ¿puede comprobar si está todo lubricado como tiene que estar?

Mientras me levanto sobre las rodillas y me aparto hacia el borde del colchón, observo el gran dormitorio. El mobiliario es elegante, de buen gusto: el futón de fibra de coco, los cubos de cristal a modo de mesillas, la alfombra de bambú, el escritorio de madera natural (encima hay un portátil, unas hojas blancas, lápices, bolígrafos, pequeños útiles de arquitecto). Unas ventanas enormes se abren justo sobre el sofá de piel de la pared de enfrente, son de esas de madera blanca y un poco decapadas, típicas de los edificios de lujo del centro, de estilo victoriano. Por las venecianas entornadas se filtran espirales de luz que, cuando nos movemos, iluminan partes de nuestros cuerpos, seccionándolos en finísimas y definidas lamas. Cuando es el turno de sus ojos, veo en su interior mucha belleza, y mucha fragilidad.

—Tú también, Francesca. Tú también me vuelves loco..., ya lo sabes, ¿verdad? —Le acaricio una mejilla con el dorso de la mano y le sonrío—. Pero ahora tengo que irme, debo abrir el taller, son las cuatro menos veinte, hace rato que debería estar allí. Me pongo el mono, sí, pero para ir a trabajar...

—¿Y me dejas así? ¿Sin la puesta a punto final?

—Así estás perfectamente..., eres una maravilla..., ¡una bomba! No necesitas ninguna revisión más... —y vuelvo a reírme.

—Cabroncete, vago... —Una enésima sonrisita maliciosa, un poco calculada, un poco para gustarme. Y también para defenderse—. Y ¿cuándo volveremos a vernos? —En su tono noto un no sé qué de irónico, y de amargo.

Dejo transcurrir unos segundos.

—Bueno, Francesca...

Se pone seria, pero no severa, más bien melancólica. Ya lo ha entendido. Gracias a esa capacidad casi mágica que tienen las mujeres de percibir las cosas antes de que pasen, las que se quedan. Las que se van...

Se sienta a mi lado, mirándome a los ojos, todavía desnuda.

—Está bien, no digas nada, por favor, no añadas nada más. —No abro la boca, y ella prosigue—: De todos modos, ha sido bonito. Me refiero a lo que hemos tenido, a lo que me has regalado, a lo que nos hemos dado... Gracias... —y sonrío.

Algunas veces el silencio parece ensordecedor, terrible. Pero otras, es la única solución posible, la más sincera.

En silencio, me incorporo lentamente, me visto sin levantar la mirada y, antes de irme, la busco con los ojos y le digo:

—Te deseo lo mejor, Francesca. —Y, al final, con un tono más bajo e inseguro—: Lo siento...

Ella continúa mirándome con dulzura y dignidad.

—Adiós, Leonardo, cuídate..., encuentra lo que buscas. No sé qué es, pero encuéntralo, ¿de acuerdo? —Y, mientras habla, una lágrima le dibuja una línea vertical bajo el ojo, llevándose consigo un poco de rímel y un poco de su felicidad. Y un poco de la mía.

—De acuerdo... —digo con un hilo de voz.

A continuación, me vuelvo y salgo, como siempre, buscando una manera de no caer, de no morir, una manera de irme, de irme y nada más...

Todas las veces que no creo en mí, o cuando creo demasiado, cuando me equivoco, cuando pago por las equivocaciones de los demás, cuando soy autodestructivo y la emprendo a puñetazos con el mundo, cuando voy resbalando hacia abajo, cansado, demasiado cansado, boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos, es ese momento de rendición el único instante en que me doy cuenta de que también hay que mirar la vida desde allí, al lado de nuestros errores, de las dudas, de la fragilidad, junto a la pena que sentimos por nosotros mismos y por los demás. Desde abajo, desde el fondo, desde el suelo. Porque a veces es el único modo de poder ver el cielo. A veces es el único modo de ver las estrellas.

Nuestros errores son lo que son y forman parte de nosotros. Como la piel, como el pelo, las ojeras, la mirada, el olor, la pose. Como las sonrisas más o menos amargas y los hombros más o menos anchos. Como todas las imperfecciones que intentamos esconder, camuflar detrás de ese maquillaje hecho de tonterías y de prejuicios, lleno de estereotipos y de lugares comunes, de esa mierda que nos echamos encima cada mañana antes de salir para parecer distintos de lo que somos, para mostrarnos como nos gustaría, y

como «les gustaría»... Para engañar a los demás y a nosotros mismos en primer lugar. Perdidos en esa absurda, infinita inquietud típica de quien, tonto y pequeño, querría a toda costa cambiar el estado natural de las cosas. De quien, loco, se mete en la cabeza que debe detener la lluvia y vaciar el mar, de quien piensa que puede modificar la dirección del viento y corregir sus propias equivocaciones, y las de los demás, para creerse superior a lo que es, menos mediocre, menos humano. Pero la mediocridad, de manera cómica, y cósmica, es grotesca e ineludible, está debajo de nuestros ojos, cada día, en todas esas decisiones tan ridículas y alejadas de nuestro corazón. Y esa mediocridad regresa a nosotros si es allí donde debe estar, y no sirven trucos ni estrategias. Porque no es suficiente con tener el último iPhone, un BMW o un pase Vip para vivir la vida con estilo. No es suficiente con renegar de los errores, o esconderlos, u olvidarlos, para borrarlos, o para ser mejor persona...

Nuestros errores nos convierten en lo que somos. Como las cicatrices, los gestos, la voz. Nos hacen únicos, no mejores que, o superiores a. Únicos. Y es que, joder, los errores habría que mimarlos, con dulzura, con esmero. Deberíamos abrazarlos y aferrarlos. Deberíamos quererlos. Pensar en ellos con una ternura familiar, con respeto, con compasión. Ellos son al mismo tiempo nuestros hijos y nuestros padres. Son pequeños, cachorros, descarrilados y adultos, sabios, tan desencantados que, si pudieran hablar, nos dirían que ya han aprendido la lección. Y nos contarían un montón de cosas de nuestro pasado, nos explicarían episodios que nunca hemos entendido, por ejemplo, aquella vez que, cohibidos, o incómodos, reaccionamos de esa manera absurda, pueril e incoherente. Nos susurrarían sobre el cómo, nos iluminarían sobre el por qué...

¡Oh! Pobres, tiernos, pequeños errores, auténticos e ingenuos, claros y transparentes. Genuinos. Manifiestamente ellos mismos, evidentemente incomprendidos. Sin filtros, sin ardides culturales, psicológicos, antropológicos. Nuestros errores nos marcan el camino, nos forman. Forman nuestras conciencias, nuestras ideas, nuestro corazón. Las reglas, las prioridades, los gustos. Las preferencias. Nos hacen sentir vivos y dispuestos a arriesgar, dispuestos a intentarlo. A volver a equivocarnos... Nos enseñan a comprender, a comprendernos, a escuchar a los demás y a nosotros mismos.

Y, qué coño, tampoco nos enseñan a cómo no volver a equivocarnos. Pero nos dicen cómo no hacerlo de la misma manera. Y no, no, no nos indican con quién tenemos que relacionarnos, pero nos aconsejan de quién mantenernos alejados. Los errores son fruto del instinto, de la impulsividad, del ser espontáneamente lo que somos; en resumen, de todas esas cosas difíciles de gestionar, sucias, sudadas, con los ojos sinceros, a menudo autodestructivas, pero al mismo tiempo fantásticas. Conmovedoras. Son lo más dulce, romántico y violentamente verdaderas que pueda existir.

Mis errores me han explicado la diferencia entre amar y poseer. Entre un amigo y un gilipollas. Entre perder y dejar. Entre tener y querer. Entre gritar y hacerse oír. Entre reír y sonreír. Entre tocar y sentir. Entre hablar y comunicar. Entre vivir y sobrevivir. Entre la soledad y la libertad. Entre ser acaudalado y ser rico. Entre prometer y mantener. Hoy, gracias a mis errores, sé que en realidad todo es relativo. Sé que no se puede dar nada por descontado y definitivo, porque todo está en constante evolución, y todo es relativo. Y sé que, por decirlo como el libro de Sorrentino, «todos tienen razón». Nuestros errores son como la Historia, quien no la conoce está condenado a repetirla. De una manera o de otra.

A las cuatro y diez ya estoy tumbado debajo de un Jeep en bastante mal estado. Y desde aquí no veo las estrellas, sino grasa, hierro, engranajes y líquido negro. El motor pierde aceite y los manguitos del radiador tienen varias grietas a causa del desgaste, sueltan líquido refrigerante: las señales ideales para que se gripe el motor. Menos mal que lo hemos cogido a tiempo. El propietario debería tener más cuidado.

Es gracias a esta poca atención que hay tanto trabajo, incluso demasiado. Podría contratar a más empleados, aparte de Riccardo, el joven aprendiz que me echa una mano unas cuantas horas al día para aprender el oficio a cambio de una pequeña paga. Podría ampliar la cartera de clientes, alquilar un local más grande, pero nunca he querido eso, está bien así, ya gano lo suficiente para estar bien, ahorrar algo y que a Laura no le falte de nada. Y, cuando llega la una, excepto en casos muy excepcionales, cierro y vuelvo a abrir a las

cuatro. Por la mañana abro a las nueve, puntual, y por la noche cierro con la misma puntualidad a las siete y media. Alguna vez, durante la semana, le pido a Riccardo que se encargue él de cerrar y me voy media hora antes para pasar por el supermercado. O para jugar al fútbol, cuando conseguimos reunir a diez jugadores. Me he visto obligado a hacer este trabajo y no me disgusta, la verdad; los motores siempre han sido una de mis pasiones, pero no deja de ser un trabajo, sólo un trabajo. Tengo mis libros, mis amigos. La música. A Laura. Y todo lo demás.

El taller está en la planta baja de la casita donde vivimos, en la zona de Portuense. Mis padres compraron el terreno hace años, tenía una casa medio en ruinas: sólo estaba construido el esqueleto de hormigón armado, yo me ocupé de todo. En cambio, ellos se quedaron a vivir en Ostia, la zona en la que nací y crecí.

El taller es pequeño y he intentado crear un ambiente minimalista: en el centro está situada la plataforma elevadora, donde llevo a cabo la mayor parte de las operaciones; en el suelo he instalado un pavimento antideslizante de color púrpura; en una esquina tengo el ordenador sobre un carrito con ruedas al que están conectadas las máquinas para examinar las emisiones del tubo de escape y para comprobar la centralita del motor, además de supervisar la instalación eléctrica y hacer la revisión; también hay compresores, un gato hidráulico y un carro con los utensilios básicos. A lo largo de la pared de la derecha he colocado varios juegos de llaves y las allen, los destornilladores, los alicates, etcétera. En la pared opuesta hay muchas repisas y ganchos donde están dispuestos y colgados en fila guantes, cables, alambre, recipientes, botellas de aceite, de agua, grasa, soluciones para lavar los engranajes y el resto de las cosas. En la pared frontal he hecho construir una estantería de acero con unas puertas. En la parte de atrás hay un pequeño despacho donde tengo un portátil para gestionar la contabilidad del día a día, una impresora y un equipo de música con un sistema que hace llegar el sonido a todo el taller. Ahora suena *Facciamo finta*, de Niccolò Fabi: *facciamo finta anche se non mi trovi tu non ti arrendi perché magari è soltanto che mi hai cercato nel posto sbagliato...*, «hagamos como si, aunque no me encuentres, tú no te rindas, porque quizá sólo es que me has buscado

en el sitio equivocado».

Mientras saco las bridas de hierro de los manguitos pienso en Giada, y en Francesca, hermosa y dulce: había algo en ella que no cuadraba, y ese algo era yo... Algo parecido a esas fotos casi perfectas en las que, sin embargo, hay un detalle que desentona; eso es, yo era ese detalle que desentonaba, porque mi música es otra... Y no es culpa de nadie.

Suena el teléfono, es Matteo.

—Eh, hola...

—Hola, Leo. ¿Qué tal?

—Aquí, debajo de un Jeep Renegade...

—Bueno, mejor que debajo de un tren, ¿no? —Y se ríe a carcajadas.

Las bromas tontas, inocentes y triviales de Matteo son memorables.

—Así ¿qué?, ¿está confirmada la cerveza de mañana? —pregunta.

—Pues claro, confirmada.

—¿A las nueve y media, jefe?

—¿Quedamos más tarde? Así cenó con Laura.

—¡Vale! ¿Cómo está la niña? La semana que viene os invitaré a cenar, díselo. O mejor luego le mando un mensaje, también se lo diré a Filippo y a Beatrice, menudos sinvergüenzas.

—Quiere irse a Grecia con sus amigas...

—¿Quién?

—Laura. ¡A Miconos!

Como mínimo me espero un «¡Oooh! ¡Joder! ¡Pues menuda tragedia!».

En cambio, dice:

—Pues muy bien.

—¿Bien? ¿Bien, Matteo? —Estoy alucinado—. Si hubiera sido Filippo, vale..., pero de ti me esperaba una respuesta más prudente. ¡Ni siquiera tiene dieciocho años!

—Leo, te está pidiendo ir a Grecia, de vacaciones, con sus amigas, no a la guerra...

—Está bien, Matteo, dejémoslo estar, nos vemos mañana... —A continuación, añadió—: De todos modos, Bea me ha hablado de una cena, pero creo que quería organizar algo a base de sushi, proponía prepararlo

nosotros mismos.

—¡Ah, sí! Es verdad, lo estuvimos comentando. Yo ya he comprado una guía en la que se explican varios platos, me parece que el secreto está en cocer bien el arroz. Emanuela y yo nos apuntamos, ya nos diréis.

—Cuando nos veamos hablamos con Filippo y Bea y reservamos un día.

—Ayer hablé con él, me contó que tenía un nuevo gran amor... Hemos quedado el domingo para ver el Roma-Real Madrid, si te quieres pasar..., aunque a ti el fútbol te interesa poco...

—Ah, sí, Bea me comentó lo del nuevo amor..., todavía no he hablado con él. Me llamó ayer, pero tenía un día de perros, luego lo llamaré. Sin embargo, ya conocemos los amores de Filippo, ¿no? ¿Cómo se llamaba la última? De esa se desenamoró en el momento exacto en que ella cometió el error de dejar a su prometido para dedicarse sólo a él...

—¡Ja, ja! Sí, la recuerdo, Filippo se lo tomó como una falta de respeto hacia él... ¡Dios mío, mira que es grande! En fin, de acuerdo, hasta mañana, perfecto, ya me contarás lo de la rubita. La de la mirada de hielo... —Más carcajadas.

—¡Ja, ja! Giada. Ya veremos... —contesto, alardeando de desinterés.

—¡Venga ya, ni que fuera un extraño! Es lo que hacemos los hombres.

—¿Ah, sí? ¿Lo hacemos? —Exhalo un suspiro imperceptible, luego me despido—: Adiós, Matteo, que vaya bien...

Voy a dejar el teléfono en la bolsa de las herramientas, encima de un montón de trapos doblados, pero vuelve a sonar. Esta vez es mi padre: ya lo llamaré dentro de un rato. He de terminar de apretar las bridas de los manguitos. Y volver a montar la caja de frenos. Después tengo la revisión del sistema GLP del Passat, que al parecer consume demasiado combustible...

—Jefe, ¿puedo hacerte una pregunta? —me dice Riccardo mientras estoy concentrado apretando un tornillo.

—Claro —respondo sin apartar la mirada.

—Según tú, ¿cómo se conquista a una mujer? Estoy colado por una con la que salgo, pero la rondan un montón de chicos, algunos están..., mmm, están muy buenos..., y ella es una pasada de guapa...

—¿«Están muy buenos»? ¿Por qué?, ¿a ti qué te falta?

Riccardo es un chico atractivo. Tiene dieciocho años, es más bien alto, muy delgado. Rubio, con los ojos castaños.

—No, nada, pero ya sabes..., tal vez debería entrarle de otra manera, no sé... Sabes lo que quiero decir, ¿no? Ella dice que quiere sentirse comprendida, que quiere que un hombre la escuche... Y no sé...

Me levanto y voy a su encuentro, quiero que me entienda bien.

—Pero ¿de verdad crees que a una mujer se la conquista entre las sábanas, en la cama..., no sé, quizá haciendo vete a saber qué numeritos? No, en absoluto, ¿estás de broma? ¡Oh! —Le doy una palmada fraternal en el hombro, para que espabile—. Claro que tiene importancia, sí, pero eso viene después, mucho después, y de un modo completamente distinto de como te lo imaginas.

—Y ¿qué va antes?

—¡Presta atención..., mucha atención! Si no escuchas a una mujer con el corazón, nunca la tocarás de verdad de ninguna otra manera. Ésa es la realidad. Puede que pienses que la tienes y que la has hecho tuya en todas esas ridículas posturas que has aprendido en esas ridículas películas. Pero ella seguirá escapándosete, como en esas pesadillas en las que intentas hacer algo que parece fácil, como levantarte o caminar, pero no hay manera de que lo logres. Y, recuerda, no existen mujeres fáciles o que se puedan etiquetar de una manera tan superficial. Superficial es sólo el cerebro de quien no lo comprende. Porque cada mujer es especial y compleja a su manera; cada mujer, antes que nada, merece que la escuchen con el pensamiento, que la tomen con la mirada y que la toquen con el corazón.

Riccardo se me queda mirando, sé que lo ha entendido, es un chico muy sensible y, no me cabe duda, está en su naturaleza respetar a las mujeres, al igual que rechazar ciertas estupideces machistas difíciles de cambiar. Pero a veces tiene razón Laura, la sociedad nos empuja a ser aquello que no somos: un chico que crece sufre tantas presiones que puede llegar a razonar de una manera completamente alejada de su corazón y de su historia. Por eso hay que vigilar a los adolescentes, para que no se pierdan. Para que no se deslicen hacia la mediocridad más de lo que ya los empuja la sociedad.

—Gracias, jefe...

Se dispone a volver a su trabajo, pero lo retengo un instante más.

—Mira, Riccardo, con una mujer puedes practicar sexo. O hacer el amor. Depende de cómo vayan las cosas. Pero, antes que nada, en cualquier caso, debes cortejarla. Abrirle la puerta. Acariciarle el rostro. Besarla. Y hacer que se sienta como la princesa que es. Ahí está la diferencia, sobre todo para ti, y se volverá en tu favor en los momentos en los que necesites mirar en tu interior y ajustar cuentas contigo mismo, con tu historia. Eres una persona muy sensible y, a veces, en la vida, eso se vuelve en tu contra. Pero siempre quedará lo que eres. La belleza que tienes en tu interior, al final, te salvará, ésa es tu oportunidad. ¿De acuerdo? —y le sonrío.

—¡Así lo haré, jefe! —Él también sonrío. Y añade—: Tu hija debe de sentirse afortunada por tener un padre como tú, alguien con quien hablar de todo.

«Ojalá fuera así...», pienso, y me limito a cambiar de tema:

—Bien, ahora vuelvo a cerrar el Jeep, tú compruébame el Smart, no entiendo por qué al cambio automático le cuesta tanto funcionar.

—Vale, enchufo el ordenador —dice. A continuación, se vuelve rápidamente—: Y otra vez gracias..., ¡cómo mola eso de escuchar a una mujer con la mirada!

—¡Sácale partido! —Y le guiño el ojo.

Vuelvo a meterme debajo del Jeep y, antes de apretar de nuevo bridas y manguitos, llamo a mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, Leonardo, ¿qué tal? ¿Va todo bien?

—Sí, papá, bien... ¿Y vosotros? ¿Cómo os va el viaje a Reggio?

—Bien, mamá y yo hemos ido a ver los famosos Guerreros de Riace. Ahora, con el nuevo museo, esto es otra cosa. Y pensar que fueron descubiertos por casualidad por un submarinista mientras pescaba, hace unos cuarenta años... ¿Te haces una idea de lo que representan?

Lo interrumpo:

—Sí, conozco la historia de cuando por casualidad los encontraron en el mar Jónico...

—Sí, siempre me olvido de que tengo un hijo al que le gusta la cultura y

la historia... y que sabe mucho de muchas cosas... —Finge tomarme el pelo, pero puedo percibir su orgullo auténtico.

—Papá... —lo corto afablemente.

—¡Hola, cariño! —Es mamá, debe de haberle robado el móvil un segundo.

—¡Hola, mamá!

Oigo la voz de mi padre, que dice: «¡Devuélvemelo!, y a ella, que contesta: «Sí, ya voy, un momento. Toma». Las mismas discusiones de siempre.

—Escucha una cosa... —Es mi padre de nuevo. Bueno, cuando empieza así sé que va a ser como un auténtico grano en el culo.

—Dime...

—¿Cuándo nos vas a presentar a una mujer, a mamá y a mí? Eres guapo, inteligente, te ganas bien la vida..., ¡no te falta nada! ¿Cómo es posible que no encuentres a alguien con quien estar?

—Prefiero tener a muchas, cambiarlas continuamente: morenas, rubias, altas, bajas; así no me aburro, ya lo sabes... —lo provocho con una mal disimulada rabia, que es la que siento cada vez antes de liquidarlo con brusquedad—. Dale un beso a mamá, ahora tengo prisa...

—Sí, sí, claro, ya me imagino...

Silencio.

—Y, por favor, en cuestiones importantes que tengan que ver con Laura, como viajes al extranjero u otras cosas, consultadlo conmigo, mamá y tú, antes de respaldarla u ofrecerle un hombro sobre el que llorar... Bueno, pues eso, ya me entiendes...

—Es joven, está bien que viaje, que tenga experiencias... Y que se enamore...

—Papá, ¿y ahora qué tiene que ver el amor? ¿Laura está enamorada? ¿Hay algo que sepas y que yo también debería saber?

—Querido mío, todo lo que debes saber está delante de tus ojos, dentro de tu corazón...

—Está bien, de acuerdo, será mejor que cuelgue, debo terminar una reparación y tengo otras esperando. Además, hoy Riccardo se marcha antes.

—Y luego tienes que hacerle la revisión a la novia de la semana..., ¿verdad?

No se rinde, ¿eh?

—¡Exacto..., exacto! —La segunda vez lo digo muy irritado.

—Tú no eres así, hijo mío, yo soy tu padre y sé quién eres. Sé lo que te ha roto el corazón...

De fondo se oye a mi madre susurrándole a mi padre: «Déjalo en paz, no empieces...», y él que le dice: «¡Chiss! ¡Sé lo que digo!».

—De verdad que tengo que colgar...

—Está bien, está bien... Adiós, Leo.

Permanezco unos segundos en silencio, digo «Adiós» y cuelgo.

Me quedo inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Nadie, nadie sabe ser tan banal como yo frente a la banalidad. Nadie. Y no es cierto que sea el mal quien sea así, para decirlo con palabras de Hannah Arendt; no, somos nosotros quienes le permitimos que lo sea. El mal nunca es banal, por lo que conlleva. Por lo que viene después. Por quien se queda. El mal pesa, no es ligero. Las personas son ligeras; el mal, no.

Vuelve a sonar el teléfono, un whatsapp: en el grupo del fútbol preguntan quién confirma su asistencia el lunes y el miércoles próximos, de ocho a nueve de la tarde. Yo respondo «OK» a ambos días. La verdad es que lo necesito.

Tras cerrar el taller, subo a casa. Laura también me ha mandado un mensaje: cena en casa de Camilla, volverá a medianoche o así.

Ya ves..., y ¿quién le dice que no?

Me como una tostada rápidamente, solo, de pie, delante de la pequeña isla de la cocina, luego decido aprovechar para pasar a saludar a una amiga... y para tomarme alguna copa... Y ¿quién me dice que no?

Regreso hacia las tres de la madrugada. La puerta del dormitorio de Laura está abierta. Me gusta muchísimo cómo la ha decorado, con muebles de estilo veneciano, líneas suaves, de color marfil ligeramente desgastado, consumido por el tiempo, delicadas molduras en relieve, mejoradas gracias a las hojas

doradas que las cubren. Forman un marco, en el interior del cual se entrelazan motivos florales en tonos pastel de rosa, celeste y verde, pintados a mano. Cama, armario y mesilla, todo del mismo estilo. Para ella era tan importante tenerlo..., así que, con algunos sacrificios, lo compramos en un anticuario del centro, a un precio ajustado. Mis padres me ayudaron a pagar los muebles, les encantaron: quieren muchísimo a Laura, la miman, le dan amor y atenciones sin reservas. No es uno de esos caprichos típicos de una niña de doce años — los que tenía cuando los pidió—, pero eso no es ninguna novedad: ella es una artista, toca el piano, escribe, lee y aprecia la pintura, escucha música, lleva el arte y la clase en el corazón, como su madre, y yo estoy muy orgulloso de ella y de su maravillosa y rara sensibilidad. Eso también es amor, eso también es poesía.

Entro teniendo cuidado de no hacer ruido. Está allí durmiendo, como un ángel. Me paro a observarla; es mi vida, no sé si ella lo sabe, a veces me temo que no, y es culpa mía, a veces pienso que no soy lo bastante bueno para ella.

Del pequeño cubo *bluetooth* que le ha regalado Filippo, situado en el otro lado de la cama, suena Tiziano Ferro muy flojito. Es un cubo de plástico transparente que se ilumina con un led azul y le dibuja el perfil en penumbra. *Voglio farti un regalo, qualcosa di dolce, qualcosa di raro... di quelli che apri e poi piangi... Nananà...* «Quiero hacerte un regalo, algo dulce, algo raro, de esos que los abres y lloras...»

La canto en mi cabeza mientras la miro, se la dedico a ella, a mi regalo más grande, al amor de papá.

Le doy un beso en la frente, pero más que un beso es una caricia con los labios, la rozo apenas, para no despertarla. Dejo atrás la música y salgo cerrando la puerta.

He bebido bastante, caigo redondo en la cama, vestido.

Nos vamos a dormir solos, sí. Pero después el pensamiento va corriendo hacia allí, a donde nos lleva el corazón, a ese lugar en el que, en el fondo, nunca estamos solos...

Abro los ojos a las cinco. He soñado con ella. Era ella.

Eras tú, Angela...

A menudo sueño contigo.

En el sueño estamos en la orilla del mar, al atardecer, nos cogemos de la mano, nos miramos a los ojos sonriendo. Se oye el rumor de las olas. Hay una ligera brisa. Al cabo de un rato me levanto y me siento a tu espalda, sin decir una palabra, te cierro los ojos con las manos y acerco la boca a tu oído, te abrazo por detrás, te susurro: «¡No terminará nunca, siempre vendré a buscarte, no te dejaré marchar!». Tú no dices nada, inclinas la cabeza hacia mí, abandonándote con la espalda en mi pecho, es un gesto de confianza. Permaneces con los ojos cerrados y sonríes con dulzura. Te sientes protegida.

No, Angela, no terminará nunca, siempre vendré a buscarte...

Algunas veces tenemos miedo de mirarnos a los ojos y preguntarnos cómo ha ocurrido, y cuándo. Porque un amor que te hace perder el control es un amor que te permite encontrar el equilibrio del modo más bello posible, cayendo al vacío. Porque, casi siempre, quien hace que toques fondo es también la única persona capaz de hacerte volar. Algunas veces nos perdemos por no dejarnos llevar, nos abandonamos por no acabar en mil pedazos. Pero luego nos reencontramos en los pensamientos, y en los sueños, porque no es posible dejar de querernos. Te he tenido en mi corazón, resguardada de todo, protegida de todo. Tú estás ahí, en ese rincón de felicidad, en ese espacio puro, especial y distinto del resto. Porque no hay nada más precioso que aquello que guardamos sólo para nosotros, que mantenemos en secreto, nada es más importante que aquello que custodiamos celosamente en nuestros pensamientos. Ciertas cosas las hacemos en silencio, entre esos pequeños bastidores de nuestro corazón: compartirlas significaría echarlas un poco a perder, convertirlas en banales, ponerlas a disposición de cualquiera; en cambio, esos retazos de nuestra historia son sólo para nosotros, nos ocupamos de ellos cada día sin hacer ostentación. También es así porque nadie entendería tanto amor por algo que te ha matado, nadie sabría tocar esas

emociones con la delicadeza que merecen y sin juzgarlas. Resultaría fácil que alguien dijera: «¿Cómo es posible? ¿Tanta importancia le dedicas a alguien que te ha abandonado?». Nuestra respuesta sería demasiado difícil de comprender: «No, te equivocas..., ella no se ha movido ni por un instante de mi corazón».

DÍA 1.896

Aún estoy en el océano Pacífico, he navegado durante mucho tiempo, tal vez durante años, frente a la costa de California, luego por Canadá, Alaska, Japón, Australia. Ahora casi estoy en el punto de partida, navego rumbo noroeste (latitud 32° 20' 50.935" N / longitud 117° 21' 31.334" O). Tengo México enfrente. Veo Tijuana. El mar está tranquilo y el viaje todavía será muy largo...

4

YO SÓLO QUERÍA SER LA ÚNICA, LA ÚNICA EN TU CORAZÓN

Diario de Laura 18 de julio, 3.50 horas

Cuando pienso en nosotros dos juntos me imagino pequeñas maravillas, como abrazarnos cuando uno de los dos tiene miedo. Cosas así...

Zagal.

¡Me encanta ese hombre, ahhh! #

Marco no me ha llamado, esperaba que me enviara un mensaje, me lo prometió; habría sido suficiente un «Hola, pienso en ti, felices sueños...», o algo parecido.

Actúa en fases alternas, ahora está, ahora no está, primero me busca y luego desaparece. O me tienes o me dejas: ¡nada de medias tintas! Si no crees en lo que dices, no lo digas. Si no puedes mantenerlo, no lo prometas. Si no sabes tocar un corazón sin herirlo, no lo toques.

Últimamente nunca tiene tiempo..., y si nunca tienes tiempo para mí,

significa dos cosas: o que estás dedicando tu tiempo a cosas equivocadas en lugar de a las importantes, o que yo no formo parte de las cosas importantes. En ambos casos no somos compatibles. Además, cuando salimos, en vez de escuchar lo que le digo o besarme, se pasa todo el rato con los ojos clavados en ese maldito teléfono. «Si está contigo y no deja de mirar el móvil..., no está contigo», me ha dicho Cami. Ya...

Sospecho que se lo monta con esa gilipollas que trabaja con él en el pub. He leído en Facebook un intercambio de comentarios debajo de una foto suya donde se hace el interesante con el torso desnudo. A mí no me escribe, pero para ella encuentra tiempo de contestar y hacer comentarios con un montón de elogios y corazoncitos... Así que fui a echar un vistazo al perfil de ella... y, como me imaginaba, la cosa no terminaba ahí. Debajo de todas sus fotos hay un *like* de Marco y a menudo también un comentario. Mientras leía y miraba, pasando las páginas del diario hacia atrás, se me revolvían las tripas, me dolía el estómago y tenía ganas de vomitar. Lloré muchísimo, era una mezcla de rabia y tristeza, los celos y la inseguridad me corroen... Pero no tengo nada contra ella, ella no tiene nada que ver, ¡es él quien no debería permitirlo! Estoy celosa porque lo quiero, pero él no me protege, no me quiere de verdad. De todos modos, ya sé que si se lo comentara me diría que estoy paranoica, que veo el mal por todas partes, que no hay nada malo en bromear con una chica y poner corazoncitos aquí y allí en una red social. Me diría esas gilipolleces que siempre dice cuando se lo comento... que eso no es la realidad, sino ficción, que son sólo *likes*, pero ¡no es verdad! De hecho, me pregunto dónde nos conocimos él y yo...

Sólo me fío de lo que siente mi corazón antes que de mi cerebro. No soy tonta, soy más joven que él, sí, pero no soy tonta. ¡No puede tratarme como si fuera una niña! ¡Como si pudiera pisotearme! Hablé también de esto con Camila, me escribió: «Estás celosa porque eres verdadera, porque eres frágil, porque pones el corazón. Y si él no lo ve, no se merece todo este amor...». Qué bien me hace sentir, me comprende, sabe lo que me pasa, nunca podría prescindir de ella.

Ayer, en pleno apogeo emotivo, colgué un escrito en mi blog de Tumblr:

Pienso en el concepto de los celos. Pienso en ese vacío que te coge aquí dentro, colmado de ácido y de rabia. Mezclado con inseguridad. Mezclado con la idea, engañosa, de posesión. Mezclado con la necesidad de competir, con la ilusión de controlar, mezclado con el instinto de desquite, de revancha, de contraste. Pienso en retortijones, en gastritis, en no decir, en pretender, en preguntarse, en imaginarse, en fantasear, en engañar. En engañarse. Pienso en la niebla en los ojos, en la razón que se escapa, en el instinto que prevalece, en el pulso de la sangre, que discurre ardiente por las venas, que llega al cerebro. Pienso en no comprenderse, en el diálogo imposible, en el egoísmo, en la trampa, en los detalles tergiversados, en las palabras inventadas. En las pruebas y las contrapruebas, nunca probadas. En la rival siempre demasiado guapa, o demasiado buena, o demasiado rica. O demasiado delgada. O demasiado culta. Pienso que todo esto, a los dieciocho años, puede convertirse tranquilamente en cotidiano. Pero luego, a una cierta edad, creo que debería ser distinto. Lo cual no significa que los celos a cierta edad estén más permitidos, al contrario. Me parecen naturales. Sólo que deberían cambiar los patrones. La manera de comunicarlos, los motivos que los provocan. Deberían cambiar las prioridades, los objetivos, las coartadas, el juego, la lógica. Los esquemas, los factores. Es decir, un término mejor sería *madurez*.

En la evaluación de las situaciones. Madurez en el comportamiento. En la actitud. En decir no. En decir sí. En disipar las dudas. En no permitir que surjan. En evitar mediocres, viles, gratuitas especulaciones emotivas.

Pienso en el concepto de equidad, en el *quid pro quo*, en el hecho de que, si no nos sentimos burlados, algunos sentimientos se demuestran con más agrado, con más tranquilidad. Que está bien que hagamos algunos pequeños esfuerzos en primer lugar, pero no nosotros solos. Que está bien dar el primer paso, pero no los primeros doscientos. Que dar sin nunca recibir es bastante irritante. Un término (que está de moda): *paridad*.

Pienso en la actitud que tenemos (que deberíamos tener) de no hacer a los demás lo que no nos gustaría que nos hicieran a nosotros. De no decir a los demás lo que no nos gustaría que nos dijeran. De reconocer, sin tantos rodeos, el sentido auténtico de las cosas, según lo que sabemos que somos en nuestro corazón. Evitando estratagemas dialécticas, reticencias, aplazamientos o cualquier otra cosa. El mejor término es *honestidad intelectual*.

Pienso en la empatía, en la capacidad que tenemos de ponernos en la piel del otro. De comprender sus motivaciones, sus inquietudes, sus alegrías. Sus miedos, su dolor. Pienso en la capacidad de llorar y de reír con los demás. En los demás. Por los demás. Un buen término es *sensibilidad*.

Pienso en la idea de no señalar con el dedo. Recordándonos que en el fondo somos los primeros en equivocarnos, los primeros en ser oportunistas, los primeros en coleccionar errores, uno tras otro, y en pensar en nuestros intereses. Somos los primeros en ser un poco limpios y un poco sucios. Un poco buenos y un poco malos. Un poco claros y un poco oscuros. El término: *tolerancia*.

Pienso en la facultad de comprender el peso de las cosas, su grado de importancia, el sentido de la situación, el conjunto de los elementos. Pienso en saber mirar una fotografía sin fijarnos en un solo, inútil, detalle. Pienso en la facultad de asumir una escala de valores que haga que todo sea relativo, como es justo que sea. Hay un verbo: *comprender*.

Pienso en unos violines, en la música, en un concierto, en tocarnos. Pienso en el aroma de una cerilla recién encendida, o en un cruasán acabado de salir del horno, o en unas palomitas terminando de estallar. Pienso en escuchar. En escucharse. Pienso en el concepto de soñar. En los colores. En la ligereza. Pienso en el concepto de volar. De querer. De correr. De beberse la vida. Vida. De vivirla. De vivirla. De vivirla. Pienso en el amor. Hay un verbo: *amar*.

Pienso que sería suficiente.
Hay un verbo: *intentarlo*.

«Releería este escrito millones de veces —me dijo Cami después de haberlo leído. Lo ha pegado en su muro—. ¡Es exactamente lo que yo pienso! Te juro que me lo imprimiré y lo colgaré en mi habitación —añadió—. Me pone la carne de gallina.»

¿Por qué no lo intentamos? ¿Por qué no buscamos el valor de intentarlo de verdad?

Tengo que dar una respuesta a mis amigas sobre la casa de Miconos, pero creo que mi padre no me dejará ir.

Mañana iré al concierto de Lori Meyers con tía Bea. Es una de las pocas personas que me entienden, hablo muchísimo con ella, confío en ella. Los amigos de papá son su mejor parte. Mi familia.

Camilla está saliendo con un chico que tiene un amigo que está muy bueno y que va a la universidad con ella, ha visto mis fotos en Instagram y le gustaría conocerme. Yo también lo encuentro interesante, no está nada mal. Cami quiere que me olvide de Marco, que me lo quite de la cabeza, dice que un gilipollas como él acabará destrozándome el corazón, que me dejará hecha pedazos.

Las personas nos decepcionan constantemente. Nos traicionan, nos engañan. Llenar nuestro corazón de odio sería la mejor manera de darles la razón y permitir que se quedaran con nosotros, intoxicando nuestros sueños a todas horas. Ése es el motivo por el que hay que sonreír y acto seguido pasar de ellas, dejar que sigan su camino...

Tal vez tenga razón, pero no me apetece salir con otros, me siento ligada a Marco..., qué digo, pienso en él continuamente, a pesar de que él sea así, a

pesar de que, por lo que parece, en mí no piense nunca...

Esta noche también he subido un escrito a mi blog, después lo he colgado en Facebook, espero que lo lea:

Él estaba convencido de que era muy astuto, la engañaba e interpretaba el papel de novio perfecto. Ella estaba convencida de que él era su héroe, y nunca lo habría engañado. Hoy él sigue interpretando el papel del embustero, solo, delante del espejo. Ella ha encontrado a alguien que sabe apreciarla como la joya que es, y nunca ha engañado a nadie...

Yo sólo quería ser la única, la única en tu corazón. Quería que repararas en mí y que empezaras a mirarme de un modo distinto, no como las miras a todas. Quería que me miraras de una forma especial, con esa mirada que cuando la sientes encima te desnuda de todas las inseguridades y te hace sentir a salvo, esa mirada que te vuelve hermosa y hace que te asome una sonrisa. Esa mirada que te hace ser feliz.

Sólo quería eso, ser un poco feliz.

A veces tengo ganas de llorar por esa rabia típica de los que ponen el corazón en todo lo que hacen. Pero luego se me pasa, sí, luego se me pasa...

Me hago un selfi en plan guay y lo cuelgo en Instagram. Después otro haciendo el idiota en pijama y sacando la lengua, y se la envío a Camilla por Snap.

Suena Tiziano con *Sere nere*, y vuelvo a escribir en mi blog:

Buenas noches a ti, que no duermes y piensas en él, a pesar de que no te ha llamado. Ni siquiera un mensaje. Y cuánto lo has esperado, cuánto lo necesitabas...

Pero todo esto no cambia lo que llevas dentro. Tú piensas en él porque es la única manera de seguir la dirección de tu corazón, la voz de tus emociones más profundas. Piensas en él porque forzarte a no hacerlo te haría estar peor. Seguir a nuestro corazón es la mejor manera de curar las heridas del alma, es la mejor manera de vivir.

Buenas noches a ti, que sólo querías acurrucarte con las rodillas contra el pecho dentro de su abrazo y oír que te dijera «todo irá bien». Buenas noches, todo irá bien...

Cosas así.

Empieza Rosalía, con *Malamente*.

5

ELLA ERA YA MI CASA

3 de marzo de 1999

—Oye, perdona, ¿esta pulsera es tuya? —Y alargo la mano hacia ella y se la muestro. Es una de esas pulseras de la suerte, de colores, con un hilo, de esas que cuando se rompen tienes que pedir un deseo.

—¡Sí! ¡Graciasss! —Corre hacia mí como una niña rebotante de alegría.

Lleva un jersey blanco de lana gruesa, creo que de cachemir, suave pero ceñido, se nota perfectamente la forma de su abundante pecho. En el cuello, una *pashmina* de color turquesa, los vaqueros descenden sobre un par de Reebok blancas y azules.

Morena, de estatura media, un metro setenta aproximadamente, el pelo algo revuelto y muy largo, ojos negros, muy negros, y grandes, con un ligero estrabismo de Venus que le da una mirada que debería ser considerada ilegal, no utilizable contra el género masculino. No se juega con desigualdad de armas, no es justo..., ¡eso no se hace!

La tez es oscura y dorada, los labios rosa forman el dibujo de un corazón un poco ancho, delicioso y delicado, la nariz algo aguileña le otorga fuerza y personalidad, y ese aroma..., huele muy bien. Huele a hogar. Un aroma que sabe a vida. De esos que se te meten dentro y ya no vuelven a salir.

Angela ya se había metido en mis huesos, en cada centímetro de mi

cuerpo y de mi alma. Ella era ya mi casa. De inmediato. Desde el primer momento. Y, si cierro los ojos, todavía percibo aquella fragancia. Si cierro los ojos, todavía percibo la misma magia.

Estamos en el aparcamiento de delante de la Sapienza. Acabo de cerrar el candado de la cadena de mi Vespa. Ella ha bajado de una *scooter* conducida por una amiga suya.

—De nada, la he visto en el suelo, al lado de la moto, mmm, y entonces, bueno... —Mientras hablo, la miro y me repito: «¡Dios, qué guapa eres!».

Ella debe de haber notado mi apuro, y es que no consigo articular una frase entera con sentido sin balbucear... Mientras tanto, no hago otra cosa que ir echando vistazos al retrovisor de la Vespa para ver cómo estoy, cómo llevo el pelo, y si estoy lo bastante atractivo. Me maldigo por no haber pasado más tiempo en casa delante del espejo, arreglándome, pero iba con retraso como todas las mañanas: llevo el pelo hecho un desastre, demasiado largo, me cae sobre los ojos, lo llevo por detrás de las orejas.

—¡Nada! No tiene importancia... —repito y le sonrío.

—La verdad es que acabas de hacerme un bonito regalo, no sabes lo importante que es para mí —dice sonriéndome. Luego, mirándome a los ojos, se presenta—: Soy Angela, encantada... —y me tiende la mano con estilo y amabilidad.

—Yo..., Leonardo, lo mismo digo. —Y le devuelvo la sonrisa—. Sólo se ha soltado... —señalo la pulsera—, el nudo, quiero decir, sólo se ha soltado, la pulsera no se ha roto..., de modo que no puedes pedirlo, el deseo, ¿verdad?

—Así es. Pero quizá deberíamos pedir deseos todo el tiempo, ¿no te parece? Si los dibujamos en nuestra cabeza y después en nuestro corazón, sabemos qué forma tienen, logramos hacerlos realidad... —Mientras habla, sonrío y se balancea arriba y abajo varias veces sobre sus pies, casi como si no dejara de buscar el impulso para tocar el cielo. O para alzar el vuelo.

—Tienes mucha razón... Pedir deseos todo el tiempo, dibujarlos, darles una forma, hacerlos realidad... ¡Una preciosa teoría!

—¿Eres de Filosofía?

Pronuncia las vocales abiertas y su acento, aunque no es demasiado marcado, resulta inequívoco.

—Mmm..., no, de Letras... —digo todavía un poco cortado—. ¿Y tú? De Filosofía..., me imagino.

—Sí.

—Tienes un acento maravillosamente siciliano, ¿o me equivoco?

—Sí, y gracias por lo de «maravillosamente».

—No me des las gracias, es un asunto pendiente con la humanidad... —Sonríó—. ¿De dónde de Sicilia?

—Palermo.

—¡Oh, vaya! Nunca he estado allí, sólo la he visto en fotos y en las películas... Parece fantástica.

—Lo es —y al cabo de un instante me apremia—: Oye, te dejo mi número. —Lo escribe con un rotulador en un papelito y añade—: Ahora me voy corriendo, empieza mi clase y ya llego supertarde. Pero, si te apetece, no sé..., quizá podríamos llamarnos...

—De acuerdo, gracias, entonces te llamo alguna noche. Marco tu número y pido un deseo, le doy forma... —En ese momento desenvaino una sonrisita que alguien podría definir como de «listillo».

—Vale, vale... Aprendes deprisa, ¿eh?... ¡Bien! —contesta con una falsa sonrisa de defensa, pero que más que una defensa parece un ataque nuclear.

—¿Cuándo estarás en casa?

—Hacia las siete debería haber llegado. Si te contesta Giulio, el padre de mi compañera de piso, que está pasando unos días con nosotras, no te dejes intimidar por el timbre de su voz. Es monstruoso, pero no creo que haya matado nunca a nadie. Al menos, no recientemente... —Me guiña un ojo y ríe.

—¡Ja, ja, ja! Vale, gracias por avisarme.

—Bueno, pues adiós, hasta luego —y se vuelve para irse.

—¡Angela! —digo, gritando un poco.

Ella ya se ha alejado un par de metros. Entonces se da la vuelta y regresa hacia mí. Cuando estamos juntos de nuevo, la observo en silencio mientras ella me mira un poco confusa e intrigada. Me gustaría decirle tantas cosas, la primera de ellas es que la encuentro increíblemente guapa, pero no consigo decirle ni siquiera una, nada, silencio total. Estoy paralizado, cortado, farfullo

alguna palabra sin ningún sentido:

—Mmm... Bueno... No, quería decir... Adiós..., que adiós...

«¿Qué cojones haces, Leo? ¡Por Dios!»

¿Por qué hacemos tanto el ridículo cuando nos gusta alguien, cuando la tierra tiembla bajo nuestros pies? Cuando sentimos que se nos encoge el estómago por esa sensación inequívoca que nos avisa de que está a punto de desencadenarse un terremoto en nuestra vida. Y que será lo más hermoso del mundo...

—Pues adiós —responde ella siguiéndome el juego dulcemente, con indulgencia, sin echarme en cara mi manifiesta turbación. Y a continuación otra vez esa sonrisa, otra vez esa mirada...; pero ¿no habíamos dicho que era ilegal?

Al final, se da la vuelta y se va.

Y yo me quedo allí, con mi balbuceo, una mano levantada diciendo adiós, los ojos de besugo, el corazón en la boca. Con una perspectiva de repente complicada. Con un futuro que habrá que reescribir por completo. Con un solo nombre en la cabeza: Angela.

6

EL CIELO SE HABÍA VUELTO LOCO

18 de julio

Hay un momento en que estás manteniendo el equilibrio, de pie encima de un murete en un acantilado sobre el mar: es tu trampolín, miras hacia abajo, estás casi seguro de que el agua está fría, es profunda, fantástica, pero no lo sabrás hasta que la pruebes, porque para saberlo tienes que tirarte, tienes que encontrar el valor de arriesgarte, de desafiar al viento, de sentirlo en la cara, sabes que para disfrutar tienes que jugártela, y que para jugártela tienes que renunciar a tu equilibrio, sabes que para gritar «¡Dios, qué pasada!» al menos una vez en la vida, tienes que despegar los pies de la tierra y dejarte caer al vacío.

Tengo treinta y ocho años, he tenido muchísimas mujeres en los últimos dieciséis, algunas increíblemente hermosas e interesantes, he pasado centenares de maravillosas veladas con mis amigos y conquistado un montón de victorias memorables al fútbolín, en el campeonato del barrio..., pero nada de todo esto ha sido un «¡Dios, qué pasada!». Mi último «¡Dios, qué pasada!» fue una mirada, hace muchos años, y dentro de esa mirada había todo lo que necesitaba, estaba toda mi vida, todo mi pasado, todo mi futuro... Luego algo se torció, se rompió, no sé cómo, pero sucedió, algo parecido a cuando se

funde una bombilla y en una fracción de segundo te encuentras a oscuras, negro. Basta. Nada. *Stop*. De esa mirada sólo me queda una parte, una fracción maravillosa, un tesoro precioso: mi hija Laura. Mi pequeña princesa. Todavía sigo buscando esa mirada en los ojos de las cajeras del supermercado, en las expresiones distraídas de la gente que pasa por la calle, en el bar, en el cine, en la oficina de correos, en el trabajo. La busco todas las mañanas en mis ojos verdes delante del espejo, perdidos y desorientados. La busco en la mirada de quien inútilmente busca la mía, entre las sábanas, disuelta en las gotas de sudor de un placer ligero y efímero, rápido e insignificante.

Me viene a la cabeza el wasabi... Pica mucho, pero si echas la medida justa en la salsa de soja y lo remueves, es delicioso, te devuelve ese retrogusto de frescura, de energía, de verdad. Duro pero sincero. La empatía del escozor. El equilibrio entre caliente y frío. Algo parecido a como me gustaría que fuera mi vida. Sin wasabi es sólo un glaciar, una inconsistente deriva sin sentido.

Hace ya tiempo que mi vida carece de wasabi, y me cruzo con muchas no muy distintas de la mía, o tal vez las atraigo..., ni tan sólo un indicio de verde, nada: ¡qué rollo! Existencias que archivan otras existencias, rápidamente, como un disco duro, un cubo de plástico sin sentimientos. Si no vas con cuidado, corres el riesgo de que te disuelvan y te fundan para siempre en ese líquido *deswasabizado*, carente de emociones de largo alcance, esas que no superan las veinticuatro horas y provocan sentimientos de usar y tirar. Esas que se olvidan de sí mismas. Es fácil confundirse. Yo suelo confundirme, como cuando busco esa mirada en la de quien busca la mía y encuentra el vacío, mi vacío, ese mismo vacío por el que no he vuelto a sentir el deseo de dejarme llevar, ese vacío que ya no representa una oportunidad de volar, al contrario, me abruma. Porque sin placer no hay estímulo. Sin cielo no hay vuelo. Y, sin ti, Angela, ya no hay luz.

El amor hace ruido. Y yo odio el silencio...

—Buenas tardes.

Doblo las piernas para darme impulso y me deslizo con el carrito de debajo del coche donde estaba para ver si el catalizador estaba mal ajustado, y entonces veo a una señora distinguida, creo que de unos setenta y tantos, ojos de color esmeralda, llenos de matices, llenos de significado. Lleva un sombrerito de terciopelo con el velo de tul en la cabeza, en los pies, unos zapatitos de tacón bajo, azules, a juego con la falda por debajo de las rodillas, una camisa blanca con cuello, perfectamente planchada. Parece una aristócrata inglesa, una dama de otros tiempos, tiene la piel blanca y cuidada a pesar de la edad y la mirada benévola y profunda, una mirada de quien sabe muchas cosas pero no alardea de sabiduría, de quien ha visto mucho pero todavía tiene ganas de aprender.

Me mira con cordialidad y repite con un tono dulce y lleno de gracia:

—Buenas tardes —sonriéndome.

—Buenas tardes, señora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Pues verá, necesito arreglar las ruedas de mi coche... —Gesticula con gran sobriedad intentando hacerse entender, pero parece que no tiene muy claro de qué problema se trata.

—¿A qué se refiere?

—El volante, sí, la dirección, se va a la derecha.

—De acuerdo, ya entiendo. Debería realizar el equilibrado y la alineación...

—Ah, caramba, disculpe, pero es que... mi marido era quien siempre se ocupaba de esto, pero ahora que él...

—Comprendo..., comprendo, señora. Pero tendría que ir a un taller de neumáticos, yo no puedo hacérselo...

—Pero ¿usted no repara automóviles?

—Sí, pero sólo reparo algunas partes de los coches, todo lo que tiene que ver con el motor, también algo de la instalación eléctrica, pero los neumáticos, las ruedas, la dirección, no. —Intento utilizar palabras sencillas para explicarme de la mejor manera—. Lo siento.

—En absoluto, joven, soy yo quien tiene que disculparse con usted por hacerle perder un tiempo tan valioso; perdone mi ignorancia y gracias por las explicaciones. Buscaré un taller de neumáticos. Y, de nuevo, buenas tardes y

que vaya bien.

Esboza una imperceptible inclinación asociada con la consabida sonrisa compuesta y encantadora. A continuación, se vuelve y se dispone a dirigirse hacia su Audi A3 blanco, muy viejo: es un modelo de 2002 que conozco bien, turbo cuatro cilindros, excelente coche. Lo mantiene en perfectas condiciones, sin un arañazo, limpiísimo, sólo tiene una pequeña abolladura bastante visible en el parachoques de atrás.

Me ha dejado con la boca abierta. Tengo muchos clientes, más o menos educados, algunos los considero incluso amigos, otros conocidos; suelen ser amables, en otros casos no tanto, pero en todos estos años pocas veces he tenido esta sensación de belleza, estas ganas de devolver amabilidad y elegancia.

—Escuche, señora... —grito un poco mientras voy a su encuentro—, si me da unos minutos, termino de apretar un par de tuercas del coche en el que estoy trabajando, le doy unas indicaciones a mi ayudante y la acompaño a un mecánico de neumáticos. Es amigo mío, haré que le dispensen un trato de favor y, sobre todo, así se asegura de que no la engañen...

—¿De veras? Qué amable.

—Pues claro. Será un placer, y no me cuesta nada, el taller neumático está aquí al lado. —Abro un poco los brazos azorado.

—Joven, el cielo recordará este gesto de amor...

—Bueno, señora, no es nada, de verdad. Lo hago encantado. Y de eso último no estoy seguro... —Frunzo un poco la boca y cierro ligeramente el ojo izquierdo y, tras unos segundos de silencios y miradas, repito—: No estoy muy seguro de que el cielo se acuerde... —y señalo el cielo con el índice.

—Confíe en mí... —y me sonrío de nuevo con una mirada de quien sabe lo que dice.

Al cabo de pocos minutos me monto en mi todoterreno y le hago una señal a la señora para que me siga.

Cuando llegamos al taller de Armando, mi amigo de los neumáticos, se lo explico todo: le digo que es pariente mía, una pequeña mentira para asegurarme de que la tratará bien, y al oído le ruego que haga un buen trabajo y que no le cobre, que luego ya me ocuparé yo. A continuación me despido

de la señora, dándole la mano y con una pequeña inclinación.

—Hasta la vista, y puede estar tranquila: Armando hará un excelente trabajo. Sabe lo que hace.

—Gracias, gracias, joven. —Tiene los ojos llenos de felicidad y un poco brillantes, es absurdo. Luego, con tono afectuoso me dice—: Me llamo Lucia... —y me tiende la mano para presentarse, pero envuelve la mía con amor con las suyas.

—¿Lucia...? —Estoy desorientado. Es como un *déjà-vu*, pero dura un brevísimo instante—. Yo, Leonardo, me llamo Leonardo... —y me quedo allí, con mi mano amorosamente envuelta entre las suyas, suaves y delicadas.

—Te dirán que no es cierto, que nadie puede tocarlo, y tú dirás que sí con la cabeza mientras escondes en el corazón tu pedazo de cielo —me dice, así, como si nos conociéramos de toda la vida y hubiera podido leer en mis ojos o en mi corazón mi desconcierto y mi necesidad de respuestas, de confirmaciones.

—Bueno, yo...

Pero antes de que pueda articular alguna respuesta, ella añade:

—Dentro de unos días regresaré al lugar donde nací, allí es donde pasaré mi vejez, allí es donde terminaré mis días. Ahora que ya no está mi marido, Roma ya no es mi sitio. Porque, ¿sabes?, nuestro sitio, el adecuado para cada uno de nosotros, es aquel en que nuestro corazón se siente como en casa, ligero, libre... —Sus ojos se humedecen levemente, pero en sus labios no se apaga en absoluto esa maravillosa sonrisa. Eso es, la poesía, aquí está...

Lo que admiro de ciertas mujeres es esa fuerza increíble que tienen para sonreír a pesar del dolor que las desgarrar. Me sabe a belleza, a clase. Tiene el sabor de la dignidad. En los ojos de una mujer que ha sufrido puedes encontrar todo aquello que necesitas para aprender a amar, mi abuela siempre lo decía, y tenía razón, mucha razón.

—De modo que me dedicaré a cosas que tengan que ver conmigo —continúa—, que me hagan sentir ligera y libre, que me hagan sentir en casa. Soy vieja, he perdido mucho, tal vez demasiado, pero todavía necesito perseguir mis sueños y mis pasiones, todavía tengo mucho amor en el corazón... ¿Y tú?

Por la sonrisa que sigue, imagino que la pregunta es retórica. Aun así, intento contestar:

—Bueno, yo no lo sé, Lucia... —Mis ojos están húmedos y estoy helado.

—Tú también, tú también necesitas perseguir tus sueños, complacer a tu corazón, jovencito, lo leo en tu interior... ¡No te detengas! ¡No te detengas! —y me observa con serenidad, al parecer en mí también hay algo que aprender... Después prosigue—: Te deseo lo mejor, dulce Leonardo, y recuerda: un gesto de amor es una semilla que antes o después, en alguna parte del universo, hará que nazca una flor. Ésa será tu flor. Sólo debes tener paciencia. Sólo debes saber verla. —Se lleva el índice al lado de los ojos y lo mueve despacio adelante y atrás; a continuación vuelve a sonreír dulcemente, repitiendo con un hilo de voz—: Tu flor —y poniéndose seria por un instante.

No logro añadir nada más. Me despido con respeto, dándole de nuevo las gracias, esbozando una inclinación. Acto seguido, me vuelvo y me voy. Casi corriendo. Casi huyendo.

Más tarde, en casa, me acuerdo mucho de Lucia, del cielo, de esa flor.

Me saco una foto con el teléfono y la cuelgo en Facebook. Hay algunas noches, como por ejemplo ésta..., en las que me gustaría sentirme guapo, me gustaría que alguien me lo dijera, que alguien lo confirmara, tal vez porque algunas veces tenemos la impresión de poder colmar nuestros vacíos metiendo cosas dentro que, en cambio, generan más vacío. Tal vez al fin y al cabo éstos sean nuestros selfis: vacíos que generan vacíos. Hay algunas noches, como por ejemplo ésta..., en las que necesitamos un abrazo. Una mano que nos acaricie. A veces sólo necesitamos a alguien que nos diga que estamos bien así, incluso con nuestros vacíos...

Después de cenar voy a ver a Matteo, habíamos quedado para tomar una cerveza, ¡y me pongo la máscara, otra vez! Me meto en mi papel. Leonardo el guay, el que se divierte, el que está rodeado de mujeres. En cambio, Laura no sale, qué raro...

Le había pedido a Matteo que nos viéramos más tarde para poder cenar con ella, pero ella ha preferido quedarse con sus cosas y se ha encerrado en su habitación diciendo que no tiene hambre. Es como si viviéramos en dos casas distintas.

Me relajo unos minutos en el sofá y lo contemplo. Es de color rosa antiguo, de un tejido grueso, de éstos con *chaise longue* para estirar las piernas. Es cómodo. Me fumo un cigarrillo y apoyo la cabeza hacia atrás, sobre el almohadón. Nuestro salón es sencillo, amplio, casi completamente blanco, pocos cuadros, una gran mesa de madera en el centro con unos focos que cuelgan de un cable que baja del techo. Hay muchos objetos sobre la enorme librería que ocupa toda una pared, además de libros y revistas. La guitarra en un rincón. Cuatro pufs rojos de esos llenos de arena, aquí y allí. El televisor. La PlayStation. El equipo de música, uno de los cinco que hay diseminados por la casa: algunos sólo son altavoces a los que se puede conectar el iPod o el teléfono, tenemos uno en cada habitación. A Laura, al igual que a mí, le gusta la música de un modo casi obsesivo. Luego hay un arco poco más o menos tan ancho como toda la pared que divide el salón de la cocina. En la misma planta también está el dormitorio de Laura y el mío, unidos por un pasillo, cada uno con su propio baño. Y luego el trastero, la despensa detrás de la cocina y el porche. Arriba tenemos la habitación de invitados, otro baño y mi estudio, donde a veces leo, escucho música, o hago otras cosas... Allí hay muchísimos libros. Y una bonita butaca de piel.

Hacia las diez ya estoy listo, y antes de salir grito:

—¡Laura, me voy!

Como siempre, tiene la puerta cerrada y la música puesta, esta vez suenan los Afterhours con *Dentro Marilyn*, qué pedazo de canción.

Me acerco un poco y vuelvo a gritar:

—¡Laura, que me voy, he quedado con Matteo!

Baja el volumen y contesta:

—Vale, adiós, papá, pásalo bien. Recuerdos a Matteo. Bueno, ya lo veré en la cena de la semana que viene...

—Gracias. Cierra por dentro.

—Vale, adiósos.

Suena bastante como un «pero ¿cuándo coño te vas?».

Luego lo pienso mejor y digo:

—Ah, ¿Matteo te ha escrito diciéndote lo de la cena? Me lo comentó, también estarán Filippo y Bea. ¡Será divertido!

—Sí, sí, ya lo sé...

—Bueno, pequeña, volveré tarde, si hay cualquier cosa me llamas o me envías un whatsapp.

No hay respuesta. Ni siquiera he acabado de pronunciar la palabra *whatsapp* cuando sube el volumen. O sea, la conversación se ha terminado.

Matteo es un amigo de toda la vida, crecimos juntos, la misma edad, la misma escuela, su casa de la niñez estaba en la misma calle que la mía, teníamos cinco años la primera vez que nos retamos a pelear en el parque infantil de nuestro barrio. Gané yo, ya era más alto y más atlético. Al día siguiente me ayudó a permanecer concentrado durante un partido de fútbol de dos contra dos, en el mismo parque; éramos del mismo equipo, él detrás y yo delante, me sentía desanimado, no conseguía romper la defensa adversaria de ninguna manera, estaba a punto de tirar la toalla psicológicamente, pero él me animó a mantener la calma, a razonar, buscando una estrategia. Los que luego se convertirían en nuestros roles en la vida: yo era y sigo siendo el impetuoso, con algún tipo de genialidad, él era y es el mejor enderezando la situación. Yo me perdía. Él encontraba el camino...

Matteo y yo siempre hemos tenido vidas muy diferentes, dictadas por temperamentos y caracteres distintos. Él es tranquilo, reposado, respetuoso con las reglas, además, nunca ha tenido demasiados pájaros en la cabeza en cuestión de mujeres o «pasatiempos». Lleva con la misma chica, Emanuela, desde hace muchos años, y hace cinco que se casaron. A él le basta con escuchar nuestras batallitas, las de los amigos, para entretenerse un poco. En todas las ocasiones interviene con sus comentarios moderados, respetuosos, casi siempre cautos e inteligentes, pero escrupulosos y muy profundos, como

si hubiera tenido muchas y variadas experiencias. A menudo da consejos, pero antes de darlos siempre empieza diciendo algo así como: «Bueno, no pretendo juzgar lo que no conozco bien, pero...». Y nunca resulta entrometido ni excesivo cuando hace preguntas. Cuando escucha a Filippo, ese loco de atar, se escuda tras una expresión entre divertida y escandalizada; por un lado se siente incómodo, por el otro le puede la curiosidad. Pero nos conocemos todos desde hace tanto tiempo que el afecto siempre se impone a cualquier prejuicio o diferencia. Y eso no, no es ninguna tontería.

Siempre me he preguntado, sin embargo, hasta qué punto esa línea de aparente e inocua curiosidad de Matteo linda con un terreno de moderada y reprimida frustración, pero es una pregunta a la que siempre me ha parecido poco respetuoso intentar darle una respuesta. Al fin y al cabo, es su vida, él es amigo mío, y sólo tiene sentido abordar un tema tan delicado, en un campo lleno de minas, si es él mismo quien lo saca. Además, también hay que decir que escuchar a Filippo mientras cuenta sus disparatadas experiencias divertiría e intrigaría a cualquiera.

En resumen, a pesar de que nuestras vidas discurran de forma tan distante, al mismo tiempo, de manera paradójica, siempre hemos compartido algunas pasiones e inclinaciones fundamentales, como los coches, el arte y las materias humanísticas en general. Empezamos a ir a la universidad juntos, a la facultad de Letras, él fue el primero de mis amigos que conoció a Angela, el primero que supo que había perdido la cabeza por ella, y el primero a quien informamos cuando descubrimos que esperábamos a Laura... Teníamos el mismo sueño, convertimos en profesores de italiano. Él terminó la universidad y actualmente enseña en un instituto de secundaria en la zona sur, el mismo donde también da clases su mujer. El mismo donde, quién sabe, si las cosas hubieran ido de otro modo, tal vez hoy también yo podría haber enseñado...

—La mayoría de la gente no sabe distinguir entre disponibilidad e «idiotez» en la persona que tiene delante.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Matteo, con ese talante un poco

confundido, el flequillo, las pecas y el Lacoste rojo. Hay veces en que, observando su físico y su aspecto, parece que para él no pase el tiempo. Y no sabría decir si eso es un cumplido o un agravio..., aunque creo que las dos cosas.

—Quiero decir que esa gente se aprovecha de ello, con arrogancia; llama *perdedor* a quien emplea modales amables, llama *fracasado* a quien quiere conquistar a alguien sin servirse de subterfugios —Matteo me escucha sin decir nada—, y por esa misma perversa y cómica motivación, se siente más atraída por quien se muestra indiferente que por quien se prodiga en atenciones, y luego se pasa todo el día haciendo el papel de la víctima sensible en medio de un mundo de lobos. Algo parecido a los que se meten en historias en las que, con suerte, ya saben que les tocará hacer el papel de tercero, cuarto, quinto en discordia, y luego se quejan porque dan mucho y reciben poco... —Doy un trago a mi cerveza y prosigo—: Pues eso, nuestra vida es la que elegimos, el mundo gira en base a cómo nos movemos. Ya sería hora de empezar a ser honestos, honestos con nosotros mismos.

—Tienes razón, pero ¿cómo es que hoy te ha dado este arrebató?

—Bueno, no lo sé... Hoy he conocido a una señora, era muy amable, me ha regalado su cortesía, su respeto, y una sonrisa muy dulce... sin pedir nada a cambio..., ¿entiendes? Y yo he sentido la necesidad de devolver el gesto... Luego ella me ha hablado... me ha hablado... —y me pierdo en el vacío, con los ojos.

Matteo me mira sonriendo.

—Te ha hablado, ¿y...?

—... y nada, Matteo, me ha dejado una extraña sensación encima...

A continuación decido que esta noche no es la indicada para quitarme la máscara y empezar a llorar; cambio de tono, de registro, de tema, de mundo y de universo.

—¡Ah, volví a ver a aquella chica! A Giada, la rubia. Hace diez días, pero fue la última vez...

—¡Ah, sí! ¡Giada! ¿Por qué? ¿Qué tal fue?

—Bueno..., un poco fría.

—¿Estás seguro de que no es rusa?

—Pues claro que estoy seguro. Y ya te he dicho cómo se llama, ¿te parece un nombre ruso? ¿Qué pasa?, ¿no te fías de lo que te digo?

—Vale, vale. Y ¿cómo es?

—Bueno, qué quieres que te diga... O sea..., lo admito, tiene nivel, y te das cuenta enseguida, no es del montón, es agresiva a la vez que refinada, especial, a veces dulce, pero poco tierna, diría que ruda; aparenta una cosa y, en cambio, es otra, como si llevara una máscara, y luego es menos decidida de lo que parece. Indefinida, eso es, indefinida. En resumen, al final el resultado es siempre el mismo: ninguna novedad, la historia habitual, siempre el mismo plato, y encima después te queda ese regusto amargo, no gran cosa...

—A lo mejor es que necesitaba más tiempo... Tú no fuiste deprisa, ¿verdad? Las mujeres complejas y estructuradas son así, tienes que llegar hasta el fondo para entenderlas...

—Puede ser, pero bueno, no lo creo; la verdad es que en un momento dado se evaporó...

—Pero has dicho que estabas bien, que te hizo perder un poco la cabeza...

—Sí, no lo niego, me causó impresión, su aspecto, el contacto, ese perfume embriagador, cómo te diría, iba todo como la seda..., pero duró poco, demasiado poco. Y, además, mira, creo que tampoco hace falta estar con el estómago encogido, ¿no? A los dieciocho años estaba bien, pero ahora es distinto.

—A veces eres ambiguo.

—Como ciertas sensaciones, ¿no te parece? Como la que hoy me ha dejado la anciana y elegante señora. Se te quedan dentro y no consigues ponerles un nombre; un día te parecen una cosa, al día siguiente te parecen otra, o quizá no te parecen nada..., pero están ahí, dentro de ti, como esperando un sentido, un sitio entre tus cosas, detrás de la esquina, en silencio, en busca de un nombre, o bien, si permanecen allí, puede que sea porque ya tienen un nombre...

—Sí, creo que entiendo lo que quieres decir.

—Qué va, seguro que no. Pero da lo mismo.

—Oye, no seas capullo, Leo. ¿Se puede saber qué te pasa esta noche?

¿Estás nervioso?

—Sólo estoy muy cansado, y además estoy hasta los huevos de hablar siempre de vodka..., ¡te vas a convertir en un alcohólico!

—¿Cómo? ¿Acaso estábamos hablando de vodka? —dice con tono perplejo.

—Sí, Matteo, ¿de qué si no?

—Pensaba que estábamos hablando de Giada, la rubita glacial...

Me quedo en silencio durante un rato, un buen rato, y pienso que, en el fondo, no, es cierto, no es el día ideal para quitarme la máscara, para llorar, para dejar de interpretar el papel de guay, de acuerdo... Pero tal vez tampoco sea el adecuado para comportarme como un capullo que les cuenta a sus amigos los detalles íntimos de sus conquistas sexuales. De modo que me lo quedo mirando y respondo serio:

—No, no era de ella de quien estábamos hablando... ¿Te apetece otra cerveza?

Inmediatamente después, me vuelvo y miro a mi alrededor, observo este bar del centro, lleno de objetos, libros, grabados en las paredes, focos retro, sillas de diseño de plástico transparente y de colores, grifos de cerveza artesanal para todos los paladares, barras, taburetes, pantallas. Miradas, manos que se agitan y buscan otras manos que se agitan. Gente, mucha gente... Aquí hay todo lo que tiene que haber, pero yo no veo mi flor: ¿dónde está mi flor? ¿De qué sirve tener a toda esta gente alrededor si luego miramos dentro de nuestro corazón y no encontramos a nadie?

—Leo...

—Sí, dime.

—¿Puedo hacerte una pregunta que nunca te he hecho? Tiene que ver con Angela...

Eh...

—Claro... —Me traiciona una pizca de nerviosismo.

—Bueno, ya sé que tu corazón todavía es para ella, sólo para ella, después de tantos años... Pero, dime, ¿qué te embrujó de ella?

Dejo la cerveza encima de la mesa y la miro, la giro, me tomo tiempo, para no derrumbarme, para no perderme para siempre...

—No lo sé, Matteo, ahora no sabría decirte. Será la cerveza... ¿Te importa si nos vamos?

—¡Pues claro, se ha hecho tarde, sí! Espero no haber sido poco delicado...

—Qué va, Matteo, tú nunca eres poco delicado..., ¡ni que te llamaras Filippo! —Y me río, guiñándole un ojo.

Y nos reímos con ganas.

Y salimos de la zona de peligro.

Y ya pasó.

Ya pasó...

Regreso a casa y subo la escalera, entro en mi estudio, me siento en la butaca de piel, mi lugar favorito, y me tomo otra copa. No tengo sueño, leo unas páginas de *El amor en los tiempos del cólera*, debo de haber empezado por lo menos diez libros durante el último mes sin terminar ninguno; después lo dejo sobre la mesita que tengo enfrente, junto a *Esplendor y Open*. Y el pensamiento va hasta Angela, y a mi dolor que no pasa: Matteo tiene razón, mi corazón es sólo para ella, como si estuviera atrapado por la eternidad. Luego pienso en Francesca, me pregunto si ella también estará mal ahora, por mi culpa: siento que es así, hay cosas que las sientes, las sabes; fingir no verlas es sólo una manera cobarde de escapar, de no aceptar que nosotros también podemos herir. Y que la felicidad de los demás está un poco ligada a nuestras decisiones...

Quería pedirte perdón, quería hacerlo con una carta..., pero luego, bueno, luego no sé, no te he escrito..., porque, ya sabes, somos tan frágiles, a veces, somos tan débiles..., como esas noches en las que no puedes dormir porque sientes que tienes que poner en su sitio ciertas cosas, pero no sabes por dónde empezar ni dónde terminarás, como esta noche, como ahora, que bebo este vino tinto que me hace llorar y me hace reír y me hace temblar, y luego me encuentro aquí, colgado de un gesto que no he llevado a cabo, de palabras que no he dicho, buscando esos detalles de mi vida a los que no he dado

importancia, volviendo a esos lugares de mi pasado de los que, en cambio, no logro escapar, o de los que más probablemente nunca me he movido. Tal vez tú y yo no podríamos ser nada, o tal vez podríamos serlo todo, pero el hecho es que en mi corazón no hay sitio para nadie más, aparte de ella, ella...

Y con todo esto tengo que ajustar cuentas, todo esto tengo que tenerlo en mente cada vez que toque otro corazón limpio como el tuyo, que no se merece ni siquiera una de mis carencias, ni siquiera una de mis incertidumbres. Ni siquiera una de mis cartas nunca enviadas. Ni siquiera uno de mis adioses silenciosos.

Dejo la copa de vino en el suelo, junto a la butaca, sobre el parquet, y cierro los ojos.

¿Qué me embrujó de Angela?

Ella tiene esa mirada que se posa en la noche y hace salir el sol. Lo vi con mis propios ojos. Hacía sol y, alrededor, estaba la noche y las estrellas y la luna, sorprendidas por la magia de su mirada. Doblegadas por un hechizo de belleza. Ella había mirado el cielo y el cielo había enloquecido.

Eso, eso fue.

DÍA 2.098

Floto en el golfo de México desde hace días, puede que sean semanas.
Latitud: 25° 43' 14.646" N / longitud: 90° 32' 57.537" O. Estoy entre La Habana y Cancún. El agua está más fría de lo previsto, la corriente es fuerte.

7

SI TIENE GANAS DE TI, NO SE VA

Diario de Laura

8 de julio, 14.45 horas

Hace tres días que Marco no da señales de vida, ni siquiera un mensaje. Cuando llega el momento de tomar una decisión es cuando sabes si era amor, el verdadero, o sólo palabras sin sentido pronunciadas por el típico listillo que únicamente conoce el amor que se prodiga a sí mismo. Todo previsible. Cuando nos conocimos, según él mismo reconoció, salía con otra y la engañó conmigo, como si nada, como si no hubiera diferencia en besarme a mí o a ella, como si besar a alguien no fuera lo más mágico del mundo, como si besar a alguien no fuera la declaración de amor más bella, como si ella y yo fuéramos sólo objetos de su deseo, intercambiables según su humor o su capricho. Y ahora lo está haciendo otra vez, con otra, lo presiento... Después vendrá otra y otra más. Mientras tanto, yo estoy aquí abrazando la almohada en silencio, la envuelvo, la rozo con el rostro, la mojo un poco, en la oscuridad, y aprieto los dientes. Y me digo que no ha sido culpa mía, que parecía un buen chico, que esta vez de verdad daba la impresión de que valía la pena..., y me repito hasta el infinito que, si es amor, te enciende la sonrisa, no te la apaga.

Vamos detrás de quien no nos dedica ni una mirada, de quien no nos devuelve nada de lo que le damos. Vamos detrás de quien no nos respeta, de quien no nos hace sentir especiales y únicas, tal vez precisamente porque no nos sentimos especiales ni únicas..., tal vez porque no nos respetamos. Tal vez porque de este modo podemos justificar nuestro victimismo, tal vez porque de este modo nos concedemos una coartada para renunciar a ser felices, para renunciar a nuestro derecho al placer y a disfrutar. Algo así como una manera de traspasar a los demás la responsabilidad de los fracasos y de la cobardía, para dar un sentido a la insatisfacción que nos invade. Para no tener que ajustar cuentas con lo que podría haber sido y no será. Con lo que podía ser y no ha sido.

¿Por qué me hago esto? ¿Por qué me atraen los chicos como Marco? Quizá tenga algo que ver con mi padre. Quizá con mi naturaleza inquieta. O tal vez sea consecuencia de no haber conocido nunca a mi madre. Quizá sólo sea un modo de confirmarme a mí misma en cada ocasión que me abandonaron, y otra vez, y otra. Abandonando, abandonándome.

Pero tengo mi música, mis sueños, no sufriré toda la vida. Y tengo a mis amigas... Hace poco, Camilla me ha escrito: «Y luego sientes en el corazón la necesidad de que alguien te comprenda sin decir una palabra, una amiga que sepa escucharte sólo mirándote a los ojos, en silencio, escuchando el sonido de tu corazón..., alguien como tú...». Ciertas personas te quieren tanto que te acarician sólo pensando en ti. Es esto lo que hace de nosotros imanes de rarezas, es el magnetismo del amor, reconocerse como almas afines, la capacidad de buscarnos incluso en los rincones olvidados, allí donde se deposita sólo la tierra, el polvo y el silencio, allí donde, cuando te pierdes, no te encuentra nunca nadie...

Hoy Zagal escribe:

Si tiene ganas de ti, no se va, no desaparece. No creas a quien te diga lo contrario, son sólo

palabras. Quien te ama quiere estar cerca de ti, necesita coger tu mano, incluso estando simplemente ahí, en silencio. Necesita contar los latidos y los suspiros para estar seguro de que no falte ni siquiera uno. Necesita recoger tus miedos y hacerlos un poco suyos. Para aligerarte del peso, para verte sonreír, para mirar cómo duermes tranquila, mientras te acaricia. Quien te ama siente la necesidad de mimar tu fragilidad hasta transformarla en una fortaleza, porque es precisamente ahí donde ve la belleza, en las imperfecciones que te hacen especial. En las carencias que te hacen estar hambrienta de amor. Si de verdad te quiere, no te lo da a entender con el silencio o con la ausencia. No desaparece. ¡Nooo..., no te lo creas! Si te quiere, te busca, te espera en el portal de tu casa, te corteja, te sonríe. Se declara.

Te besa.

Así es, si te ama, si tiene ganas de ti, no se va...

Lo clava... Zagal no falla ni una. ¿Hay alguien que pueda llevar la contraria a Zagal? Le he dejado un comentario: «¡Ráptame!». No ha contestado. Con Zagal no hay nada que hacer.

Yo, en cambio, he escrito en mi blog una cosa, tal vez un poco tonta:

Hay un momento, un momento concreto del año, en que sales de casa, de noche, inspiras y sientes que ha llegado el verano. Es un momento estupendo. Y me hace sonreír. En ese preciso instante también comprendes lo mucho que cualquier cosa es posible. Sólo hace falta tener ganas de sentir esa cosa en los pulmones. Sólo hace falta creer en ella...

Con lo que sueño es con mi viaje a Grecia, espero que mi padre no tarde en contestarme. ¡Podrían ser las vacaciones más bonitas de mi vida!

Ahora me voy corriendo a arreglarme para el concierto, Bea pasará a recogerme dentro de una hora, ella sí que es genial.

Pongo a Izi y Ensi con *Casa* a todo trapo.

Hasta pronto, diario.

8

¡DIOS, QUÉ GUAPA ERES!

6 de marzo de 1999

Esta noche la he llamado, no he hecho otra cosa que pensar en ella en todo el día. Durante las horas de clase había una voz de fondo, como un murmullo, era la del profesor que hablaba de la literatura francesa del siglo XIX: Flaubert, Baudelaire, Daudet, Dumas hijo, Zola..., pero sólo se trataba de un pequeño estorbo, nada que pudiera apartarme de esa magia, porque luego estaba yo, en esa aula universitaria, yo apartado del mundo, del universo, yo con la mirada perdida en el vacío pensando en ese encuentro, en ese perfume, en esa mirada, fantaseando con ella, con cuándo volvería a verla, con lo que iba a decirle...

—Dígame.

—Buenas tardes, soy Leonardo, quería hablar con Angela.

—Hola...

Ha sido el «hola» más bonito que he oído nunca, lleno de estilo y poesía. Nos pasamos la vida preguntándonos cómo será el amor cuando llegue, qué hará que nos enamoremos de ella; luego llega un «hola» y te tumba. Y comprendes que el amor a veces es sólo un gesto o una palabra insignificante pronunciada por alguien capaz de hacerla sonar de una manera especial en tu corazón. El amor es tropecientas cosas distintas cada vez, casi siempre

pequeñas e insospechadas, aparentemente. Llega y se lo lleva todo volando. Y, si puedes definirlo, no es amor.

No ha contestado una voz monstruosa, ha contestado ella, ella, que estaba allí desde hacía por lo menos media hora —me confesaré luego—, al lado del teléfono, esperando a que sonara, esperando mi llamada. Ella, que para mí ya lo era todo, a pesar de que yo todavía no lo sabía, a pesar de que ella todavía no lo sabía, o tal vez estaba claro desde el primer segundo, porque ciertas cosas se sienten al instante en el corazón, pero a veces nos cuesta descodificarlas, en medio de mil mensajes farsantes e incomprensibles que llegan de fuera, en medio de ese ruido.

Ella para mí ya lo era todo, y lo será para siempre. Porque el amor es así. Infinito. Inesperado. Mágico. Para siempre.

Hablamos durante horas. Y seguimos también la noche siguiente. Nos contamos cualquier cosa. Yo le hablo de mis padres, de mi padre geómetra, de mi madre profesora de inglés. Ella me habla de sus padres, que viven en Palermo; su padre es notario como su abuelo y su bisabuelo, su madre es bióloga. De su enorme casa. Es hija única, de una familia muy rica. Y, sin embargo, no muestra para nada ese aire de niña que siempre ha tenido la comida en la mesa, de mimada, no posee esa pedantería típica de quien tiene las espaldas cubiertas, de quien siempre se sale con la suya. Al contrario, a menudo parece encantadoramente insegura.

Hablamos de nuestros sueños, de lo que nos gustaría para el futuro, de los amigos. De las pasiones. Describimos nuestro carácter, o cómo pensamos que es nuestro carácter. Tenemos ganas de conocernos, de compartir..., con todas esas preguntas que quizá desde fuera podrían parecer estúpidas y triviales..., pero que, en cambio, son de una belleza abrumadora. «Dime alguno de tus defectos. ¿Y una virtud? ¿Cuál es tu color favorito? ¿Y tu plato? ¿Has estado alguna vez en Bolonia? ¿Con qué sueñas? ¿Te gusta ir de camping? ¿De qué tienes miedo?»

Horas al teléfono sin sentir nunca el deseo de colgar. Lo único es que las facturas suben un pico y se cobran en casa de mis padres, que, por un lado, maravillosos como siempre, lo comprenden, pero por el otro, lo del gasto, no tanto...

Por eso he decidido dar clases particulares de guitarra en mi tiempo libre. He estudiado en serio desde que era pequeño, durante años, con un profesor que venía a casa. Imprimí unos carteles y los colgué en los tablones de anuncios de la facultad para poder conseguir algún dinero y ser una carga menos pesada para mi familia, que ya hace muchos sacrificios para pagar la universidad, y todos los gastos del piso que me han convencido de que alquile para que no tenga que salir cada día al amanecer desde Ostia. He renunciado al coche a cambio del piso, tengo bastante con la Vespa, y además, en caso de una necesidad concreta, pequeños viajes u otra cosa, ellos me prestan el suyo.

Desde que Angela se fue, desde ese sábado de diciembre de 2000, no he vuelto a tocar una guitarra...

Un par de días después, hago acopio de valor y poco antes de colgar decido lanzarme.

—¿Vas a ir mañana a la facultad?

—Sí...

—¿Quedamos para tomar un café? Antes de pasar el resto de la vida juntos me gustaría saber cómo te tomas el café, no sé, si te gusta cortado, si lo prefieres amargo o te echas azúcar y, en ese caso, cuánto...

—Qué tonto —dice en un tono divertido pero a la vez un poco incómodo.

—Oye, que no estoy bromeando —replico en un tono divertido pero a la vez un poco serio.

Unos segundos de espera.

—¿Y si quedamos por la noche? —me pregunta, rompiendo el silencio—. Por la mañana es un rollo porque estoy con mis amigas y les he prometido que las ayudaría a repasar para un examen que tienen pasado mañana. Me parece que iré para largo, y las promesas promesas son...

—¡Pues claro! Por mí no hay problema —exclamo, y luego añado—: Y las promesas promesas son...

—Sí...

—Y ¿dónde quedamos?

—Si te apetece y no te da pereza, podríamos tomar una cerveza después de cenar, cerca de donde yo vivo, en Trastevere. Pero no puedo volver tarde, al día siguiente tengo que levantarme al amanecer para repasar una última vez con mi compañera de piso; es una de las que tienen que hacer el examen...

—¡Está bien, de acuerdo! Así descubriré cómo te tomas la cerveza, si roja, rubia o ámbar. O mirándome...

—¡Eres terrible! —Silencio, y luego—: Pues eso también vale para mí.

—Ostras, no lo había pensado... Iré con las gafas de sol.

Se ríe.

—Y yo con una manta en la cabeza...

Esta vez me río yo.

—Bueno... ¡Dios, me encanta Trastevere!

—Dímelo a mí...

—¿Va bien a las nueve y media?

—¡Sí, vale! Hay un pub en la piazza Trilussa, se llama Doc.

—Ah, sí, claro, lo conozco.

—¡Bien! Pues hasta mañana, Leo...

—Pues hasta mañana, Angela...

Un bonito silencio. Silencio de excitación.

—A las nueve y media...

—A las nueve y media...

Al día siguiente, a las cinco de la tarde ya soy presa del pánico. No puedo fracasar, es mi oportunidad. Me pongo los 501 de talle alto y un poco

gastados, las Dr. Martens negras con el respunte amarillo de las que nunca me separo, la camisa de felpa de cuadros con coderas, desabrochada, encima de una camiseta negra descolorida, la cazadora de piel corta con cremallera en los bolsillos. El pelo con una media raya en un lado pero echado hacia atrás, bastante largo.

A las siete estoy listo, dos horas y media antes. Me preparo un bocadillo de jamón y mozzarella, a pesar de que tengo el estómago cerrado y nada de hambre, le doy dos bocados y lo tiro. Meto una cinta en el equipo de música, un recopilatorio de los Smiths y de los Joy Division, pulso *play* y empieza a sonar *There Is A Light That Never Goes Out*. Estoy nervioso, me siento en el sofá y vuelvo a levantarme, consulto el reloj y me doy cuenta de que sólo han pasado cinco minutos desde la última vez que lo he mirado; la espera es un martirio, me pregunto si le gustaré, quizá cuando vuelva a verme y me mire con más atención me encuentre feo, o poco interesante, o poco divertido. Cuanto más se acerca el momento de volver a verla, más aumenta mi paranoia y mi inseguridad. Y mientras Morrissey canta y suena *Bigmouth Strikes Again* con su maravilloso estilo, siento algo dentro que nunca había sentido, y me aterroriza: es una ansiedad, un movimiento circular y después vertical que no sé controlar, al que no sé ponerle nombre; es en parte físico y en parte mental, está en parte en la piel y en parte en el corazón. Es la química del amor. Y a las nueve y media me espera para tomar una cerveza...

—Estoy aquí. —La voz me sorprende por detrás.

Faltaban unos minutos... Mmm, casi una hora, a decir verdad... Y entonces me he puesto a esperarla en la escalinata de la fuente de la plaza, al lado de un grupo de chicos, pero debe de haberme visto. Me vuelvo y... ¡joder, joder, joder, me falta el aire! Está aquí, delante de mí, con sus ojazos negros e ilegales, sonriéndome. Vuelvo a pensar exactamente lo mismo que pensé la primera vez que la vi: «¡Dios, qué guapa eres!».

—Yo también estoy aquí —es, sin embargo, lo máximo que logro responder.

«Leo, por favor, no empieces... ¡Por teléfono ibas la mar de bien!», me

digo.

—Sí, lo sé, te estoy viendo...

Lo dice en un tono muy dulce e intenta hacerme sentir a gusto. Eso me ayuda mucho.

—Bien... —Le devuelvo la sonrisa y encuentro un poco de calma. Entonces empiezo de nuevo en serio—: ¡Venga, vamos a ver cómo te tomas la cerveza!

Y ahora es ella quien se pone colorada.

—¡Venga ya! —grita, fingiendo contrariedad con las mejillas encendidas.

El local es un clásico pub de estilo americano, con mesas largas y bancos de madera oscura y brillante, taburetes en la barra, televisores colgados, música country, universitarios gritando y bebiendo.

Angela lleva un vestido de punto de color crema, un poco por encima de la rodilla. Estoy casi seguro de que ese vestido se lo han cosido puesto; si no lo llevara encima sería bonito, pero ella lo hace especial, único, el vestido más bello de la historia, sí. El pelo suelto y muy negro le cae ondulante sobre los hombros. Y ese perfume..., ¡otra vez ese perfume!

Nos sentamos al fondo, hay una mesa con otra pareja, nos ponemos en la esquina el uno frente al otro.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta.

«A ti», me gustaría decirle. Pero me da miedo y me quedo callado, y es que a veces el amor asusta más que el odio, porque para odiar es suficiente con odiar, no hacen falta preguntas, y a nosotros nos da un miedo absurdo mirar en nuestro interior y perdernos en nuestros silencios. «Yo, en cambio, sólo querría perderme en tu abrazo.»

—Tomaré una cerveza..., ¿no? —Y sonrío.

—Vale, yo también... —Y sonrío.

Pedimos dos Affligem, yo una roja, ella una ámbar a presión. La miro y pienso sin pausa y sin tregua: «¡Dios, qué guapa eres!». Mientras tanto charlamos, mucho y de todo, las tropecientas preguntas que nos hemos hecho por teléfono, las larguísimas respuestas, y lo que más me asombra no son tanto las ganas de preguntar o de contar como las de escuchar, con atención e interés, el deseo de conocer el universo del otro a través de sus palabras, una

manera de entrar en su vida. Con la esperanza de no salir más.

La naturaleza y ese extraño grado de intimidad que hemos alcanzado por teléfono en los días anteriores se repiten también ahora. Las mariposas, las volteretas, el estómago encogido y el corazón en la boca no han desaparecido. En absoluto...

—Hay un momento en que, si tienes el valor de escucharlo, puedes distinguir con claridad lo que el mundo espera de tu vida y lo que tu corazón espera de ti. Es cuando tienes que tomar una decisión: puede estar «en la línea» de lo que quieren los demás, o puedes ser feliz —dice antes de beber un poco de cerveza. A continuación me mira seria, y yo pienso que es una de las cosas más ciertas que he oído nunca. Es fantástico hablar con ella.

—¿Y tú lo consigues? ¿Sabes ser feliz? —le pregunto.

—No siempre, la felicidad es un lío. Perseguirla es un lío. Pero me gustaría encontrar el valor de seguir siempre a mi corazón, eso sí...

—Sí —contesto. Sólo eso, y me tomo un trago.

Angela debe de haber pensado que ha ido a meterse en un campo de minas y decide salir de él enseguida.

—¿Así que de mayor te gustaría ser profesor de instituto?

—Estaría bien, sí, pero bueno, antes que nada me gustaría seguir a mi corazón...

Sí, soy yo quien vuelve a entrar de puntillas en ese campo de minas; al fin y al cabo no me desagradaba en absoluto.

—Sí. —Esta vez lo dice ella.

La conversación continúa maravillosamente, fluye tan bien que no nos damos cuenta de que casi se ha hecho medianoche, y entonces ella dice que tiene que marcharse.

Pago y salimos.

En cuanto estamos fuera del pub, nos encontramos el uno frente al otro.

—Bueno, adiós...

—Bueno, adiós...

—¿Estarás mañana en casa? —le pregunto.

—Sí, a partir de las siete, más o menos.

—A lo mejor te llamo.

—Vale.

Estoy oficialmente colado. Perdido.

Sin ningunas ganas de encontrarme.

—Yo me voy por allí...

Señala uno de los callejones en la parte en que la piazza Trilussa se encoge insinuándose de forma poética en el Trastevere más viejo, el de los palacetes antiguos, pegados y con las venecianas verdes, el que está lleno de tiendas y pequeñas calles iluminadas con farolillos de hierro fundido, con la luz amarilla que se refleja en los adoquines y lo vuelve todo todavía más mágico.

—Yo por allá...

Con la barbilla, hago un gesto hacia un punto del Lungotevere en dirección al puente Sisto.

La luna se refleja en el río, y desde el puente puedes verla nítidamente, a lo lejos, al lado de San Pedro.

—Vale...

—Vale...

Nos despedimos mientras nos alejamos, dando pequeños pasos hacia atrás, como en una romántica moviola. Luego nos volvemos en la dirección a la que nos dirigimos y, a continuación, nos volvemos de nuevo para mirarnos, así hasta que ella llega a la esquina por la que debe torcer y yo choco con mi Vespa, atada a un poste de la luz. Entonces Angela desaparece, no sin antes saludarme otra vez con la mano y su sonrisa ilegal. Cuando desaparece detrás de un edificio, pienso que no puedo permitir eso de dejarla marchar así. Otra vez. Es mi oportunidad. De modo que empiezo a correr. Deprisa. Cuando llego a la esquina, me la encuentro delante. Ella también estaba volviendo hacia atrás...

Nos miramos a los ojos.

—Angela...

Me falta el aliento, y no es por la carrera.

—Sí...

Le falta el aliento, y no es por la carrera...

—Bueno, quería decirte...

—Sí...

Sus mejillas ya no están coloradas, están granate.

—Mmm... Bueno..., no... Te juro que esta vez no quería sólo decirte «adiós»...

Aprieto los puños.

—Y ¿qué querías decirme?

—Bueno... Y ¿qué quería decirte?... Y ¿qué quería decirte?... —Silencio, después añado—: Me ha gustado mucho verte...

—Ah, vale —y sonrío—, a mí también...

La miro y permanezco callado.

Luego levanto los brazos, casi en señal de rendición.

—¡Pues te llamo mañana! —En mi voz hay una pizca de desaliento, y mucha turbación.

—Sí...

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—Hasta luego...

Y nos alejamos unos pasos...

Pero cuando está a unos dos metros de mí, me da un arranque y vuelvo a llamarla... Grito «¡Angela!», voy hasta ella y le cojo las manos, entrecruzamos nuestros dedos, nuestra piel, nuestras vidas... Entonces me libero y por fin lo digo:

—¡Dios, qué guapa eres!

Ella no deja pasar ni una fracción de segundo y contesta:

—Entonces bésame. —Lo dice despacio, de una forma parecida a como lo haría si fuera una niña, con las vocales ligeramente abiertas, en un tono tremendamente sexy.

Siento que el pecho se me incendia, el ardor sube y baja, de la cabeza a los pies; en este momento todo el fuego del universo está en mi cuerpo, pero no me lo tiene que decir dos veces: la miro unos pocos segundos a los ojos, luego inclino un poco la cabeza, cierro los párpados y la beso.

Fue el beso más largo y maravilloso del mundo. Estaba Trastevere, estaba Roma, estaba ella, que era todo lo que yo quería, estaban nuestros sueños. Estábamos en Vicolo del Cinque, delante del número 11, un portal de hierro forjado, encajado en un marco de ladrillos antiguos, un edificio de éstos con hiedra en las paredes y las estrellas encima, de éstos con las nubecillas rosa alrededor que, junto a nuestros sueños, sirven de escalera hacia el octavo cielo, pero sólo si de por medio está el beso más hermoso de tu vida, sólo si tiene que ver con sus labios y su piel, sólo si puedes mirarla a los ojos y enamorarte sin parar; sí, todo era así esa noche, lleno de poesía, nunca podré olvidarlo, estábamos allí, abrazados, suspendidos. Enamorados. Yo me apartaba de vez en cuando, pero sólo para volver a mirarla mientras le acariciaba el rostro, para asegurarme de que no era un sueño, o esperando que lo fuera. Cuando echo la vista atrás, veo que no era un beso, era un milagro, era volar, era la prueba de que el amor llega en un instante y que, cuando te alcanza, desbarata todas tus expectativas, tus convicciones, tus proyectos. El amor llega y pone boca abajo el sentido de todo. La dirección de los elementos. Transforma el ruido en música, vuelve de colores lo que parecía grisáceo y sin vida. El amor es eso: tu carrera hacia ella, el pulso acelerado, la voz entrecortada, la dificultad para respirar, las palpitaciones, una pared que se derrumba, el cielo que cae, la tierra que tiembla. El vacío. Volar.

Nuestro amor todavía no había empezado y ya era infinito...

9

CUENTOS

Diario de Laura

19 de julio, 0.45 horas

El concierto de los Thegiornalisti con Bea ha sido una pasada, en una vieja fábrica abandonada y rehabilitada para eventos musicales, luces bajas, un poco estilo post rock electrónico, ambiente sugerente. Cuando han tocado *Proteggi questo tuo ragazzo*, ha estallado todo y yo casi lloraba. ¡Me encanta esa canción!

Hemos tomado cerveza, y fumado, y viajado con el pensamiento...

Mientras sonaba la música y yo me sentía tan bien, he comprendido que los ingredientes para tener una vida hermosa son pocos y sencillos, y precisamente tienen relación con la música y la cerveza. Y con la hierba.

Confío en Bea. Es de las que no juzgan, no sermonean, tiene los pies en la tierra, habla cuando es necesario y calla cuando no hacen falta palabras. A veces nos entendemos con una mirada, con una ojeada, sólo me pasa con ella y con Camilla. Dentro de unos años espero ser como tía Bea: ecléctica, brillante y lista. En fin, la pasada noche ha sido una de esas veces en que a las dos nos apetecía hablar, hemos charlado un montón: de los hombres, de música, del futuro... También de Marco, ese gilipollas. Y de papá. Ella lo aprecia mucho; a pesar de reconocer sus limitaciones, dice que es una buena

persona, que tiene muchísimas virtudes, y que deberíamos buscar puntos de encuentro bajando las defensas, acortando distancias, no lo sé... A mí también me gustaría tenerle el mismo aprecio que ella, el mismo que le tenía cuando era pequeña...

Todavía no me ha dicho si me dejará ir de vacaciones a Grecia... Cuando lanzamos palabras que caen en el vacío, me pregunto: ¿somos nosotros quienes erramos la puntería, o nuestros interlocutores están poco interesados en escuchar?

He hablado de ello con Bea. A ella también le parece absurdo que papá no quiera dejarme ir y que ponga tantas pegas, me ha prometido que intentará hablar con él. Cuando le he dicho que no había modo de comunicarme con él a ningún nivel, me ha contestado: «En el pasado a menudo metía la llave y no giraba. Intentaba hacer más fuerza. Incluso empujando con el hombro. Pero nada. Luego comprendí... y me sentí como una tonta: sólo tenía que girar el pomo, la puerta estaba abierta... Porque la puerta, cuando es la adecuada, siempre está abierta...».

Me ha hecho reflexionar un montón... Sobre él, y también sobre Marco... Si hubiera querido girar el pomo, lo habría hecho, y habría venido hasta mí, dejando todo lo demás, mi puerta estaba abierta. Y lo estaba sólo para él. Bea dice que quien te hace sentir culpable no es una persona que quiera estimularte, es sólo un gilipollas. Y hay que tratarlo como tal. ¡Y tiene razón, joder! No podemos pretender ser la primera opción de nadie, pero podemos pretender ser la primera opción de nosotros mismos. Porque luego aprendes a reírte en la cara de quien te traiciona y a sonreír en el corazón de quien te ama... Aunque me pregunto: ¿a mí, quién me ama?

Antes he leído una publicación en Tumblr de un tal Loy. Me ha impresionado:

Si yo fuera un hijo de puta, sería un hijo de puta de la hostia. Sé ser el mayor hijo de puta de todos los hijos de puta. Sé cómo hacerte perder la cabeza, cómo usar las palabras, dónde poner las manos, la lengua y todo lo demás. Pensándolo bien, un hijo de puta tiene que ser etéreo, sin cargas sobre los hombros, sobre la cabeza y sobre el corazón. Sin una mierda que perder, por eso nadie está mejor

que un hijo de puta. Por eso nunca hay que meterse con un hijo de puta o, peor aún, «contra» un hijo de puta. No tener nada que perder no es una decisión, es una condición mental; en un momento determinado sientes que estás solo, y que el mundo es tu parque de juegos. Para ti, las personas no tienen corazón o exigencias, son pasatiempos y desafíos de distinto nivel. Y todo eso porque tú quieres, porque quieres cogerlo todo y no devolver nada, y sólo lo haces porque eres un hijo de puta, no por otra cosa. Pues muy bien, ¿quieres vivir así? ¿Quieres ser un hijo de puta? ¡Pues vive así! Pero recuerda, antes o después encontrarás a alguien más hijo de puta que tú, mucho más que tú. Y no será bonito. Pero, al fin y al cabo, un verdadero hijo de puta no piensa en esas cosas...

Me gusta su estilo, aunque sea crudo y brutal, y me gusta el tono.

Antes o después encontrarás a alguien más hijo de puta que tú, mucho más que tú. ¡Y no será bonito, Marco! Pero, al fin y al cabo, tú eres un verdadero hijo de puta, ¿verdad? Y no piensas en esas cosas...

Como siempre, Zagal me hace soñar; lo leo mientras escucho a Marco, mi amor, con *Parole in circolo*:

Eh, amor mío, ni te imaginas cómo me gustaría hacer una locura, ahora, a estas horas de la noche, contigo. No te imaginas cómo me gustaría que fuera posible. Iría a buscarte, allí donde estuvieras, cogería el coche e iría. Llevaría las sudaderas, cervezas, velas y el saco de dormir. Luego conduciría contigo a mi lado hasta la playa. Y estaríamos abrazados. Y nos contaríamos un montón de cosas. Y haríamos el amor..., como aquella noche que condujimos hasta Sabaudia. ¿Te acuerdas? Hacía poco que nos conocíamos, pero ya estábamos locamente enamorados. Yo temblaba de emoción. Bueno, tú recuérdame, si puedes, como ese chico un poco cortado que una noche te estuvo cogiendo la mano hasta el amanecer y te hizo sonreír diciéndote que eras la cosa más bella que había visto nunca. Porque era cierto: tú, amor mío, eres la cosa más bella que he visto nunca...

Si haces sonar las cuerdas más profundas y escondidas del corazón de una mujer, luego no puedes dejar de tocar sólo porque la música te aburre o no es para ti... Eso no es sólo música, es la melodía que habla de ella, es su historia, la parte más frágil y preciosa de su vida...

Así es, si juegas con el corazón de quien te ama, no eres «grande», eres el hombre más pequeño del mundo.

Los hombres como Zagal tal vez no existan, existen sólo en los cuentos y en internet, pero cuando leo sus palabras, sueño, y es bonito. Es precioso

sentirse como una princesa, aunque sólo sea por un instante, cerrar los ojos y creer un poco en los cuentos...

Mis buenas noches las confío a mi blog:

Buenas noches a ti, que te caes y te levantas cada vez más bella; algunas veces hace frío sin ese abrazo que te hacía falta, algunas veces llueve dentro de tu corazón, porque cuando te desequilibras, estirándote para tocar el punto más bello, el que está más arriba, el único que realmente puede hacerte sentir bien, te arriesgas a perder el equilibrio y caer hacia abajo. Pero sabes que vale la pena, y sabes que es el único modo en que quieres vivir, poniendo el corazón y toda tu vida. Así pues, coge mi mano, estoy aquí, no te soltaré. Y buenas noches, buenas noches a ti...

10

¿TÚ Y YO JUNTOS?

19 de julio

Bo Diddley suena de fondo con *I'm a Man*. Marta y yo estamos sentados a una mesita de la esquina. Es un viernes por la noche de finales de julio, en el local no hay demasiado bullicio, y eso, en otras circunstancias, debería ser una buena noticia.

No paro de jugar con mi encendedor Zippo, lo abro y lo cierro, clic, clic, clic, clic, y no dejo de repetir la última palabra de su enésima, obvia, aburrida reflexión.

—¡Ostras, Leo, fue electrizante sentir tanta emoción!

Y yo:

—Eh, sí, me lo imagino, emoción...

Y ella otra vez:

—Y además, venga, esos que se obsesionan con una relación amorosa, incluso cuando no hay manera de que funcione, en contra de cualquier lógica... Pero qué imbéciles, qué idiotas, ¿o no? —Se ríe de forma grosera.

Y yo:

—Claro, idiotas...

—¿Lo entiendes? Yo creo profundamente en el amor, para mí el amor es en realidad lo más importante.

—Sí, entiendo... —Esbozo una sonrisa de circunstancias. Esta noche ya ha terminado y ni siquiera ha empezado.

A Marta sólo la he visto una vez, me la presentaron hace tiempo unos amigos con los que coincidimos una noche en un club de jazz, con motivo de la presentación de «Boom, boom», el nuevo álbum de Michele Villari, un intérprete que me encanta. Acabamos en la cama esa misma noche, en su casa. Es traductora, realmente hermosa y excitante, una bomba. Alta, atlética, llena de tatuajes, y tiene diez años menos que yo. Pero no la soporto. Y si la primera vez no surgió con claridad, ahora nuestra incompatibilidad es arrebatadora.

Hemos decidido volver a quedar, nos hemos citado en el centro, delante del Panteón, luego hemos entrado en un bistró bastante famoso que ambos conocíamos, muy bonito, donde ponen blues y sirven excelentes embutidos y quesos de calidad. En nuestro diálogo por WhatsApp, las recíprocas intenciones habían quedado claras: una agradable velada, un buen vino, y... Pero, bueno, no habrá ningún «y...», ya me arrepiento de haber quedado con ella. Joder, me siento tan incómodo... Habla de amor, pero no sabe de lo que habla, dice que lo necesita, pero no sabe lo que dice. Y mucho menos lo que necesita. Se excede en todo, en los adjetivos, en los gestos, en el tono de voz, en la pose. En las carcajadas inconexas. En la hipocresía.

Lo que me iría bien ahora es otra cosa. Filippo. Su compañía, su loca, compulsiva, paranoica sinceridad.

—¿Por qué no tienes novia?

Todo tiene un límite.

«¡Dios! Y encima esto...», pienso, y bajo la cabeza, intento pensar en una respuesta cualquiera. Sonrío con una pizca de sarcasmo y dejo la copa de vino sobre la mesa, es un Nero d'Avola. Lo mejor de las dos últimas horas.

Ella continúa:

—Eres guapo, interesante, no te falta nada... La pregunta viene a cuento, ¿no?

—Bueno, sí... ¡No!

Otra sonrisita sarcástica, luego abro los brazos torciendo un poco la boca, casi como si quisiera justificar ese «no» rotundo.

—Y ¿por qué? ¿Te parece ofensiva?

—No, ofensiva no, me parece superficial, me hace pensar que tal vez, en el fondo, la idea del amor que dices tener tampoco es que sea tan profunda...

—No te sigo, Leonardo... —no podría poner una cara más sorprendida y molesta—, ¿de modo que me estás diciendo que si no tienes novia y estás solo es porque crees de una manera demasiado profunda en el amor?

—Eso es, aun así..., soy un soltero que no está solo: veo parejas en las que ambos están solos a pesar de no ser solteros, hay una diferencia... — Levanto un poco las manos fingiendo casi disculparme por la puntualización y luego continúo—: Y, de todos modos, no es exactamente así, me refiero a lo de creer «de una manera demasiado profunda en el amor», pero voy mejorando... —y le guiño el ojo.

—¿Y entonces? —Ahora está irritada—. ¿Por qué estás solo y no tienes novia?

—Me lo suelen preguntar, ¿sabes?... «¿Tienes novia?» Y cuando digo que no, por lo general me preguntan por qué. Y yo contesto: «Porque, cuando llegue, será algo especial, y las cosas especiales son raras. Porque, cuando llegue, la elegiré, nos elegiremos, no como dos personas que necesitaban a alguien cualquiera para no quedarse solos, sino como dos personas que tenían ganas el uno del otro como si todo lo demás no tuviera sentido...».

«Y esa cosa rara —pienso—, en mi corazón, ya ha sucedido, precisamente hace diecinueve años y cuatro meses, y no, no volverá a suceder otra vez.» Pero eso no lo digo, se queda guardado en un rincón de mi corazón, alejado y protegido de todo. En especial de Marta y de su superficialidad.

Luego añado, sin concederle la posibilidad de replicar:

—No te ofendas, de verdad, pero no creo que sea necesario continuar, si no te molesta...

—¡A mí me parece que estás solo porque eres un gilipollas, un completo gilipollas! —grita muy fuerte.

—Bueno, ahí lo tienes...

—¿Qué quieres decir con «bueno, ahí lo tienes»? ¿Te comportas de esta manera y pretendes que no te lo eche en cara?

—No es necesario levantar la voz, es embarazoso...

Ni siquiera la miro mientras se lo digo; miro avergonzado al camarero, que nos está observando como si fuéramos el espectáculo de la noche. Y en efecto lo somos.

—¡¿Me estás diciendo que soy embarazosa? ¿Que soy vulgar?! —sigue gritando—. ¡Vete a la mierda, imbécil! ¡Además, follas fatal!

Se levanta y sale del local.

Es absurdo. Es absurdo que ahora me ponga a sonreír yo solo, de un modo tal vez un poquito histérico, y a continuación me eche a reír, neurótico y un poco ridículo. Pero me parece un milagro que se haya marchado... Cojo la copa, la levanto para brindar en dirección al camarero, que sigue mirándome divertido.

Saco el teléfono y empiezo a escribirle un whatsapp a Filippo:

Leo: ¡Por favor, dime que estás en el centro y te apetece beber!

Filippo: Eres un chico con suerte, yo siempre lo digo, has nacido con la flor en el culo. Eres bueno, doctor, tú tienes talento...

Leo: ¡Ja! ¡Ja! Fil, tú y tus citas... ¿Estás por aquí? #

Filippo: ¿¿¿Qué citas??? Acabo de cenar con un cliente, estoy en piazza di Grecia, ¿tú dónde estás?

Leo: ¡Qué grande eres! Estoy en la zona del Panteón, en el P23.

Filippo: ¡Dentro de 10 minutos estoy ahí!

Mientras lo espero, bebo y me encuentro con la mirada perdida en el vacío, y también la mente. Sigo pensando en Marta, que habla de amor: el amor... Lo que quiero decir es ¿qué coño sabrá ella? ¡Nadie sabe nada, nadie!

Estoy tenso, inquieto. Me estoy pasando y me doy cuenta, pero no logro retenerme.

Y yo, ¿qué puedo saber yo del amor? Yo, que, todo el mundo lo sabe, suelo confundirme. Me confundo siempre. Confundo el *querría* con el *podría*, ser sofisticado con ser un gilipollas, el juego con la perversión, las

palabras con las palabrotas, las palabrotas con la vulgaridad, el gusto amargo con el mal gusto. Me gustaría hablar de amor, lo juro, pero no sé nada de amor. Me gustaría declinar su significado de mil maneras, pero no conozco siquiera una. Me gustaría hablar del sudor que sabe a amor, y del amor sudado, del amor traicionado, de la traición por amor, del ansia que te deja sin aliento, de la dificultad para respirar, de la falta de aire, de los sueños sin sueño que nunca dejan de provocar pesadillas, del orgullo agonizante, de promesas no mantenidas, de esposas prometidas, de esposas comprometidas. De notas dejadas allí, como cartas de amor, como cartas de adiós, como veneno para el futuro. Me gustaría hablar de Angela, pero me siento mal sólo con nombrarla. Me gustaría hablar de palabras lanzadas en el «para siempre», en el «nunca más», en el infinito. Que luego era un minuto, ¿eh?... Que luego, el infinito, digo, era un minuto, sólo un minuto. ¿Hay algún físico o filósofo escuchando? Si es así, os pregunto: el infinito, ¿puede durar sólo un minuto? Si es así, no me lo digáis, no quiero saberlo. Si no es así, no me lo digáis, no quiero saberlo. Y es que el amor pregunta, pero no quiere saber, interroga, pero no escucha, escucha, pero no entiende, entiende, pero poco y mal. Malinterpreta, amplifica, refleja. Y si supiera algo de todo este asunto, ¿acaso no le hablaría de ello al mundo? Tampoco soy tan idiota. Pero ¿qué coño sabré yo? ¿Qué coño sé del estremecimiento que te regala Chopin, o del amor que vibra con las cuerdas del violín rock de David Garrett cuando toca *November Rain*? ¿Qué coño sé de que cuando Lisa Jaeggi canta *All Over Now*, yo, el amor, en toda su conmovedora pasión, lo siento correr por las venas? ¿Qué coño sé de Levov *el Sueco*, de su perfección, del sueño americano, de su drama personal, que resulta ser el drama de todos nosotros, qué coño sé del amor que hay en las páginas de la novela de Roth? ¿Qué coño sé del perdón y de la liberación que nacen del amor y te conmueven mientras miras la escena final de *Crash*? ¿Qué coño sé de por qué, cuando escucho Marracash con *Bastavano le briciole*, siento ternura, y pienso en mi padre, en mi abuelo, en los orígenes, en las raíces, en mi familia? ¿Y yo qué coño sé? Yo, yo, que confundo el «hasta luego» con el «adiós»... ¡Ja, ja! ¡Dios! ¡Tiene gracia..., el «hasta luego» con el «adiós»! Pero qué imbécil que soy... Angela dijo «hasta luego» aquella mañana antes de que yo saliera. En

cambio, era un «adiós». En cambio, era un «adiós», y yo allí, como un tonto, esperándola. Antes de leer aquella carta que no decía nada. E incluso después de haberla leído...

Yo no sé nada del amor, pero lo siento a mi alrededor. En algunos sí, en algunos no, en ciertos abrazos que te calientan el corazón, en ciertos dedos que se han entrelazado y que, tal vez, volverán a entrelazarse. En ciertas miradas que tal vez se funden, en ciertos colores que a veces generan otros. En ciertas interminables pausas antes de la noche, en los interminables suspiros antes de las pausas. Y es que hace ya unos meses que, con el propósito de entender, me peso todos los días, y me gustaría pesar lo justo. No pesaba mucho..., pero apuntaba maneras, y empecé a alimentarme bien. Sí, vale, tendría que evitar algunas porquerías, pero a la mierda, el instinto me jode, así que como. Como de todo, y bebo de todo. En compañía...

Por suerte, la llegada de Filippo me aparta de este delirante monólogo.

—¡Leooo! —grita, grita muchísimo, pero no me incomoda.

—Ya estás aquí.

Me levanto y lo abrazo con fuerza, como si llevara meses sin verlo. Él, Bea y Matteo son mi familia, además de Laura. Y eso también es amor.

Es muy alto y delgado, está bastante en forma, tiene la tez blanca y los ojos astutos. Lleva un bigote largo y negro que me imagino que causa sensación. No sé decir si objetivamente es guapo, pero sin duda es un hombre que gusta muchísimo. Además, las más jóvenes se sienten fascinadas por su dinero y por ese aspecto modernillo que, sin embargo, debo admitir, nunca raya lo *trash*, es más bien una fusión entre un hippie y un pijo de nuestros días. Un poco hípster. Y además es simpático, muy simpático, a veces incluso sin darse cuenta.

A Filippo, al igual que a Matteo, lo conozco desde hace mucho tiempo. Llegó a Ostia unos años después que nosotros, fuimos juntos al instituto, luego encontró trabajo enseguida, no le apetecía estudiar, quería ganar dinero con rapidez, quería «vender», cualquier cosa, tenía las ideas claras. Ahora trabaja de agente inmobiliario y creo que es realmente bueno, a juzgar por el

dinero que llega a meterse en el bolsillo.

Es un tipo raro, digamos que un poco friki. Entre sus rarezas, por ejemplo, además de varias pequeñas y cómicas manías, o su relación obsesiva con el dinero, el sexo y las mujeres, está su fijación por citar fragmentos de canciones, libros o películas famosos y sostener que son fruto de su imaginación y que la coincidencia es puramente casual. «Porque, al fin y al cabo, si se le ha ocurrido a él, ¿por qué no puede haberseme ocurrido a mí?» Nadie ha acabado todavía de entender si lo dice en serio, si es así o se lo hace. No lo entendió ni su exnovia, a pesar de ser psiquiatra...

En resumen: está bastante loco, un poco pasado de vueltas, o al menos ésa es la imagen que quiere dar de sí mismo. Pero también es tremendamente sensible y leal, sólo hay que conocerlo, y para eso hace falta poner un poco de empeño, como con cualquiera, no basta con quedarse con las apariencias; si de verdad quieres hacerte una idea de las personas, hay que ir más allá.

Recuerdo un episodio que lo dice todo de él. Teníamos diez años, era la época en que llegó al pueblo con su familia, aunque una tía suya ya vivía allí desde hacía tiempo. Una tarde, con otros chicos, quedamos en casa de esa tía, la señora Giancarla, que residía en la planta baja de su edificio; poseía un gran jardín donde solíamos jugar al fútbol, era muy hospitalaria. Filippo se puso a hablar con los periquitos que la tía tenía en una jaula encima de una mesa delante de la cocina. Costó mucho explicarle que no iban a contestar porque no eran del tipo de pájaro que repite lo que dices... Pero él continuó. Parecía fascinado por esos animalitos. Aplaudía, saltaba, cantaba. Les hablaba, les sonreía... Después, mientras nosotros jugábamos con el balón, él cogió un palillo de madera fina, de esos que se usan para las brochetas, y empezó a molestar a los periquitos, desde fuera, metiendo el palillo entre las pequeñas varillas de la jaula, pinchándolos tranquilamente..., pero puede que pinchara demasiado fuerte y acabó con ambos. Muertos. Poco después, la tía, recelosa por el silencio, se acercó y encontró a Filippo, impassible, mirando a los pobres pájaros muertos. Ella empezó a chillar y a llorar, les tenía mucho cariño. «¿Qué has hecho?!», gritaba. Él permaneció inalterable, casi petrificado. Luego, al cabo de un rato respondió: «Sólo estaba jugando con ellos..., les hablaba..., incluso les he contado un chiste, a lo mejor se han

muerto de risa...», y esbozó una media risita histérica, completamente fuera de lugar.

La tía se disgustó mucho, nos echó y no quiso volver a vernos. Unos días más tarde le pregunté a Filippo por qué se le había ocurrido decir esa idiotez de mal gusto, y él contestó: «¡Era una broma, para quitarle hierro! ¡Vamos, un poco de ironía!», esbozando una media carcajada. A lo que yo le dije: «¿Qué mierda de broma es ésa, Filippo? ¡Esos periquitos acababan de morir!», pero lo miré a los ojos y vi que estaba llorando.

Ahí entendí que Filippo, detrás de su manera de ser «extraña» y en cierto modo arrogante, escondía su verdadera naturaleza, sensible y frágil. Tal vez fuera una defensa, quién sabe. Al fin y al cabo, sólo teníamos diez años.

Lo abracé fuerte, sin añadir nada más, y él se dejó abrazar.

Un verdadero amigo, cuando estás a oscuras, no enciende la luz con violencia, sino que se sienta a tu lado en silencio.

No volvimos a hablar de ello. Y quedó claro que seríamos amigos para siempre.

—Y por eso —concluye su monólogo—, pues bueno, he pensado en cambiarles el nombre a todas, una por una. —Mientras dice «una por una», pasa el dedo por el borde del vaso y dibuja círculos imaginarios.

—¿A todas? —pregunto, siguiendo ese maldito movimiento circular del dedo que casi me hipnotiza.

—Sí, a todas.

—¿Me estás diciendo que has cambiado el nombre a veinte mil fotos?

—Sí, exacto. ¡Incluso a los selfis! —Y se ríe satisfecho, dando un puñetazo en la mesa como diciendo «soy un crack».

—Pero ¿qué coñ...? Filippo, pero ¿por qué?

—Porque ahora sólo tendré que utilizar una palabra clave para encontrar inmediatamente la que busco.

—Y, veamos, ¿cómo lo haces para recordar cómo se llama cada foto?

—Ja, ja, ja. —Suelta una carcajada satisfecho, y entre líneas parece poder leerse «qué pardillo»—. Piensa, Leo, piensa... —Se me queda mirando para

ver si consigo seguirlo, y se lleva a la sien el mismo índice mágico de los círculos imaginarios.

Permanezco en silencio, y él prosigue:

—No tienes que acordarte..., ¡eso es lo bueno! —Hace una pausa, junto con una expresión socarrona, de esas que preceden al aplauso—. ¿Eh? Leo, ¿me sigues? —Abre la boca en lo que parece una imagen congelada de una carcajada. Al final se toca el bigote, juega con él mientras espera la gran ovación.

Yo esbozo una sonrisa, como si le siguiera la corriente a un loco, después me veo obligado a preguntarle:

—¿O sea?

—Piensa, Leo, piensa... —repite—. Si tú le pones un determinado nombre a una foto, será por alguna razón, ¿no? ¿Verdad? ¿Verdad, Leo? —Otra vez esa expresión indagadora, para ver si lo entiendo—. Es eso, sólo tienes que seguir tu propio recorrido mental. Fácil, ¿no?

«Fácil, ¿no?», lo dice con el tono del padre que le ha revelado la solución del problema de matemáticas a su hijito. Y a continuación vuelve a mostrar la imagen congelada de una carcajada, y más círculos imaginarios con el índice mágico en el borde del vaso.

—Sólo tienes que preguntarte cómo llamarías a la foto que estás buscando y, ¡tachán!, ahí tienes el nombre... —Suelta otra carcajada satánica, liberadora, una mezcla de Gargamel y Drácula.

—Pero ¿no te bastaba con ordenarlas en carpetas? No sé, por ejemplo, «París», «Cerdeña», «Donatella y yo», cosas así, como la gente normal...

—Pero ¿tú sabes cuánto tiempo inútil malgastamos buscando archivos en el ordenador? ¿Te lo has preguntado alguna vez? ¿Eh? ¿Nunca has echado la cuenta, Leo?

—No, Filippo, la verdad es que no, nunca lo he calculado, no sé cómo se me ha podido pasar...

—No me cabía duda, Leo, pero afortunadamente para eso estoy yo...

Me apunta con el dedo con orgullo.

—Filippo, pero ¿qué coñ...? Pero ¿a mí qué me importa cuánto tiempo perdemos buscando fotos? —Levanto un poco la voz en plan de broma.

Él se ríe y de repente cambia de tema.

—Oye, ayer me tiré a una... de bandera, oh —dice casi en voz baja, acercándose, fingiendo discreción.

—Bien.

—Veintiún años...

—¿Veintiuno? ¿No es un poco joven?

—¿Joven? Sí, bueno, tal vez... Pero es mayor de edad, ¿no?

—Sí, claro... ¡Tiene casi la misma edad que Laura, o sea, yo soy el último que puede hablar, ¿eh?! Pero veintiuno...

Se ruboriza y pregunta, poniéndose serio por un momento:

—¿Ahora qué tiene que ver Laura? —Se toca otra vez el largo bigote negro.

—No, nada, lo he dicho por decir... De todos modos, eh, venga, es una gran noticia... ¿Te gustó?

—Mucho, trabaja de modelo... ¡Ya verás, mira qué tía! —Me enseña una foto en el móvil. Una chica preciosa, nada que decir—. También le atrae el dinero y la buena vida, la llevé a comer pescado a Mariuccio, en Fregene, luego al FashionStar de via Veneto, en Porsche, champán y luego a casa.

—Bea me contó que habías perdido la cabeza por una...

—Ah, sí, pero luego se me fue pasando... Me decepcionó, me esperaba otra cosa... —Casi parece indignado.

—¡Venga, deja ya de poner esa cara, no se la cree nadie! Y, veamos, ¿en qué te decepcionó? ¿No sería, por ejemplo, porque no estaba de acuerdo con que mantuvieras al mismo tiempo otras diez o quince relaciones paralelas?

—Leo, por favor, no empieces tú también, ya sabes cómo van estas cosas, entre hombres podemos entenderlo, ¿eh? —Me da un codazo.

—¿O es que a ella también le dijiste eso del hijo?

—¿El qué? —Está en las nubes.

—Eso que le contaste a la última de la que estabas locamente enamorado... Espera, ¿cómo era? «Si te quedaras embarazada, claro que tendría a ese hijo, cariño, lo tendría en tu casa...» —Y me ríe con ganas.

—¡Tú y los demás no habéis captado el sentido de la frase, de mi gesto de generosidad!

Levanta el dedo casi reprendiéndome, pero visiblemente divertido.

—¡Eres terrible!

—Leo, Leo, tú, tú que eres distinto, al menos tú, en el universo...

—Mia Martini.

—¿Qué?

—Mia Martini. Es una canción suya.

—¿Mia Martini? ¡No! Se me ha ocurrido ahora, de repente... ¿De verdad ella también lo dice? ¡Venga ya, es increíble! ¡Te juro que no la he oído nunca! ¡De todos modos, eso de cantar no se le daba mal, ¿eh?! Me estás haciendo un cumplido indirectamente...

Parece de verdad convencido, es absurdo.

—¿«No se le daba mal»? ¡Fue la más grande! Pero bueno, vale, está bien, te creo... Oye, dime una cosa: ¿tú sigues pensando en Bea?

—¿En qué sentido?

—¡Cómo que en qué sentido, venga...! Estuvisteis juntos, ha pasado un milenio, de acuerdo, pero bueno, a veces os veo discutir y pincharos de esa manera vuestra que, no sé, me preguntaba si tal vez tú todavía...

—No te sigo...

Sí que me sigue, pero no tiene ganas de hablar del tema.

—Está bien, Fil, he dicho una idiotez..., déjalo estar.

Esta vez me mira fijamente a los ojos y, sólo por un instante, serio. Los arruga un poco, casi como si quisiera esconder su dulce lado frágil. Y yo finjo que lo ha conseguido.

—¿Quién no dice idioteces, querido Leo, quién? ¡No somos perfectos! Estamos hechos de aspectos positivos y negativos, ya lo sabes. Mírame a mí: soy guapo, rico e inteligente. Pero también tengo virtudes. —Y ahí está otra vez su expresión simpática y granuja.

Ha pasado el peligro, Filippo, todo está bajo control.

Nos tomamos la última y salimos del local.

Nos despedimos calurosamente, prometiéndonos que nos llamaremos para la cena de sushi que haremos todos juntos. Luego me pregunta si el domingo iré a ver el partido de la Roma con él y Matteo, pero declino la invitación sin vacilar.

Al cabo de unos minutos estoy en el coche, enciendo la radio, ponen a Ed Sheeran con *Shape of You*.

Y el pensamiento va hasta Angela... ¿Qué haces ahora? ¿Con quién estás? A lo mejor estás durmiendo...

¿Tú y yo juntos? Tú y yo juntos habríamos sido cuatro, y habríamos hecho un montón de ruido. Te habrías cabreado a menudo, por supuesto, pero luego por la noche te habría abrazado un buen rato para calmarte. Por detrás. Hasta que me hubieras echado porque tendrías calor, o porque tú, de vez en cuando, necesitas sentirte libre. Y porque yo, de vez en cuando, necesito que te sientas libre. Para, a continuación, volver a mi pecho, acurrucándote sobre mí, para que te hiciera caricias en la cabeza. Para recoger el amor. Para dármelo. ¿Tú y yo juntos? Tú y yo juntos habría sido bonito. Mucho. Juntos pasamos diecinueve meses, y cada uno de los días fue el más increíble de mi vida. Pero si tengo que recordar algo de ti, algo que me haga vibrar el corazón en cada ocasión, pues sí, son los detalles, las cosas aparentemente más pequeñas, esas que son sólo tuyas: el lunar debajo del ojo, la cicatriz en la tripa que siempre besaba, la quemadura en la muñeca, tu turbación cuando te decía que eras maravillosa, te ponías seria y te ruborizabas, esa turbación de quien no sabe que lo es y, sin embargo, es la criatura más bella del universo. La mujer de las maravillas, la que te cambia la vida, lo hace con una sonrisa. Te estalla dentro con una mirada y te ofrece el espectáculo más sexy del mundo, se desviste poco a poco, despacio, quitándose capas de miedo y de discreción, y luego te muestra su corazón, completamente desnudo.

DÍA 2.567

Navego desde hace unos dos meses por el océano Atlántico Norte. En Cabo Verde (latitud 14° 58' 7.201" N / longitud 24° 3' 21.38" O), hace diez días, cerca de la costa, algunas personas me localizaron, pero luego nada...

11

EL LUGAR MÁS HERMOSO EN EL QUE HE ESTADO ERES TÚ

12 de marzo de 1999

Durante los días que siguieron al primer beso, nos llamamos a diario, varias veces al día.

El sábado la invité a cenar en mi piso de dos habitaciones, un pequeño semisótano en la via Berlinguer, en un edificio elegante, a cinco minutos en Vespa de la Sapienza. Es un poco oscuro, sólo tiene tres pequeñas ventanas, una en el baño, una en el dormitorio y otra en la habitación más amplia, que hace de recibidor, salón, despacho y cocina. Las ventanas están situadas muy arriba, a causa del terraplén de aproximadamente un metro y medio de altura que rodea el apartamento; sólo se pueden abrir a través de un mecanismo basculante que consta de una abrazadera de hierro que sale del marco y acaba con una manivela con un mango de plástico negro que rechina. En el salón hay un sofá marrón, de piel lisa y descolorida, con unos reposabrazos enormes y suaves. En medio, una mesita de madera, rectangular, y cuatro sillas. En el suelo, un maravilloso y desgastado parquet y una gran alfombra que va de tonalidades púrpura a burdeos. La cocina está compuesta por un mueble de acero con horno y fogones, una campana, un fregadero de cerámica, una vieja nevera blanca rebosante de adhesivos e imanes y una

pequeña alacena antigua con cristales en las puertas. En las paredes, pósteres, palabras, canciones, cuadritos, una diana con dardos, un espejo con una pantera rosa fumando en el centro. Encima de un mueble, en una esquina, el televisor, de tubo catódico, evidentemente, con la pantalla cuadrada y redondeada y el marco exterior negro, un Brionvega, regalo de mis padres que no lo usaban desde hacía años y lo tenían guardado en el sótano.

Este piso de dos habitaciones es, para mí, el lugar más hermoso del mundo en el que vivir.

Y Angela y yo, esta primera noche, estamos aquí, sentados frente a la mesita de madera bastante desgastada, comiendo una hamburguesa y bebiendo cerveza. Ella lleva una minifalda, una blusa escotada y un jersey negro con botones, abierto. Medias de rejilla. Tacones. Los labios pintados de rojo.

He grabado un recopilatorio en una cinta.

Suenan los Oasis con *Don't Look Back in Anger*, ella está sentada sobre mis piernas y nuestros ojos no se despegan ni un segundo.

—Sería bonito coger un trocito de cada uno de nuestros sueños, los que hemos deseado y dibujado en nuestro corazón, a los que hemos dado una forma y un nombre; sí, sería bonito cogerlos y ponerlos juntos, dentro de una mochila que nos colgaríamos a la espalda un rato tú y un rato yo, una de esas pequeñas, sencillas, en las que caben pocas cosas.

—Sería bonito, sí, sería precioso... —Angela asiente, bebe y sonrío.

—Los sueños tienen una característica mágica: no pesan, pero sólo si crees en ellos y los llevas siempre contigo. Dentro de ti. Vayas a donde vayas. Es por eso por lo que en nuestra mochila cabrán todos nuestros sueños y no pesarán absolutamente nada: porque yo creo en ellos, en los míos y en los tuyos. Pase lo que pase. —Enciendo un cigarrillo de esos que se lían con tabaco y papel y doy una profunda calada, echo el humo y continúo—: A veces nuestra vida está tan lejos de la que nos gustaría tener que dan ganas de abandonarse..., y entonces cerramos los ojos y dejamos hacer a la fantasía...

—Ella me mira encantada y siento que ya somos eso que algunas parejas no son al cabo de años y años de palabras, de cimentaciones, de tentativas—. La fantasía es como el amor: nos hace libres, anula las distancias, colma los

vacíos. Y, algunas veces, al igual que el amor, hace que sucedan cosas que las acciones reales no podrían conseguir: como crear historias en las que dar vida a nuestros corazones y a nuestras fragilidades, a los deseos y a las esperanzas. Historias en las que redimir las derrotas y los fracasos. Historias en las que refugiarnos todas las veces en que este mundo no nos baste, o nosotros no le bastemos a él. Es por eso por lo que, en la mochila, antes de partir, junto con nuestros sueños, meteremos un bolígrafo, para escribir esas historias, y lápices de colores para colorearlas... No hará falta que llevemos goma, porque no habrá nada que borrar.

—¿Y siempre escribiremos historias nuevas? —pregunta ella como lo preguntaría una niña.

Es la primera vez que percibo su necesidad de garantías, de seguridad.

—¡Pues claro! Y después las colorearemos como nos guste, e inventaremos cada vez un final distinto, por eso no terminará nunca...

—¡Me parece tan... fantástico!

—Yo escribiré cada vez nuevas historias para ti, Angela, nuevas formas, nuevos caminos, nuevos colores... ¡Será nuestra historia, nuestro camino, y cada vez será distinta, y tú serás siempre hermosa, porque siempre serás feliz!

—¿Como si fuera un cuento?

—Lo nuestro será un cuento, un cuento nuevo cada vez, sólo que no empezará con «Había una vez», sino con «Una vez para siempre».

—Dios... —Me mira y sólo dice eso. Al cabo de unos segundos añade—: Y ¿cómo puedes saber que siempre seré feliz?

—Porque yo cuidaré de ti, por eso lo sé.

—¿Incluso cuando seamos viejos y yo ya no sea hermosa?

—Tú serás todavía más hermosa, porque llevarás dentro todas esas historias, todas esas ideas, todas esas formas. Y toda esa felicidad.

Ella sonrío, se queda callada mirándome un poco todavía; a continuación dice:

—¿Sabes?, ahora me siento hermosa, tal vez porque estoy contigo, porque estás tú y me abrazas, o quizá porque, como dices, soy feliz... Sí, soy hermosa de ese modo especial en que sólo lo son las personas felices...

—Saldremos siempre juntos, tú y yo, como si fuera siempre la primera

vez.

—Mmm, como la primera vez... —Lo repite lentamente, y estalla en esa sonrisa abrumadora. Después se pone seria—. Y ¿qué me dirás para convencerme de que salga contigo todas las veces como si fuera la primera?

—Te diré una cosa distinta cada vez...

—¿Por ejemplo? —Me desafía con dulzura.

—«Te lo ruego, sal conmigo, veámonos así, sin arreglarnos, yo con Havaianas, tú con un vestido sencillo, ligero, sal sin maquillar, pero veámonos enseguida. Tengo que contarte una historia...» —La miro a los ojos—. Y luego te la susurraré al oído. Después de hacer el amor...

—¡Me gusta, viajero!

—Entonces..., ahora..., ¿quieres hacer el amor conmigo?

Me sonrío, esta vez de una manera picante e ingenua, a continuación acerca los labios a mi oído y sigue diciendo con un hilo de voz, en un tono cálido:

—Porque ya me has contado la historia, ¿verdad? —Y me acaricia el pelo.

Yo estoy muy colorado, excitado, transportado en ese fantástico universo nuestro, perdido en ese lugar mágico representado por sus manos sobre mí. Me vuelvo y la miro.

—Sí, es verdad...

Entonces la beso, a continuación la miro otra vez a los ojos y le sonrío... Y vuelvo a besarla, y nos miramos a los ojos, y nos sonreímos, ahora en silencio, después de haber hablado y fantaseado durante horas.

Así es como sucede, estamos aquí, en este semisótano de las maravillas, ya perdidamente enamorados el uno del otro.

La beso y me levanto cogiéndola en brazos.

—¿Adónde me llevas, viajero? —pregunta, mordiéndose los labios.

—A donde tú quieras...

—Pero tú ya sabes adónde quiero ir, ¿verdad?

—Tal vez, pero dímelo tú —respondo mientras la dejo con delicadeza sobre el sofá.

—Quiero ir a ti, dentro de ti, para siempre, y quiero que tú vengas a mí,

dentro de mí... —dice con un soplo de aire y la respiración entrecortada, y me atrae hacia sí.

Yo la complazco sin dejar de mirarla a los ojos, y la beso con dulzura. Nuestras lenguas se tocan, y se quieren, y se buscan, son la prueba de que existe un Dios, tal vez no en el mundo en el que nos lo han vendido, sino en el sentido de que ha creado un universo con rincones mágicos, con momentos irrepetibles, como este en el que estamos suspendidos.

Qué difícil es describir el amor con palabras, y qué fácil es, en cambio, comprenderlo y sentirlo con un único y simple contacto.

Le levanto un poco la minifalda, con las manos puedo sentir su piel suave y aterciopelada. Bajo lentamente con la cabeza y la boca por su cuello, abriéndole la blusa, le rozo los senos, y la zona alrededor, y desabotono, y bajo, y beso, y lamo...

Tengo ganas de tomarla y cerrarle los ojos con la palma de la mano, para reducir el nivel del ruido, para protegerla, para apagar la luz y decirle en voz baja: «¡Chiss! ¡Todo está bien!», podemos ir a donde queramos, ya lo estamos haciendo, no terminará nunca. Y susurrarle nombres de ciudades, sabores de Oriente, colores de la India, barrios, crujido de hojas, momentos de música y de vida, danza de océanos, coreografías de viento y lluvia y nieve y soles, eso es, recuerdo las ganas de contarle todo eso como si fuera un cuento, y luego besarle el cuello y, con la lengua en su cuello, recorrer esas trayectorias emotivas de mi universo, mientras ya estamos el uno dentro del otro, mientras somos una sola cosa; luego bajar todavía más, con la cabeza, con los labios, con el corazón, en el pecho, en la tripa, para estar seguro de encontrar el camino y no perderme, para estar seguro de tenerla cogida de la mano para que no se pierda nunca, y luego soplar despacio, en el lugar en que está mojado, más abajo, más arriba, encima, debajo, soplar en la saliva de mis recorridos, en esa saliva que le habla de mis vuelos y de sus direcciones. De los vacíos y de los silencios. De los instantes y de las vacilaciones. Y luego fuera y dentro, otra vez, fundiéndonos en un cuerpo único, en un solo, vibrante, persistente instante de placer...

—No me dejarás nunca, ¿verdad, viajero? —susurra mientras estamos todavía aferrados, entrelazados, recién llegados del paraíso.

—Nunca.

Y mientras la miro pienso que nadie la ha mirado nunca como lo estoy haciendo yo, nadie la ha sentido como la estoy sintiendo yo, porque hemos nacido para engarzarnos con una sola alma en nuestro camino, porque cuando observamos algo, siempre tenemos la oportunidad de observarlo de una manera nueva, bella, especial... Para muchos, una puesta de sol es sólo la parte final del día; para mí, es la maravillosa alba de la noche. Angela es mi maravillosa alba de la noche, la puesta de sol más hermosa e increíble que haya visto nunca, una puesta de sol que empieza en vez de terminar. Es el tiempo que, en lugar de pasar o marcar momentos, inmortaliza magia, saca fotos en las que todo está maravillosamente en continuo movimiento. Es el sol enfocado que se refleja en el mar, dando vida a esos colores y reflejos espectaculares, pero que, en vez de descender, sube. Invirtiendo las reglas, replanteando geometrías. Iluminando mi cielo.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—Angela...

—Sí...

—El lugar más hermoso en el que he estado eres tú.

12

CUANDO FUERA HAY SILENCIO, EN MI CORAZÓN HAY CAOS

20 de julio

—Laura, ¿ya te vas?

—Sí, papá, me voy a la playa con mis amigas.

—¿A las nueve de la mañana?

—Sí, papá, en Fregene siempre hay jaleo para aparcar, así podemos desayunar tranquilamente y luego alquilamos las hamacas.

—Ah, de acuerdo —digo—, recuerda llamar a los abuelos de vez en cuando. Aunque estén de vacaciones, para ellos es importante. Y, además, regresan el lunes.

—¡Papá, yo hablo con los abuelos todos los días! ¿Y tú?

Es irónica, como siempre.

—Yo, no... No todos los días... Bueno, está bien, Laura, de acuerdo...

—Bien, pues me voy, ¿eh? Adiós.

—No corras con el coche.

Cada vez que la veo subirse a ese minicoche me pongo de los nervios, pero una moto habría sido mucho peor...

—Venga, si ya sabes que no corro y que conduzco bien. Al fin y al cabo, sigo siendo la hija de un «mecánico sexy», ¿no? —dice, imitando el entrecomillado.

A continuación, hace gala de una mirada maliciosa, posándola primero en mí y luego en el suelo, no veo hacia qué. Miro hacia abajo, más o menos a los pies de la silla de delante del escritorio de mi dormitorio, junto a la puerta. Hay un papelito y entonces lo entiendo: es un viejo mensaje que escribó Francesca a bolígrafo y que no encontraba, debía de estar en el bolsillo interior de los vaqueros que me quité anoche y colgué en la silla. Pone algo así como «A mi mecánico sexy de confianza, a la espera de recibir la próxima revisión y puesta a punto...».

—Ah... Mmm... —No logro decir nada más y me pongo colorado. O, al menos, eso creo.

—Pues adiós... —Otra sonrisita odiosa.

—¡Que te diviertas, cariño!

—Gracias, papá, pero acuérdate de darme una respuesta para lo de Grecia, yo no te lo pediré más.

Me pongo serio y me vuelvo del otro lado de la cama.

—Adiós, Laura...

No contesta, y al cabo de unos segundos oigo cerrarse la puerta.

Me aterroriza la idea de que se vaya tan lejos con diecisiete años. Me aterroriza la idea de que se vaya a cualquier parte. Ya lo ha hecho antes, pero era en Italia, tenía la sensación de controlar el asunto, habría acudido en caso de que sucediera cualquier cosa; era en Florencia, ni a tres horas de coche. Ahora es distinto. Se trata del extranjero. Sería la primera vez que cogería el avión, ¿cómo podría controlarla? Y me la imagino allí, de vacaciones con sus amigas, ingenuas y llenas de ganas de descubrir el mundo. Las hogueras..., las discotecas..., el alcohol..., los hombres que pulularían a su alrededor... Es tan guapa... Parece mucho mayor de la edad que tiene... ¿Y si le ofrecieran droga? ¿Y si le pasara algo? ¿Y si alguien le hiciera daño? No podría soportarlo. No podría afrontar otra vez un dolor tan desgarrador, no podría aceptar haber dejado escapar otra vez el amor de las manos. No puedo permitirlo.

¿Otro abandono? No, gracias.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Primero pienso en el hecho de que a mi hija podría sucederle algo y luego pienso en mí mismo, en mi dolor, en mi pasado, en mi drama por el abandono? ¿De verdad soy tan egoísta? Así pues, es sólo eso...

Una vez más, la deriva peligrosa de mi monólogo queda interrumpida por el sonido del teléfono. Es Beatrice.

—¡Eh, holaaa!

—Hola, Bea.

—¿Qué hacemos?, ¿quedamos tú y yo hacia las siete? ¿Un aperitivo rápido y cenita en el centro, y luego nos reunimos con los demás?

—De acuerdo. ¿Dónde?

—¿Es que todavía estás durmiendo?

—Estoy en la cama, es sábado, y son las nueve y veinte de la mañana...

—¡Venga, arriba, dormilón!

—¿Se puede saber qué os pasa a todos?

—¿A todos?

—Laura ya se ha marchado para ir a la playa...

—Yo también estoy ya en la playa, ¿tú sabes el follón que se arma aquí en Fregene para aparcar, coger hamacas y todo lo demás?

—Ah, ¿tú también?

—¿Por qué no te vienes? Estoy con unas amigas, una es muy mona, podría ser tu tipo... Estaremos aquí hasta la hora de comer como mucho.

—Por favor, no estoy de humor, mi hija me trata como el peor de los mujeriegos...

—¡Es Filippo! Él es el peor de los mujeriegos, tú estás en mitad de la tabla, por así decirlo... —Y se echa a reír. Yo permanezco en silencio—. Venga, ya sabes que estoy bromeando... —añade—, un poco. —Y vuelve a reír.

—¡Qué capulla! —Finjo un tono enfadado.

—Venga, ¿nos vemos en la via del Governo Vecchio? Damos una vuelta por las tiendecitas y los artesanos, luego nos tomamos tranquilamente nuestro aperitivo donde Giorgio, en la Osteria del Baratto, y nos relajamos. Bebemos,

fumamos, charlamos... Un par de horas para nosotros solos. Así, luego ya estaremos cerca del local donde se celebra la fiesta y nos reunimos con Filippo y sus amigos...

—Está bien, Bea; ¿a las siete delante de nuestra tiendecita de ropa usada, donde te compraste la gabardina beige años sesenta?

—¡Perfecto! ¡Confirmado, me alegro!

—Yo también...

Nos despedimos y tiro el teléfono sobre la almohada que está a mi lado. Abro las piernas y los brazos. Y pienso.

Hace mucho que no veo a Bea, solos ella y yo, un ratito para nosotros... La verdad es que tengo muchas ganas de salir con ella esta noche, necesito desahogarme, y saber qué opina de lo de Grecia, de Laura, y de mis miedos. Después nos reuniremos con Filippo e iremos a la discoteca; hay una fiesta, una de esas que están de moda, con servicio de seguridad en la entrada, pases, chicas de anuncio. Por lo que he entendido, lo organizan PlayStation y Coca-Cola, una alianza de marcas, muy a la última.

Mi pensamiento va inevitablemente de Laura a ella, a Angela... En todos estos años no he hecho otra cosa que pensar en cómo podría haber sido. He repasado cada minuto, cada instante que pasamos juntos, el día en que me crucé por primera vez con su mirada, la primera vez que nos besamos, cuando hicimos el amor. He recorrido nuestras palabras, nuestras conversaciones, las miradas, las preguntas, la vulnerabilidad, la dulzura. He pensado en ello de manera obsesiva, siempre lo hago, todas las noches antes de dormirme, y ella regresa en mis sueños, en mis pesadillas. Pienso en ella, en su acento, en su manera indecisa de hablar. Pienso en ese punto oscuro que no entendía, que de vez en cuando se manifestaba aquí y allá, en ciertos comportamientos, en algunas maneras de encogerse de hombros, en ciertos gestos instintivos casi de defensa, casi como si fuera un niña, como si faltara algún dato y me hubiera perdido un pasaje de su vida, tal vez de su pasado, o quizá sólo algo en su corazón de lo que no me hubiera hablado. Las preguntas que hacía. Esas continuas demandas de garantías. ¿Y luego? Y luego, aquí estoy, al cabo de todos estos años, haciéndome yo las preguntas, siempre las mismas, sin gozar nunca del favor de una sola respuesta, ni una sola.

¿Por qué, por qué me dejaste así? ¿Por qué nos abandonaste a Laura y a mí? ¿Qué fue lo que no entendí? ¿Dónde me equivoqué?

Y todas estas preguntas desgarradoras y este intento de culpabilizarme han tenido como consecuencia la pérdida de equilibrio, han generado en mí una brecha, un agujero enorme que me ha vuelto inadecuado, defectuoso en la relación conmigo mismo y también con Laura. No sé comprenderla, no sé escucharla. Sin Angela falta un trozo, una muleta, y yo no me tengo en pie. No puedo sostenerme sin todo ese amor quemado, perdido, disuelto. Sin nosotros. Pues no, así no va bien. No es así como funciona. Yo existo, quiero estar ahí, y Laura no se merece esto.

Mientras pienso, me pongo de pie y subo a todo trapo el volumen de los altavoces colgados en la pared de la habitación. Y bailo, bailo yo solo. Salto y bailo sobre la cama, completamente desnudo. Bailo yo solo. Entre una nota y otra de *Two Fingers*. Es una canción que conozco desde hace poco, un tema comercial. Pero ¿a mí qué más me da? Porque lo que cuenta es que ahora me hace saltar. Y esta noche saldré, no iré a un concierto de rock, ni a escuchar música en vivo, ni jazz ni blues. No, saldré con Filippo y Beatrice, mis amigos, iré a una fiesta un poco mundana, sí, de acuerdo, pero seguiré siendo yo, seguiré siendo yo mismo, lo que soy, ¿o no? Y, por encima de todo, ¿qué importa, si eso me hace reír? ¿Qué importa, si podré abrazar a las personas a las que quiero? ¿Qué importa, si seré feliz durante unas horas? Y esta noche, cuando vuelva a casa, sé que escucharé en el coche la canción de Jake a máximo volumen. Y gritaré las palabras que me dé la gana, porque no me sé bien la letra y, borracho, todavía menos.

El cantante de *Two Fingers*, Jake Bugg, no tendrá más de veinte años, alguno más que Laura, muchos menos que yo; hace música pegadiza, un poco previsible, bastante, sí, pero ¿qué más da? En cuanto a emociones, y por sus ganas de vivir, es de mi quinta. Y tiene talento. Es de los que han llegado a la cima precisamente por eso.

Una persona a la que quiero me dijo hace tiempo que las convicciones, y las confirmaciones, y las garantías, podrían no llegar nunca. Sobre todo cuando las necesitamos. Sobre todo porque las necesitamos, añado yo. Porque los demás podrían pensar de manera distinta de la nuestra. Podrían no

compartir el mismo punto de vista. Podría importarles un carajo, sencillamente. Dice que hay respuestas que tenemos que buscar en nuestro interior. Está de acuerdo conmigo en el hecho de que las estrategias y las tácticas han pasado a la historia..., pero ¿a qué estrategias se refiere? ¿Cuáles? ¿Con quién?

Yo, después de Angela, no he querido que hubiera nada más junto a mi corazón, he practicado sexo, sí, mucho sexo, pero lo he mantenido a la debida distancia de mi corazón. Creo que en la vida la conciencia lo es todo; lo demás, lo que no tiene plena conciencia de sí mismo, lo encierro, lo consumo y lo disuelvo en una breve y fugaz sonrisa. Entre una copa y otra. Entre un redoble y otro. Entre un orgasmo y un «mejor lo dejamos aquí».

Mientras bailo yo solo, pienso en la plenitud de las cosas. Que ser feliz es posible, sólo hay que querer serlo. Sólo hay que creérselo. Sólo hay que estar ahí. Busco la plenitud de la vida, la cuadratura perfecta del momento. Y también busco el siempre. Y eso es una novedad. Es decir, la novedad es que lo he entendido. Lo absurdo es el fondo de la cuestión.

Quiero decir, ¿a mí qué coño me importa la plenitud o la perfección de algo o de alguien? A mí, que no soy ni pleno ni perfecto. Ni redondo ni cuadrado. A mí, como dicen algunas personas, que estoy lleno de piezas sueltas. Que soy inestable y eventual. Correcto, pero no del todo. Serio, pero no siempre. Claro, pero no demasiado. Inocente, con algunos «de qué». Seguro, con algunos «quizá».

Dicen que no soy tan débil como podría parecer, diría que es verdad. Yo digo que no soy tan voluble como muchos creen. Yo, que siempre he despreciado las matemáticas, me doy cuenta de que hago balance de la vida todos los días. Yo, que cuento el tiempo que ha pasado desde la última vez que la vi, diecisiete años, siete meses, cuatro días..., y cuento el tiempo que me falta para dejarla marchar de mi corazón: infinito..., y el que falta para que se quede un poco más en mis pensamientos: infinito... Y al final, cuando hago las sumas y las restas, nunca me salen las cuentas. Hoy me da lo mismo...

Yo, que pensaba que incluso era demasiado indeciso, ahora sé que soy fuerte, más fuerte que un «no». Más fuerte que un «ya veremos». Ahora sé que además me reiré solo. Sé que seré el que soy, desde el principio de todo,

sea lo que sea..., desde el primer día. Sé que, aunque no sea sencillo llegar a ese resultado natural, haré que otros resuelvan el problema. Mientras tanto, yo cantaré una canción desnudo encima de la cama...

Sé que irá como tenga que ir. Sé que amarme a mí mismo es una cuestión menos egoísta de lo que pensaba. Y también menos difícil de lo que parecía. Hoy sé que en mi futuro habrá un «nosotros», y espero que «ella» sea la otra mitad, me imagino que vuelve, todos los días, con esa mirada y esa fragilidad, con sus preguntas y su alegría, me imagino que vuelve y me abraza a mí y a Laura, y nos dice que no quería irse, que no quería dejarnos, que fue un error, que podemos volver a empezar. Me la imagino así, joder...

Pero antes de todo esto, hoy sé que habrá un «yo»... Precisamente yo, que pensaba que el futuro podía ser sólo un «nosotros». Se lo debo a mis padres, a mis amigos. Se lo debo a Laura. Ahora pienso en mi equilibrio, me imagino a mí mismo, me miro desde fuera... Él, el mí mismo que imagino, camina sobre un murete largo y muy estrecho. Ahí está, veo que primero levanta una pierna, después la otra. Veo que agita los brazos y las manos para equilibrar el peso... Laura está a un lado, Angela al otro, debajo el vacío, grandes ladrillos y cascotes detrás, veo que se cae, luego vuelve a levantarse. Se cae y se levanta otra vez. El mí mismo que veo no tiene un equilibrio estable, no, pero lo busca. ¡Y no se rinde, joder, no se rinde! Se cae y se levanta. Sigue adelante. No busca atajos. Y terminará lo que ha empezado. Tal vez con los huesos rotos, pero llegará al final del murete.

I got out, I got out, I'm alive and I'm here to stay...

La mañana transcurre de este modo, la música alta, desayuno. Cigarrillo, café, cigarrillo, música, yo cantando y bailando como un adolescente. Yo, que a veces, a pesar de todo, todavía me sorprende pensando en Angela.

Como un plato de pasta con ajo, aceite y guindilla que está de muerte: un servidor, cuando se lo propone, es un excelente chef.

Inmediatamente después, me pongo a arreglar el cabecero de la cama de

Laura; se había soltado la pieza que está clavada en el tope de la pared. Hace meses que le prometí hacerlo.

En su habitación, no puedo evitar fijarme en un diario abierto, no es fácil volver la cabeza hacia el otro lado y no leerlo. Pero lo consigo. Y estoy orgulloso de mí. También hay muchos pósitos y papeles pegados en un tablero de corcho, escritos a mano por ella. Dado que están tan visibles, los considero «públicos» y eximo a mi conciencia de cualquier sentimiento de culpa; leo algunos:

Las palabras más bellas son besos.

Dime tú cómo debo llamarte, si la palabra no es amor, entonces, desde este momento, para mí el amor tendrá otro nombre.

«Me da miedo la oscuridad» a veces es sólo una manera de decirte «no te vayas».

El amor es esa magia que derriba muros y luego, con los escombros, construye puentes...

Cuando no estás me falta todo.

El amor te enseña que, para sentir de verdad a alguien, no hace falta rozarlo ni siquiera con un dedo, porque te basta con tocarlo con el corazón.

Si te ama, te hace sonreír. Punto.

Sabrás que en cada encrucijada tendrás que tomar una decisión, y que si escoges con el corazón, el camino siempre será el adecuado.

Me encantan sus escritos, sencillos y directos.

Hay uno que no me parece suyo, por la extensión tal vez se trate de una transcripción. Me impresiona, empiezo a leer y parece una poesía:

Vive cada día como si fuera el último de tu vida, pero lucha para que no lo sea...

Reza, si rezar te hace sentir bien, pero recuerda que trasladar el motivo de tus fracasos a algo

externo a ti mismo será el motivo de tu próximo desengaño...

¡Bésala! ¡Tú bésala!

Rodéate de las primeras personas en las que piensas cuando estás feliz y cuando estás mal; son las que no te preguntan «cómo estás», sino que hacen de todo para que estés bien...

Llegará un momento en que hacer algo romántico te parecerá estúpido, quizá porque alguien se haya reído de tu sensibilidad, pero tú hazlo de todos modos, haz caso a tu corazón, llévala allí, a esa cala que tanto te gusta, al atardecer, con el mar y las estrellas... Más adelante descubrirás que, por el contrario, no hacerlo habría sido lo más estúpido de tu vida...

¡Y llora, si tienes ganas, llora!

Ve a ver a esa persona de la que siempre dices «tengo que ir a verla», pero ¡ve ahora! Llama a la que siempre dices «tengo que llamarla», pero ¡llámala ahora!

No te quedes metido en un papel sólo porque pienses que debes hacerlo o porque es lo que los demás esperan, recuerda que la coherencia forzada desemboca en la torpeza: olvídate de ser a toda costa un hombre «todo de una pieza», es mucho mejor ser una «pieza de todo».

Y después díselo..., ¡dile que la amas!

No te hagas el fanfarrón, no cuentes detalles de tus experiencias íntimas, porque eso no te convertirá en un «gran hombre», sino sólo en un «pequeño hombre» en el que no hay que confiar... Y, además..., ten presente que si ella grita no significa que lo haga porque tú seas un toro: por ejemplo, la última vez era un calambre...

¡Enamórate, todas las veces como si fuera la primera!

Intenta mantenerte en forma, pero a cierta edad deja de comportarte como un chiquillo porque tengas miedo a envejecer..., o pórtate como un chiquillo, de acuerdo, pero haz salir a lo que da saltos en tu corazón y nunca has escuchado. Míralo bien a los ojos, escucha lo que tiene que decirte, y no lo decepciones.

Nunca más.

Defiende las cosas en las que crees, incluso cuando los demás te dejen en un rincón, incluso cuando

se rían de ti, tú defiéndelas, porque son tus sueños, es todo lo que tienes...

¡No le preguntes por qué llora, abrázala!

El amor más grande de tu vida llegará de la manera más inesperada, en cualquier momento, de repente, te noqueará en la calle de tu casa, en la que no creías que podrías tener sorpresas. ¡Haz que te encuentre preparado!

Replántate la escala de tus prioridades, reflexiona..., y si tu trabajo va antes que bailar y cantar completamente desnudo en casa mientras escuchas tu canción favorita, pues bien, pregúntate si es eso lo que quieres, si de verdad estás haciendo caso a tu corazón; ¡todavía estás a tiempo de cambiar tu vida!

Y luego... ¡mándale ese mensaje!

Hacia las cuatro y media me meto en la ducha y me quedo allí más de cuarenta minutos. Salgo y me arreglo con tranquilidad.

Busco en el cajón la camiseta de lino, la de color blanco roto con los círculos negros minúsculos que precisamente me regaló Beatrice hace años: me gusta cómo me queda, es ancha pero resalta los hombros. Me pongo los vaqueros gastados, con un pequeño desgarrón en la rodilla y bastante ajustados. Lo combino con una chaqueta negra, sin forro y de corte deportivo. En cuanto a los zapatos, me decanto por unas Adidas. Me dejo el pelo un poco despeinado, lo embadurno con un producto que lo ensucia y lo modela, de manera casual pero a conciencia. Me rocío con mi perfume preferido y andando.

A las seis y veinte me meto en el coche, en un cuarto de hora estoy en el centro, pero prefiero hacerlo todo con calma. Dejo el coche en el parking de la piazza Navona y voy paseando por la via Rinascimento y la piazza della Pace.

Llego puntual. Mientras cruzo la calle y voy a su encuentro, levanto el brazo para que Bea, que me está buscando con los ojos delante de la tienda donde hemos quedado, me vea.

Me sonrío.

Bea es pelirroja, tiene un tono rojizo parecido al cobre, lleva el pelo muy largo, con flequillo. Tiene la piel clara y los ojos azules. Es alta, muy alta, pocos centímetros menos que mi metro ochenta y seis, y está muy delgada. Su delgadez casi parece una declaración de intenciones, parece decir «soy ligera».

Su aspecto parece el de una cantante *indie* rock londinense. Esta noche viste vaqueros de talle alto, muy ceñidos, que acaban en una campana sobre un botín marrón con tachuelas. Lleva una blusa de satén con unos dibujos de flores parecidos a rombos en tonos que van del marrón claro al marrón oscuro y llegan hasta el rojo púrpura. Y también lleva sus grandes gafas de cristales redondos con las varillas finas y doradas.

La abrazo con fuerza y digo:

—¡Mi estrella de rock más bella del universo!

—Dios mío, sólo tú sabes ponerme colorada así... Pero, oye, ¿en serio vamos a hablar de quién está realmente muy bien? O sea, ¿tú te has visto? ¡Has hecho que se vuelva medio casco antiguo! —contesta riendo, con ese diente un poquito torcido.

—¡Para ya! ¡Aquí sólo hay una estrella!

—¡No, de verdad, Leo, estás muy bueno! Y con esta chaqueta... Y ¿por qué no te enamoras perdidamente de mí?

—Deja ya de tomarme el pelo, ¿vale? —Y me separo un poco de ella sin dejar de cogerle las manos.

—Vamos, te enseñaré la iglesia donde quiero que te cases conmigo —me dice.

—Pero ¿tú no eras atea?

—Soy agnóstica, Leo, he dejado un mínimo margen de posibilidad a la existencia de una divinidad superior sólo porque todavía no he logrado explicarme quién ha podido inventar las patatas fritas y la Nutella...

—Y los filetes empanados —añado sin dejar de reír.

—¡Exacto! ¡Y los filetes empanados! —Y sonrío—. ¡No, de verdad, esa iglesia es maravillosa, y aunque no sea creyente quiero que nos casemos allí! Y quiero un traje de novia blanco y muy largo. ¡Vamos, te la enseñaré! —

añade, poniendo cara de niña malcriada. Me tira de la mano arrastrándome detrás de ella.

—Está bien, vamos.

Al cabo de pocos minutos, caminando por la via del Governo Vecchio y pasando por la via dei Coronari, llegamos a la piazza San Salvatore in Lauro.

—Aquí está. ¿A que es espectacular?

—La iglesia de San Salvatore in Lauro..., por supuesto, una maravilla artística e histórica. Es del siglo XVII, y el santuario conserva uno de los iconos luteranos más antiguos...

—A mí me transmite serenidad. ¿Y bien?, ¿nos casamos aquí?

La velada transcurre ligera y agradable, caminamos bastante, mirando escaparates de todo tipo, desde los de juguetes de madera hasta los de lencería femenina, pasando por los de ropa *vintage* y los de joyas.

Hacia las ocho y media estamos sentados en Baratto, mi cafetería preferida, regentada por Giorgio, un hombre de unos cuarenta, culto, simpático, un poco loco y profundamente irreverente. Es adonde llevo a todas las personas con las que estoy bien o a las que quiero hacer pasar una agradable velada, donde me siento como en casa, relajado. Giorgio es el rey de la sala, sirve mesas, toma nota, organiza... Pero no es sólo eso, también es artista, poeta, pintor, actor, cómico, un mito, un genio que para «salir adelante» trabaja de camarero a un nivel exagerado, con una pasión nunca vista, tanto que el restaurante parece suyo y la gente acude sobre todo por él: actores, políticos, abogados, cantantes, intelectuales, mecánicos..., en resumen, gente de todo tipo. Además de tratarnos como a invitados de honor, además de obsequiarnos siempre con algo que no está en el menú, como las famosas «galletas de Giorgio», nunca deja de deleitarte con alguna perla de cultura, de vida, de locura...

El local tiene unos apliques de tela en las paredes, algunas lámparas de pie con pantallas rojas y velas. Luces tenues, buen aroma y cuadros kitsch. Y una música excelente de fondo, también seleccionada por Giorgio: por lo general, cantautores italianos, desde Mina hasta Fiorella Mannoia, a menudo

con arreglos especiales.

Tomamos un excelente merlot. De entrante, compartimos una tartaleta de calabacín y otra de berenjena. Exquisitas. A continuación, yo tomo unos *tagliolini* con bogavante y tomates cherry, ella *risotto* de setas.

Hablamos de todo, pero enseguida el tema principal es Laura.

—¿Por qué no le has dado permiso todavía para ir a Grecia?

—Mira, Bea, no lo sé, hoy mismo lo estaba pensando... Lo reconozco, lo estoy posponiendo, por ningún motivo lógico..., es algo irracional.

—Vale, eso es normal, es humano, Leo, pero para ella es importante; ¿te das cuenta de cuánto?

—Claro.

—Deberías hablar con ella, te necesita, y necesita que la apoyes.

—No lo sé, a veces parece que me detesta...

—¿Bromeas? ¡Te adora! Sólo que ya no tenéis un plano en el que comunicaros: está su edad por un lado, tus fantasmas por el otro... Sólo tenéis que volver a encontraros.

—Sí, tienes razón...

Bajo la mirada.

—¿Angela tiene algo que ver? Hablas tan poco de ella...

—Bueno, yo...

—La sigues echando de menos, ¿eh?

—Con locura.

—No sé mucho de vuestra historia, llegué después, pero es extraño... Tú y yo somos muy amigos y, sin embargo, me has contado tan pocas cosas de ella...

—No es fácil, Bea, no es fácil. —Juego nerviosamente con una miga de pan.

—Lo sé...

—Era todo perfecto. Luego, un buen día, en un momento, me encuentro con una carta incomprensible en la mano y adiós. Se acabó, así, con una carta que no explicaba nada, ni los motivos, si quizá era culpa mía, nada, no tenía sentido...

—Las cosas siempre tienen un sentido.

—Pues yo no lo encuentro, nunca lo he encontrado...

—¿Has intentado buscarla?

—Una vez, poco tiempo después, y fue horrible. Cogí un tren hasta Palermo, pero sus padres me dijeron que se había ido a Estados Unidos, que había ido a casa de unos tíos, para estudiar, que no iba a volver nunca y que sería mejor que dejara de buscarla. Les pedí un número, una dirección, cualquier ayuda, pero ellos fueron inflexibles. Me ofrecieron un cheque astronómico para criar a Laura. Lo rechacé, y después nada, y después, bueno...

—¿Y después nada?

—Sí. Y después nada. Unos días antes estábamos allí, en nuestro oasis de amor, con Laura, nuestro ángel recién nacido, y unos días después... todo terminó, estaba en el suelo buscando los pedazos de nuestra vida, preguntándome por qué...

Me tomo el vino. Levanto la copa y la miro a los ojos.

—¡Salud! ¡Por nosotros! ¡Te quiero mucho!

—¡Yo también!

Sonreímos.

Pienso que el tema está cerrado, pero unos minutos después Bea lo abre de nuevo:

—¿Ella no te había dado señales? ¿Nada que fuera extraño?

—Bueno..., sí, pero nunca habría pensado que... ¿Sabes?, el parto fue bastante complicado, hasta el punto de que los médicos tuvieron que sedarla. Y cuando se despertó ya no era la misma...

—¿Qué quieres decir?... —Y, antes de que responda, añade—: Oye, si te molesta hablar de ello, de verdad, lo dejamos.

—No, Bea, tú puedes preguntarme lo que quieras...

—De acuerdo...

—Estaba taciturna, a menudo la sorprendía con la mirada fija en el vacío. Cuando le preguntaba qué le pasaba me contestaba siempre: «Nada, cariño, nada».

Bea asiente mientras espera a que continúe.

—Y después ya nunca me buscaba. Se ocupaba de Laura, me ayudaba a

cocinar, pero ya no me buscaba como antes, ni siquiera con sus clásicas preguntas, o pidiéndome las garantías que siempre quería, nada...

—¿Garantías?

—Bueno, Angela era una chica especial: en ciertos aspectos muy segura de sí misma y desenvuelta, pero en otros, muy frágil. Me pedía continuamente que le asegurase que nunca la dejaría, o que nunca me cansaría de ella... Pero durante los últimos días ya ni siquiera me decía eso.

—Qué raro...

—Bueno, sí, a mí también me ha parecido siempre raro, porque además su familia no le escatimaba en absoluto su afecto y su protección: se lo daban todo, incluso más de lo que pedía. Y además era preciosa de verdad, le caía bien a todo el mundo... —Hago una breve pausa porque estoy pensando en ella—. Era inteligente, brillante, divertida. No le faltaba nada que cualquiera pudiera desear. Mira, me lo he preguntado un millón de veces, pero no lo sé, no sé qué se me pudo haber escapado...

—¿Cómo eran sus padres?

—No sabría decirte mucho, porque hablaba poco de su familia. Al principio me contó algo, que eran muy ricos, estaban unidos, y nunca capté ninguna nota negativa en sus palabras, y no sé... Bueno, los vi poco, vinieron alguna vez durante el embarazo, tal vez no se alegraran demasiado de que su hija se hubiera quedado embarazada tan joven, pero debo decir que la apoyaron en todo, y conmigo también fueron amables. Y ella nunca dijo nada que pudiera hacer pensar en conflictos afectivos. Además, yo aceptaba ese fondo de inseguridad que tenía, en parte se convirtió en una especie de juego: ella me pedía que le diera seguridad y yo lo hacía. Y era bonito.

—Comprendo... —Me mira durante un instante, en silencio, casi como si quisiera escrutar algo en mis ojos; a continuación prosigue—: ¿Sabes?, después del parto, en algunas mujeres se disparan unos mecanismos psicológicos muy especiales que pueden provocar incluso actuaciones extremas y aparentemente incomprensibles... Pero en este caso hay algo que se escapa...

—No me lo digas a mí —y esbozo una sonrisa—. Hubo un momento en que pensé que estaba viviendo un sueño, o una pesadilla, me preguntaba cuál

era la realidad.

—Quién puede decir qué es la realidad...

—Yo no.

—Yo tampoco...

—Las personas, yo incluido, necesitan poner un nombre a las cosas, un nombre concreto, pero me da la impresión de que las cosas casi nunca tienen un único nombre —le digo, y la verdad es que me lo estoy diciendo a mí mismo—. La gente ve, en nosotros y en todo, lo que quiere ver, y llama a las cosas de muchos modos distintos. Es como la historia del vaso medio lleno o medio vacío... La realidad la creamos nosotros, con nuestras acciones.

—Y también un poco con nuestros sueños.

—Y también un poco con nuestros sueños, exacto. ¡Salud, Bea!

—¡Salud, Leo!

Mientras tanto, han aparecido en la mesa nuestros segundos: albóndigas en salsa para ella, alcachofas al horno para mí.

—Antes o después acabará teniendo sentido, Leo, estoy segura. Antes o después algo ocurrirá...

—Eso espero.

—El amor, Leo.

—Ah, el amor...

Sonríe, nos tomamos un trago de vino; a continuación prosigo:

—¿Sabes qué pienso? Pienso que comprendes que se trata de amor cuando no te hace falta comprenderlo. Porque, en el fondo, vamos, si te lo preguntas, ya lo pones un poco en duda, y cuando la vida te cambia en un instante, cuando bajo tus pies encuentras kilómetros de cielo, cuando a tu alrededor, de repente, todo tiembla. Cuando haces que suenen las estrellas y la puesta de sol, y dibujas los colores y las olas del mar, cuando la miras a los ojos y encuentras en ellos la arena blanca y el fondo marino y la frescura, tu nirvana y las canciones, la noche, los amaneceres y los atardeceres, y allí dentro, en sus ojos, no faltan los milenios ni los océanos que antes estaban helados, no falta la poesía ni los poetas ni el sonido del viento, y está el ruido de las páginas al pasar, el fluir de los granos de arena, los veranos y los inviernos, y la magia... Digo que cuando todo esto sucede, entonces sabes que

es amor. Así que yo sé que ella es amor. No necesito comprenderlo.

—¡Ostras..., Dios! Bueno, yo..., ¡me has dejado sin palabras! —Me mira como si viniera de otro planeta.

Flota un silencio cargado de significado.

No añado nada y sonrío.

—Después de todo este tiempo todavía la amas así: es realmente maravilloso...

—¿Sabes, Bea?, en estos años he aprendido una cosa, he aprendido que no se puede dar nunca nada por hecho.

—Tienes razón..., pero ¿a qué te refieres?

—Dar por hecho que los demás están ahí, que se ocupan de nosotros, es un error de ingratitud hacia la vida, no sólo hacia quien nos ama tanto como para robar tiempo y energía a sí mismo. He aprendido a no esperar nada, y no porque haya recibido poco, al contrario, sino porque he recibido mucho, y ahora sé que el amor no puede ser más que energía circular, una onda que para sobrevivir necesita reflejarse en el corazón de las personas y luego propagarse en sus vidas, en sus historias..., y así sucesivamente, en una cadena de belleza que no merece que se rompa tan sólo por una cuestión de egoísmo o de ceguera emotiva. El amor hay que devolverlo, porque en ese momento es cuando de verdad podemos considerarnos libres de disfrutar de la fortuna de un beso bajo las estrellas o de un abrazo que nos haga sentir menos solos. El amor tiene sentido sólo si se comparte, y darlo por descontado es la manera más tonta de perderlo.

—Me gustaría no dejar de hablar nunca contigo...

—Me gustaría decirte que no doy por sentado el hecho de que estés en mi vida, y que es bonito, mucho...

—Joder, Leo, me vas a hacer llorar... —Tiene los ojos brillantes.

—Pues ahora podemos tomarnos un *Vecchio amaro* del Capo bien frío..., así tú no llorarás y no pensaremos más en ello. —Le guiño el ojo y le cojo la mano un instante encima de la mesa.

—¡Me apunto! Sólo me gustaría decirte, si alguna vez hiciera falta, que para mí es lo mismo.

—Lo sé...

La verdad es que no sé cómo sería mi vida sin ella...

—¿Nos tomamos el café en el bar del Tío Bueno? Total, está aquí detrás.

—¡Sí!

Salimos y después del café nos dirigimos a pie a la fiesta que se celebra en un local a tiro de piedra del restaurante. Esperándonos fuera nos encontramos a Filippo y a Maria, su última conquista, una guapísima chica sueca. Rubia y alta, huelga decirlo. Me imagino que no tiene ni veinticinco años, con una sonrisa realmente fantástica y un escote de vértigo. Junto a ellos hay una pareja de amigos de Filippo: Luca y Mary.

Me impresionan, tienen una luz diferente en los ojos, se cogen de la mano, se miran todo el tiempo, sin separarse nunca, parecen felices. Están ahí, sí, pero en realidad no están con nosotros, están en un mundo distinto, en su mundo, y se nota que no puede importarles menos la compañía, la música, el champán, los sofás, las pulseras que nos han puesto en la muñeca para acceder al reservado y hacernos sentir Vip, ni las azafatas que reparten artículos promocionales de los patrocinadores. A ellos les basta con cogerse de la mano, sólo eso... Él, según me ha contado Filippo, es escritor, lo dejó todo para perseguir su pasión, antes trabajaba de agente de seguros. Ella, en cambio, es arquitecta, hija de un arquitecto de nivel internacional, también lo dejó todo, lo dejó todo por él, por Luca: vivía con un rico abogado, descendiente de una familia de industriales turineses. Los observo cogidos de la mano, en el local, durante la fiesta. Me transmiten serenidad. Esa luz en los ojos..., llevan el amor encima.

En cierto momento me encuentro con la mirada de él; no sé, qué sensación tan absurda, es como si nos conociéramos, pero yo no lo conozco... Me quedo de piedra, siento que tiene algo que decirme, pero no tengo valor para dirigirle la palabra.

No puedo evitar pensar en ti, Angela, en lo que podría haber sido. En lo que siento en mi interior, en el vacío que me parte el corazón desde que ya no estás, no puedo evitar pensar en ti y en nuestro mundo, en nuestras manos, en toda aquella magia.

Pienso mucho en ti, amor, mucho. No ha pasado un día, un solo minuto, desde que me dejaste, que no haya pensado en ti. Lo hago sin hacer ruido, te amo con locura sin decir nada, te amo continuamente sin parar ni un instante, te amo incluso cuando te echo muchísimo de menos, te amo incluso cuando busco motivos para no hacerlo y me pierdo en el vacío, te amo sobre todo cuando pienso en nosotros dos y me siento solo. El ruido está dentro de mí, el mundo no lo sabe, pero cuando fuera hay silencio, en mi corazón hay caos, estalla el universo, y mientras tanto yo te amo, mientras el universo se derrumba, yo te amo. Te amo. A pesar de que el mundo no se da cuenta. A pesar de que el mundo no sabe nada. Yo te amo.

Hacia las tres, los dos amigos de Filippo, Mary y Luca, se despiden explicándonos que mañana se van temprano de viaje. De modo que empiezan a irse pero, al cabo de unos pasos, Luca vuelve atrás un instante, me apunta con el dedo y me dice al oído:

—Está todo ahí, delante de los ojos, el amor, las cosas preciosas, las respuestas..., está ahí, delante de nuestros ojos... ¡No las dejes escapar, amigo!

A continuación, sonrío y me guiña el ojo. Luego se va. Me quedo allí, inmóvil, sin poder decir ni gracias ni adiós. Desmoronado. ¿A qué se refería? ¿Qué quería decirme?

«Está todo ahí, delante de los ojos...»

Pues sí... Pero delante de mis ojos sólo estás tú, siempre tú...

Cuanto más intento no pensar en ti, más te encuentro en cada cosa. En las escenas de las películas que me impresionan, en las palabras de mis canciones preferidas, cuando me tomo un excelente vino o cuando hablo con alguien interesante. Tú siempre estás ahí, todo me recuerda a ti. De modo que dejo de luchar contra ello, vuelve cuando quieras a mis pensamientos, eras mi casa, eres mi casa, y eso no cambiará nunca. A pesar de que ahora no sé dónde estás...

13

IMPORTANTE PARA TODOS, ESPECIAL PARA NADIE

Diario de Laura

21 de julio, 4.00 horas

Sola. Así es como te sientes. Importante para todos, especial para nadie. Es como si al pasar por delante de un espejo fueras transparente, como si en ese espejo se reflejara cualquier cosa menos tu imagen. Te preguntas si eso que tienes dentro, lo que sientes, marca la diferencia para alguien... Y entonces te dices que tal vez las líneas que dibujan tus pensamientos son triviales, poco interesantes. Te pones en duda, te buscas entre los renglones de un diario que no quiere leer nadie. Te persigues entre las dudas y las inseguridades que tienen tu rostro convertido en mujer, te reconoces en los mismos miedos cuando miras una foto tuya de niña. Y es que a veces tenemos ganas de gritar con fuerza: «Eh, estoy aquí, ¿no me ves? ¡Escógeme! ¡Escógeme sólo a mí, y deja todo lo demás!».

Pero no seré yo quien te pida que me ames a toda costa, no vendré a mendigar atenciones a ningún rincón de tu corazón. No funciona así, sería un error. Estaría mal.

No seré yo quien te explique que, cuando estoy celosa y pierdo la cabeza y me vuelvo loca, en realidad estoy gritando que te quiero muchísimo, y que tengo miedo de que tú ya no seas mío, y que tengo miedo de no estar a la altura...

No seré yo quien te hable de esas noches en las que a veces me pierdo, esas en las que me gustaría que estuvieras conmigo, cogiéndome la mano. Sin decir una palabra.

No seré yo quien te explique que donde hay un muro suele haber un corazón que quiere protegerse porque tiene miedo a volver a arriesgarse. Porque tiene miedo a morir.

No seré yo quien te diga que, si de verdad te importa, puedes derribar ese muro, por cualquier medio, y que a veces basta con un simple abrazo para hacer que caiga...

No seré yo quien te pida que seas distinto de como eres, porque cuando acoges a alguien en tu vida, no le pides que cambie en función de tus caprichos, porque te gusta por lo que es, con luz o en la oscuridad, con ruido y con música, con la fuerza de la fragilidad.

Hay personas que entran en nuestra vida de un modo inadecuado, tóxico, nocivo. No nos dan nada, no se esfuerzan en comprendernos, no ponen ni un poco de amor cuando tocan nuestras cosas más preciadas. Y, aun así, nuestro corazón se descubre seducido precisamente por ellas, no sé muy bien cómo sucede ni qué mecanismo se dispara en nuestro cerebro. Sólo sé que te enamoras de la persona equivocada. Tal vez, en parte, porque se nos escapa de las manos, tal vez por ese sentido de lo prohibido que nos intriga desde que somos niños, el juego interesante es el más peligroso, el que no podemos tener...

Tal vez porque hay una parte oculta, en nuestro interior, que necesita ser salvada del rechazo, y por algún extraño contrasentido psicológico se alimenta precisamente de rechazo. Lo único que sé es que esas personas que no dan ni un solo paso hacia nosotros, que no sienten la más mínima empatía por nuestro dolor, que gozan de nuestra máxima atención.

Pero luego llega un momento en que nos preguntamos qué estamos haciendo, por qué estamos invirtiendo tantas energías y tanto tiempo en quien no nos tiene ni la más mínima consideración, en quien entra en nuestra casa sin llamar, en quien lo coge todo y no da nada a cambio. Somos el amor que damos, es cierto, pero también somos el amor que no regalamos a cualquiera. Llega un momento en que entiendes que el papel que tienen esas personas en tu vida sólo sirve para que tú entiendas cuál es tu propio papel. Para descubrir quién eres y de dónde vienes. Así es, hay personas que entran en tu vida para recordarte que respetarte es algo que te debes a ti misma. Tú eres tu gran amor, y las personas equivocadas, esas a las que no les importa tu felicidad, son tu mayor oportunidad de dignificarte...

Si no te convences a ti misma de que eres la primera opción, para los demás siempre serás la alternativa.

Mientras pienso en esto, transcribo dos publicaciones de Zagal en una hoja que acabará en mi pizarra de corcho:

Si no estoy seguro de poder hacer de tu corazón un lugar mejor, prefiero no cruzar el umbral, ni siquiera de puntillas.

Querías estar bella para él, pero él no se ha fijado en ti. Ha sido porque no sabe reconocer una perla rara en medio de un mar de bisutería. Pero ahora quédate tranquila y cierra los ojos, porque seguirás siendo una joya única, mientras que él, sólo alguien cargado de pulseras de hojalata.

Y mi pensamiento va hasta esas veces en que Marco y yo lo hicimos, y él ni siquiera me besó. ¿Cómo puedo permitir eso? No soy de las que buscan echar un polvo por echarlo, en absoluto, yo no me entrego así como así. Yo quería hacer el amor, no follar. Quería ser besada. Quería ser una joya única, para él, y no una pulsera de hojalata. De esas de poco valor, de esas que se reemplazan porque sí, sin hacer ni caso.

Siento que cada día pierdo un pedazo de mí misma. Las personas no

suelen cambiar de repente, por su cuenta, sino porque alguien las ha cambiado. Cuando te caes y debes levantarte tú sola, después eres distinta, ya no eres la misma. Tienes la guardia alta. No te fías de quien te dice que es tu amiga, y mucho menos de quien te dice que te ama. Porque sabes que ciertos sentimientos se demuestran con hechos y no con palabras, porque las palabras más hermosas son besos, besos en los ojos, besos en los labios, besos en tu vida, el beso en el cuello... Ese que apenas se insinúa detrás de la oreja, ése sólo posible después de apartar un mechón de pelo con los dedos, en la penumbra, delicadamente, rozando un poco la piel... Ese que sólo das cuando quieres provocar un estremecimiento de belleza en el corazón de la persona a la que amas. Y sabes que si ahora eres distinta, si has cambiado, se lo debes a los que te han dicho «te quiero» sin poner el corazón, sin medir las palabras, sin prestar atención al hecho de que tú lo creías de verdad...

A veces estoy triste, como esta noche, como ahora. Por suerte, puedo leer a Zagal, que siempre me salva:

Te llevaré conmigo, pero sin derribar muros..., ¡lo haremos volando!

¡Y yo estaría preparada!

Escucho a Rozalén con *La puerta violeta* y escribo en mi blog:

Buenas noches a ti, que querías ser especial. Querías ser especial para él. Pero él no se ha fijado en ti...

Está bien, ven aquí, déjate abrazar, déjame sentir qué sabor tiene la belleza, déjame ver de qué está hecha una maravillosa oportunidad perdida. Y discúlpalo, no sabe lo que se pierde. Y puede que nunca lo sepa...

Cuanto más odio encuentro fuera, más amor busco dentro.

14

CUANDO TÚ ESTÁS CONMIGO, CONMIGO ESTÁ TODO EL UNIVERSO

5 de septiembre de 1999

Son casi las siete, hemos salido para comer algo rápido antes del concierto de Jovanotti, en el Olímpico. Matteo y otros amigos de la universidad también van al concierto...

—¿Comemos unos *arancini* de mi tierra? —me pregunta.

—Sí, vale. Hay un sitio que es famoso por esas croquetas de carne, detrás de la piazza Bologna..., así me dices si de verdad las hacen tan ricas. Yo nunca las he probado, veremos si son mejores que nuestros *suppli*...

—¿Has dicho *suppli*? Vamos a ver, Leo, no tienes ni idea... Esas croquetas de arroz con mozzarella vuestras no tienen nada que ver con nuestros *arancini*. Es como confundir el español con el portugués. No es una cuestión de mejor o peor, es que son dos planetas completamente alejados, ¿vale?

—Bla, bla, bla... ¿Puedes parar? —Y le doy un empujoncito.

—¡Mira quién habla! —Me devuelve el empujoncito. Riendo.

A continuación me da un beso. Como siempre.

Hace ya más de tres meses que Angela vive prácticamente en mi casa, a escondidas de sus padres. Sigue yendo a la casa que compartía casi todos los días, antes de cenar, es decir, a la hora en que su padre y su madre la llaman. No le supone un gran esfuerzo, es una manera de estar un rato con Fabrizia, su amiga, y no abandonarla: están muy unidas, y ella es una persona leal. A veces la acompaño y me quedo a cenar allí, otras va sola en su motocicleta y regresa más tarde, para cenar conmigo. Nada se nos hace pesado, nada nos asusta, todo es maravilloso porque lo hacemos juntos...

Mientras comemos los *arancini*, que he descubierto que son exquisitos y muy diferentes de los *suppli*, apoyados en un coche aparcado delante del bar, ella me pregunta:

—¿De verdad te alegra que esté siempre en tu casa? ¿No te estaré incordiando?

—Angela, pero ¿qué dices?

—Está bien... —Sonríe y baja la mirada.

—¡Eh, mírame! ¡Te amo! ¿Cómo ibas a incordiar-me?

—Yo también te quiero... —Y vuelve a sonreír.

—Qué guapa estás cuando sonríes, cuando estás feliz, cuando hay alguien que te coge de la mano. Eres hermosa dentro de un abrazo silencioso. Y larguísimo.

—Pues entonces abrázame...

—Pues entonces ven aquí. —Y la atraigo hacia mí.

—Algunas veces me siento un poco celosa... —Me lo dice sin apartarse de mi abrazo y mirando hacia la calle.

—¿Cuándo, de quién?

—Cuando miras a otras...

—¡Yo no miro a otras!

Alguna vez, raramente, discutimos. Pero casi siempre es por el mismo motivo.

—¿De verdad es necesario que tengas que estudiar con ésa? Esa tal Federica...

—No, no es necesario, Angi, pero este curso vamos a las mismas clases, siempre nos sentamos juntos, y ha surgido por sí solo... Yo no te digo que no

estudies con Fabrizia y Gabriele...

—Bueno, tampoco es lo mismo..., está Fabrizia.

—Pero una vez incluso fuiste a estudiar a casa de Gabriele, ¿no?

—Bueno, no sé qué decirte. Puede que tú no seas celoso, pero yo, en cambio, sí... Me vuelvo loca cuando os encerráis en su habitación los dos solos. —Después de haberlo dicho, me mira: tiene la cara roja, está fuera de sí, pero sigue siendo hermosa.

—Yo también soy celoso, pero intento controlarme.

—Pues yo no me controlo, ¿de acuerdo? —Y pone una expresión fingiendo rugir.

—De acuerdo... —Le sonrío.

—¿De qué diantres te ríes? —Y se ríe ella también—. No te hagas el listillo... —dice, y me toca la nariz con el dedo.

A continuación empieza a hacerme cosquillas, y yo a ella, de modo que comenzamos a reír y nos ponemos a perseguirnos por la acera, en medio de la gente, como dos niños. Dos niños felices.

Porque hasta los celos nos hacían felices, en el fondo. Porque, en el fondo, si estás enamorado, también estás un poco celoso, y sin duda te alegras de que ella también esté un poco celosa, porque te hace sentir importante, porque te parece una señal de que la pasión está viva y que tú eres el centro de su mundo... Y nosotros estábamos enamorados. Y ella era el centro exacto de mi universo.

Poco antes de que comenzara el concierto, me preguntó:

—¿Cómo empezaría la canción que escribieras para mí?

—«Todo sucedió de manera precoz / y mientras te digo “te amo” me tiembla la voz...» Empezaría así... —y la beso.

Somos como estrellas, algunas noches brillamos, otras nos escondemos detrás de las nubes, detrás del azul del cielo. Para que no nos vean, o para que nadie venga a buscarnos. Algunas veces sabemos dónde estar y qué isla iluminar,

otras lo enredamos todo y dibujamos formas que confunden a quien nos mira. Yo también suelo confundirme, me pierdo en las calles que no conozco, me encuentro en los pensamientos más absurdos y aparentemente inconsistentes. A veces cierro los ojos porque incluso en medio de tanta gente me siento solo, y entonces busco un motivo que me salve, una música que hable de piel, de manos, de atardeceres, una idea por la que valga la pena dejar de correr, de buscar quién sabe qué, quién sabe dónde. Agua, fuego, cielo, tierra... Cualquier sitio con tal de que tú estés allí, porque de una cosa estoy seguro: cuando tú estás conmigo, conmigo está todo el universo.

15

¿CÓMO ESTÁS?

9 de agosto de 2000

Hemos estado cenando con sus padres y los míos, se han conocido por primera vez. Ha sido complicado y un poco incómodo..., la barriga crece, y ella está cada día más bella. Pero algunas veces leo en sus ojos un poco de miedo.

Mis padres nos han dejado su coche durante el tiempo del embarazo, ellos tienen otro. Así que, hacia las once, nos hemos despedido de todos y nos hemos ido. El restaurante, propiedad de unos amigos de mis padres, está en la zona de Garbatella, un viejo barrio de Roma con mucha historia a sus espaldas. Mientras regresamos a casa, nos sorprende una maravillosa escalinata de peldaños bajos, anchos y profundos, llena de verde alrededor, con unas pequeñas farolas a lo largo de la subida y una fuente en una esquina.

—¡Qué bonita! —exclama ella.

—¿Bajamos un momento?

—Sí, de acuerdo... —dice sonriendo.

Al cabo de unos pasos, acariciándole la tripa, le pregunto:

—Va creciendo, ¿eh?... ¿Cómo estás?

—Bien... —responde titubeando, no parece convencida.

—¿Bien?

—Bien. —Ahora es más enérgica, y me da un pequeño bofetón en la cara, riendo. Pero en sus ojos leo todavía algo que no comprendo del todo, melancolía. O miedo...

—Yo querría de ti la parte que no muestras a nadie, esa que sólo te guardas para ti. Es demasiado fácil pararse en la primera capa y quedarse sólo con lo que nos resulta más cómodo. Es algo así como preguntar «Cómo estás» y que después no te importe la respuesta. Yo quiero saber cómo estás, cómo estás de verdad. No me bastan cuatro palabras de circunstancias o una respuesta amable, quiero leerlo en tus ojos, quiero cogerte de la mano cada vez que bajas un poco la mirada, turbada por algún pequeño miedo, cuando sonríes en vez de llorar, cuando buscas respuestas que no encuentras, cuando te miras al espejo y te ves gorda, cuando estás celosa porque necesitas atenciones. Quiero saber cómo estás de verdad, quiero estar seguro de que estás bien. Y además, eso es, ¿lo ves? Si me sonríes así, pues tengo que besarte. No hay alternativa, ¿comprendes? —Me interrumpo un instante, cogiéndole la mano, y la miro a los ojos usando un depósito entero de dulzura. A continuación vuelvo a preguntárselo—: Y ahora dime, ¿cómo estás?

Ella se pone seria y, en vez de contestar, me abraza con fuerza. Nos quedamos en silencio durante un rato, y en ese silencio, en ese abrazo, está todo aquello que queremos decirnos, todas las palabras del mundo, todo lo que necesitamos.

—Es que a veces tengo miedo de caer al vacío... —Lo dice con un hilo de voz.

—Escucha, Angela..., ¿acaso no lo ves? No hacemos más que buscar un modo de no sufrir, de protegernos de las personas que quizá un día podrían herirnos, de resguardarnos de lo que llamamos *fracasos* o de los amores que tal vez un día podrían olvidarse de nosotros. Y entonces apostamos por el mal menor, porque da menos miedo, porque sabemos darle un nombre. Nos confundimos con las medias tintas, las que juegan con los grises, ésas donde todo, en el fondo, no es nada. Nos asomamos a la ventana más alta de nuestra vida, convencidos de que desde allí nadie puede vernos, y luego miramos hacia abajo, a las vidas de los demás, a nuestros sueños, a lo que podría ser...

Vamos, ven aquí, asómate conmigo, mira hacia abajo... ¿Qué ves? ¿El vacío? Es lo único que ves, ¿verdad? En cambio, yo veo mi oportunidad..., la ocasión de aprender a volar. Y tiene que ver contigo. Tú eres mi efecto colateral más peligroso, eres mi factor de riesgo más alto. ¡Tú eres mi riesgo de felicidad!

—¡Qué bonito! Siempre me dejas sin palabras, viajero. Es bonito ser tu factor de riesgo más alto. Tu riesgo de felicidad.

—Quiero que seas feliz, no me basta con verte sonreír, porque a veces sonreímos para no mostrar al mundo lo frágiles que somos, o tal vez porque nos han enseñado el sentido de la dignidad y entonces, algunas veces, sonreímos mientras se nos cae el mundo encima. Dame la mano, amor; si tu mundo se hunde, te regalo el mío.

Empieza a llorar.

—Gracias...

—¿Por qué? ¿Por qué lloras? —le pregunto.

—Por todo esto, por ocuparte de mí, por quererme contigo...

—No es ningún esfuerzo, es lo que quiero, lo que siento..., tonta. ¡No vuelvas a decirlo! ¡No digas gracias! ¡Y deja de llorar, hace que me duela el corazón! —Y le cojo la nariz con dos dedos, para jugar.

—«¿Cómo estás?» es una pregunta bonita, pero que muy bonita..., ¿lo sabes? —Lo dice y me abraza de nuevo. Secándose las lágrimas. Sonriendo.

«¿Cómo estás?», más que «¿cómo estás?», significa: «Quiero ocuparme de ti, de ti, que eres tan importante». Y además significa «te amo», y también significa «no me dejes», sí, significa «te amo» y «no me dejes».

Y yo te amaba. Y te amo...

16

SUEÑOS

Diario de Laura

22 de julio, 2.00 horas

Camilla y las demás han pagado la casa de Miconos que habíamos reservado porque la agencia no podía dejarlo pendiente más tiempo. Me han dicho que no me preocupe, que me guardan el sitio hasta el final, en el caso de que mi padre se decida a darme permiso. Qué dulces son. Y qué rabia, mi padre..., ¡creo que voy a estallar, ha decidido arruinarme la vida! Él no hace más que salir con una mujer distinta cada vez y luego se pone a dar sermones sobre reglas y moralidad o a cuestionar lo que es justo y lo que no en la vida de los demás. ¿Qué va a saber alguien como él del amor, ni aun teniéndolo delante? Para él fue una suerte que mi madre saliera corriendo, le ha permitido montarse esta buena vida de *playboy*, de *latin lover*, sin ataduras ni responsabilidades... Pero ¿de qué coño habla? ¿Cómo es posible que no le dé vergüenza? ¡Juro que en cuanto pueda me largo! Se preocupa de los inexistentes peligros de mandarme de vacaciones a Miconos y no se da cuenta de los cortes que llevo meses haciéndome en los brazos y en otras partes del cuerpo...

Bea se dio cuenta enseguida, me preguntó si me apetecía hablar de ello, me preguntó por qué lo hacía, y luego me hizo todas las preguntas que puede

hacerte una persona que te quiere y que realmente está atenta a los detalles de tu vida, no a las gilipolleces que no tienen ninguna importancia. Le hice jurar que no se lo diría a papá, y ella lo juró. Son sólo pequeños cortes, no es para tanto, un modo de castigarme para que el dolor se vuelva menos pesado, cuando mi vida se hace añicos y me dan ganas de romperla en pedacitos todavía más pequeños, para hacerlos desaparecer, para desaparecer yo, para disolverme, para dejar una señal de cada lágrima derramada sobre mi piel, para dejar salir un poco de veneno..., porque éste es el único modo que conozco de no morir.

Con Marco he terminado, me buscó sólo para follar. Cabrón..., ¡no soy una de tus putitas! A ésas ya sabes dónde encontrarlas...

«Todos somos la mayor oportunidad de alguien.» No sé dónde lo he leído, pero creo que es verdad, es más, estoy segura de ello... ¡Y yo soy tu mayor oportunidad, Marco, tu mayor oportunidad perdida!

Hay un momento concreto en que las personas nos decepcionan. Esto puede suceder de varias maneras y por diversas razones, pero pasa en un segundo: «clic». Y en ese preciso instante, en ese clic, hasta Míster Universo se convierte a nuestros ojos en la criatura más fea del mundo. Clic.

Escucho *Ho scelto di no*, de Marco Carta.

En mi blog he escrito:

Te he visto reírte a carcajadas de ella. Un día podrías darte la vuelta y decir: «Mira qué dejé escapar, ella me amaba como nadie volverá a amarme nunca». Y lo bueno es que ella no te devolverá el golpe, no perderá el tiempo riéndose de ti. Porque ella sabe que para subir se tarda toda una vida, mientras que para bajar a la mezquindad sólo se necesita un segundo. No, ella te ignorará, simplemente, como se ignora a quien no ha entendido nada. A quien no merece nuestra atención.

Camilla es un amor, es única, somos inseparables y yo la adoro; me ha dicho que si mi padre no me deja ir, ella tampoco irá y se quedará conmigo en

Roma. Como es evidente, le he dicho que ni hablar, pero ¡no sabe lo mucho que se lo agradezco!

Tú y yo, cogidas de la mano, contra todo el mundo. Juntas. Pase lo que pase.

Sólo puedo confiar en ella. Además de en tía Bea...

Bien por los que se ríen con los demás y no de los demás. Bien por los que gritan por alguien y no contra alguien. Bien por las buenas personas, las que saben llenar vacíos, las que intentan hacerte reír incluso cuando no hay nada de lo que reírse. Las que cuando no estoy les falta algo, algo bonito. Y además bien por los que te dicen: «Cuando quieras, aquí estoy», y luego están ahí de verdad, cuando lo necesitas, y no sólo cuando pueden o quieren ellos.

La vida son dos días: ¡cada vez estoy más convencida de las palabras que he grabado en mi piel!

Un día tía Bea me dijo: «Nunca permitas que nadie te mire como si fueras de las que no lo van a conseguir. ¡Tú lo conseguirás! Vendrá alguien y te dirá que dejes correr eso en lo que crees, y tú asentirás con la cabeza, pero delante de tus ojos seguirás viendo los mismos sueños. Más nítidos que antes. Y pensarás: “Jódete”».

Ayer me vino a la cabeza, después de encontrarme a mi profesora de italiano en el supermercado. Me preguntó a qué quería dedicarme, en qué iba a trabajar, y cuando le dije que quería ser escritora me contestó que no es fácil, que cada vez se venderán menos libros, que la posibilidad de triunfar se aproxima al cero, que hace falta mucho sudor, mucho talento, bastante suerte, y que tal vez fuera mejor que lo dejara estar... Mientras le seguía la corriente asintiendo con la cabeza, precisamente pensaba: «¡Jódete! ¡Se trata de mi futuro! ¡Se trata de mis sueños! ¡Y yo, a mis sueños, no dejo que los toque nadie!».

Sigo escribiendo en mi blog:

¡Corre! Te observarán en silencio, esperando un paso en falso y verte tropezar. ¡Tú vuela!

Antes he leído otra publicación dura, directa y cabreada de Loy, que es genial:

Yo ya sé que al final ganan ellos, siempre ganan ellos, los que no se arriesgan nunca, los que te lo dicen todo y no dicen nada. Los que están en medio, entre tú y tus enemigos, entre tú y tus penas, y son amigos tuyos y de tus enemigos, pero nunca de tus penas. Los de las medias sonrisas, de las medias verdades, de las medias palabras. Los del «sí, pero...», los del «por supuesto, aunque...». En la era del perfil bajo y de lo políticamente correcto yo reivindico, maldita sea, mi derecho a ser un gilipollas sociópata tocachuevos que llama *amor* a lo que considera amor y *mierda* a lo que considera que es una mierda, y no llama *amigo* a quien no considera un amigo. Reivindico mi derecho a ser radical en las elecciones y en las posiciones. Soy un jodido irreductible, un sarnoso. Sí, tengo sarna como algunos perros de vertedero. Y no me moveré ni un milímetro. Siempre ganarán ellos, mediocres lameculos sin sustancia, pero yo moriré con una sonrisa llena de gusto por haberles dicho a la cara: «¡CHÚPATE ÉSA!».

¡Dios mío, Loy, eres una pasada! Conozco a alguno de esos sujetos mediocres... Es fácil cuando no es tu corazón el que está en juego.

Esta noche, en cambio, Zagal escribe:

Queríamos ser la cosa más bella del mundo, pero sólo podíamos serlo juntos, porque separados nada era realmente bello, y el mundo era un mundo a medias. Entonces cerramos los ojos y nos soñamos. Y todos esos kilómetros ya no eran distancia, ya no eran nada. Porque sólo estábamos tú y yo. Y el mundo era maravilloso.

Qué infinita dulzura eres, Zagal... ¡Y cuánta verdad! La distancia es la coartada de quien no cree en nosotros.

Buenas noches a ti, que tienes el estómago encogido por el miedo a perderlo. Estás celosa porque lo amas, y en parte porque eres frágil...

Y en el fondo sólo haría falta que él te dijera «Amor, te quiero sólo a ti», y en un instante todo lo que te hace insegura se disolvería en tu bellísima sonrisa. Sólo haría falta eso, y tú serías feliz...

DÍA 3.012

Después de dos años navegando a través del océano Atlántico Sur, entre África y Sudamérica, ahora, desde hace algunos días, estoy encallado frente a la Antártida (latitud $66^{\circ} 30' 47.736''$ S / longitud $27^{\circ} 35' 51.561''$ E). Aquí hace mucho frío, hiela. Empiezo a pensar que no lo conseguiré...

**PIENSO EN TI. TE ECHO DE
MENOS. TE AMO**

23 de julio

«¿Quieres ser mi novia?»

Era una pequeña nota, doblada por lo menos tres veces sobre sí misma. Se la di directamente en mano a Vanessa un instante antes de que sonara el timbre de entrada. Hacia las ocho y cuarto, estábamos en cuarto de primaria. Bata azul yo y rosa ella. Con unos pequeños botones de nácar y cuello blanco. Aroma a colada. Yo con flequillo, ella con los ojos grandes. Recuerdo aquel día como si fuera hoy. En la mochila, el estuche, la agenda, los libros y los rotuladores. Y la minipizza de tomate. Y los sueños. Al cabo de pocos minutos, ella me hizo llegar, haciendo una cadena a través de los compañeros de clase, pupitre tras pupitre, mano tras mano, la misma nota con la respuesta debajo, mientras la maestra explicaba geografía, los mares que bañan Italia. Los ríos y las fronteras.

Había una crucecita sobre el *sí*: significaba que oficialmente éramos novios. Y sentí la primera punzada en el estómago de mi vida.

De pequeños sabemos lo que queremos porque sabemos escuchar a nuestro corazón, y tenemos el valor de manifestarlo sin demasiados filtros ni andándonos por las ramas. De mayores, en cambio, ya no sabemos lo que

queremos, y cuando lo sabemos, nos complicamos la vida sin motivo. Bastaría con ser simples, bastaría con decir «pienso en ti», «te echo de menos», «te amo».

Es más o menos la misma hora que aquel día, unos minutos antes, pero estoy despierto desde hace rato.

Estaría bien si hoy, de manera simple, así, de repente, como si fuera la cosa más natural del mundo, volvieras conmigo. Tal vez con una nota en la mano doblada muchas veces, escrita a bolígrafo y con una crucecita sobre el *sí*. Esta vez también sentiría una punzada, pero sería la más hermosa de mi vida. No te preguntaría nada, no te pediría explicaciones, te besaría. Te besaría y ya está.

¿Sabes?, si volviera atrás, volvería a hacerlo. Volvería a recoger la pulsera del suelo, volvería a preguntarte: «¿Es tuya?». Tal vez tú me lo agradecerías sonriéndome de la misma abrumadora manera. Pero esta vez, balbuceando como entonces, añadiría: «Es tuya», sin signo de interrogación, «mi alma es tuya». Eso añadiría. Simplemente eso.

En la cocina, por la mañana, en verano, la luz es bonita y abundante. Disfruto observando un rato el jardín por la gran ventana que está junto a la mesa. No hay muchas plantas, pero las que hay están bien, sanas y bien cuidadas, sobre todo gracias a mis padres, que vienen de vez en cuando, plantan, podan, trasplantan, cambian de sitio. En algunas ocasiones hacen que los acompañe un jardinero, cuando a lo mejor se necesita una intervención más delicada. Están orgullosos de la orquídea que he colocado en el suelo exterior justo al lado de la puerta ventana de la cocina, en el patio: la he cuidado durante años con mucho cariño, es una planta delicada y difícil de cultivar por culpa del clima de aquí, le presto mucha atención, y la verdad es que ahora tiene muy buen aspecto, densa, con unas hojas muy largas y un montón de fantásticas flores.

En este momento, mirarla me transmite serenidad. Y sólo Dios sabe

cuánto lo necesito.

Mientras preparo el café y escucho un poco de música me pregunto cómo es posible que no consiga encontrar una manera sencilla de comunicarme con Laura. Una manera sencilla de comunicarme con mis padres. Una manera sencilla de comunicarme conmigo mismo. Necesito oxígeno, es como si llevara demasiado tiempo aguantando la respiración. Me salvan los amigos y el fútbol de los lunes y los miércoles. Puede parecer superficial, pero es una de las pocas cosas que de verdad me descargan, en esa hora de partidillo me olvido de todo, no me hago preguntas, no busco respuestas, no pienso en nada, sólo en marcar goles y en no encajar ninguno... Y anoche marqué dos, ¡todavía me defiendo! Al final del partido lo celebré como si fuera la final de la Champions League.

Antes de salir para ir al trabajo hago una llamada a Bea; tengo ganas de hablar con ella, necesito un pedacito de felicidad para afrontar la jornada. Total, estará levantada, tenía turno de noche en el hospital...

—Eh, ¿qué te cuentas?, ¿ya has desconectado?

—¡Hola! Sí, hace veinte minutos. Tú empiezas ahora, ¿no?

—Pues sí. Acabo de tomarme el café ahora mismo. ¿Has visto qué día más bonito hace?

—Sí, realmente espléndido. ¿Pasa algo, Leo?

—Nada, sólo quería saludarte...

—¿Seguro?

—Sí, claro... —Pero no debo de parecer demasiado convincente. Y tal vez en el fondo tampoco quiero serlo.

—Está bien, no insisto; de todos modos, si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias...

Unos segundos de silencio.

—¿Prometes llamarme por cualquier cosa?

—¡Lo prometo!

—Te quiero... ¡Que vaya bien el trabajo!

—¡Yo también, y ahora vete a descansar!

Me despido y pienso que se ha dado cuenta, sí, se ha dado cuenta.

La verdad es que una mujer se da cuenta de todo, y lo hace en silencio.

Hoy también ha sido un día absurdo en el trabajo, corriendo sin parar. Hace poco le pedí a Riccardo que me hiciera el favor de venir a jornada completa. Es despierto y de gran ayuda. Coches que van, coches que vienen, más de los que podría arreglar y entregar. ¿Cuánto falta para las vacaciones?

A las ocho estoy fundido, como la junta de la culata de un Fiat 500 que me han dejado hace un rato. El dueño, un tipo que trabaja aquí cerca, ha pedido encarecidamente que esté listo en muy poco tiempo. Porque tiene que irse de viaje con él. Ya ves, qué novedad...

Estoy a punto de subir a casa cuando recibo una llamada de Filippo, que me pregunta si me apetece una hamburguesa, algo rápido. Laura, como siempre, no está, cena en casa de Camilla, de modo que acepto, aunque tendría que ponerme a raya con los horarios y con el sueño.

—Está bien, venga, pero sin acostarnos tarde, ¿eh? Estoy saliendo todas las noches...

—¡Pues claro! Mira, yo también estoy durmiendo muy poco..., volveremos temprano, te lo prometo. —A continuación añade—: ¡¿Acaso no te hace ilusión volver a verme, joder?! —Y lo grita con un entusiasmo casi teatral.

—Pues claro que sí.

—¡Es nuestra vida, vivámosla!

—Así es, Fil, exacto. Hasta dentro de un rato.

—Hasta dentro de un rato, *brother*. Oh, Leo..., escucha: dale a cada día la posibilidad de convertirse en el mejor día de tu vida.

—Mark Twain...

—¿Qué?

—Que es una frase de Mark Twain. «Dale a cada día la posibilidad de convertirse en el mejor día de tu vida»: ¡lo dijo Mark Twain, Filippo!

—Pero si acabo de decirla yo, ¿por qué dices que es de Mark Twain?

—Porque todo el mundo lo sabe, la has dicho porque la has oído de él...

—No lo sabía... Pues entonces la hemos dicho los dos...

—Dios mío, voy corriendo a darme una ducha rápida y dentro de veinte minutos estoy ahí.

—¡Mira que eres gracioso, a veces! —Y se ríe de esa manera bonachona por la que perdonas las travesuras de los jóvenes—. ¡Vale, hasta luego, gran Leo!

Menudo tipo...

Nos encontramos en un bar de la zona de Monti, es un lugar famoso por sus hamburguesas, de excelente calidad, con una amplia variedad de carne. También tienen cerveza artesanal. Digamos que con Filippo puedes llegar a gastarte por un bocadillo, unas patatas fritas y una cerveza cuarenta euros por cabeza, y no es fácil...

Como siempre, el tiempo con él transcurre de un modo agradable y divertido.

—La verdad es una mentira disfrazada a la que le cambiamos el maquillaje y el vestido según sea la fiesta.

—Ésa me gusta, Filippo.

—Por eso me fío de las personas que a veces son duras para proteger un poco su fragilidad... —Me impresiona tanta profundidad; de hecho, a continuación añade—: Por ejemplo, piensa en las mujeres duras, esas que siempre están un poco enfadadas; pues a éstas hay que respetarlas. ¡Hasta que te las cepillas! —Y se ríe a carcajadas con la boca muy abierta.

—¡Filippo, eres un capullo! —Pero yo también me río. Es otra manera de encontrar vías de escape...

—Perdona, Leo, pero ya sabes que cuando por equivocación digo algo serio luego tengo que compensarlo con alguna gilipollez, es más fuerte que yo.

—Ya lo sé, te conozco...

—¿Recuerdas aquella vez que le dije a una...?, ¿cómo se llamaba?... ¡La azafata! Ah, sí, Giulia. Le dije: «Tesoro, ¿qué más podría desear? Tú ya tienes todo lo que busco en una mujer: ¡respiras!». —Y se ríe todavía más fuerte—. ¿Recuerdas la cara que puso? Si es lo que yo digo..., ¡un poco de ironía, ¿no?! —A continuación se pone serio un instante—: ¡Ah, y no me la tiré, ¿eh?!

—Fil, ya sé qué hay detrás de esa corteza de fingida superficialidad que te empeñas en poner entre tú y todo lo demás, que sepas que lo sé...

Se queda callado y me mira poniéndose serio de nuevo.

—¿Lo ves, Leo?, eres malo; me dijiste que habías dejado la hierba y, en cambio, sigues fumando, tú todavía fumas, ¡y a saber qué más harás! ¡En otro caso, de verdad que no sé de dónde te sacas esas gilipolleces zen!

Y se ríe a carcajadas.

Y yo también me río.

A pesar de que ya nos hemos entendido.

Pero ésa es su manera ser, y está bien así...

Nos despedimos.

—Venga, total, nos vemos el sábado.

—Adiós, Filippo.

—Adiós... Ah, Leo... —Duda un momento, a continuación me mira directamente a los ojos y me dice—: Buenas noches...

Es su manera de decirme un montón de cosas, entre las cuales «gracias» y «te quiero».

A las once y media estoy en casa. He llegado realmente temprano. Me desnudo y enciendo un Marlboro, aunque no debería hacerlo en la habitación. Abro la ventana. No debería, no, pero me apetece.

Me echo en la cama desnudo por completo, boca abajo y con las piernas y

los brazos abiertos, en la mesilla tengo un montón de libros, la trilogía del Baztán de Dolores Redondo, *El último de los soñadores* de Gibran, *Diario de un cuerpo* de Pennac, *Funny Girl* de Nick Hornby, *No logo* de Naomi Klein y también están *El principito* y Kundera con *La insoportable levedad del ser*. Son algunos de los últimos que compré el mes pasado en la librería, más los que llevé arriba al estudio; un par ya los había leído, pero como no los encontraba en casa volví a comprarlos. No sigo una línea concreta en la lectura, me hago con cualquier cosa que me embelese o me intrigue en la librería o en internet. Voy de los clásicos a títulos más ligeros. De la narrativa al ensayo. Por supuesto, tengo mis preferencias, Hornby es una de ellas. También me gusta experimentar o leer a escritores noveles. De los que cogí la última vez, por citar alguno, también había uno del que ahora no recuerdo el título, con un barquito de papel en la cubierta, era de un tipo del que no he oído hablar, me lo aconsejó Bea. Pero, de todos modos, estos días los abro y vuelvo a cerrarlos. Cuando estoy nervioso no consigo leer, en vez de relajarme me pone todavía más tenso. Últimamente pienso a menudo en el concepto de felicidad. Creo que la felicidad tiene mucho que ver con el valor de admitir ante nosotros mismos que deseamos algo. Prescindiendo del hecho de que exista o no en nuestra vida.

Una vez mi madre me dijo: «Mucha gente, cuando no puede tener lo que desea, hace que lo que necesita le parezca bastante». ¡Y eso al mismo tiempo es cierto y triste!

Era a principios de octubre de 2000, habíamos estado todo el día en el hospital haciendo revisiones. Por la noche pasaron a vernos por casa unos amigos de la universidad, dado que nosotros ya no íbamos a clase y hacía tiempo que no nos veíamos; cociné pasta y comimos todos juntos: fue una bonita noche. Cuando se hubieron ido, ella me preguntó:

—Cariño, ¿yo soy lo que necesitas?

Y yo le contesté:

—No, Angela, tú no eres lo que necesito, eres mucho más, eres todo lo que deseo. Eres la elección en la que me reafirmo cada vez que mis ojos se

encuentran con los tuyos. Yo no te necesito, yo tengo ganas de ti. Es distinto.

Ésa era la cuestión, yo no la necesitaba, yo la deseaba como un loco, más que otra cosa en el mundo. Sólo cuando eres libre de escoger te das cuenta de verdad de lo que quieres.

El amor es cuando la miras continuamente y cada vez piensas que es más hermosa que el instante anterior.

Lo que espero es que un día, cuando pienses en mí, mires nuestro *antes* y nuestro *después* como lugares que no pueden compararse con ese paisaje maravilloso que éramos nosotros. Pensarás que estaba bien antes de conocerme, y que tal vez ha estado bien incluso después de habernos perdido, pero que cuando estábamos juntos todo era especial..., por cómo nos mirábamos, por las ganas que teníamos de buscarnos, porque tal vez no has vuelto a sonreír a nadie como lo hacías conmigo, porque, sí, tal vez has vuelto a hacer el amor, pero no ha sido lo mismo, porque para mí era como la primera vez, y para ti era como mirar a un hombre que no había tocado nunca a una mujer antes de entonces. Y todo esto porque hemos sido algo que sólo nosotros sabemos, y cuando un día pienses en mí, sé que lo harás así, suspirando, de una manera especial...

Pienso en ti.

Te echo de menos.

Te amo.

18

QUÉ NO SER

24 de julio

—En tu opinión, ¿de verdad existe esa diferencia abismal entre hombres y mujeres? —pregunto a Bea por teléfono mientras me como un bocadillo en mi pequeño despacho detrás del taller.

Riccardo, detrás de mí, se come su ensalada de arroz y finge que no me escucha.

—Bueno, es evidente que no se puede generalizar, pero diría que tiende a ser así, hay diferencia, especialmente en algunos aspectos...

—¿Como cuáles? Ponme un ejemplo.

—No sé..., bueno, por ejemplo: una mujer sabe esperar un solo abrazo incluso una vida entera, mientras que muchos hombres, si no consiguen enseguida lo que quieren, desaparecen después de la primera cita. Ahí tienes una diferencia. Bueno, *la* diferencia...

—Vaya —digo, y me paro a reflexionar. Al cabo de unos segundos de silencio, añado—: A lo mejor, entonces, en el fondo, yo sea una mujer...

—En absoluto, Leo, tú eres un hombre muy sensible. Eso es todo. En realidad, he dicho «muchos hombres», no «todos». Hay numerosas excepciones, y tú eres una de ellas.

—Yo, su abrazo, llevo esperándolo toda la vida. Casi veinte años... Era

tan hermoso cogernos de la mano, no necesitábamos nada más. Con eso lo teníamos todo, en esos dedos entrelazados, en ese contacto. En esa magia.

—Leo...

—Sí...

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Me quedo un momento callado disfrutando de su pregunta retórica y tan dulce, y a continuación respondo:

—Yo también, Bea...

Cuelgo el teléfono y mi pensamiento va hasta un momento precioso con ella...

Estábamos en la cama, quería tener algo de ti que nunca hubiera tenido nadie. No se trataba de sexo, ni del cuerpo... Y entonces empecé a mirarte a los ojos, y tú estabas ahí, en silencio. Al cabo de un rato te pregunté si te apetecía hablar de ti, pero no del modo en el que estabas acostumbrada a hacerlo; yo quería saber de verdad sobre ti. «Háblame de esas cosas que no le dices a nadie», te pedí. Tú me sonreíste y luego, siempre permaneciendo callada, te diste la vuelta, de espaldas, de lado, y me atrajiste hacia ti. Te abracé por detrás y nos quedamos toda la noche despiertos, así, sin hablar. Estaban nuestras respiraciones, estaban nuestras vidas. Y yo tuve lo que quería, lo que nunca nadie había obtenido: tu confianza.

Riccardo me distrae, me trae un café y regreso al mundo real.

En la mesa de mi despacho, al lado del ordenador, hay un equipo de música de los antiguos, de esos con radiocasete, altavoces laterales y un asa para transportarlo. Negro, doble pletina, varios adhesivos pegados encima, el más bonito y kitsch es uno en el que pone I LOVE NY, pero en vez de la palabra *love* hay un corazón rojo. Me lo regaló mi tío Giovanni, el hermano de mi madre, hace unos cuantos años: sabía lo mucho que me gustaba la

música y decidió hacerme un gran regalo. Fui a recogerlo a su casa, en la Nomentana, esquina Regina Margherita, en transporte público, yo solo. Me acuerdo de aquel día como si fuera hoy: era el 18 de diciembre de 1993, y yo tenía trece años...

Subió al autobús un chico de unos dieciocho años, guapo, alto y musculoso, vestido en plan guay, todo de marca: llevaba unas Timberland, una chaqueta de napa marrón con el cuello de piel vuelta, flequillo y sonrisa de gilipollas. Detrás de él había otros chicos de su edad, todos con las mochilas a la espalda. Era la una y media, la hora de salida del colegio. Ese chico gozaba del respeto de sus amigos, se notaba por cómo lo miraban, por cómo le hablaban. Pendían de sus labios, era el jefe, el punto de referencia, era quien mandaba. Miraba a los demás de arriba abajo. Seguro de sí mismo. Yo también lo miraba con admiración, en mi interior pensaba que de mayor me gustaría ser como él, alguien a quien se respeta, con carisma...

Al cabo de tres paradas, antes de bajar, se dirigió a una anciana y la ofendió sin ningún motivo; luego le arrancó el collar que llevaba, así, sólo por divertirse, sólo para demostrar a los demás de qué era capaz. Lo hizo riendo. Y lo tiró en la calle. Aquella pobre ancianita se quedó petrificada, no opuso resistencia. No tenía ni los reflejos ni el valor para protestar. Permaneció allí, en silencio, mirando a esa joven parte del mundo, podrida y sin corazón, y al cabo de un rato le cayó una lágrima. Desde ese día, cada vez que veo llorar a una mujer pienso que el mundo ha perdido para siempre un trocito de felicidad. Yo tenía un nudo en la garganta y el estómago encogido por la rabia, la pena y la frustración. Y decidí que de mayor me gustaría ser todo lo contrario de esa mierda. Así es, en ese momento aprendí que no es fácil saber qué ser en la vida, pero si tienes el corazón y los ojos abiertos, puedes descubrir pronto qué no ser...

Ese mismo día, mientras regresaba llevando el equipo de música por el asa, recuerdo con claridad que me crucé en la vía Nomentana con un chiquillo de unos siete años que corría muy rápido llevando un barquito de papel en la mano. Era extraño, vestía una ropa enorme, elegante, tenía la camisa abierta e iba descalzo... No era su ropa, era de adulto. Estaba completamente sudado, bastante alterado, pero también parecía muy feliz,

con una luz en los ojos, algo distinto, una chispa, como si viniera de otro mundo... Luego dobló la esquina y desapareció. Nunca he olvidado su mirada.

Desde ese día, el equipo de música me ha hecho compañía durante toda mi vida. Estuvo en mi cuarto durante los años de instituto, y sonó sin parar en el piso de dos habitaciones cerca de la universidad. Me hace pensar en Angela, en nuestra primera cita, en la primera vez que hicimos el amor. Y me recuerda a ese niño extraño que corría muy deprisa con el barquito, la ropa inmensa y la felicidad en los ojos. Pero sobre todo me recuerda la expresión llena de dolor y humillación de aquella dulce anciana. Pues sí, este equipo de música me recuerda con exactitud lo que nunca tengo que ser en la vida...

Abro el cajón y cojo una vieja cinta, un recopilatorio. La pongo por la cara B y empiezan a sonar los R.E.M. con *Losing my Religion*. Y algunas cosas, así, por arte de magia, vuelven a ponerse en su lugar, en su tiempo...

Reanudar el trabajo, después de comer, es un trauma. Hoy no tengo el día. Necesito unas vacaciones. Me marcho antes, hacia las seis y media, cojo la bolsa y me voy al gimnasio, al club; de todos modos, a las ocho tenemos partido. Le pido a Riccardo que cierre en mi lugar. Tengo que airearme.

Algunas veces es como si me quedara bloqueado, en un rincón, en un callejón sin salida, y no importa dónde esté, podría encontrarme incluso en una playa virgen y tener a mi alrededor kilómetros de mar y arena y cielo y aire. Es un estado mental, como el amor, que invierte todas las perspectivas.

Por ejemplo, mira, Angela, mira..., ahora estoy aquí, después de tanto tiempo, sin límites ni confines, disponiendo de todo el espacio del mundo, pero me siento como si estuviera enjaulado. Y a mí, en cambio, me gustaría estar encerrado entre cuatro paredes; pero contigo... ¡Entonces sí que sería libre!

Durante el partido de fútbol he discutido con Federico. No hace mucho que lo conozco, nos habremos visto como mucho un par de veces para ir a tomar

una pizza y una cerveza después de jugar. Siempre he pensado que es un resentido, un poco mala persona... Pero ¡esta vez se ha comportado como un verdadero cabrón! Me ha dado una patada por detrás, de manera gratuita, mientras me marchaba hacia la portería contraria después de haberlo driblado con soltura, a riesgo de hacerme bastante daño. Estas cosas me sulfuran, no las soporto... Me he levantado y lo he llamado «capullo». No hemos llegado a las manos sólo porque he aprendido a controlarme, a mantener la calma. Aunque estoy pasando una época convulsa, soy una bomba de relojería, podría estallar en cualquier momento...

Ha intervenido Rodolfo, un compañero del equipo que conozco desde que íbamos al instituto. Nos ha separado y luego me ha echado una bronca por mi reacción desmesurada y fuera de lugar. Me ha dicho que he sido un maleducado, un grosero, que pelearse no sirve de nada y todas esas gilipolleces... Pero ¿no ha visto la falta que me ha hecho? En vez de cantarle las cuarenta a ese tal Federico, la ha emprendido conmigo..., precisamente él, que siempre se llena la boca con la lealtad y la amistad, y con lo importante que es en ciertos momentos el apoyo de las personas en las que confiamos...

De modo que también he aprendido esto: he aprendido a aceptar las ofensas de quien debería hacer equipo contigo y, sin embargo, rema al revés. He aprendido que tarde o temprano acabamos todos en ese rincón de mundo en el que es fácil ensuciarse con nuestra propia mediocridad. Nos juzgan porque les produce terror mirar en su interior y perderse en su vacío, nos juzgan pero no saben nada de nosotros. Nada. Siempre da pena darse cuenta de que hemos sobrevalorado a alguien, es triste descubrir que la idea que nos habíamos hecho de esa persona era del todo equivocada. Cuando sucede, inmediatamente después, todo se desbarata, así, en un instante. Y no te queda nada dentro, ni siquiera una de sus palabras, cero, y si volvieras atrás no malgastarías ni un solo segundo de tu tiempo con él. Tan sólo te queda el vacío y la convicción de que puedes equivocarte en las valoraciones, en los análisis.

Rodolfo me ha decepcionado, irremediablemente. Él y su oscuridad. Y en el fondo también un poco la mía...

Hacia las diez estoy en casa; entro y encuentro a Laura comiéndose un pedazo de pastel en la cocina, de pie, con la música alta y el teléfono en la mano. Suena Pablo Alborán con *Prometo*.

—Hola, cariño.

—Hola... —dice imperturbable.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien.

—¡Me alegro! —Espero a que me pregunte algo, que se interese por mi jornada. Sin embargo, nada—. El mío también, por cierto, ¿eh? ¡Gracias por preguntármelo! —le digo levantando la voz, casi gritando.

—¿Ahora te da por ahí?

—Pues sí... —contesto, mirándola a los ojos.

Ella también me mira a los ojos.

—Y ¿qué quieres de mí?

—Nada, Laura, nada... —Bajo el tono.

—Ya...

Deja el teléfono encima de la mesa y casi lanza el tenedor al fregadero. A continuación mete también el plato, abre el agua unos segundos, luego se vuelve y se dispone a irse.

—Buenas noches, Laura.

—Sí, buenas noches... —Lo dice en voz baja, con desprecio, y poco después oigo la puerta cerrarse de golpe.

Llega el sonido de un aviso: es su móvil, con las prisas se lo ha olvidado en la cocina... Los ojos se me van al texto previo del mensaje.

Camilla: ¿Qué hay de Miconos? ¿Novedades de tu padre?

Vuelvo a dejarlo enseguida. Al cabo de menos de un minuto viene a buscarlo y, sin decir ni una palabra, regresa a su cuarto y se encierra dentro.

Abro el frigorífico y cojo una tartera con ensalada de arroz. Tengo hambre pero no tengo hambre. Me como un bocado, de pie, pero luego vuelvo a guardar el recipiente. Recuerdo que aquella vez, en la cocina, poco

antes de desaparecer, me preguntó:

—Y tú... ¿tú cómo estás?

—Sí, yo... ¿yo cómo estoy? —contesté riendo. Sin añadir nada más.

Yo estoy así, estoy que te odio a rabiar. Estoy que recuerdo tu ridícula manera de tomarme el pelo y esa estúpida pedorreta con la que creías asustarme. Estoy que vuelvo a escuchar a menudo esa canción que escuchaba el tipo que estaba aparcado a mi lado el día que nos conocimos: tú acababas de irte, y el mundo ya sonaba de un modo distinto...

Yo estoy que te detesto. Y estoy que me viene a la cabeza sin parar tu cómica y maravillosa manera de ruborizarte y esconderte con la cabeza debajo de la almohada y luego buscar mi mano con la tuya debajo de las sábanas.

Yo estoy así, recordando todas esas veces que me habría gustado decirte «te amo» y no lo hice. Todas esas veces que quería decirte «eres hermosa» y no lo dije.

Yo estoy que te odio. Y no hay nada que sea más importante que tú. Así, así es como estoy...

19

SONIDOS

18 de marzo de 2000

—No te garantizo que vaya a ser capaz de notar cualquier pequeño cambio en tu aspecto..., pero te prometo que estaré atento para oír incluso el más imperceptible movimiento de tu corazón.

Le retiro un mechón de pelo que le había ido a parar delante de los ojos y, con delicadeza, se lo pongo detrás de la oreja mientras la miro esbozando una ligera y tranquilizadora sonrisa.

—¿De verdad? —Tiene las mejillas coloradas y los ojos brillantes buscando protección.

—De verdad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque soy feliz con sólo pensar en ti.

Sonríe y se sonroja un poco; a continuación añade con un tono más bajo:

—Y yo que pensaba que la felicidad era sólo una palabra inventada, y entonces veo tu mirada... —Y vuelvo a buscar sus ojos con los míos.

—Tonto... —Estalla en la enésima maravillosa sonrisa y me abraza con fuerza encajando la cabeza en el hueco de mi cuello. A continuación, acerca la boca a mi oído, delicadamente, y me susurra—: No te burlas de mí, ¿verdad?

—No, Angela, no... Te amo con locura. —Luego, en la oscuridad, enciendo una cerilla y le digo—: Me imagino nuestra historia de amor delante de una pequeña hoguera con una llama suave, el crepitar de la madera y el aroma del mar, al tiempo que nos contamos en voz baja cómo proyectamos construir nuestro futuro, el que los dos pasaremos juntos.

Sopla la cerilla y me abraza. Seguidamente repite:

—«Nuestro futuro juntos...» Sí, nuestro futuro juntos... —Y se queda callada.

—Oigo el sonido de tus pensamientos incluso cuando te quedas callada. Sobre todo cuando te quedas callada.

—¿De verdad?

—¡Claro!

—Y ¿qué sonido hacen ahora?

—Hay cosas que no se dicen, las sentimos en el corazón y las hacemos nuestras...

—¡Para ya de dejarme sin palabras, viajero! ¡Te lo advierto!

—¡No voy a parar!

Cojo otra cerilla y enciendo un cigarrillo que había liado antes.

—Fabrizia ha hecho revelar el carrete de fotos, ¡hay un par de nosotros dos fantásticas! ¡En una estamos riendo, hemos quedado muy bien!

Me coge el cigarrillo y le da una calada.

—Tú y yo siempre quedamos bien.

—¡Presumido!

—No es eso... Tú y yo quedamos bien porque cuando nos hacen una foto nos reímos desde mucho antes de que alguien nos pida que lo hagamos.

—Oh, Dios, amor, cuánto te quiero... ¿Cómo nos enamoramos tú y yo?

—Yo hablaba y tú reías. Tú hablabas y yo reía. Y nada..., nos enamoramos así...

Doy otra calada y a continuación dibujo círculos con el humo.

—Y nada..., así... —Y ríe.

—Así... —Y río.

Fuera llueve.

—Cariño...

—Sí... —Y ríe.

—¿Luego escucharemos la lluvia juntos?

Estábamos completamente desnudos, en casa, encima de la cama deshecha; en el equipo de música, la versión de *I'll Be Missing You* de Puff Daddy. Acabábamos de hacer el amor y había sido maravilloso... Siempre era maravilloso hacer el amor con Angela, pero esa vez había sentido algo distinto, y estoy seguro de que lo mismo le había sucedido a ella. Hubo algo especial esa vez, como una magia. Al cabo de unos meses descubrimos que había sido magia de verdad, e iba a ser preciosa. La llamaríamos Laura...

—Les he hablado de nosotros a mis padres... —me dice.

—¿Sí? —le pregunto, sin dejar de acariciarle el pelo—. Y ¿qué te han dicho?

—Nada, me han preguntado quién eres, qué haces, cuántos años tienes..., en fin, las preguntas habituales.

—Y ¿tú qué les has dicho?

—Les he dicho que eres un buen chico, que vas a la universidad como yo, que te gusta la literatura, que tocas la guitarra, que serás un buen profesor de italiano, que eres moreno con los ojos verdes, alto, y que eres estupendo... ¡Les he dicho toda la verdad!

—Y ¿qué más?

—Y que a veces te lías porros...

—¿En serio?

—¿Estás de coña? Me matarían. ¡Y también te matarían a ti!

—¡No quiero morir a los veinte!

Mientras lo digo, le acaricio el pecho y le beso el pezón...

—Mmm... ¡¿Paras ya?!
—¿Qué pasa?, ¿ya no te gusta tener mis manos encima?

—Me refería a que dejes de hablar...

—Ah, te referías a eso... —Y le lamo el cuello, arriba y abajo, lentamente, y después dentro de la oreja, después otra vez en el cuello, y después otra vez dentro de la oreja... Sé que eso la enloquece, y de hecho cierra los ojos y enloquece...

Al mismo tiempo, con una mano la cojo del pelo, lo aferro con decisión pero sin hacerle daño, y le ladeo un poco la cabeza a la derecha, para permitir que mi lengua pueda jugar mejor con el otro lado del cuello, y también explore y lama la otra oreja... A continuación entro, entro hasta el fondo, despacio, con movimientos seguros, y cada embate es un estremecimiento, cada embate es el paraíso. Ella hunde las manos en mi pelo, luego las pasa por mi espalda, me araña un poco con las uñas, y yo también enloquezco, enloquecemos juntos, y no me detengo, no tengo cuidado, oh, no... mi placer le estalla dentro, porque es lo natural, porque la amo con locura, porque es imposible parar, entre ella y yo no hay límites, no hay barreras, no hacen falta precauciones, no las necesitamos.

Estar juntos, fundirnos en una sola cosa: sí, ésa es nuestra única precaución.

—Dios, cómo me gusta... —Lo dice manteniendo los ojos cerrados, en voz baja.

—¿Cuánto? —Lo pregunto sin dejar de cogerle el pelo, mejor dicho, cerrando aún más el puño mientras con la otra mano la agarro por la cadera y me deslizo hasta el final de su maravillosa espalda.

—¡Mucho! —Esta vez lo grita—. ¡Muchísimo!

La empujo hacia mí con los últimos embates, los cruciales, siguiendo el ritmo jadeante de nuestro placer, que coincide con los latidos de nuestro corazón.

—A mí también, amor...

Después nos derrumbamos, nos tendemos en la cama, sudados, descompuestos y felices. Nos quedamos así, pegados, abrazados, entrelazados, en silencio. Yo le acaricio el pelo, ella dibuja letras con los dedos sobre mi pecho. En su olor está el hogar, porque allí, en su olor, también está el mío. Nuestras respiraciones, poco a poco, vuelven a su ritmo

normal y Whitney Houston canta *I Will Always Love You* a un volumen muy bajo, desde el equipo de música, encima de la mesilla.

—Te amo, demasiado... —me susurra.

—Yo también —le susurro.

—¿Sabes?, mis padres son muy protectores, desde siempre..., les da miedo que sufra...

—Bueno, es normal.

—¿Y tú?, ¿a ti te da miedo que sufra? —me pregunta, levantando un instante la cabeza y mirándome a los ojos, como para comprobar si soy sincero o no.

—A mí no, pequeña. Simplemente no es posible, ¿comprendes? —La miro con seguridad a los ojos—. Porque no lo permitiría nunca. Eso es todo... —Después continúo—: Angela, siempre me lo preguntas. A veces tengo miedo de que puedas dudar de mí...

Le hago una caricia en la cara y le cae una lágrima, pero sonrío emocionada. En el recopilatorio de la cinta es el turno de Mariah Carey con *Without You...*

—¿Sabes?, cada vez que te ríes yo siento placer. Eso también es hacer el amor... —digo mientras le seco la cara con una mano, con delicadeza.

Ella me mira y vuelve a sonreír. A continuación, baja la mirada y dice, en un tono dulcísimo y sosegado:

—No dudo de ti, amor. A veces dudo de mí...

**QUIEN NO TE ENCUENTRA TAL
VEZ ESTÉ BUSCANDO EN EL
LUGAR EQUIVOCADO**

Diario de Laura
23 de julio

Estoy nerviosa, tensa, cabreada, decepcionada. Siento rabia y querría hacerme daño. Quizá porque pienso en Marco... Es increíble que a pesar de la manera en que me trata yo siga pensando tanto en él...

Hoy me he pasado todo el día controlando las entradas en WhatsApp, las publicaciones, los *likes* y los comentarios de Facebook... Me doy pena. Lo detesto, y detesto ser tan débil. Lo odio, pero me gustaría hacer el amor con él. ¡Joder! Sólo es un gilipollas, he tenido mil confirmaciones, y sin embargo en este momento escucho *La fine dei vent'anni* de Motta y lloro. No sé muy bien por qué, pero lloro. *A volte è solo questione di fortuna...*, a veces es sólo cuestión de suerte.

Dentro de un rato llamaré a Cami. Sólo ella puede salvarme, me siento tan sola... Es por eso por lo que ahora me estoy cortando un poco, tengo la necesidad de castigarme, si soy inadecuada es justo que lo pague, y lo pago así...

¿Y el mundo qué coño sabrá? ¿Qué sabrán de lo que tengo dentro? ¡No saben nada de mí! Nadie...

Te dicen: «Ya no eres la misma, has cambiado». Pero no saben nada de ti. No saben las veces en que sonríes en vez de llorar. Cuándo aprietas los dientes en vez de derrumbarte. Cuándo aguantas en silencio antes que chillar. No saben nada de ti, pero te juzgan, hablan de tu vida, la tocan con las manos sucias. La pisotean. Sin respeto. Sin cuidado.

Lidia, una compañera de clase, me ha dicho que soy una idiota porque no quiero acompañarla a una cita de cuatro con un chico y su amigo, que me va detrás desde siempre. Salir con alguien no es ningún juego: ¿por qué debería apetecerme necesariamente? Hasta ayer yo para ella era un modelo que seguir..., y es que a ciertas personas les gustamos sólo hasta que dejamos de ser como ellas quieren... ¡A la mierda!

¿Dónde estáis todos ahora que os necesito? ¿Dónde coño estabais cuando me venía abajo?

Leo a Zagal, una de esas publicaciones arrolladoras:

«¡Hola..., eh, ¿qué tal?! Ahora salgo..., no sé a qué hora llegaré, no sé en qué condiciones, pero aunque sea lo último que haga, aunque me pidieran que apostara todo lo que tengo, aunque empleara toda la vida, sólo quería decirte que llegaré. Porque te quiero. Porque es lo único que quiero. Lo único que cuenta de verdad...»

Llevo unos días reflexionando sobre el concepto de inmovilismo. Inmovilismo mental, emocional, dialéctico.

No el físico en sentido literal, que quede claro: ése, a menudo, es sólo una consecuencia del otro.

Creo que se trata de una forma de impotencia, odiosa y difícilmente comprensible para quien no lo ha pasado, porque desde fuera la mayoría de las veces todo parece normal y corriente, y justo por eso hay reacciones que resultan inexplicables incluso a ojos de quien intenta comprenderte.

Y es frustrante darte cuenta de que no tienes la fuerza, o el valor, o las palabras, o los medios suficientes para levantarte.

Para actuar.

Para reaccionar.

Para moverte e ir a buscar eso que quieres, arriesgando tu propio equilibrio mental, el que pensabas que habías puesto a salvo.

Para pronunciar esa única, breve, fundamental palabra.

Para marcar ese maldito número de teléfono, él único que querrías marcar.

Para subirte a ese tren, el único en el que querrías estar.

Y, en cambio, la mayoría de las veces marcas otros mil números que no sirven para nada.

Que no quieras.

Que no sientes.

Que te parecen insensatos incluso durante el *tuuu, tuuu, tuuu* de la espera...

Y es triste comprender cómo, con el paso de las horas y de los días, mientras te dejas engullir por ese sinsentido existencial y sin fin que es tu no moverte, en ese *impasse*, es desalentador comprender que es precisamente el tiempo, implacable, mordaz, quien toma las decisiones en tu lugar.

Y no son nunca las que tú querías...

Y no son nunca quien tú querías...

Es como si notaras, en el cerebro, el repiqueteo de las manecillas, un tictac, tictac cada vez más claro, cada vez más fuerte, cada vez más apremiante, como una gota china.

Como una tortura.

Un temporizador emocional que nos deja sin aliento.

Y sin lógica.

Y sin asideros.

Y te quedas inmóvil cuando querrías salir corriendo y gritar.

Pero no corres, ni gritas, y te quedas ahí.

Por temor, por vergüenza, porque tiembblas...

Inmóvil.

Inmóvil para que no se fijen en ti.

Para no llamar la atención.

Inmóvil para disfrazar el desaliento.

Para mimetizarte con los tonos medios de la vida, esos que juegan con los grises. Y para luego perderte en ese todo y todos que no es nada..., que te aniquila.

Inmóvil, rogando que acabes hundiéndote en ese punto en el que te encuentras.

Inmóvil como el asombro.

Inmóvil como la añoranza.

Inmóvil como una lágrima que no cae.

Inmóvil como para querer levantarte y gritar: «¡Vete a la mierda, estoy siguiendo mi camino!», pero luego no, luego no lo haces, porque estás desnudo, ya no tienes ropa..., y fuera hace frío, demasiado frío.

Inmóvil como el orgullo.

Silencioso, ciego, quieto.

Siempre patéticamente igual a ti mismo.

Inmóvil.

Como las palabras no dichas, ahí paradas, entre el estómago y la garganta..., inmóviles en tu corazón.

Como cuando fuera se pone a nevar, así, de repente, y tú te quedas inmóvil..., inmóvil, mirando.

Inmóvil, con un terremoto dentro...

Y todo tiembla, joder, todo tiembla.

Notas que vibra cada centímetro de tu cuerpo.

Cada milímetro de tu piel.

Cada suspiro de tu alma.

Y alrededor todo parece desmoronarse sobre ti.

Y alrededor todos parecen escapar.

Y tú querrías gritar, pero lo único que no se mueve es tu boca..., que no puede pedir ayuda.

Estás inmóvil y buscas un camino que parece no existir, una solución que se te escapa y que, por tanto, se vuelve imposible...

Y te quedas inmóvil..., inmóvil pensando, delante de tu vida, que transcurre como en una película.

Que querrías rebobinar y cambiar.

Reescribir el guion.

Sustituir a los actores.

¡Y decirle un par de cosas al director, menudo sádico del carajo!

Y querrías llorar, destrozar el mundo, en cambio, te quedas quieto, inmóvil, perdido entre los mil nombres de los títulos de crédito, suspendido en los silencios de las esperas.

Inmóvil como tu corazón, helado por un adiós.

Inmóvil como tus ojos, petrificados por lo que nunca habrías querido ver.

Inmóvil como una mano que ya no tiembla.

Inmóvil, como quien ya no cree en nada, como quien ya no tiene sueños.

Inmóvil como una mirada perdida en el vacío.

Inmóvil como nubes sin viento.

Inmóvil, mientras esperas a que ella vuelva...

Inmóvil, en el infinito, para siempre, como música..., como poesía...

Inmóvil como un nudo en la garganta...

Inmóvil ante la puesta de sol...

Inmóvil ante el amanecer...

Reflexionando como yo, ahora, que miro inmóvil una estrella en el cielo...

... y pienso en ti.

En ti, a quien tal vez un día diga: «Hola..., eh, ¿qué tal? Ahora salgo..., no sé a qué hora llegaré, no sé en qué condiciones, pero aunque sea lo último que haga, aunque me pidieran que apostara todo lo que tengo, aunque empleara toda la vida, sólo quería decirte que llegaré. Porque te quiero. Porque es lo único que quiero. Lo único que cuenta de verdad...».

Yo escribo en mi blog:

Has comprado ese vestido para sentirte especial, tal vez pensabas que te hacía falta porque él no estaba para decirte que eres preciosa. Desnúdate, mírate al espejo: tú ya eres especial. Incluso sin ese vestido, que sin embargo es especial sólo cuando lo llevas tú.

Me gustaría mucho ser lo único que contara para Marco, ser especial sólo para él. Sería un sueño, y no necesitaría vestidos...

Camilla me ha mandado un whatsapp que me ha hecho llorar:

Y esa mirada perdida en la oscuridad al otro lado de la ventana. No has recibido la llamada que esperabas. Él te había prometido que te llamaría, pero luego... ¿Cómo es de grande el vacío que escarba en nuestro interior cuando nos sentimos solos y abandonados? Cuando nos sentimos no queridos, no elegidos... Yo te regalo un pensamiento, pequeña, porque cuando el vacío es tan

grande, nos sentimos pequeños. A cualquier edad.

En los cascos suena *Paloma*, de Andrés Calamaro, y vuelvo a escribir en el blog:

Buenas noches a ti, que tienes en el corazón un pensamiento que no cesa de insistir. Un amor que no te deja dormir. Buenas noches a ti, que esperas un mensaje que no llegará. Te mando una pequeña caricia virtual. Quien no te encuentra tal vez esté buscando en el lugar equivocado...

Buenas noches.

DÍA 3.897

Lo he conseguido, he dejado los hielos de la Antártida hace treinta y dos días. No lograba encontrar una vía de escape, me quedé bloqueado durante meses y meses, pero al final el sol y la naturaleza me salvaron. En este momento me encuentro en Chemin de Bel Ombre, en el océano Índico (latitud 20° 50' 17.801" S / longitud 55° 39' 24.256" E), y hace sol. La semana pasada me cogieron y después me soltaron en las costas de la isla de Reunión, en el archipiélago de las Mauricio.

Me trataron bien, con respeto.

No me rindo.

21

CUANDO LAS PERSONAS SE VAN, ¿LUEGO VUELVEN?

26 de julio

Hoy va a ser un día largo y pesado. Tengo mucho trabajo y voy con retraso. Ayer por la mañana abrí los ojos a las siete, es decir, después de ni siquiera dos horas de sueño, sumido en mis pensamientos; esta mañana he puesto el despertador a las seis, porque a las ocho aterrizan mis padres de regreso de las vacaciones y tengo que ir a recogerlos al aeropuerto.

Me siento realmente cansado y atontado. Entro en la cocina y preparo la cafetera, abro un cruasán envasado y lo relleno de Nutella, mucha Nutella. Mientras espero a que suba el café, meto la nariz en el bote del café molido, como todas las mañanas, e inspiro con fuerza: es mi droga desde siempre...

Recuerdo que cuando Laura era pequeña le hacía muchísima gracia cada vez que me lo veía hacer. De modo que, en broma, me mojaba un poco la nariz con agua y me manchaba la punta con el café molido. Cuando levantaba la cabeza, ella me miraba asombrada y a continuación se reía un montón, tapándose la cara con las manos. ¡Madre mía, qué guapa era, con esos tirabuzones y los ojos tan negros! Además, tenía unos mofletes para comérselos y los dientes de delante ligeramente separados que la convertían en la niñita más dulce y rica del mundo.

—¡Buuuu! ¡Estás muy *susio*! —gritaba, riendo a carcajadas.

Entonces yo hacía el monstruo: levantaba los brazos, enseñaba los dientes y corría hacia ella, mientras la niña chillaba:

—¡Déjame en *passsssss*! —riendo todavía más fuerte al tiempo que huía.

Ahora que lo recuerdo, me doy cuenta de que tengo los ojos brillantes. Necesitaría tanto un abrazo suyo, pagaría porque me pidiera que la arrojara con la sábana y le contara un cuento...

—¿Me cuentas la historia del *príncipe azul*? ¿Y la de la *Caperusita Rosa*? —¡Me lo pedía con una expresión que no, no, no era posible decirle que no!

El silbido de la cafetera me llama al orden y me salva de la nostalgia. Desayuno y voy corriendo a vestirme.

La puerta de Laura está cerrada, pero oigo el sonido del piano... ¡Increíble, hacía mucho que no lo tocaba! ¡Y, además, a esta hora! Claro, nunca ha sido dormilona, ni siquiera cuando podría, nunca duerme hasta tarde...

Reconozco con claridad la canción que está tocando, es *La fine* de Nesli, pero en la maravillosa versión de Tiziano Ferro. Ella sólo toca, nunca la he oído acompañar una pieza con la voz.

E sempre incazzato, fino a perdere il fiato..., «siempre está enfadado, hasta que se queda sin aliento...».

La canturreo en mi cabeza; espero a que acabe para no molestarla y luego llamo.

—¡Me marcho, Laura, voy a buscar a los abuelos y luego a trabajar!

—Vale, adiós.

—Me alegro de que hayas vuelto a tocar el piano.

Silencio.

Sin recibir respuesta, añado:

—Bueno, que tengas un buen día, ¿eh? —con una pequeña pizca de resentimiento.

Oigo que trastea y a continuación empieza a sonar una canción en el equipo de música a todo volumen. Como siempre, la respuesta que me da es un «vete a la mierda» silencioso, expresado a través de cualquier medio disponible: una carcajada sarcástica, una mueca, salir huyendo, una pregunta

o una observación irónica, un dardo resentido y específico para herirme, poniendo una canción a todo trapo... Y todo ello siempre ensalzado con un mal disimulado rencor, baluarte de su resistencia personal hacia cualquier impulso afectivo que yo pueda tener. Hoy el medio utilizado se titula *Counting Stars*...

Contaremos las estrellas, por supuesto, pero las palabras no, las palabras no...

Cuando mis padres abren la portezuela del coche y me encuentran absorto en el aparcamiento, sonrío gracias a un automatismo emocional.

Reconozco enseguida el perfume de mamá, lo lleva desde siempre, es Opium de Yves Saint Laurent, y puesto en ella, sobre su piel, la fragancia se vuelve única, la reconocería entre un millón de personas. Cuando lo huelo sonrío, porque lo asocio a esa parte de mi vida ligada a emociones y sentimientos exclusivamente positivos: ese perfume sabe a confianza nunca traicionada, a palabras y gestos claros, limpios y simples, nunca enigmáticos, nunca jamás confusos en la niebla de la ambigüedad. Ese perfume sabe a amor puro y desinteresado.

—¡Cariño! ¿Cómo estás? —grita mi madre.

—¡Bien, mamá! ¿Y vosotros?

La abrazo calurosamente y ella me devuelve el abrazo con un entusiasmo incluso mayor; a continuación le doy la mano a papá, que sonrío, contento de verme.

Los ayudo a cargar el equipaje y subimos al coche. Me cuentan las vacaciones que han pasado en Apulia y en Calabria. Ambos están jubilados, de modo que no pierden la oportunidad de ir de viaje y de fin de semana aquí y allá, y hacen bien. Me preguntan qué tal va en casa, si Laura está bien.

—Sí, sí, claro, todo bien. Aunque siempre está enfadada...

—Bueno, es lo normal, cariño. Es un momento complicado para ella, está atravesando una edad difícil, ¿eh? —dice mi madre.

—¿Le has dado permiso para ir a Grecia? —pregunta mi padre.

—Maurizio, ¿recuerdas lo que nos pidió Leo? ¡Que no interfiriéramos en ese tema! Tendrá sus motivos, ¿no?

—¡Barbara, soy su padre y tengo todo el derecho a decirle lo que pienso!

—Tranquila, mamá —intervengo yo—. De todos modos, todavía no, lo estoy pensando...

—En fin..., ¡tú sabrás! —dice mi padre, levantando las manos con una expresión un poco decepcionada.

Cuando los dejo delante de su casa, en Ostia, me arrancan la promesa de que Laura y yo iremos a cenar pronto con ellos. Acto seguido me voy corriendo al taller: Riccardo se ha encargado de abrir, pero ¡hay demasiado trabajo que atender!

A la hora del almuerzo todavía estoy allí, trasteando con los inyectores de un Golf Turbo 1.6 de gasolina: no entiendo cuál de los cuatro va mal, de vez en cuando el coche funciona con dos cilindros y hace ruidos extraños.

Estoy bajo presión, todo el mundo quiere su coche listo y perfecto lo antes posible. Todo el mundo quiere algo de mí: los clientes quieren ahorrar tiempo y dinero, mis padres quieren que encuentre a una buena chica y deje que Laura vaya a Miconos, Laura quiere que la deje ir a Miconos y que deje de ser el peor padre del universo, Riccardo quiere un pequeño aumento para el verano, Bea quiere que encuentre un espacio de diálogo con Laura y conmigo mismo, mis amigos quieren que encuentre serenidad.

Luego está mi corazón. Él sólo quiere una cosa: a Angela. La llama dando voces desde hace tantos años que he dejado de contar los latidos.

Cuando llegan las siete estamos literalmente fundidos, tanto yo como el pobre Riccardo, que sí, ¡se merece el aumento!

Hay un cliente que hace un rato que está tocando los cojones:

—Y oiga..., oiga..., ¿cuándo cree que estará listo?

Habla de manera inquieta, debe de habérmelo preguntado diez veces en pocos minutos. Odio a este tipo de clientes, casi prefiero perderlos.

—Mire, no lo sé, lo llamaré... —Lo digo en un tono tranquilo pero firme.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No puede decírmelo? ¿Con lo que me va a costar? ¡Trescientos euros! ¿No se da cuenta? Mañana es viernes; ¿y si luego no lo puede terminar para mañana? ¿Significa que voy a estar sin coche todo el fin de semana? ¡No puede ser! Aparte del hecho de que me va a sacar

trescientos euros..., es que es una locura... —Sacude la cabeza, grita, gesticula.

—Si lo prefiere, puede traerlo el lunes.

—Pero ¡si acaba de decirme que me arriesgo a estropear seriamente el motor!

—La bomba del aceite está casi frita, y la centralita que controla los ventiladores de refrigeración del motor da algunos errores en el análisis del ordenador. Ambas cosas pueden causar un daño irreversible de un momento a otro...

—Por tanto, es necesario que deje el coche y lo haga reparar con urgencia, ¿correcto?

Pronuncia la palabra *correcto* con ese odioso acento de niño bonito, y levanta los brazos como si hubiera descubierto el agua caliente y me estuviera explicando con dificultad algo que yo mismo hace al menos media hora que intento explicarle.

—Claro, de hecho, se lo he dicho varias veces. Pero no puedo obligarlo a que me lo deje ni puedo garantizarle que esté listo mañana antes de cerrar...

Sonrío. Mantengo la calma. Estoy orgulloso de mí mismo. Hace unos años habría reaccionado de un modo distinto. Pero todavía es pronto para cantar victoria...

—Es increíble que no pueda asegurarme cuándo estará listo, es para llamar a la radio y denunciarlo..., ¡esto es Italia!

Se le está yendo la pinza del todo, está delirando..., ¡y yo, a aguantar!

—¿Qué es lo que le parece increíble, perdone? No sé con qué obstáculos me encontraré cuando lo repare, no sé si tendré que sustituir la centralita o si cableándola desde cero será suficiente, y lo mismo sucede con la bomba. Y, mientras tanto, como ve, tengo dos coches reparándose y pendientes de entregar.

—Está bien, mire, dejémoslo...

—De todos modos, si no quiere dejarlo aquí, puede hablar con otro mecánico y hacer que vengan a recogerlo con una grúa. Y, además, le repito por enésima vez que si tengo que cambiar la bomba o la centralita por completo, habrá que añadir más dinero a los trescientos euros.

—¿Más dinero? Pero ¿estamos locos? ¿Llevarlo a otro mecánico? ¡No sabe cuánto me gustaría! Pero ¿quién me va a pagar la grúa? ¿Me lo va a pagar usted? ¿Eh?

—Ya le he explicado que el presupuesto de trescientos euros sólo sirve en caso de no tener que sustituir las piezas...

—¡Sois todos unos ladrones! ¡Quién me mandaría a mí estudiar! En este país no sirve de nada..., ¡mecánico tenía que haber sido! —Pronuncia la palabra *mecánico* casi con asco.

—Estoy empezando a ponerme nervioso.

Ya está, sabía que aún no era el momento de cantar victoria...

—¿Perdone? ¿Qué quiere decir exactamente? ¿Eh? ¿Eh? —Me desafía con esa vocecita estridente.

Dejo la llave inglesa y le pido a Riccardo que termine de montar el parachoques del coche del que me estaba ocupando, y a continuación me acerco poco a poco a ese tocapelotas.

—Exactamente, ¿qué es lo que no entiende de la frase «Estoy empezando a ponerme nervioso»? —Pausa...—. ¿Eh?

No levanto la voz y hablo despacio, pero no debo de tener una expresión demasiado amistosa. El psicópata pesado y arrogante que ha venido a intoxicar el aire de mi oasis de paz tendrá más o menos mi edad, gafitas y bigote de intelectual, americana, corbata, maletín, soberbia, y cara de mierda...

—¡Oi... oiga, que soy abogado! —balbucea, pero sin abandonar su tono altanero y retorcido.

—¿Y a mí qué cojones me importa? —Lo miro a pocos centímetros de distancia. Lo supero en altura y corpulencia. Levanto las manos llenas de grasa a la altura de mis hombros—. Estoy empezando a ponerme nervioso..., no me gusta usted, no me gusta su arrogancia. ¿Ve mis manos? —Ahora ya no dice nada—. Pues bien, son las manos de un humilde mecánico y, como ve, están sucias y poco cuidadas, y llenas de cortes y cardenales..., pero son grandes. ¿Las ve? —Se las pongo a un milímetro de sus morros y él asiente en silencio—. Bien..., no son las manos de un príncipe, de un literato o de un abogado, porque yo no soy ni príncipe, ni literato ni abogado... —Pronuncio

la palabra *abogado* con asco—. Sólo soy un mecánico, pero no me presento en casa de alguien que no conozco con mala educación y engreimiento, no contamina la vida de los demás sólo porque no encuentro la mía lo bastante satisfactoria..., ¿me sigue? —Él vuelve a asentir, sin decir ni una palabra—. Ahora, volvamos a empezar... Si usted quiere dejarme el coche con las condiciones que le he explicado, por mí está bien; en otro caso, coja su mierda de chatarra y desaparezca de mi vista. ¡Y que sea rápido! —La última frase se la susurro nariz con nariz, curvándome para estar a su altura y levantando un poquito el índice.

—Está bien... —Lo dice con un hilo de voz, a continuación añade—: ¿Sabe?..., no estoy pasando por un buen momento..., ¡disculpe!

¡Increíble, así pues, es cierto que a las buenas se consigue todo! Retrocedo un paso, bajo la mirada algo incómodo...

—Oiga, discúlpeme usted, me parece que me he pasado un poco, pero la verdad es que llevo unos días muy estresado, ya somos dos... —Me quedo un momento callado y lo miro. Esbozo una sonrisa, luego una media carcajada, de ésas dictadas por la tensión y el nerviosismo...

—¡Esta vida acabará con nosotros! —Él también se ríe. De un modo algo inconexo, pero se ríe. A continuación, sigue diciendo—: Bueno, mire, ya tiene mi número de teléfono, llámeme cuando esté listo. ¡Si es después del fin de semana, pues entonces no cogeré el coche! Relax, paseos, sin estrés..., ¡bien! —Y me mira con una expresión benévola, sonriéndome.

Por un instante me he temido lo peor, es increíble haberlo resuelto tan deprisa. Nos estrechamos la mano y nos despedimos.

En cuanto sale, me vuelvo y veo que Riccardo me mira sorprendido. Sus ojos están llenos de admiración.

—¡Jefe, qué grande eres!

—Qué va..., en la vida es mejor mantener la calma, Riccardo. Yo, en cambio, me he equivocado...

Todavía me siento muy tenso. Muy rígido. No estoy en absoluto orgulloso de mi reacción.

—Pero ¡él te ha ofendido!

—No debemos permitir que nadie nos ofenda, pero con la violencia no

conseguiremos imponer nuestras razones o demostrar que somos «grandes»...

—Pero... —Se queda con la boca abierta, esperaba otra cosa de mis palabras.

—Riccardo, mucha gente levanta la voz para sentirse más hombre. Gritan para parecer más grandes. Y, cuanto más chillan, más pequeños se hacen... Nunca permitas que nadie te haga peor de lo que eres. Nadie puede llegar a tener tanta influencia sobre ti. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —Está serio y me mira a los ojos.

—¿Es que no vas a montar ese parachoques? —Finjo pegarle un puñetazo en el estómago, sólo amagando el movimiento..., después me río.

—¡Voy volando! —Él también se ríe.

Le doy una palmada en el hombro. Es un buen chico... Yo, en cambio, a pesar de que el ambiente se ha distendido, todavía estoy cansado, nervioso. Sigo pensando en Laura, en ese maldito viaje a Grecia, en el hecho de que ya no hablamos, ya no nos escuchamos. Pienso en la pésima opinión que tiene de mí, ella, que, en cambio, cuando era pequeña me adoraba, me consideraba su héroe. Su «superpapá más guapo del mundo». ¡Cuánto hablábamos! Siempre ha sido una niña inteligente y perspicaz..., me hacía miles de preguntas, siempre quería saberlo todo, y yo le explicaba, le respondía, se lo contaba todo... Quiso saber todos los detalles de su madre, de nuestra historia de amor, pero casi siempre, cuando llegaba al punto en que Angela se marchaba, dejaba de hacer preguntas. No quería saberlo, prefería que esa parte quedara en suspenso... Y ¿cómo culparla? Sólo era una niña, y ésa era su manera de ganarle la partida al miedo, de vencer a la oscuridad, de evitar que ese dolor pudiera succionarla hasta un vacío gigantesco. Era su manera de alejar algo a lo que no sabía darle un sentido ni mucho menos un nombre. No se explicaba cómo era posible que su mamá no estuviera con ella, y por eso prefería no decir nada. Al fin y al cabo, si algo se queda ahí, suspendido, cubierto de niebla..., pues eso, no puede tocarnos, no puede matarnos.

«Papi, pero cuando las personas se van, ¿luego vuelven?» Recuerdo como si fuera hoy el día que Laura me hizo esa pregunta: tenía cuatro años y todas sus amiguitas y sus amiguitos de la guardería hablaban de sus familias, de sus madres. Ella me preguntó por primera vez de manera explícita por qué ella no

tenía, dónde estaba la suya.

—Mamá ha tenido que irse, cariño... —le contesté, y ella me miró durante un instante; a continuación miró hacia arriba con esa expresión inocente de los niños que no entienden las respuestas de los adultos.

Pero después, la noche siguiente, mientras le contaba el cuento y le hacía los «cariñitos» que siempre me pedía, me preguntó:

—Papi, pero cuando las personas se van, ¿luego vuelven?

La miré a los ojos y le dije:

—Papá tiene que ir un momento al baño, amor mío, tengo que hacer pis...

Fui corriendo al baño y me eché a llorar. No sabía qué contestarle, no podía mirarla a los ojos y decirle que no, que mamá no iba a volver, que no sabía dónde estaba, que nos había abandonado.

Era la primera vez que lloraba desde que Angela se había ido, hacía cuatro años. Lloré mucho, y fue terrible... No le contesté a Laura porque no sabía qué responder. Yo también me hacía la misma pregunta, como Laura, como un niño, y lo bueno es que al cabo de tantos años me la sigo haciendo: «Cuando las personas se van, ¿luego vuelven?».

Ella, desde que se marchó, no ha regresado. Y yo tampoco.

Angela..., mírate, después de todos estos años todavía estás ahí, en el centro de cada uno de mis pensamientos más profundos, eres el motivo que me impulsa a mantenerme en forma, a tener esperanza en el futuro. Todas las noches me voy a la cama e imagino que tal vez el día siguiente sea el bueno, tal vez, el siguiente sea el día en que volveré a verte, el día en que volverás conmigo corriendo a mi encuentro, saltándome encima. Te cogería en brazos, como hacía siempre... Recuerdo la sensación de tu piel en la mía, de tus manos en mi cuello, de tu cuerpo sobre el mío, esa sensación de plenitud y deleite al tenerte entre mis brazos y protegerte de todo. Y todas las veces pienso que cuando llegue el momento, cuando volvamos a vernos, querría estar bien, bien como a ti te gusta, querría estar preparado..., listo para todo ese amor...

En mi taller, del ordenador llegan las notas de De Gregori, *Rimmel*. La

escucho y pienso que escuchar a De Gregori siempre te pone un poco melancólico. También pienso que ahora, a mi lado, me gustaría tener a alguien a quien, como a mí, le gustara *Rimmel* y *Generale*. Como te gustaba a ti, dulcísimo amor mío...

Luego pienso que en el fondo la melancolía forma parte de mi ser, incluso sin De Gregori, incluso sin *Rimmel*; está en mí, junto con el entusiasmo y la tendencia a idealizar. Junto con la rabia y la emotividad, con el amor y la empatía, con las lágrimas y las sonrisas. Junto con la angustia y la ansiedad. Es una veta, una de tantas, presente en mi corteza, que no desaparece, que cambia de tono y de nivel, que al envejecer se deshilacha, se desdibuja y se destiñe, como una vieja butaca de piel, pero sigue estando allí. Es un inconfundible y característico regusto que forma parte de ti, de tu mirada, de tu manera de hablar, de tu manera de hacer...

La sencillez, la que es un fin en sí misma, la que se desliza hacia la banalidad, no está en mis cuerdas, y no sabría imaginar mi vida junto a alguien que no viera la diferencia entre tristeza y melancolía, entre comicidad y sarcasmo, entre hablar y comunicar, entre comprender y comprenderse, entre forma y significado. No sabría imaginar mi vida sin todas esas cosas complicadas que acarrea. Sin todos esos «si», sin todos esos «pero», sin los «tal vez» y los «quién sabe». Sin lluvia y mantas. Sin oscuridad y velas.

Es gracias a la melancolía que, en ciertas ocasiones, consigo percibir las cosas de un modo distinto, más mágico, menos superficial, con unos colores más vivos, con unos sonidos más nítidos, con unos abrazos más fuertes, con unos reflejos más verdaderos. La melancolía es como una droga, te corre por las venas y por la sangre. Altera la percepción de la realidad, te la hace vivir con mayor intensidad, con un ritmo más lento pero acuciante, con movimientos tranquilos pero decididos, con notas en bemol y fraseos de clarinete.

Y la atmósfera está enrarecida y suspendida, y tú estás suspendido, y tus pensamientos están suspendidos..., como tú, Angela, que para Laura y para mí estás ahí, suspendida, inmóvil, innombrable. E insuperable...

Como siempre suelo hacer cuando me da la melancolía, llamo a Filippo.

—Hola, Leo, cuéntame. —Tiene un tono apresurado.

—Hola, Filippo..., dime alguna chorrada.

—¿Qué quieres decir?

—Algo que me haga reír, lo necesito...

—Leo...

—Sí.

—Pero ¿qué diablos...?

—¿Qué ocurre?

—Me has interrumpido en lo mejor de la película porno... ¿Justamente ahora necesitabas oír una maldita cosa graciosa?

Por un instante me quedo pasmado. A continuación, pregunto:

—¿Cómo se llama?

—¿El qué?

—El título de la peli porno, ¿que cuál es?

—*Ocho semanas en medio...*

Diez segundos de silencio.

—¿De verdad?

—Sí... —Se ríe.

Me río.

Luego estallo. Es una de esas risas liberadoras que no crees que necesitas hasta que te coge de repente, de esas que sólo sueltas con tus amigos hablando de cosas estúpidas, de las que seguramente nadie más se reiría sino que el resto frunciría la nariz.

—¿*Ocho semanas en medio?* ¿*Ocho semanas en medio?* —lo repito y me río, nos reímos mucho, no podemos parar.

Entre las cosas que ya no sabía hacer estaba lo de reírme hasta las lágrimas. Reír hasta llorar es uno de los puntos de contacto con nuestra parte infantil, la primordial. Si te ríes hasta llorar significa que has derribado las estructuras del control y de la racionalidad, significa que has dejado a un lado las reglas de las matemáticas, las trayectorias de la geometría, significa que has abdicado, al menos durante un rato, del algoritmo de la medida y la compostura, o que has decidido que las cuentas, al fin y al cabo, puede que

no cuadren, porque, total, al final, de un modo u otro, cuadrarán igualmente, así que a la mierda con todo lo demás. Significa que lo has hecho con esa simplicidad típica de la belleza arrebatadora, del agua que corre derribando el dique, de la lluvia que toca todo lo que hay que tocar sin elementos discriminadores, sin filtros, ese tipo de belleza que termina de golpe e inmediatamente después dices: «¡Ostras!».

Lágrimas de alegría. Lágrimas de dolor. ¿Dónde está la frontera? ¿Dónde empiezo yo y acaba el mundo? ¿Dónde acabas tú y empezamos nosotros? La pena y la alegría son dos caras de la misma moneda. Ambas me recuerdan que estoy vivo y que, sin la una, la otra no tendría sentido, algo parecido al negro sin el blanco, la luz sin la oscuridad, la luna sin el sol.

Las dinámicas emocionales, relacionales y psicológicas de los adultos son la prueba de que el hombre tiende a destruir en vez de crear. Crecemos retrocediendo, vamos hacia delante para ir hacia atrás: partimos sin la palabra, con la sonrisa, los Lego y los brazos abiertos en busca del amor, y acabamos sin una palabra declarándonos la guerra para imponer odio y violencia.

Mientras me río al teléfono con Filippo, me siento distinto y pienso que puedo escoger, joder, todavía puedo escoger no morir lentamente, no ceder, no abandonarme en ese lugar emocional al que parecemos destinados. El secreto está siempre ahí, en el habitual, frágil, imperceptible límite, en ese segmento apenas trazado, la línea que divide las lágrimas de la lluvia, el amor del odio, el juego del drama...

—¡Filippo, te quiero!

—Dímelo a mí... Y ¿ahora puedo terminar? ¿Te importa?

—¡Puaj! ¡Qué asco! ¡No quiero saberlo! ¡Ve! ¡Ve! —digo riendo.

—¡Os espero mañana en mi casa!

—Sí..., ¡hasta mañana!

PÁGINAS

Diario de Laura

26 de julio

Hace dos días volví a salir con Marco... ¡Cedí, joder! ¡Fui débil, una vez más! ¡Me engañó con esos mensajes suyos tan seductores! Y, mientras estábamos juntos, le llegó un mensaje de WhatsApp... Le pedí que me lo dejara ver, pero no quiso; entonces le dije que me llevara a casa, y él me contestó que sólo soy una niña mimada e insegura.

¡Para mí, esta vez, está del todo muerto! Ya no quiero saber nada más de él ni de todas esas putillas que se tira. Piergiorgio y Fabio me han dicho que lo vieron unas horas después en el Darling Pryde... Mira por dónde, estaba con esa zorra rubia platino que trabaja con él en el pub. Anoche me envió un mensaje: «¿Hacemos las paces, pequeña? Te echo mucho de menos...». «¿Hacemos las paces?» «¿Pequeña?» ¡¡¡Vete a la mierda!!! ¡Cómo se atreve! No le contesté, unos minutos más tarde me llamó y le colgué en su cara. Después lo bloqueé en todas partes. BASTA. ¡Basta, joder! Estoy harta de quienes hojean distraídamente las páginas de mi vida sin interés sólo porque sí, por capricho o aburrimiento, teniendo al mismo tiempo los pies bien plantados en un capítulo a medias con alguien más. Esto no es un juego, esas páginas son mi historia, mi corazón, mi equilibrio..., son todo lo que poseo.

La verdad es que en el fondo no tengo nada que ver con alguien como tú, Marco. Había perdido la cabeza, es cierto, pero no era amor, era debilidad. Era la necesidad de llenar el vacío de siempre. El deseo de infligirme el dolor de siempre. Tal vez eran las ganas de ser aceptada por quien no me acepta por lo que soy.

En mi blog he escrito:

Te han dicho que debías ser dulce, pero luego has visto que sólo salían ganando las cabronas. Hoy, cuando te dicen que eres una cabrona, contestas sonriendo con dulzura, porque sólo tú sabes que ése es el precio que hay que pagar por proteger tu emotividad. Cabrona, pues vale.

El loco de Loy ha escrito esta disparatada y encantadora publicación:

Ayer soñé.

En el sueño, confuso, tenía una familia.

Dos chavales, guapos y revoltosos (¡de que eran revoltosos estoy seguro porque no paraban de tocar los huevos incluso en medio de un sueño!).

Tenía una casita pequeña, casi un cuchitril.

Un trocito minúsculo de tierra, con unas plantitas cultivadas, unas flores de temporada, un limonero, un olivo, una barbacoa.

En el sueño, yo estaba en la barbacoa, cocinaba filetes y salchichas mientras fumaba y bebía vino tinto, y la madre de mis hijos, morena, guapa, guapa, guapa y guapa, era guapa. Por dentro y por fuera. En el sueño, mientras esperábamos a que la carne estuviera hecha y los mocosos tocaban los huevos para que jugara con ellos a la pelota, le regalaba un girasol y una rosa. Que no tiene nada que ver una flor con otra, pero a mí me gustaba así.

Ella también era dulcemente sofisticada, es decir, sin demasiada pose de pija, de intelectual.

En el sueño, la besaba y sabía muy bien.

Le hablaba y ella sabía muy bien.

Había muchas sonrisas entre nosotros, en medio de nosotros, dentro y fuera de nosotros.

Ella sabía muy bien.

A pesar de su dulzura, daba la sensación de ser una mujer fuerte e independiente, pero al mismo tiempo parecía dispuesta a compartir su fuerza y su independencia con los demás.

Viéndome en el sueño, yo también parecía un hombre dispuesto a compartir mi fuerza y mi independencia con los demás.

En el sueño, ella era bloguera.

Bonito sueño.

Llevo una época con tendencia a tener pesadillas en vez de sueños.

El hecho es que se trata de una época, sí. Pero de mierda. Desde el punto de vista familiar (familia de origen) y laboral. Me dan por el culo un montón. Un montón de cabrones. Y yo soy alérgico a los cabrones. Y también a los que dan por el culo. Es que me gustaría saberlo antes. Es que me pondría vaselina, por lo menos. Creo.

Yo soy alérgico a los sofisticados forzados. A los obtusos. A los cerebritos frikis de los cojones que no saben un cojón pero tocan los cojones.

Los que se han pasado todo el tiempo leyendo.

Leer, leer y leer.

Leer y nada más.

Y también está el hecho de que soy muy impulsivo.

Y yo, cuando se me cruzan los cables y provocan un cortocircuito, soy más cabrón que todos ellos juntos.

El caso es que llevo demasiado tiempo controlándome.

El caso es que, si no pierdes los papeles, mucha gente no te entiende. Piensa que eres de los que sufren. De los que alardean. De los que hablan y hablan, pero luego no hacen ni el huevo. De los que confunden amabilidad con debilidad. Educación con miedo.

Y el caso es que entonces pierdo los papeles. Y no es ninguna broma. Después me arrepiento, vale, pero no es ninguna broma.

Sí, me he desahogado. Vamos a reírnos, luego ya me calmaré. Como dice mi madre, lo único que no tiene remedio es la muerte, antes o después lo demás se pone en su sitio.

Puede que sean frases hechas, pero si lo piensas bien, son muy acertadas.

Y yo quiero pensar que todo esto se irá poniendo en su sitio.

No soy supersticioso, por mucho que me ponga la mano en los huevos cuando alguien que no me convence o que me cae como el culo me desea lo mejor, pero no lo hago porque me lo crea de verdad, es sólo un automatismo. Es decir, el movimiento automatizado de tocarse los cojones se acciona por sí solo. Porque inconscientemente me digo: «No es verdad, pero nunca se sabe».

Vale, no es un razonamiento maduro, y no se sostiene con ninguna lógica, pero ¿cuántas cosas, a nuestro alrededor, no son maduras, inteligentes o lógicas?

Y, sobre todo, me pregunto: ¿a cuento de qué venía escribir ahora sobre la superstición? Bueno, las cosas dichas y pensadas siempre vienen a cuento, sólo que a veces las ponemos en el sitio o en el momento equivocado.

Y, además, este blog es mío, y yo escribo lo que me da la gana. Lo que me parece, joder.

Aunque no tenga lógica.

Aunque no venga a cuento.

Me querréis igualmente... Oh, Dios, ¿me querréis igualmente? Si no es así, la respuesta sigue siendo la misma: ¡me importa un huevo! (Ya sabéis que lo digo en broma, ¿verdad? No podría seguir viviendo sin vosotros...)

Pero bueno, el hecho más importante, lo único digno de nota y que vale la pena explicar, es que de un tiempo a esta parte estoy saliendo con una chica.

Es fantástica. Me gusta todo de ella. Todo.

Es morena y, además de ser guapa, guapa, guapa y guapa, es guapa. Por dentro y por fuera. Ayer le regalé un girasol y una rosa. Que no tienen nada que ver, pero a mí me gustaba así. Ella también es dulcemente sofisticada, es decir, sin demasiada pose de pija, de intelectual.

Cuando la beso, sabe muy bien.

Cuando le hablo, sabe muy bien.

Y hay muchas sonrisas entre nosotros. Fuera, en medio y dentro de nosotros.

Y ella sabe muy bien.

A pesar de su dulzura, da la sensación de ser una mujer fuerte e independiente, pero al mismo

tiempo parece dispuesta a compartir su fuerza y su independencia con los demás.
Pero llevo tan poco tiempo con ella...
Y además, pues sí, es bloguera.
Bonito sueño.

¡Loco, tierno y dulcísimo Loy! #

Zagal, en cambio, escribe:

Cuando no puedan conseguir lo que quieren, intentarán humillarte. Y tú sonreirás, porque si por un lado tu corazón frágil y lleno de amor te hace vulnerable, por el otro te hace ser invencible. Y tú eres eso: una mujer invencible.

¡Dios, cómo te quiero, Zagal, gracias! Y así es como me siento ahora,
¡una mujer invencible!

La verdadera soledad es la que sientes cuando te esfuerzas en estar con alguien con quien no compartes nada. Ser soltera no significa estar sola. Cuando eres libre, nunca estás sola. Y no es cierto que cuando estás enamorada no lo engañas porque te resistes, no te dejas llevar... ¡Pues no! ¡Cuando estás enamorada ni se te pasa por la cabeza tocar a nadie más!

Yo quiero sentirme libre, Marco, y tú, en cambio, haces que me sienta sola. Como todos los hombres que he conocido hasta ahora... ¡A la mierda!

Buenas noches a ti, que te habías hecho otra idea de él, esta vez pensabas que sería distinta de las demás, esta vez lo habrías apostado todo. Y, sin embargo, él ha demostrado ser uno de tantos, sin luz en los ojos, de los que no saben arriesgar, de los que no ponen el corazón, de los que no juegan limpio. De los que están bien un poco para todos, mientras que tú eres sólo para unos pocos.

Aprietas los dientes y retienes las lágrimas, te repites que él no se merece ni un gramo de tu dolor. Aprietas los dientes y aguantas la respiración, te susurras que él no vale ni una pizca de todo ese amor.

Buenas noches a ti, que eres hermosa a más no poder, con tu dignidad y con una fuerza que todavía no sabes que tienes...

DÍA 4.258

Después de 4.258 días de navegación, me hallo en el mar Rojo, entre África y Arabia Saudita. He llegado aquí pasando por el estrecho de Bab el-Mandeb, gracias al cual he dejado el golfo de Adén. Mi paso por la orilla de Yibuti ha cosechado un pequeño éxito, y he arrancado un aplauso a un grupo de chicos conmovidos... Ahora, desde aquí, miro las playas de Sudán (latitud 19° 24' 15.948" N / longitud 37° 30' 46.141" E). Siento que pronto sucederá algo, y será maravilloso...

23

«CIERTAS NOCHES» EN FAMILIA

27 de julio

Estoy encerrado en mi Alfa Romeo, suena *Un buen día* de Los Planetas... Entre las cosas que suelo hacer los sábados por la mañana está ocuparme de mi 1600, también conocido como «hueso de sepia» por su forma, llevando a cabo un pequeño mantenimiento. Lo guardo en el garaje, es un modelo de 1967, primera edición, el mismo año de la película *El graduado*, gracias a la que el Spider Duetto descapotable entró en la historia. No hace falta decir que he conservado el color rojo original.

Lo compré a buen precio hace años, estaba literalmente destrozado, por dentro y por fuera, por eso me costó tan poco. Con el tiempo, sin prisa, lo he restaurado en su totalidad, tanto la mecánica como la carrocería.

Lo he dejado como nuevo, reparando y aprovechando lo que tenía cuando era posible, comprando y sustituyendo piezas cuando era inevitable. Todo es rigurosamente original: la pintura, los interiores de piel negra con respaldos de rayas verticales, el volante de madera, el salpicadero con el cuentakilómetros y el cuentarrevoluciones redondos, los indicadores del nivel del agua, el aceite y la gasolina de aluminio, la bola del cambio y la piel de debajo, el encendedor, el emblema de Alfa Romeo, la tapicería semirrígida

del techo abatible, y también los frenos, el embrague, muchas partes del motor 1600 cuatro cilindros de doble carburador, el cambio, el tubo de escape...

La única pequeña modificación la he hecho en el equipo de música: evidentemente, he mantenido el panel frontal de la época con la radio original provista de reproductor de cintas, pero he mejorado los altavoces y he instalado un amplificador de calidad. Está en el interior del salpicadero, fuera de la vista, pero se puede conectar cualquier dispositivo electrónico. Mi manía de la música...

La verdad es que casi nunca lo uso. Alguna vez lo pongo en marcha y voy a dar una vuelta a la manzana, lo necesario para que no se deformen los neumáticos y las llantas y evitar que el carburador se ahogue. Angela y yo siempre fantaseábamos con el hecho de que sería muy bonito, algún día, hacer un viaje juntos con ese coche. Lo veíamos como algo parecido a una carroza voladora tirada por caballos blancos y mágicos y alados, un símbolo absoluto del romanticismo de nuestro cuento.

Soñábamos con los ojos abiertos, ella y yo, sin parar... Y era tan bonito, no necesitábamos más. Y yo he querido recordar esa parte del sueño así: teniendo una de esas carrozas voladoras, manteniéndola conmigo, arreglándola con cuidado, ocupándome de ella con amor y constancia. Devolverla a sus buenos tiempos ha sido como hacer renacer ese sueño, mantenerlo vivo en mi corazón. Paso un montón de tiempo con ese coche, aunque ahora ya queda bien poco por hacer por lo que respecta a la restauración o las reparaciones. A veces lo pulo con una cera especial (hay que pasarla con un paño de lana adecuado, se necesita mucha dedicación y precisión), o compruebo los niveles o que los engranajes estén bien engrasados, pero lo que de verdad me interesa es otra cosa: me encierro con llave en el garaje, entro en el Alfa Romeo, pongo mi música... y vuelo. Pienso adónde habríamos ido, qué viaje habríamos hecho. Estoy seguro de que Angela habría escogido un destino inmerso en la naturaleza, cerca del mar..., estoy seguro de que habría puesto su mano sobre la mía, que a su vez empuñaría el cambio de marchas, habríamos hecho todo el viaje así, inseparables como siempre.

Mientras suenan las últimas notas de *Forever Young* de los Alphaville, me doy cuenta de que son las once y media. Tengo que irme, casi se ha hecho tarde.

Al final, hemos decidido hacer la cena de sushi en casa de Filippo. Laura irá con Bea, no iba a ser el caso de que me concediera el honor de venir conmigo.

Aprovecho para dejar el coche en el Lungotevere, a la altura de la via dei Pettinari, si bien antes de dirigirme a casa de Filippo cruzo el puente Sisto y doy un paseo a pie por los callejones de Trastevere. Me encanta caminar por esas callejuelas tan llenas de historia y de poesía, pero sobre todo, de vez en cuando, me encanta volver al sitio donde nos besamos por primera vez..., allí, en aquel pequeño callejón maravilloso que ha permanecido igual desde entonces, el 11 del Vicolo del Cinque, mi lugar. Mi isla. La escalera hacia mis mil cielos después del séptimo, el de la felicidad. Allí arriba, entre las nubes rosa, todavía están nuestros nombres suspendidos, entrelazados y fundidos, con las estrella encima y el mundo debajo, y en una de esas pequeñas grietas de la pared, entre los ladrillos antiguos, me gusta pensar que sigue estando la nota que le escribí...

Hace poco que Filippo ha reformado su piso y le hacía ilusión inaugurarlo con nosotros. Es un ático en corso Vittorio, esquina Campo dei Fiori, un sitio de postal. Es un espacio abierto de estilo neoyorquino que refleja el carácter y la vida de Filippo: excesivo, colorido, goliardesco, sincero. En una esquina hay una máquina de *pinball* y, al lado, un futbolín. Una pared del gigantesco salón rectangular es roja, perfecta, brillante. Ni una imperfección, ni una grieta, ni una veta. Es tan perfecta que me pregunto cuánto puede costar la mano de obra para hacer algo así...

Hay pocos cuadros en las paredes, pero resalta un cuadro de Mimmo

Rotella original, una Marilyn pop que busca espacio entre artículos de periódico arrancados. Algunos focos de diseño y una mesa redonda en el centro, de cristal, espectacular. No hay ni un cable eléctrico por fuera, Filippo tiene esa manía, no puede verse ni uno.

Desde el salón se accede a una terraza con una vista que quita el hipo sobre Campo dei Fiori. Música y velas aromáticas. Laura está extasiada, Filippo es uno de sus ídolos..., al parecer sólo se muestra crítica cuando se trata de un servidor.

Hemos quedado a las seis, no sabemos la dificultad que encontraremos a la hora de preparar los platos. Hemos comprado todo lo necesario: ingredientes, especias, accesorios. Empezamos extendiendo las algas sobre las esterillas de madera..., yo me ocupo de cortar los rollitos de arroz, Bea y Laura del sashimi, Matteo lo dirige todo con el libro en la mano y comprueba la fritura de la tempura después de haber hecho una masa muy lograda. Emanuela, la mujer de Matteo, se encarga de preparar la salsa agri dulce a base de vinagre de arroz, azúcar y sal marina, mientras que Filippo dice chorradas y finge echar una mano. Laura se ríe, Bea también..., estamos a gusto.

De manera increíble, al cabo de apenas hora y media está todo listo y con un aspecto excelente. Mientras tanto bebemos vino bien frío. A las ocho estamos sentados a la mesa, en la terraza, con los palillos en la mano, mojando nigiris y hosomakis en el bol de la salsa de soja. También hay sake, además del vino. La temperatura es perfecta. No falta nada.

—El tiempo del amor es dilatado y enrarecido como las pupilas después de la atropina —dice Matteo en un determinado momento. El amor siempre es un tema candente durante una conversación.

—Qué reflexión más maravillosa —comenta Bea.

Emanuela, en respuesta, pone la mano encima de la de Matteo con orgullo.

—¡Me gusta mucho, Matteo! —dice Laura, visiblemente impresionada.

—Las estrellas están en el cielo y los sueños no lo sé, sólo sé que son pocos los que se hacen realidad... —prosigue Filippo serio.

Nos miramos todos, sin hablar.

—Mmm..., Filippo..., es una frase preciosa, pero, bueno..., ¡es de Vasco Rossi! —Me río.

—¿Ah, sí? —pregunta él—. ¿Me estás diciendo que Vasco y yo hemos pensado la misma frase? Eso me gusta, me honra, joder, tú sabes cuánto me gusta, ¿verdad? Él y la Mágica Roma... ¡son mi religión! Aparte del dinero y las mujeres, claro... —y guiña un ojo a la vez que muestra una gran sonrisa imitando a Fonzie.

—Mmm..., Fil..., ¿no crees que ya va siendo hora de que aceptes de una vez por todas eso de que pones en tu boca las citas de otros?

Después de mis palabras, los demás se echan a reír.

—¿Qué pasa?, ¿ya estamos con la misma historia? ¿Eh? Todos poniendo en entredicho mi buena fe, ¿eh?

Nos quedamos pasmados durante unos segundos.

—¡Salud! —exclama Emanuela al final, sacándonos del atolladero.

—Y eso de la Roma..., bueno..., ¿de verdad todavía hay alguien que siga el fútbol? Es casi peor que los veganos, o que los animalistas ortodoxos... —interviene Bea.

—Venga, ¿qué tiene de malo? —pregunto yo.

—Es un interés como otro, no se puede criticar..., ¡y además a mí también me gusta! —dice Matteo, que debe de haberse sentido aludido.

—Matteo, pero bueno, ¿lo ves? —le responde Bea—. Ya casi me había quitado ese tema de encima... y ahora tendré que retirarte mi amistad en Facebook, bloquearte en WhatsApp, dejar de saludarte, renegar de años de amistad... ¿Crees que es fácil para mí? ¿Eh? —Se ríe para sus adentros y dirige a Matteo una sonrisa dulce y amistosa.

—No me dirás que eres de las que juzgan a la gente basándose en eso... Venga ya, es un poco como mirar *realities* o *talents*, ¡un rato de distracción! Pequeñas grandes divagaciones... —replica Matteo.

—¿Sabes?, Bea es una intelectual... —añade Filippo irónicamente.

—No soy una intelectual, Filippo, yo sólo tengo cerebro... —rebate Bea, no sin una pizca de sarcasmo.

—Pero ¿por qué odias tanto el fútbol? —pregunta Matteo.

—De hecho, no comprendo lo que vosotros los «intelectuales» tenéis

contra el fútbol... —intervengo yo, riendo.

Bea aprovecha mi sentido del humor y responde de manera simpática y provocadora:

—Es algo increíble, eso es todo..., tener como ídolo a gente que gana millones de euros por correr detrás de una pelota lo encuentro estúpido. Pero ¿de verdad todavía estamos hablando de esto en 2018?

Me encanta cuando juega a hacerse la esnob.

Interviene Emanuela:

—Tiene razón, es increíble... —y añade con una mirada de complicidad hacia Bea—: Es anacrónico...

Bea se pone más seria sólo para dar el golpe de gracia:

—No, de verdad, yo lo entiendo todo, es el deporte más popular, habéis crecido detrás de esa pelota, vale..., pero después maduras, ¿no? Incluso vosotros los hombres, digo, a cierta edad maduráis..., ¡estoy casi segura! —Vuelve a reírse para sus adentros—. ¡Vosotros tres ya habéis superado el límite con creces! Ahora ya vale...

Emanuela y Laura se ríen a carcajadas.

—De acuerdo, en eso estamos divididos. Es decir, yo me lo paso muy bien jugando, pero no me gusta verlo..., aunque no soy capaz de criticar a quien lo hace; ¡se trata de un deporte de alto nivel! —afirmo con seguridad. A continuación, pregunto—: ¿A ti qué te parece, Laura?

—¿Que a mí qué me parece? Yo soy una mujer, y tengo cerebro..., en tu opinión ¿qué me va a parecer? —Les sigue el juego a sus «colegas», que lo aprecian e intercambian sonrisitas cómplices.

—¡*Forza*, Mágica Roma! —grita Filippo, levantando la copa al cielo.

—¡*Forza*, Roma! —gritamos Matteo y yo intercambiando una mirada orgullosa y haciendo tintinear las copas.

Grazie, Romaaa, che ci fai vivere e sentire ancoraaaaaa, grazie Romaaaaa!, «gracias Roma, que todavía nos haces vivir y sentir, gracias Roma».

Es uno de los cánticos del estadio, el nuestro, de Antonello Venditti. Las chicas nos fulminan con una mirada indignada, un poco como si fuéramos una institución decadente y obsoleta...

La noche transcurre de forma agradable, los bandos han quedado bien definidos. Hombres contra mujeres, pero los más hostiles siguen siendo Filippo y Bea.

—Y, volviendo a Vasco, ¿es realmente un crack, un mito!

—¡En eso estoy de acuerdo, Matteo! —responde Bea.

—¿Cómo no estar de acuerdo? —interviene Emanuela.

—Lo adoro... —dice Laura.

—¡Yo también lo adoro! —dice Filippo apremiante—. ¡Y ahora que sé que viajamos en la misma longitud de onda, lo considero como un hermano! —añade.

Laura ríe.

—La cuestión es que Vasco, tanto si te gusta como si no, con dos letras les ha hablado a cuatro generaciones. Dice «eh»... y transmite toda esa poesía y ese amor que muchos no han sido capaces de transmitir con millones de sofisticadas y aburridas palabras.

—¡Exactamente, demonios! —dice Bea.

Vasco nos ha puesto de acuerdo a todos, incluso a Bea y a Filippo. Pero sólo durante un rato...

—¿Así que tu hermana todavía está con ese sujeto? —le pregunta él en un determinado momento.

—Llevan juntos siete años, Filippo.

—¿Siete años? Cómo pasa el tiempo... Recuerdo cuando se presentó en el bar que hay debajo de casa de tus padres. Ridículo, con esos tatuajes, el pelo rapado... y, además... —se ríe de manera histérica—, ¿en qué trabajaba?

—Vende aspiradores, ¿qué tiene de malo? ¿Por qué? ¿Acaso tú te crees mejor por trabajar de agente inmobiliario de casas de lujo?

—Ah, ¿qué tiene de malo? No..., es que no entiendo por qué yo no les caía bien a tus padres, y ese elemento con el cuerpo completamente pintarrajeado va por tu casa sin ningún problema. Y ¿tu madre qué carajo dice de un ejemplar como ése?

—Ahora mis padres lo adoran..., incluso acompaña a mi hermana al Carrefour a hacer la compra para mamá...

—Qué locura... ¡Es por eso por lo que quiero tatuarme, por eso! En la

pirámide social estoy por debajo de tu cuñado, esa cosa...

—En la pirámide social estás por debajo de muchas otras personas, Filippo... —Bea lo dice entre dientes, pero la oímos todos. A veces me da la impresión de que estos dos todavía están enamorados, ¿qué otra cosa puede ser?...

»¿No habéis visto el precioso tatuaje de Laura? —pregunta Bea.

—Yo no —dice Matteo.

—Yo tampoco —añade Filippo.

Laura se levanta y muestra el tobillo.

—«La vida son dos días.» Una frase fantástica y verdadera —comenta Bea sonriendo.

—¡Me gusta mucho! —dice Emanuela.

—¡Me flipa! —grita Filippo—. ¡Quizá podría tatuármela yo también!

—Filippo, el tatuaje debe tener sentido para quien se lo hace... «La vida son dos días», ¿qué sentido tendría para alguien que no cree en el futuro? —Bea es despiadada. Nos reímos todos.

—Bueno, no me consta que tú seas ninguna santa, ¿no? —contraataca Filippo.

—Filippo, no es cuestión de ser «santos» —intervengo yo—. Perdona si me meto, ¿eh?, pero hay un límite para todo... y tú ese límite lo superas. ¡Es más, tú límite no tienes ninguno! —concluyo, riendo y levantando las manos.

Matteo aplaude partiéndose de risa.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclama Filippo, dando palmadas sarcásticamente—. Muy bien todos, ¿eh?, con vuestro moralismo..., pero en cualquier caso, el antídoto contra cincuenta enemigos es un amigo —añade con la enésima cita.

—¡Vamos, Filippo, te lo has buscado! ¡Y, además, oh, joder! ¿Ahora incluso citas a Aristóteles? Impresionante..., la misma longitud de onda..., la misma época, ¿eh? —y me río a carcajadas.

—Mira quién habla... —comenta Laura seria, dejándome helado... y dejando helados a todos.

—Perdona, Laura, ¿a qué te refieres?

—A nada, dejémoslo... —responde.

—Si tienes algo que decirme, puedes hacerlo.

—Papá, no tengo nada que decirte, la vida es tuya y tú eliges vivirla como a ti te parece... Es sólo que me da la impresión de que tampoco podrías hacerte mi tatuaje. Sólo eso.

De repente no se oye ni una mosca. Silencio.

—Algunas veces no encontramos un punto de contacto simplemente porque cada uno está jugando en su propio terreno... y entonces no nos entendemos... —interviene Bea, salvándose con un saque de esquina—. Pero eso no significa que se trate de un juego distinto. O que no les guste a ambos.

Laura mira a Bea, esboza una sonrisa, casi de circunstancias, y luego baja la mirada hacia el iPhone.

—Eso espero... —respondo yo.

—Y tú, en vez de esperar..., ¿le has dado vía libre a Laura para ir a Grecia? —me pregunta Bea, no sin antes lanzar una mirada de complicidad a mi hija.

—Oye, eso es un golpe bajo —refunfuño, maldiciendo a Bea en silencio.

—Pero ¿¿qué va a ser un golpe bajo?, venga! —exclama Emanuela.

—Leo, no seas ridículo —añade Filippo.

—Exacto —se hace eco Matteo.

Es un complot, estoy en el rincón. Levanto la mirada y me encuentro con la de Laura, que, al cabo de un instante, la baja de nuevo hacia el móvil, como si quisiera hacerme creer que está por encima de cualquier decisión mía. A pesar de que sé que para ella es muy importante ir. Qué orgullosa es...

—De acuerdo —concluyo con un hilo de voz—. Puedes ir a Grecia... Pero ¡con la condición de que me llames tres veces al día, ¿eh?!

Todos estallan en un júbilo absurdo. Abrazan a Laura, que ríe. ¡Qué guapa está cuando se ríe, debería reírse siempre! Me pregunto si siempre es culpa mía si no lo hace, y mis ojos se ponen brillantes, sólo un poco. Una vez más, Bea me salva *in extremis*, acercándose y abrazándose con fuerza. A continuación, Filippo entona a Ligabue:

—*Non si può restare soli!!!!, certe notti quiiii, chi si accontenta gode così cosiiiiì... certe nottiiii nanananaaaa...* —«No podemos estar solos, ciertas noches, quien se conforma disfruta así, así..., ciertas noches...»

Somos un solo coro. Para ser una familia no es suficiente con serlo. Hace falta sentirlo. Echarse de menos. Creerlo. Estar. Hace falta apoyo y empatía. Hace falta amor...

Y nosotros somos todo eso. Tal vez incluso algo más.

PARA SIEMPRE

18 de julio de 1999

Le he propuesto que pasemos una noche de camping, con la tienda. Tal cual, dicho y hecho. Tengo una canadiense para dos personas y todo el resto del equipo, desde el hornillo hasta los sacos de dormir, porque con mis padres muchos años íbamos de veraneo con la caravana, y también montábamos la tienda en la parcela para cuando venían a vernos los tíos o los primos. Qué bonitos recuerdos...

Me han hablado de un camping barato en Sabaudia.

—Hay una playa fantástica, y además tiene unas dunas maravillosa..., ¿te apetece? —le digo.

—¡Dios mío, qué bonito, sí! ¿Cuándo nos vamos?

—¿Qué te parece dentro de una hora?

No he terminado de decirlo cuando se me echa encima, abrazándome.

Partimos hacia las dos de la tarde con el coche de mis padres, un Golf negro. Compramos pizza de mortadela y un par de cervezas.

El camping es sencillo, sólo hay parcelas y baños comunitarios con duchas e inodoros a la turca y un pequeño bar hecho polvo tipo quiosco. Pero estamos en la playa, detrás de las dunas, y no necesitamos más.

En la tienda tenemos una lucecita que a veces encendemos para mirarnos

o jugar..., pero es bonito estar allí, en la oscuridad, hablando, con el rumor de las olas rompiendo en las rocas y el sabor del salitre en los labios. Con el saco de dormir rojo, con nuestras manos que no se separan nunca y nuestros labios que no dejan de buscarse un solo instante...

—¿Cómo estás? —le pregunto mientras sigo las líneas de su cuerpo desnudo acariciándola con la punta del dedo.

—Estoy bien, muy bien... —me dice—. ¿Y tú?

—Estoy tranquilo, feliz, no siento tensión..., ¡estoy en paz con el mundo! Como cuando estás tumbado y escuchas una canción que te gusta con los ojos cerrados. Como cuando te acarician el pelo con esa presión que te recuerda lo bella que es la vida. Justo como tú estás haciendo ahora... —Mientras tanto, ella ha empezado a acariciarme el pelo y a mí me parece estar en el paraíso—. Y entiendo perfectamente que si dejarse llevar puede significar desaparecer, alejarse el uno del otro, al mismo tiempo, también puede significar amarse y hacer el amor, dejarse llevar juntos, al mismo sitio, gota a gota, sudor con sudor, cuerpo con cuerpo, dejarse llevar sin oponer resistencia. Dejarse llevar y nada más. Deslizarse, entre alma y pupilas, entre lágrimas y saliva. Significa compartir pizza y mortadela y beber cerveza de dos chavos que sabe a salitre, salada en su punto justo, crujiente en su punto justo, como debería ser cualquier vida: alcohólica, crujiente y salada en su punto justo...

La beso durante mucho tiempo, primero en la boca y luego en el cuello, y empezamos a hacer el amor...

—Nuestras vidas son crujientes y alcohólicas sólo si están unidas..., a veces tengo miedo de que tu vida se separe de la mía —me dice jadeando. Se aparta por un instante, mirándome con los ojos de repente asustados.

Yo me pongo de rodillas y busco en la mochila.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Toma. —Le doy un papel—. La escribí unos días después de que nos diéramos el primer beso... Volví al sitio donde nos besamos, luego caminé por el puente Sisto y allí escribí esto pensando en ti... Léelo.

Ella lo desdobra:

Y entonces será olerlos y preguntar cuándo, y entonces serán mis ojos en los tuyos y preguntar por qué, y luego será no entender y buscar un sentido, y será evitarnos cuando los porqués parezcan no tener sentido, y ceder cuando parezca que los sentidos no tengan que buscar un porqué. Yo estoy tranquilo y espero. Espero a que ocurra cualquier cosa, sea lo que sea, será hermoso. Es más, estoy tranquilo y absorbo, me dejo vivir. Ahora estoy sereno, tal vez un poco feliz, ¿feliz, ¿eh?! Y eso depende mucho de ti, casi todo de ti, pero también un poco de mí. Por eso sonrío a menudo, por eso te sonrío a menudo, por eso te llevo a donde quieres, aquí dentro, o te sigo desde lejos, ahí fuera. Y todavía pienso en las palabras y en el sentido que les damos, en las decisiones que tomamos. El sentido nunca es uno solo y yo nunca soy lo suficientemente claro. Sin embargo, es importante entendernos, contigo lo es. Es bonito tenerte en mi vida, aunque sea un poco, aunque sea sólo así. Mientras haces lo que tienes que hacer, yo miro la puesta de sol, en medio de mucha gente que me recuerda que el lugar más bello del mundo está encerrado en una emoción, en un momento que no puede fotografiarse. Y tú eres mi momento, mi fotografía más bella, el único lugar en el que querría estar.

O, mientras espero, me tomo una cervecita, o un vaso de agua, o hago tonterías que tienen un poco que ver contigo, sólo un poco, pero tú no lo sabes, como escribir tu nombre mil veces, distraído, mientras estudio o pienso en otra cosa. O juego con las yemas de los dedos sobre el manillar de mi Vespa, o me arreglo el cordón de mi sudadera, y escribo tu nombre y alguna palabra sencilla en la escarcha de un coche aparcado cuando voy caminando por la calle de camino a la universidad o a cualquier parte. En fin, tonterías. Y eso cuando no pienso en ti, o cuando no duermo. Y últimamente duermo poco. Desde que te besé, ya no duermo.

Hacia el final, sus ojos se humedecen y con la voz un poco ahogada dice:

—Dios...

—Bueno, ¿entiendes ahora que mi vida siempre permanecerá ligada a la tuya? Pase lo que pase, yo te llevaré conmigo... ¡para siempre!

—Te quiero con locura. —Me lo susurra abrazándome y llorando. Y temblando...

—Yo también, Angela, yo también..., pero quiero verte sonreír, porque no puedo ser feliz si tú no sonríes... —La abrazo con fuerza—. ¿Sabes que la misma noche del primer beso, antes de regresar a casa, volví allí, al Vicolo del Cinque, 11, y en una pequeña grieta de la pared, entre dos pequeños ladrillos, metí un papelito?

—¿De verdad? ¿Y qué ponía?

—Eso es un secreto, sólo quien lo encuentre podrá saberlo...

—¡Dios mío, qué bonito! Me sabe mal no poder leerlo... Cuando

volvamos, iré enseguida a ver si todavía está allí.

—No lo creo... De todos modos, lo importante no es que tú lo leas. Lo importante es que lo escribí para ti. —Lo digo y sonrío—. ¡Y ahora dame un beso y abrázame! —«Porque si me abrazas, ya me siento bien», pienso, y se lo doy a entender sólo con la mirada.

—Yo no quiero el amor a toda costa, yo quiero estar contigo. No necesitamos estar ligados para no dejarnos llevar. —Me lo dice justo antes de abrazarme, mirándome con sus ojos profundos y muy negros.

—¡Qué cosa tan preciosa has dicho...! Es bonito pertenecerse sin pretenderse..., es el único modo de no perderse nunca.

—Pero yo te pretendo... —responde al tiempo que se pone encima de mí y empieza a moverse lentamente.

—Tú eres una coqueta... —replico con esfuerzo mientras la guío con las manos en las caderas y sigo su ritmo.

Después apagamos la lucecita y le cojo la mano.

Y la mantengo despierta.

Toda la noche.

«Bajo mis pies, kilómetros de cielo me hablan de ti.»

Eso es lo que escribí en el papelito que metí en la grieta de la pared. Ese 9 de marzo de 1999. En el número 11 de Vicolo del Cinque..., el día que mi vida cambió para siempre.

Para siempre.

25

**TAL VEZ UN DÍA TE
DESPIERTES EN MITAD DE LA
NOCHE, BUSCANDO MI MANO**

Diario de Laura
28 de julio

Cuando le he dicho a Camilla que iba a ir a Miconos con ellos se ha echado a llorar. ¡Estoy de los nervios! ¡Me muero de ganas de ir allí! ¡Además, he descubierto que en noviembre saldrá el nuevo sencillo de Tiziano Ferro y dará un concierto en Roma justo el día de mi cumpleaños..., inmediatamente después del de Mengoni, y para este concierto ya tengo la entrada! Una buena noticia tras otra... ¡Ahora sólo falta el de Izi y entonces estaré en el séptimo cielo!

Marco ya está saliendo con otra... Menuda novedad...

¡Es patético!

¡A mí me importa una mierda, el único que sale perdiendo es él!

Llega un momento en el que miras dentro de tu vida, como si fuera una casa; desde fuera, echas un vistazo por la ventana y dentro ves gente que no te aprecia, a la que le importa un carajo lo que eres.

Están ahí, en tu casa, porque tú los has puesto ahí, quizá porque querías caerles bien, quizá porque creías que eran importantes, quizá porque lo necesitabas. Tal vez pensabas que antes o después acabarían apreciándote. Porque a veces te sientes frágil e insegura. Pero entonces llega el momento en que ya no quieres a esa gente, extraña, fría, indiferente a tu sensibilidad, dentro de tu casa. Porque tienes suficiente con los que te quieren, porque sólo ellos cuentan. Porque la vida son dos días. La vida son dos días, hoy más que antes...

Tal vez un día te despiertes en mitad de la noche, buscando mi mano, preguntándote dónde estoy, preguntándote por qué, preguntándote cómo es posible que no lo entendieras, cómo pudiste ser tan estúpido como para dejarme ir, y tan poco valiente como para salir corriendo ante todo ese amor...

Hoy Loy escribe esto en mi blog:

El mantel blanco, blanco y tosco, magnífico, de cáñamo grueso, olor a limpio, con alguna pequeña mancha y algunas migas aquí y allá, de ésas puntiagudas y duras, de corteza de pan casero, esas que te agujerean los codos cuando los apoyas distraídamente y te provocan ese pequeño y molesto dolor que te hace enfadar, pero sólo un poco, porque después se pasa enseguida. Y te recuerdan que los codos no se ponen en la mesa, eso no se hace, y hay gestos, aunque sean pequeños, sobre todo si son pequeños, con los que siempre hay que tener mucho cuidado.

Y no importa si hay cigalas y burbujas en vez de una pasta con ajo, aceite y guindilla acompañada del fuerte tinto de la casa... Eso no tiene importancia, lo que cuenta es el pensamiento, las ganas, que te inviten a quedarte, a sentarte, eso sí que tiene sentido, eso lo es todo, el deseo de compartir el plato del día, y el del día siguiente, y el pan, el vino y las provisiones de la despensa, hasta la última miga. Hasta la última gota. Eso es lo que cuenta. Porque la comida, incluso la más sabrosa y con mejor aspecto, si no te la comes o está mal conservada, con el tiempo se estropea. Y además corres el riesgo de que se siente otra persona en tu sitio, en esa silla vacía, alguien con ganas y con hambre, la de verdad.

Y entre las cigalas y los fideos, yo me quedo con los fideos. Con el vinito, el mantel de cáñamo un poco tosco, las manchas y las migas aquí y allá. Y el olor a limpio. Y el hambre, la de verdad.

Antes o después alguien se sentará en tu sitio, Marco, alguien con hambre, la de verdad...

Buenas noches a ti, que querías oír su voz pero no lo has llamado, porque en el fondo querías que fuera él quien lo hiciera. Porque en el fondo ya has hecho mucho por él. Porque en el fondo dar el primer paso está bien, pero no los primeros doscientos, eso no es bonito. Ya no hace que nos sintamos tan bien. Ya no hace que nos sintamos tan deseados. Así que buenas noches, ya doy yo el paso por ti...

26

TE AMO

31 de julio

—Riccardo, ¿ya le has hecho el cambio de aceite al motor del BMW?

Llevamos desde esta mañana a las ocho corriendo sin parar en el taller. Hemos abierto una hora antes porque tenemos mucho trabajo y hay entregas urgentes que hacer.

—¡Sí! También he cambiado la bombilla de la luz de posición izquierda como me habías dicho..., y además he pegado el adhesivo con el kilometraje actual en la portezuela, para el próximo cambio de aceite.

—¡Bien! ¿Y el Clase A? ¿Aceite y pastillas?

—Hecho, jefe.

—¡Eres un crack, Riccardo!

—Gracias, jefe. —Y sonrío complacido.

—Me parece que te mereces ese aumento...

—¿En serio? —Está contentísimo.

—¡Sí, en serio!

Me mira con los ojos llenos de satisfacción, a continuación vuelve al trabajo sonriendo para sus adentros...

—Riccardo...

—¿Sí?

—¿Qué tal te va con aquella chica?

—Bueno, así, así...

—¿Y eso?

—Sólo nos vemos de vez en cuando...

—Y ¿de quién depende?

—No lo sé..., yo no quiero irle demasiado detrás...

—De acuerdo, pero ¿tú estás enamorado? Responde con sinceridad...

Duda unos segundos, sin dejar de girar el perno con la llave, y a continuación contesta con un hilo de voz:

—Sí...

—Y ¿ella lo sabe?

—Pues... no lo creo.

Se queda callado y yo aprovecho para insistir:

—Riccardo, ten confianza: díselo..., ¡dile que la quieres!

Me mira casi aterrorizado.

—Lo que pasa es que es difícil, no sé si estoy a la altura. Ella es demasiado complicada...

—Riccardo, yo no soy nadie para darte consejos, es más, ¡he hecho un montón de estupideces! Pero a mí me parece que una mujer es demasiado complicada sólo para el hombre que lo quiere todo fácil. Las cosas bonitas son difíciles, requieren esfuerzo. Requieren amor. Hay que luchar por lo que creemos, por nuestros sueños. ¡Créetelo! ¡Ve y lucha por lo que amas! En otro caso, llegará un día en que te arrepentirás, y no podrás perdonártelo..., ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —Lo dice y me mira como haría un niño inseguro.

Me gustaría abrazarlo, pero el sonido del WhatsApp interrumpe nuestro momento de confianzas.

Mensajes de mi padre, de Filippo y de Matteo. Esta noche los he invitado a todos a cenar en casa. Mañana Laura se marcha a Grecia y hemos decidido despedirnos de ella con una pequeña fiesta.

Escribo a mi hija para recordarle que no vuelva tarde a casa, cierro el taller alrededor de la una y voy a hacer la compra.

Me gusta ir a hacer la compra, los supermercados siempre me han puesto

contento, desde que era pequeño. Puede que sea por el aroma de los alimentos que me evocan tantos recuerdos..., esas vidas distintas que van y vienen, concentradas en un solo lugar, en busca de una manera de estar bien con las personas a las que aman. Si observas a una persona mientras hace la compra puedes adivinar muchas de las cosas que tiene en su interior; ves si la hace sólo porque no tiene más remedio, aprisa y corriendo, para salir del paso..., o si pone atención, cuidado. Voluntad. Lo ves enseguida, se lo lees en los ojos..., ¡si la hace con amor, es distinto!

A las siete estoy en la cocina. Preparo mi plato estrella, pasta *amatriciana*: limpio la carrillera, obligatoriamente de Amatrice, la corto a tiras y la doro bien en la sartén con una pizca de aceite de oliva virgen (me lo trae un cliente de la Sabina), la rocío con vino blanco seco, añado guindilla y dejo cocer un rato hasta que se haya evaporado todo el alcohol. A continuación, retiro la carrillera y, en la misma sartén, frío la pulpa de tomate San Marzano durante unos minutos; añado de nuevo la carrillera y acto seguido dejo que la salsa vaya reduciendo a fuego lento, evaporando el agua del tomate y absorbiendo bien los sabores...

Al cabo de una hora ya han llegado todos. Bea, Laura y Emanuela van a la cocina para poner a hervir el agua para la pasta.

—¡Oye, no sabes cómo me gusta la pared de color sangría! Cada vez que miro esta cocina me gusta más... —Después de decirlo, Bea mira a Laura y le guiña un ojo riendo con complicidad.

—Sí, lo sé, lo sé, fue idea vuestra..., ¡lo recuerdo!

Nuestra cocina es de un estilo clásico, de madera clara, tiene una isla central con la encimera y los fogones. La reformamos hace cuatro o cinco años, Laura era poco más que una niña. Inmediatamente después de pintar las paredes, blancas, ella y Bea se empeñaron en que hiciera pintar una de color violeta, porque según decían daría color y calor al ambiente. Todavía recuerdo su insistencia: «Es que todo blanco... ¡queda muy triste!». Yo me negué al principio, pero cuando a dos mujeres se les mete algo en la cabeza no hay manera de pararlas, es mucho mejor deponer las armas enseguida.

Moraleja de la fábula: hice pintar la pared y a continuación tuve que admitir que tenían razón, el efecto es realmente asombroso. El toque de una mujer, en casa, en todas partes, marca la diferencia...

—¡Eso es, muy bien, intenta no olvidarlo! —contesta Bea con esa mirada suya de listilla. A pesar de que está bromeando, la noto algo abrumada. Sí, percibo un poco de tensión.

—¡De acuerdo, intentaré no olvidarlo, demonio, que eres un demonio!

—Es que luego, al cabo de un tiempo, te dicen que ha sido idea suya, reivindicar la paternidad, que ya me los conozco... —interviene Emanuela con el dedo levantado.

—¡No tenéis piedad! —replico yo acorralado.

Unos minutos más tarde Maria, la guapísima rubia que estaba con Filippo en la fiesta, se reúne con nosotros en la cocina. No sé por qué, pero algo me dice que es precisamente ella el motivo del mal humor de Bea...

—¡Vaya! Pero ¡qué buen olorcito sentir! —dice con un italiano impreciso.

—¡Ah, menos mal, un poco de apoyo! Es mi salsa —respondo sonriendo.

—Oiga, chef, haga una cosa: diríjase al salón con sus amigos hombres, ya acabaremos nosotras aquí —contesta Bea—. ¡Y deje de coquetear! —La última frase me la dice entre dientes, va sólo destinada a mí.

Comprendo que es mucho mejor aceptar el consejo: la presencia de Maria ha puesto en marcha un mecanismo extraño que suele instaurarse entre las mujeres, difícil de describir; algo que tiene relación con la competición, con los celos, con la curiosidad, con la solidaridad, con ese resorte que las empuja, por ejemplo, a hablar y a enfrentarse con respeto durante horas con la que ellas consideran una enemiga como si fuera su mejor amiga..., y no por falsedad, sino gracias a ese enfoque de la vida más sofisticado y empático que el que tenemos nosotros los hombres. Porque, para las mujeres, un peligro potencial de invasión de su esfera afectiva puede ser una amenaza, pero también puede tratarse de una confusión, y para descubrirlo primero tienen que estudiar la situación, al enemigo. Hay casos en que las mujeres sienten que no pueden negarle una oportunidad ni siquiera a la que para ellas puede representar una amenaza. Y eso a mí me parece maravilloso y

abrumador al mismo tiempo. El diálogo sirve para eso: para conocer mejor a la otra persona, la que se considera la cabrona de turno, hasta que después se descubre, en el transcurso de una charla, que detrás de la cabrona en realidad se esconde una persona de trato agradable, simpática, con la que vale la pena confrontarse. Y puede que incluso surja una complicidad inesperada.

Y además hay cosas que sólo las mujeres pueden saber, de las que sólo ellas pueden ocuparse. Yo intuyo, percibo, pero no comprendo. Lo único de lo que estoy seguro es de que es mejor no meter las narices.

—El pollo con patatas está en el horno...

—¡Lo controlamos nosotras!

En el coro de respuesta también está la voz de Maria, ya parece estar en consonancia con esa sintonía, ese entendimiento con las otras a los que me refería antes...

Mientras salgo, las oigo reírse con indulgencia a mi espalda y empiezan a atacar inmediatamente a Maria con un interrogatorio:

—Bueno, Maria, cuéntanos..., exactamente, ¿de dónde eres? —empieza Laura, lanzando una mirada de complicidad a Bea.

—Vivo en Uppsala, encima de Estocolmo..., ¿vosotras conoces Estocolmo?

—Sí, claro, la capital de Suecia —responde Laura.

—Y ¿qué te trae por aquí? —Bea va directa a la cuestión.

—En Uppsala nosotros tiene importante universidad, yo trabaja en universidad, hago investigación sobre terreno... y ahora venido aquí con máster y..., mmm..., ¿cómo dice vosotros?... No sé en italiano, pero, bueno, *an exchange program*.

—¡Ah, sí, ya entiendo! —exclama Laura—. Un programa de intercambio para estudiar en el extranjero.

—¡Sí, *esa*..., exacto!

—¿Y cómo os conocisteis Filippo y tú? —pregunta Bea, asestando otro golpe.

Pero no puedo oír la respuesta, porque ella me mira con una sonrisita en la que se sobreentiende: «¿Qué estás haciendo todavía aquí?, ¿no te había pedido amablemente que te esfumaras? Son cosas de mujeres, no te

entrometas...».

—Bueno, pues me voy, ¿eh? —Sonrío, lanzando el paño de cocina a la encimera.

—Pues vete —otra vez a coro.

En el salón encuentro a Filippo y a Matteo charlando. En realidad es Filippo quien habla, Matteo se ríe. Cuando me acerco, Filippo está contando una de sus historias:

—¡Mira, tiene un culo increíble, de verdad, un culo de la hostia! Y, aun así, uf, Matteo, escúchame: he aprendido que si una mujer te dice que eres especial, tú no tienes que meterte en la cabeza que eres capaz de, ¿qué coño sé?, de volverte invisible o de volar... Lo que en realidad está haciendo es dejarte, ¿entiendes? ¡Y tú debes anticiparte! ¡Ella es la que es especial! ¡Y tú te estás buscando a ti mismo!

Filippo gesticula, no para de moverse, y después de soltarlo se ríe a carcajadas. Menudo sujeto...

—¿Quién tiene un buen culo?

—Quién, quién..., Maria, ¿no? ¿Quién va a ser? —Y me da una palmada en el hombro.

—Ah, Maria..., es realmente muy guapa, sí. Y ¿qué ha hecho que la trajeras? No me lo esperaba, hacía años que no traías a alguien a cenar con nosotros.

—Al igual que Laura, ella también se marcha mañana por la mañana, se va a ver a sus padres a Suecia. Y nada..., quería despedirse, se ha pasado por mi casa hacia las siete y... ¡zas! —Hace el gesto de follar con la mano y me guiña un ojo riéndose—. ¡Y menudo polvo, joder!

—¡Filippo..., eres terrible! —comento, pero yo también me río. Y también Matteo.

—Así que, nada, he pensado en traerla... Oye, ¿es un problema?

—¿Qué va a ser un problema? ¡Claro que no! Sólo me ha parecido extraño...

Mientras lo digo, Bea se asoma por la cocina con una gran sartén en la mano, seguida por Laura.

—¡Todo el mundo a la mesa!

—Creo que la gente joven, a pesar de lo que se dice, no van a decepcionar a la vida y harán lo posible por construir un futuro más colorido, más fascinante, más equitativo...

¡Cuando habla así, Matteo es realmente genial! Incluso ha captado la atención de Laura, que aparta la vista de su iPhone, levanta los ojos y lo mira.

—Estoy de acuerdo —comenta Bea.

Matteo prosigue:

—Porque la mayor parte de ellos están llenos de entusiasmo y de vibraciones positivas. Cada vez que puedo aconsejo a mis alumnos, en particular a los más jóvenes, que crean en el amor, que no se dejen desalentar por la oscuridad, porque al final encontrarán la luz que están buscando justo gracias a la oscuridad.

—Caramba, Matteo, qué razón tienes —insiste Bea.

Maria también lo felicita.

—Por otra parte, amarse a sí mismo es el inicio de un idilio que dura toda una vida... —interviene Filippo.

—Oscar Wilde..., ya... —le contesta Matteo.

—¿Qué quieres decir con «Oscar Wilde»? —pregunta Filippo bajando de las nubes.

—La frase que acabas de citar, Filippo... —responde Bea con los ojos mirando al cielo—. Es de Oscar Wilde.

—¡Sí, Fil! Mmm..., *quote quotes*..., has citado una cita de Oscar Wilde..., ya...

—No, Bea, Maria, os equivocáis, lo siento... ¡Es mía, no de Oscar Wilde! —replica Filippo con el dedo levantado, la cabeza un poco inclinada, casi como si quisiera dar una lección, y un tono afectuosamente resentido.

Esta vez decido salvar a Filippo del habitual linchamiento y propongo un sondeo:

—A vosotros, ¿qué personaje de película os gustaría ser?

—¡Yo, de toda la vida, Uma Thurman como Mia Wallace en *Pulp Fiction*! —contesta Bea sin dudarle un segundo.

—Dios, qué estilo —digo.

—¡Sí! El twist que baila con John Travolta con *Your Never Can Tell* es insuperable, su encanto la convierte en la reina absoluta...

—Lo comparto —interviene Matteo.

—Dios mío, a mí también me fascina —dice Laura.

—¿Quién no va a querer ser Mia? —confirma Emanuela.

—Yo, Lisa Rowe, es decir, Angelina Jolie en *Inocencia interrumpida* —dice Laura.

—*Inocencia interrumpida* es una de mis películas favoritas! —Bea se enciende, pero en su tono advierto una mezcla de asombro y conmoción. Yo no digo nada, pero también me deja perplejo...

—Yo me quedo con Ray Liotta, Henry, en *Uno de los nuestros*. —Es sorprendente, pero lo acaba de soltar el apacible Matteo.

—¿Sabes que no me esperaba esa elección de ti? —contesta Bea.

—Es verdad, cariño... —añade Emanuela.

—Chicos, es un juego, ¿no? —Matteo casi se justifica.

—¡Pues claro! —lo tranquilizo yo—. Personalmente, escogería a Tyler Durden, o sea, Brad Pitt, en *El club de la lucha*.

Emanuela elige a Natalie Portman en el papel de Alice en *Closer* y Maria a Hilary Swank en *Million Dollar Baby*.

—A mí me gustaría ser Chaz Reynolds, ¡es mi ídolo! —sale Filippo.

—Y ¿quién es ése? —pregunta Bea.

—No conozco... —Maria se hace eco.

—Es uno de los personajes de *De boda en boda* —contesto yo, simulando un ataque de tos.

Matteo se ríe socarrón.

—Tío Filippo, ¿no es ese que con cincuenta años todavía vive con su mamá y va a los funerales a ligarse a las jóvenes viudas aprovechando el momento de fragilidad? —Laura se dirige a Filippo riendo al borde de las lágrimas.

—Sí, pequeña, pero detrás de ese personaje hay mucho más...

—Sí, es mucho más gilipollas de lo que aparenta —interviene Bea, como siempre despiadada.

—¡Pues mi ídolo eres tú! —grita Matteo divertido.

—¡Viva Chaz Reynolds! —grito, y levanto la copa.

Bea y las demás murmuran algo relacionado con nuestra superficialidad, pero se unen al brindis siguiéndonos el juego.

Hacia la una, Maria se levanta y se despide de todos explicando que al día siguiente tiene que salir muy temprano. Pocos minutos después, Laura hace lo mismo.

—Me retiro, si no, mañana estaré hecha polvo. Camilla pasará a las cinco y media a recogerme con su padre para ir al aeropuerto...

—Muy bien, preciosa. Acaba con todo —dice Filippo.

—Mmm, sí, pero con moderación, Filippo... —añado yo.

—¡Papá, déjalo ya, no vuelvas a empezar! Tío Filippo ha hecho una broma: ¡no seas siempre tan pesado!

—¡Vale, pero no hace falta ofender! ¿Qué quiere decir «no seas siempre tan pesado»? —pregunto con una sonrisa forzada.

—¡Eh! ¡Eh! Ya está, es culpa mía, lo he dicho por decir, como una gracia... Pero ¡es importante que tengas cuidado en Grecia, Laura, muy importante! ¡Perdonad! —Filippo levanta las manos en señal de disculpa.

Laura tiene un aspecto provocador, me mira casi desafiándome con su habitual sonrisita.

—Pues claro, pero ahora ya está, ¿de acuerdo? Buenas noches, Laura; ven aquí y deja que te abrace —pide Bea desdramatizando, providencial como siempre.

Laura la estrecha con fuerza, se miran a los ojos y ríen.

—Buenas noches, tía Bea, te escribo en cuanto llegue. Adiós.

Da un rápido abrazo a todos y se dispone a irse.

—Buenas noches, Laura, nos vemos mañana por la mañana para desayunar...

—Vale —contesta sin mirarme cuando ya está en el pasillo.

«¡Oh, siempre está enfadada! Vaya...», pienso, pero no digo nada.

La velada continúa, se hacen casi las dos y el alcohol sigue corriendo junto con las conversaciones...

—Nunca me había fijado en ella —se le ocurre decir a Filippo de repente.

Ya hacía unos minutos que estaba callado.

—¿En quién? —pregunto yo. Al momento, se hace el silencio, lo miramos con curiosidad y sin tener ni idea de lo que dirá.

Él mira su vaso de ron y continúa hablando:

—Quiero decir que me fijé en ella de una manera superficial, así, sin ningún interés. Una chica sencilla, tal vez mona, normal, pero, para entendernos, tampoco sería capaz de describirla. No le dediqué la atención necesaria..., la atención necesaria siempre tiendo a dedicarla a personas equivocadas, a cosas equivocadas, a lo que aparenta, a quien quiere aparentar, a la malicia, a la astucia, a un escote de vértigo, al dinero, al poder..., a todo lo que es ostentación y exceso. —Seguimos observándolo, sin interrumpirlo—. Nunca, ¿eh?, nunca me paro a valorar algo simplemente sencillo, simplemente altruista y generoso. Y, ya se sabe, el altruismo, la generosidad, la sencillez no se meten con nadie, pero con ellos sí que se meten... —Dicho esto, bebe un trago de ron, da un golpe en la mesa con el vaso y nos mira. Debe de leer asombro en nuestros ojos, y entonces, para tranquilizarnos, nos dedica una de sus risitas diabólicas. Parece Sean Penn al final de *Mystic River*, cuando descubre que ha matado a la persona equivocada y, borracho, empieza a reírse como un neurótico—. Eh, ¿qué os pasa? ¡Os estoy contando algo importante, dejadme terminar y no pongáis esas caras!

Nos miramos. Nadie dice una palabra.

—Pues, la chica del bar, a la que llamaremos Sara, ya sea porque se llame así o por ponerle algún nombre... y, si lo pensáis bien, es tan arbitrario como decir que mi televisor se llama Natalina... —y suelta otra risita alcohólica—. Bueno, pues bien, ella, Sara... tiene una amable sonrisa. Y tener una amable sonrisa no es ninguna tontería. Ahora sé que una sonrisa amable te ayuda a vivir mejor. Ahora sé que tomar un buen desayuno es una cosa, pero tomar un buen desayuno servido por Sara, que después de haberte servido te dedica su amable sonrisa, es una experiencia muy distinta. Y, bueno, puede que nunca le hable de mis pensamientos, pero si fuera el caso, en un diálogo imaginario, le diría: «¿Lo ves, Sara?, jamás me había fijado en ti porque soy un imbécil, pero ahora sé que existes. ¡Gracias! ¡Gracias por existir! ¡Gracias por haberme hecho ver lo imbécil que soy, gracias! Porque ahora sé que

cuando me apetezca, o me sienta triste, o demasiado alegre por cualquier cosa demasiado estúpida, o demasiado cachondo por algo demasiado amoral, pues bien, cuando esté demasiado algo, podré bajar un tramo de escalera, saludar a Gianni el portero, abrir la verja, girar a la derecha y, al cabo de sólo diez metros, entrar en el bar en el que trabajas, saludarte de la manera más respetuosa y conciliadora que sé y preguntarte si puedo tomar un café. Y aunque, bueno, yo qué coño sé, no te apetezca hacerme ese café, da igual, ¡da igual, Sara! ¡No hay problema! Total, lo del café era sólo una excusa, porque a mí me basta con tu sonrisa. A mí me basta con tu manera de ser tan dispuesta y dedicada al prójimo. Me basta con saber que tienes ganas de ser como eres, conmigo y con cualquier otra persona; que no lo estás haciendo porque crees que puedo serte útil o porque te gusto... Me basta con saber que eres así, a pesar de los setecientos euros en negro que cobras al mes y la pensión que no percibirás nunca, que eres así porque es tu naturaleza, que es muy distinta de la mía. Y tú, Sara, debes saber que me haces mejor persona, al regalarme tu pequeño y sincero gesto, transmites un poco de sinceridad incluso a mí. Y la sinceridad es como la serotonina, es como la nicotina cuando estás enganchado, como las palomitas cuando ves una película, o como el aroma de la Nutella, eso es, la sinceridad es una magia que te permite dormir por la noche incluso cuando tienes un montón de mierdas tan grandes a tu alrededor que parece que todo se te cae encima. Y además, querida Sara, tu sonrisa amable me ha hecho sentir muy pequeño, muy mezquino. A mí, siempre dedicado a pasar el día de la manera menos sincera posible, a mostrarme de la manera menos sincera posible, a comunicarme de la manera menos sincera posible. Pero ya se sabe, es un hecho, quien se junta con alguien sincero empieza a sincerarse, y yo, cada vez que me cruce con tu sonrisa, me esforzaré, a mi vez, en hacer un gesto sencillo y sincero a alguien. Y no tiene importancia si al principio mis gestos sinceros son un dedo corazón levantado en un semáforo o un «Te voy a partir la cara» en el fútbol de los jueves por la noche, porque lo que cuenta es intentarlo, ¿verdad, Sara? Porque, ¿sabes?, tu sonrisa sencilla y sincera debería mostrarse a los niños para enseñarles las cosas que de verdad cuentan, para explicarles que la cultura, los libros, los buenos modales, el bienestar, bueno, todo eso es

importante, sí, pero sin un espíritu sincero y amable, pues bien, todo eso acabará aplicándose de manera equivocada. Las guerras no pararán, los espabilados serán cada vez más espabilados, y los gilipollas, cada vez más gilipollas.

No ha respirado un segundo durante todo ese largo y delirante y —añado— maravilloso monólogo, y a decir verdad, nosotros tampoco, que estamos pegados a sus ojos y pendemos de sus labios. Pero no ha terminado...

—Y, si estás de acuerdo, Sara, las maestras deberían decir a los niños: «Mirad, niños, Sara trabaja en un bar y gana poco, pero es feliz, y no intentará suicidarse, no matará a sus padres, se liará con un asqueroso gordo de setenta años sólo para llegar hasta el último peldaño. ¡Vamos, niños, miradla! ¡Estudiadla! Preguntadle cómo se hace, y qué se siente, y cómo se consigue, y por qué ha escogido esta vida. ¡Ella está ahí, hablad con ella, venga, habladle! Es Sara, es vuestra única posibilidad de un futuro mejor, es la única opción para quedaros con lo que es vuestro, con lo que es nuestro. ¡Imitadla, tocadla, copiadla, abrazadla, abrazadla! ¡Sinceraos, sinceraos! Educadamente. Venga, niños, hoy no vamos a estudiar las tablas, hoy vamos a estudiar a Sara y su sinceridad. Sara y sus ganas de vivir. Y luego, niños, tratad a vuestros amigos como hay que tratar a los amigos: con respeto y lealtad. Y con vuestras amiguitas, vale, bromead, jugad, pero ¡no os fieis de quien os diga que hay que tratarlas como a los hombres, oh, no! Aprended a tratar a las mujeres con delicadeza, y con gracia, porque lo necesitan, porque tienen un corazón tierno. Hacedles una caricia, porque no la olvidarán durante el resto de su vida, y cuando llegue el momento, cuando sean mayores, ellas estarán ahí, y mirándoos con sinceridad a los ojos os devolverán el favor, y tal vez os salven la vida... ¡En fin, niños, cuidado! Porque os vais a equivocar, oh, sí..., cometeréis errores, porque el camino que os parecerá más fácil casi siempre será el equivocado, pero bueno, ya tendréis tiempo para daros cuenta. Tendréis tiempo para fijaros en esos pequeños gestos sinceros. Y vosotros, por favor, sonreíd a quien os muestre el camino a la cima sin dudas, reparos ni piedad, sonreíd, y reíd, y seguidle la corriente, y luego daos la vuelta, con calma, con prudencia, con estilo, y repetid, en voz baja, mientras os alejáis, entre dientes, en vuestro corazón, sin que él pueda

oídos, pero con firmeza: “¡Vete a la mierda, gilipollas, yo estoy con Sara!”».

Cuando Filippo se calla, se sirve otro vaso de ron y se lo bebe, otra vez de un trago. A continuación nos mira de reojo, casi avergonzado, y baja la mirada hacia el vaso.

Nos quedamos todos con la boca abierta. Lo que ha dicho es perturbador, es indiscutible, es hermoso. Al cabo de unos interminables segundos, es Bea quien nos hace salir del *impasse*:

—Efectivamente, Filippo, eres un gilipollas, sí..., todo este tiempo para mostrarnos el lado fantástico de tu corazón... Si lo hubieras hecho antes, hoy estaríamos casados.

Está seria, y sus palabras, a pesar del tono de reproche, suenan muy parecidas a una declaración de amor. Él la mira, se da cuenta y sonríe con insólita dulzura.

—*Chapeau*, Filippo, *chapeau*... La verdad es que todo eso debería ser un mantra —añade Matteo levantando un poquito las manos, muy serio él también.

—Filippo... —Emanuela sólo dice eso, acompañándolo de una sonrisa.

—Leo, ¿puedo coger la guitarra?

—¿Mi guitarra?

—Sí, si... si no es pedir demasiado...

De hecho, me ha pillado desprevenido, es la guitarra que tenía en los años de instituto, pero sobre todo me recuerda a Angela. Desde que me dejó, no he vuelto a tener el valor de tocarla.

—Pues claro, pero es que está desafinada... ¿Sabes afinarla?

—No, la verdad. ¿Puedes hacerlo tú por mí?

—Filippo, perdona..., pero ¿tú sabes tocar la guitarra? ¿Desde cuándo? —pregunta Matteo.

—Sólo sé tocar una canción. Practico mucho...

—Vale, te la afino.

Nunca me habría imaginado que afinaría esa guitarra para Filippo. Mientras me levanto a cogerla, los demás se quedan callados. Filippo parece haber perdido la cabeza.

Me la pongo encima de la pierna..., ¡qué impresión me da! No sé

describirlo, y tampoco quiero intentarlo, porque me duele demasiado el corazón. Procuero darme prisa, la afinó en cinco minutos y se la paso.

Él comienza a puntear los acordes de *Ti scatterò una foto*, de Tiziano Ferro, mirando a Bea. Toca de un modo un poco maquinal, pero jodidamente dulce..., y entonces empieza:

—*E sarà bellissimo perché gioia e dolore han lo stesso sapore con te... e voglio amore e tutte le attenzioni che sai dare e voglio indifferenza se mai mi vorrai ferire, non basta più il ricordo ora voglio il tuo ritorno...*, —«y será bellísimo porque contigo la alegría y el dolor tienen el mismo sabor..., y quiero amor y todas las atenciones que sabes dar, y quiero indiferencia en caso de que quieras herirme, ya no basta el recuerdo, ahora quiero que vuelvas...».

Bea lo observa con los ojos brillantes, todos lo observamos con los ojos brillantes. Él no deja de mirar a Bea ni un instante durante la canción. Luego, mientras toca los acordes finales, apenas rozando las cuerdas, le dice:

—Te amo.

Se lo ve incómodo, pero es sencillamente extraordinario.

—Te amo muchísimo, Bea.

Ella está petrificada, lo mira y le caen lágrimas. Entonces él deja de tocar y sigue mirándola, como si esperara una respuesta. Matteo, Emanuela y yo permanecemos callados con la boca abierta.

—Yo también —dice Bea.

¡Ella también, ella también! ¡Lo sabía! ¡Siempre lo he sabido, caray!

Filippo sonríe y a continuación se ríe con esa vena histérica de antes.

—¡Ja, ja, ja! ¡Joder!

—¿Quieres venir aquí a abrazarme? —pregunta ella.

Filippo se levanta de un salto y la abraza, se abrazan mucho, y luego se besan.

—¡Ahora tendrá que encantarme Tiziano Ferro, maldita sea! —susurra Bea visiblemente conmocionada.

Y yo pienso que éste es el espectáculo por el que vale la pena pagar la entrada de nuestra vida. Querría llorar, pero no me sale. Querría llorar, pero no puedo. Querría gritar, pero me quedo callado. Me acuerdo de la vez en que

Angie y yo estuvimos cantando toda la noche y al final le dediqué una canción, tal como ahora ha hecho Filippo... ¡Querría a Angela, joder, querría a Angela! Pero ella no está, no está desde hace casi veinte años, y ahora me conformo con este momento de loca belleza que nos regalan Filippo y Bea.

Necesito perdonarme, perdonar, necesito aceptar mis imperfecciones, los defectos, las grietas de la pared. He aprendido a reconocer la luz gracias a la oscuridad, a oír la música en medio del ruido, a buscar la belleza detrás de los escombros y la chatarra. Sé que no soy ni puro ni limpio, pero ahora también sé que en el fondo está bien así. Hasta hace poco tiempo me veía como una tela blanca con manchas encima, y eso me hacía sentir mal, me obsesionaba con esas manchas, me sentía sucio, interrumpido, inadecuado. Hoy es distinto, la miro y pienso que no es sólo una tela blanca con un poco de barro, ¡sino un cuadro! Y eso no son manchas, sino pinceladas de verdad, de sudor, de errores, de fragilidad, de esfuerzo y tentativas. De apegos y abandonos. Ésa es mi vida, lo que soy, todo eso es nuestro amor. Y la vida son dos días incluso cuando somos débiles, incluso cuando nos caemos. Incluso cuando nos dejamos vencer y superar por las tentaciones. Por la nostalgia. Por el amor perdido. La vida son dos días sobre todo cuando nos perdemos y nos reencontramos distintos. Cuando golpeamos sin saber a qué. Cuando gritamos sin saber contra quién. La vida son dos días cuando perdonamos. La vida son dos días cuando nos perdonamos. La vida son dos días incluso cuando, alguna vez, nos lanzamos sin saber la profundidad que hay debajo, ni lo fría que está el agua.

Filippo y Bea vuelven a estar juntos.

Y se aman.

Qué bonito.

DÍA 4.803

Hace un mes me capturaron en las aguas del golfo de Áqaba. Intentaron saberlo todo, hacerme hablar. Pero yo no dije una palabra.

Me metieron en un camión directo a Jerusalén, atado con una cuerda, como un prisionero, dentro de un contenedor sin aire. En el puerto de Jerusalén se fijó en mí un adolescente que decidió liberarme sin pensarlo un instante, con esa maravillosa espontaneidad típica de los jóvenes. A continuación, me dejó marchar...

Ahora estoy en el mar Mediterráneo (latitud 34° 34' 44.227" N / longitud 29° 10' 27.098" E), dejé Chipre hace pocos días. El tiempo no es bueno, olas y maremotos, pero soy libre. Soy libre, y lucharé..., debo lograrlo.

¡Lo lograré!

ERES HERMOSA COMO LAS COSAS PROHIBIDAS

30 de octubre de 2000

—Mira, cariño, ahora las cosas están así: nos encontramos en la situación de pensar en un futuro juntos. Y no ya solos, sino que seremos tres... Se llamará Laura, como tú querías, porque si para ti una cosa es bonita, también lo es para mí. Y, además, sea cual sea el nombre que lleve, será el nombre más hermoso del mundo. Se llamará Laura y yo me pondré a trabajar por ella, por vosotras, y tendremos una casita para nosotros solos, en la que montaremos el belén y el árbol de Navidad. Y tendrá una chimenea. Y habrá sueños. Y estaremos nosotros cogiéndonos de la mano. Por eso no nos perderemos, amor mío...

—¡Me haces llorar, viajero mío! —Y, mientras lo dice, llora y ríe.

—Eres hermosa cuando lloras de alegría. Tú siempre eres hermosa, amor... Y ¿sabes por qué eres hermosa?

—No, ¿por qué?

Le cojo delicadamente la cabeza entre las manos, para que pueda mirarme a los ojos, y respondo:

—Porque eres hermosa como las cosas prohibidas, esas cosas que sabes que es mejor no mirar pero no puedes evitarlo y las miras. Y todas las veces

te enamoras de ellas un poco más, y todas las veces sabes que ya no volverá a ser como antes, porque te será imposible imaginar tu vida sin el estremecimiento que sientes cuando las miras. Y cuando yo te miro es como si te viera por primera vez: cuando bajas la escalera, cuando te vistes, cuando lees, cuando te despiertas, cuando hablas con tus amigas..., para mí es siempre la primera vez, y todas las veces me quedo sin aliento. Así es, eres hermosa como esas cosas que te complican la vida, esas que para cogerlas tienes que aprender a volar, aunque sepas que volar no es posible.

Era finales de octubre de 2000, tan sólo faltaban unas semanas para el nacimiento de Laura, que tendría lugar el 24 de noviembre.

Desde que supimos que Angela estaba embarazada, unos seis meses antes, sus padres subían y bajaban de Palermo a Roma. Los últimos tres meses su madre se quedó de manera permanente, alquiló un apartamento en el edificio de al lado del nuestro. También se vieron cuatro o cinco veces con mis padres, un par de comidas en las que estuvimos todos juntos, contactos cordiales marcados por la colaboración. Mis padres se mostraban muy activos, siempre disponibles y animados; me adoraban a mí y adoraban a Angela, la llamaban «nuestra niña» y estaban locos de alegría con la idea de convertirse en abuelos. No nos reprochaban que fuéramos tan jóvenes ni que hubiera puesto fin a mi carrera universitaria, a pesar de que les disgustaba no ver a su hijo licenciado y realizado. Por lo demás, ¿quién podría mostrarse indiferente ante la llegada de una nueva vida? Me propusieron, eso sí, prestarnos una mayor ayuda económica e implicación, con la intención de que terminara los estudios... Pero pronto les hice comprender que prefería encontrar un trabajo para ser autónomo y olvidarme de la universidad.

Cuando Angela me dejó, su constante ayuda para criar a Laura fue muy valiosa.

Los padres de Angela, en cambio, eran más reservados, a veces esquivos, pero aun así estaban presentes y disponibles. Habían expresado algunos reparos, pero lo hacían en privado, no delante de mí. Hicieron ver a Angela el tipo de vida que le esperaba en caso de que decidiera tener a la niña, aunque

al mismo tiempo le garantizaron su apoyo. Pero también hay que decir que en esa época Angela sólo tenía veinte años: ¿qué padre no habría estado preocupado?

—¿Estarás siempre de mi parte, amor? Estaremos siempre unidos, ¿verdad? ¿Incluso cuando el mundo no pueda tragar que tú y yo hagamos una bonita pareja, incluso cuando nos acusen de tomar la decisión equivocada? —me pregunta mientras sigo acariciándole la tripa.

—La verdad es que siento que estoy haciendo lo correcto sólo cuando hago lo equivocado junto a ti. El amor no tiene nada que ver con clasificaciones ni categorías, sientes tuya a una persona gracias a una alquimia mágica que te estalla en el corazón sin previo aviso, no se explica con una ecuación de matemáticas o con reglas éticas que vete a saber quién ha decidido, por no hablar del juicio moral de quien opina desde fuera sin saber, sin sentirlo en su propia piel. Si una mujer tiene todos los papeles en regla para gustar a la mayoría de los hombres, en general a mí no me gusta, y no porque busque algún tipo de rareza, sino simplemente porque, más que por las reglas, yo pierdo la cabeza por los detalles, por esos rincones de belleza que nadie ve, los que están en un segundo plano... Yo me enamoro de esos pequeños rasgos escondidos que convierten a alguien en único y especial, algo parecido a tu manera de tocarte los labios cuando te sientes cohibida y acto seguido sonríes y te ruborizas. Así pues, te digo: hay una bonita cosa equivocada que hacer, ¿vienes a hacerla conmigo? Tiene que ver con tus labios, un rincón de belleza incomparable...

QUIEN TE BUSCA DE VERDAD TE ENCUENTRA

Diario de Laura
3 de agosto

Los dos primeros días de vacaciones han sido fantásticos, tal como me lo imaginaba. La casa es preciosa, ¡mejor que en las fotos! Es grande, toda blanca, con los marcos y las persianas pintadas del mismo color que el mar y un pequeño balcón con la barandilla de madera, en la que destaca el rosa encendido de los geranios plantados en los tiestos.

Está limpia, y a dos pasos de la playa: podemos ir andando y llegamos en cinco minutos. También tenemos un pequeño jardín para nosotros, con barbacoa, una mesa de madera, sillas y dos bancos... ¡Me encanta!

Yo duermo con Camilla y Martina, Benedetta duerme con Piergiorgio y Fabio. Hemos alquilado tres motocicletas y nos movemos con ellas... ¡Esto parece un paraíso, todo el mundo se ríe y bromea, y sólo piensan en pasarlo bien y divertirse! Nada más llegar fuimos a hacer la compra y cogimos unas cuantas porquerías y alcohol... Casi me muero de risa cuando los vigilantes pillaron a Piergiorgio comiendo patatas fritas dentro del supermercado: lo acusaron de querer robar, ¡menudo papelón! ¡Estaba rojo como un tomate!

Anoche estuvimos en una disco increíble, preciosa..., ¡nos desmelenamos

y bailamos hasta el amanecer!

Hoy, en cambio, hemos pasado todo el día en la playa, en un complejo que se llama Super Dreams y que por la noche se convierte en una discoteca: es un *after*..., ¡espectacular! ¡Una fiesta continua, música a todo trapo, todo el mundo bailando en las hamacas, alrededor de las piscinas, en todas partes! Hemos conocido a un grupo de chicos simpáticos, hay uno que parece realmente genial, es muy majo, y además está como un tren: FRANCESCO.

Hemos tomado un aperitivo en la orilla del mar y no hemos parado de hablar, la puesta de sol era de ensueño y me he sentido a gusto. Estudia Economía en Roma, se lo pasa bien yendo a la discoteca y haciendo tonterías, pero también le encanta leer a Dostoyevski y a Tolstói, no es nada superficial, no es como los demás...

Después del aperitivo me he despedido de él y me he reunido con los demás en el chiringuito, justo en mitad de una fiesta con música, alcohol y DJ, pero luego ha venido a buscarme. Me ha invitado a tomar algo con esos modales tan amables que tiene y al final ha insistido en acompañarme a casa.

Cuando pierdes algo que te importa de verdad, siempre encuentras un modo de recuperarlo... Aunque lo mejor habría sido no haberlo dejado escapar.

Si tiene ganas de ti, no se inventa excusas, no va con rodeos. Si te quiere, viene hasta ti. Allí donde estés. Sea la hora que sea. Del modo que sea. Y punto.

Marco no me quería, por eso no vino a buscarme. A veces todavía pienso en él, me quema. Por desgracia, las cosas no me resbalan tan fácilmente, no es agradable cuando miras a alguien con los ojos del amor y él mira hacia otra parte, e incluso alguna vez se olvida de que existes. O puede que nunca haya sabido que existes...

Poco a poco lo olvidaré.

En cualquier caso, ahora estoy con mis amigas, aquí, de vacaciones, y todo es maravilloso.

Zagal ha escrito una carta de amor que me ha dejado de piedra:

Quería escribirte una carta. Habría empezado con un borrón, por culpa de las emociones. Quería decirte que estás preciosa cuando te pones colorada, y que el corazón me estalla cuando me acerco para besarte y tú inmediatamente después bajas la mirada. Tal vez quería decirte que tenerte entre mis brazos es algo parecido a la magia, y que mirarte mientras duermes es un pequeño milagro. Quizá te habría escrito que te amo. O tal vez todo se habría detenido con ese borrón inicial, que significa mucho, algo así como las palabras que no conseguimos decir, esas que de verdad hablan de nosotros. Sin duda ahora querría decirte «buenas noches» y, no, no sé qué esperabas, no lo sé. Pero pienso en ti. Eso es todo lo que puedo darte y, en el fondo, tal vez es lo único que importa...

Yo, en cambio, he escrito en mi blog:

Buenas noches a ti, que continúas preguntándote si eres suficiente, si saldrás adelante. Bueno, quiero decirte que tú eres perfecta tal como eres, que ya lo has conseguido, porque te basta con sonreír para estar a la altura de cualquier situación. Porque te basta con sonreír para lograrlo.

Buenas noches desde Miconos.

¡EMBORRACHAOS DE BESOS!

Diario de Laura

5 de agosto

Esto es una locura. En los últimos días he perdido la noción del tiempo, de los horarios, del día y de la noche... A veces hasta me olvido de cómo me llamo.

Ayer tomamos el sol un montón y nos quemamos, ¡Piergiorgio dice que parecemos langostas a la parrilla!

Hoy, en cambio, hemos ido al centro con las motos a toda pastilla..., con el viento en la cara y la felicidad en el corazón. Hemos estado caminando así, sin ninguna meta, donde nos apetecía ir. Nos hemos metido por unas callejuelas escondidas y, por casualidad, hemos ido a salir a Matoyianni Street, la calle más popular de la ciudad, llena de tiendas de todo tipo: recuerdos, ropa, dulces.

Hemos comido en una taberna con mesas y sillas blancas, mantel de cuadros rojos y una maceta con margaritas blancas en el centro. ¡Estábamos muertos de hambre! Yo he comido *gyros* con salsa *tzatziki*, salmonetes, *kleftiko* y la imprescindible musaca..., ¡exquisito!

Después de comer hemos seguido dando una vuelta y luego hemos regresado a casa para descansar, con vistas a la noche... Hemos pensado en

llevarnos un picnic a la playa y cenar allí, con las linternas y una hoguera, justo al lado del Super Dreams. Así, tal vez, consigo volver a ver a Francesco.

«¡Emborrachaos de besos!»

Lo leí ayer en una pared aquí, en Miconos, estaba escrito con espray, en rojo.

Emborracharse de besos es una imagen preciosa. Me provoca ganas de vivir.

Los momentos más importantes de mi vida están ligados a un beso, dado o perdido..., en el beso está todo lo que hace falta para volar.

Con el beso sabes si vale la pena, si será mágico.

Hacer el amor sin besarse... ¡no es hacer el amor!

Y emborracharse de besos es la manera más hermosa posible de perder el equilibrio y lanzarse al vacío. Deberíamos hablar menos y besarnos más. Deberíamos besarnos muchísimo...

ME GUSTAS

Diario de Laura

6 de agosto

¡¡¡Anoche fue una pasada!!! Nos divertimos un montón en la cena de la playa, un grupo de chicos y chicas del lugar que habían organizado una noche parecida a la nuestra decidieron unirse a nosotros, que poníamos la comida, ellos el alcohol y la música, y no sólo eso... ¡¡¡A tope!!!

Dos de los chicos tocaban la guitarra, yo canté a voz en grito en la playa. Bebí. Y fumé.

A última hora, fui con Camilla y los demás al Super Dreams. Estuvimos bailando, bailando, bailando..., y seguimos bebiendo. Hasta que, entre la multitud desatada, lo vi, vi a Francesco... ¡¡¡Sabía que volvería, lo presentía!!! Unos segundos después de haberlo visto, entre mil brazos y mil cuerpos agitándose al ritmo de la música, sus ojos encontraron los míos, como por un magnetismo mágico, como si el resto del mundo se hubiera detenido en ese instante.

Él me sonrió, yo le sonreí..., él vino a mi encuentro y yo fui al suyo.

—Hola... —me saludó.

—Hola —contesté.

Inmediatamente después, él dijo:

—Te estaba esperando.

¡«Te estaba esperando» es una respuesta preciosa, joder! Muy bonita...

Sonaba *Wake Me Up* de Avicii y empezamos a bailar juntos. De vez en cuando se acercaba para decirme algo bonito al oído, como: «¡Estás guapísima esta noche!».

Camilla y los demás se habían situado en una zona más tranquila, en la que se podía hablar. Nos reunimos con ellos acompañados de sus amigos, después de haber hecho acopio de cerveza, para no ir de bar en bar toda la noche. Los amigos de Francesco también son simpáticos: Andrea se fijó en Camilla, se notaba a kilómetros de distancia, y vi que a ella no le disgustaba. Bromeábamos y reíamos todos juntos, hasta que, en un determinado momento, Piergiorgio, que la verdad es que había bebido un montón, a las tres de la madrugada empezó a decir que hacía un calor tremendo.

—¿Es que vosotros no tenéis calor?

¡Dios, qué cara tenía!

Fabio le contestó enseguida:

—Es que después de cuatro cubatas, un mojito y tres piñas coladas, más la cerveza que te acabas de trincar, ¡cómo no vas a tener calor!

Pero Francesco también tenía calor, y también yo y Camilla; mis ojos brillaban ante la idea que se me acababa de pasar por la cabeza, la misma que a todos:

—¡Pues vamos a bañarnos!

Un minuto más tarde, Piergiorgio y yo nos metimos medio desnudos en el agua; los demás vinieron justo detrás, de modo que a las tres estábamos en bragas y sujetador, persiguiéndonos en el agua, salpicándonos y haciendo torneos de lucha con las chicas subidas a los hombros de los chicos...

Salimos a las cinco, hechos polvo. Andrea le preguntó a Camilla qué íbamos a hacer durante el día y ella me miró buscando complicidad: quería volver a verlo, era evidente, al igual que yo quería volver a ver a Francesco... Por suerte, Martina fue rápida y empezó a decir que sabía de una fiesta en la playa para esta noche, en el Lola Beach. ¡De modo que esta noche nos veremos allí!

Francesco, antes de irse, se acercó para despedirse con un dulcísimo beso

en la mejilla y a continuación me dijo:

—Te doy mi número de teléfono, así, si tenéis algún problema para llegar, me llamáis... Nosotros ya hemos estado allí, sabemos dónde está. —Y me tendió un papelito doblado por la mitad.

Le devolví el beso en la mejilla y me fui corriendo. En cuanto llegué a casa, abrí el papel para copiar el número y, debajo, me encontré con que había escrito: «¡Me gustas!», y una carita sonriente. ¡¡¡Oh, Dios, qué dulce!!! Me encantan estas cosas... Le escribí un whatsapp enseguida, sólo una carita sonriente, nada más.

Esta mañana me he despertado y he encontrado una preciosa sorpresa en el móvil: un mensaje suyo. Para darme los buenos días e invitarme a salir con él esta noche, antes de la fiesta en la playa: «¿Qué me dices? ¡Sin programar nada, quedamos en un sitio de la ciudad e improvisamos, haremos lo que nos apetezca!».

Le he dicho que sí, por supuesto. Él me gusta, la idea de conocerlo me hace sentir bien... Y me parece que yo también le gusto, no hace nada para esconderlo, al contrario. Eso me entusiasma... Y me aterroriza.

Ahora me voy corriendo a comer algo porque me estoy muriendo de hambre. ¡Y luego necesito un café!

6 de agosto, 22.40 horas

Nos hemos encontrado a las siete al lado del puerto, hemos dado un largo paseo por la orilla del mar... ¡Hemos hablado muchísimo! Después nos hemos parado en un restaurante de comida rápida, hamburguesa, cerveza y patatas fritas e, inmediatamente después, un helado, yo de sabor a fresa, él de chocolate... Hemos hablado de todo: de la escuela, de la universidad, de las comidas favoritas, de la relación con la familia, de las preferencias musicales y de las películas que nos gustan... Luego hemos hablado de nuestros sueños. Yo incluso le he comentado alguna de mis pesadillas...

Y, después del helado, de los sueños y las pesadillas, ¡«me ha besado»!

Ha sucedido así, de repente... Me ha mirado, una mirada que me ha hecho estallar el corazón, sin decir nada..., sólo una mirada, sus manos entre mi pelo, y nuestros labios se han unido en un beso larguísimo, de sabor a fresa, sueños y chocolate.

Algunas veces nos perdemos buscando algo que ya estaba en nuestro interior. De modo que, cada vez que tengamos ganas de encontrarnos, nos perderemos. «Cuando el mundo se pone tu sonrisa, le sienta de maravilla.» Me lo ha dicho él cuando nos hemos apartado un poco y yo he sonreído. Da las gracias a quien te regale una sonrisa porque, con ese gesto, también te regala un trocito de felicidad: tía Bea siempre lo dice. Y Francesco me ha regalado un trocito de felicidad...

Nos hemos quedado hablando y besándonos hasta las diez, luego le había prometido a Camilla que volvería para ir a la fiesta todos juntos.

Ahora estoy aquí, en casa, y siento algo dentro, una sensación..., uf, no sé cómo definirla..., pero arma bastante alboroto...

La única nota disonante son los mensajes de mi padre, que me tiene harta con todas esas preguntas: «¿Qué haces?», «¿Por qué no me llamas?», «¿Va todo bien?».

¡Qué palo, joder! Pero ¿por qué no se dedica a follarse a alguna mujer como hace siempre en vez de fastidiarme fingiendo estar preocupado? A mí no me engaña, lo conozco...

He hablado con los abuelos y con tía Bea; a él sólo le he contestado por WhatsApp porque no tengo ningunas ganas de oír su voz..., cuando pienso en él me pongo nerviosa.

Ahora iré a hacerle un repaso al maquillaje y a todo lo demás; después, «destino: el paraíso»... La noche dará comienzo con la actuación de un artista callejero español, un tal Luis Miguel Ortega. Aquí todo el mundo lo adora.

¡Estoy viviendo un sueño, no me despertéis! Ahora me voy corriendo de verdad, que Camilla y los demás amenazan con confiscarme el diario...

Me siento bien.

31

¡ESTALLEMOS, HAGAMOS RUIDO!

7 de agosto

No sé mucho del amor..., pero sé que está relacionado con la capacidad y las ganas de comprender y de ir más lejos. Como cuando ella sonrío, pero en realidad querría llorar, como cuando da golpes, pero en el fondo querría que la abrazaran. Como cuando aprieta los dientes en silencio, pero querría gritar. El amor es cuando dices «estoy aquí, no me iré...», y luego lo cumples y no te vas. Porque el amor se queda, no se va. Porque, si la amas, la idea de irte ni se te pasa por la cabeza. Porque, sin ella, en realidad nada tiene sentido, y nada es realmente bello. Porque, sin ella, no puedes llamarlo *amor...*, y yo sin ti, Angela, no he llamado *amor* a nada más.

Sin ti, el amor ha dejado de tener sentido. Me pregunto en qué he fallado. ¿Qué no he entendido, Angela, qué se me ha pasado por alto? Sé que fue culpa mía, lo siento..., pero ¿dónde, en qué parte? Todo sucedió tan deprisa, estábamos en el paraíso y luego, de buenas a primeras, ¡pffff!, ya habías desaparecido. Pero yo tenía que criar a Laura, no podía estar triste; ¿lo entiendes, Angela?

Mientras pienso en eso, suena el teléfono: es Laura. Hace cinco días que se marchó y ésta es la primera vez que me llama. He intentado hacerlo yo un

par de veces, pero siempre lo tenía apagado. Sólo he recibido algún mensaje en respuesta a los míos: «Estoy bien», «Todo bien», «Todo OK»... Afortunadamente, habla con Bea y con mis padres, y ellos me cuentan.

—¡Hola, Laura!

No contesta, oigo ruidos, parecen mensajes o informaciones de unos altavoces; entonces repito:

—Laura, ¿estás ahí? ¿Me oyes?

A continuación, al cabo de unos segundos:

—Sí, papá... —y no añade nada más.

—Eh, ¿qué te pasa? ¿Por qué no hablas? ¿Ha ocurrido algo?

—Bueno..., sí, papá...

Está seria, habla en un tono bajo que me hiela la sangre. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Lo sabía, no debería haberle permitido ir! Me levanto del sofá como un saltamontes.

—Laura, cariño, dime qué ocurre, ¿dónde estás?

—Estoy en el aeropuerto, papá, tienes que ir a buscarme a Fiumicino dentro de tres horas, ¿de acuerdo? —No sé qué pensar, pero ella no me da tiempo a preguntar nada más, y añade—: No te preocupes, papá, yo estoy bien, no me ha ocurrido nada malo, sólo que, bueno..., lo sé todo. Sé dónde está mamá, sé por qué huyó... y sé que tú eres Zagal...

Las piernas me flaquean. Me siento en el suelo, me acurruco en un rincón al lado de la puerta, estoy completamente sudado y medio desnudo...

—Lo sé todo, papá. No te preocupes, ¿vale?

¿Lo sabe todo?

—¿Me lo puedes explicar, Laura?

No lo entiendo: de acuerdo, ha descubierto que tengo un blog en el que escribo palabras de amor..., pero ¿y lo demás? ¿A qué se refiere? ¿Sabe dónde está Angela? La cabeza me da vueltas, me siento confuso...

—Mejor en persona, papá. Estoy cansada, no he pegado ojo, ha sido una noche muy larga... —No digo nada, y ella prosigue—: Embarco dentro de poco. Tú tranquilo, ¿vale?

¡Es una palabra!

—Vale... —digo como puedo, susurrándolo. Le pregunto la hora exacta

de llegada y luego nos despedimos.

En cuanto cuelgo, llamo a Bea y se lo cuento todo. Ella también se queda con la boca abierta, no sabía nada. Me pide que la mantenga informada y que la llame si necesito cualquier cosa; le doy las gracias y le pido que no diga nada a nadie, de momento.

A mediodía estoy en Fiumicino, con mucha antelación. Dejo el coche en el parking y voy al bar a tomar un café, después doy una vuelta por las tiendas. Me gustan los aeropuertos en la misma medida en que me gustan las estaciones de tren, es decir, muchísimo, pero hoy estoy nervioso, siento el desasosiego estallando en mi interior, la ansiedad invadiéndome, la cabeza vacía.

Cuando la veo llegar desde lejos con su maleta gigante y el bolso en bandolera, soy feliz: está sana y salva. Pero entonces emerge todo lo demás: ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha descubierto?

—Hola —le digo cuando se acerca.

—Hola —me responde.

Nos damos un pequeño abrazo. Mejor que nada. Más de lo habitual.

Le cojo la bolsa que lleva colgada y la maleta y nos dirigimos al coche. Mientras caminamos no decimos ni una palabra, me da pánico preguntar a pesar de las ganas de saber más, y ella..., bueno, ella es ella, es Laura. Ella es así, habla poco cuando yo estoy de por medio.

Las primeras palabras las dice en el coche, al cabo de unos minutos de haber salido:

—A mamá la adoptaron.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo, sigo conduciendo y mirando hacia delante; a continuación pregunto:

—¿A qué te refieres? ¿Qué significa que a mamá la adoptaron?

—De pequeña...

—¿De pequeña?

—Sí, cuando tenía diez años. Su padre, el de verdad, murió cuando ella tenía ocho, de una manera violenta. Su madre tenía depresión y era toxicómana. De modo que le quitaron a su hija, que fue entregada a otra familia...

—Y ¿a ti quién te lo ha dicho, Laura?

—Luis Miguel.

—¿Luis Miguel?

—Un músico callejero español que conocí anoche, durante una fiesta con una hoguera en la playa, en Miconos.

—Y ¿también fue él quien te dijo lo de mi blog?

—Digamos que sí...

Niego con la cabeza. Cada vez estoy más confuso.

—¿Me lo explicas mejor, Laura?

—En 2004, mamá lanzó una botella al mar, al océano Pacífico. Dentro había una carta. La botella debió de llegar muy lejos, un viaje larguísimo; puede que pasara por varias manos, la encontraron distintas personas que quizá después la volvieron a lanzar al mar. El último en encontrarla fue Luis Miguel, que escribió una canción para vosotros, para nosotros, inspirada en esa carta... En el texto aparecen vuestros nombres, todo cuadraba..., de modo que le pedí explicaciones a Luis Miguel y él me contó que había encontrado la botella en una playa de Santorini, hará como un mes...

—¿De modo que él encontró el mensaje de tu madre?

—Sí.

—Y ¿dónde está ahora la nota?

—En mi bolso.

No puedo ni tragar saliva, no puedo creer lo que está sucediendo. Laura aprovecha mi silencio para proseguir:

—Mamá estaba convencida de que tú la abandonarías, pensaba que no eras feliz por mí, por ella, por el futuro que os esperaba..., por eso salió huyendo. Por miedo...

—¿Eso es lo que dice en la carta?

—Sí, más o menos...

—De acuerdo. —Recupero el aliento y, mientras tanto, sigo conduciendo porque, si conduzco, no puedo llorar, si conduzco, no puedo gritar. Si conduzco, no puedo estallar y desintegrarme.

Ella no añade nada más. De modo que le pregunto:

—Y tú, ¿cómo te sientes, Laura? ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, papá, ¿y tú? —No es de las que preguntan cómo estoy, y eso me desequilibra todavía más. Seguidamente añade—: He leído todos los textos que escribías en el blog..., ¿eran para mamá?

—Sí...

Se queda un rato más en silencio y a continuación dice:

—Qué bonito.

La miro un instante y ella se vuelve hacia mí, me mira a los ojos y me sonrío. Increíble, cuánto tiempo hacía que no me dedicaba su sonrisa, qué bonito...

Le devuelvo la sonrisa.

—¿La leeremos en casa? —le pregunto.

—De acuerdo —me responde ella, con dulzura, sin su habitual resentimiento.

En cuanto entramos en casa, suelto las maletas en el suelo y voy a la cocina a por agua. Me bebo una botella entera.

A diferencia de mí, Laura ha tenido tiempo de digerir el asunto y, de hecho, se muestra menos tensa.

—Bueno, ya estoy aquí... —le digo una vez sentados, yo en el sofá y ella en un puf delante de mí.

—¿Quieres leerla tú o te la leo yo?

La miro y comprendo que en la pregunta ya está implícita la respuesta: quiere leerla ella.

—Está bien. Adelante.

Y ella comienza:

Leo, Laura, preciosos amores de mi vida... Han pasado casi cuatro años desde que os abandoné, siento una imperiosa necesidad de escribir esta carta, tal vez porque no puedo seguir guardándome dentro tanto dolor. Confiaré al mar mi mensaje: dejaré que sea el destino quien decida si conoceréis mi verdad porque, sinceramente, yo no tengo el valor de confesároslo...

Leo, mi tierno amor, son muchas las cosas que no sabes de mí, de mi pasado, porque nunca he tenido agallas para hablarte de ello. Algunas veces el pasado regresa para matarte lentamente, y yo tenía miedo a morir otra vez, y otra, y otra. No estaba preparada para morir de nuevo, de la misma manera, por los mismos motivos...

Estoy paralizado, no puedo mover ni un solo músculo. Entonces saco fuerzas y reclino la espalda en el sofá, me tumbo y me pongo las manos en los ojos. Laura se aclara un poco la garganta, un instante de pausa, y continúa:

Lo que nunca te dije, viajero mío, es que los que conociste no eran mis verdaderos padres, a pesar de que hasta ahora lo hayan sido más que los biológicos. Mis padres naturales prefirieron vivir sin mí: mi padre era una mala persona, un delincuente; su vida era un delirio de rabia y violencia. Lo mataron en un tiroteo con las fuerzas del orden, durante un atraco que él mismo había organizado. Nunca me quiso y me pegaba a menudo, sobre todo por la noche, cuando volvía a casa borracho y desesperado. A pesar de ello, cuando murió sufrí mucho, quizá porque en el fondo yo creía en él, esperaba que al final acabaría escogiendo el amor en vez del odio. Con mi madre las cosas no fueron muy distintas, sólo que de su lado no me arrancó un atraco, sino las drogas, y un hombre que no quería saber nada de mí. Estaba demasiado débil y deprimida para tenerme consigo: mi padrastro me echó de casa y ella no movió un dedo para detenerlo, no dijo una palabra, como si aquello no fuera de su incumbencia. A pesar de todo, yo confiaba en ella, porque era mi madre, me había traído al mundo. Durante mucho tiempo incluso pensé que la culpa era mía, que no me quería porque yo era mala, porque era inadecuada.

Una parte de mí siguió esperando, incluso después, que todo acabara bien, que volvieran a buscarme para llevarme consigo y salvarme... Como en los cuentos, esos que te inventabas para mí, Zagal, ¿te acuerdas? «No terminará nunca si inventamos cada vez un nuevo final,

no terminará nunca...» Yo me acuerdo, pienso en ello a cada instante. Tus palabras están siempre conmigo.

El momento en que todo cambió para mí fue inmediatamente después del parto, cuando nació Laura. Estaba en el hospital, todavía medio anestesiada tras la cesárea; tú pensabas que no podía oírte, sin embargo, yo oía, lo oía todo. Matteo estaba en la habitación con nosotros, te preguntó qué sentías, cómo veías tu futuro, si eras feliz..., y tú le respondiste que a decir verdad te esperabas otra cosa para el futuro, querías ser profesor de italiano en un instituto y, en cambio, habías tenido que abandonar los estudios por mí, por nosotras.

Y yo volví a morir, de nuevo, en ese momento. Temí que fueras a abandonarme, Zagal. Tú también...

Me habría gustado hablar de ello contigo durante los días siguientes, pero al final no lo hice, no sé por qué. Tal vez no estaba preparada para otro abandono tan grande, tal vez era demasiado para mí. Pensé que quizá fuera mejor desaparecer, disolverme... Estaba llena de malos pensamientos, estados de ánimo equivocados: sentía decepción, sobre todo hacia mí misma. Había vuelto a equivocarme, había hecho daño a las personas a las que amaba. Y además sentía miedo, terror: pensaba que tal vez se trataba de la misma deriva destructiva de mis padres, tal vez estaba predestinada a ello desde el nacimiento, estaba condenada al sufrimiento, a recibirlo y a causarlo.

Dejaros era algo parecido a confirmar mis locas teorías: mis demonios se salieron con la suya. Puede que tú nunca me hubieras abandonado, viajero, es más, ahora estoy segura de ello..., pero cuanto más tiempo pasaba, más vergüenza sentía yo. Y ahora sigue siendo así.

Y tú, dulce Laura, amor mío..., ¿no podrías tener un padre mejor que el que tienes! Bésalo, abrázalo, se merece todo el amor del mundo, al igual que lo mereces tú. ¡Qué bonita eras, tesoro de mamá, nunca he visto a una niña tan preciosa como tú, nunca ha existido! Quién sabe cómo serás ahora... Dentro de poco menos de un mes cumplirás cuatro años, y mi corazón está muy triste. Debería estar allí con vosotros, para verte crecer, para ver si llevas el pelo largo o corto, para descubrir cómo serás

cuando te hagas mayor. Quién sabe si seguirás la moda o te vestirás como te parezca. Quién sabe cuál será tu plato favorito. Quién sabe si te irá bien en el colegio y qué asignatura se te dará mejor... Quién sabe qué música escucharás, si te gustará el cine.

Espero que cuando llegue el momento de los primeros amores y los primeros chicos sepas vivirlo de la mejor manera, con dulzura pero haciéndote respetar... Y quién sabe si te acuerdas alguna vez de mí, y si también lo harás después, si echas de menos a esta madre que no ha sabido estar ahí, que no ha tenido la fuerza ni el valor de estar a tu lado...

Yo nunca te he olvidado, tesoro mío. Mi amor ha ido creciendo durante estos años a la vez que tú, a pesar de no estar cerca de ti, ha crecido cada día un poco más hasta convertirse en algo inmenso que hace que me estalle el corazón cada vez que pienso en ti.

Cómo me gustaría volver a abrazarte... Pero la verdad es que soy un monstruo que abandonó a su familia. ¡No os merezco, porque os hice a vosotros lo mismo que mis padres me hicieron a mí!

Os lo ruego, perdonadme.

Os quiero mucho más que a mi vida, mucho más de lo que podáis imaginar. Lo que hice nunca podrá borrarse, lo sé..., pero vosotros, si podéis, perdonadme.

Con inmenso amor,

Angela

San Francisco, 26 de octubre de 2004

Laura me observa en silencio. Yo estoy petrificado, no puedo decir nada, ni siquiera una palabra.

Recuerdo perfectamente el momento en que Matteo me preguntó cómo me sentía y cómo veía mi futuro: es cierto, estaba convencido de que Angela dormía, sólo que a ella le faltó una parte de mi respuesta, la fundamental. Lo que ocurrió fue que justo entonces entró el médico a visitarla, nosotros

salimos y yo acabé de darle mi respuesta fuera: «Sí, me esperaba otra cosa, había imaginado mi futuro de otra manera, pero lo que me está sucediendo, lo que ha venido, Angela, Laura..., es mucho más de lo que podría haber soñado. ¡Es precioso, Matteo! La semana que viene empiezo a trabajar como aprendiz con Arturo, y no me importa para nada. Quiero ocuparme de mi familia, estoy en el séptimo cielo...».

Se lo cuento a Laura, que me mira embobada.

—¡Qué absurdo, hostia! —exclama.

—Sí... —contesto yo.

—¡Vayamos a buscarla! —dice con un pequeño respingo.

—¿A quién?

—¿A mamá!

—Y ¿adónde?

—No lo sé..., ¿tal vez a Palermo? Podría haber vuelto con sus padres... y, si no lo ha hecho, tal vez ellos todavía estén. Pueden ayudarnos. ¡Intentémoslo!

—¡De acuerdo! —respondo, como si fuera lo más normal coger y marcharme de golpe y porrazo con mi hija, que hasta unas horas antes ni siquiera me hablaba, para ir a buscar a la mujer de mi vida después de casi veinte años.

—¡Haz la maleta! —me incita ella con un tono que parece casi un desafío, pero sin la habitual nota de rencor.

—¿Quieres salir enseguida?

—Sí. Si te apetece, ¿eh?...

—Me apetece muchísimo —confirmo sonriendo. A continuación, añado —: Vamos en coche, con el Alfa Romeo, ¿qué te parece?

—Mmm... Vale..., está bien...

La indiferencia habitual de sus reacciones parece haber desaparecido. En sus ojos leo entusiasmo.

—¿Qué me dices?, ¿llamamos a tía Bea para contárselo todo?

Incluso el hecho de que sólo haya hablado conmigo de todo esto me resulta sorprendente. Podría darse por supuesto, pero no lo es en absoluto: por regla general, habría avisado, por este orden, a Camilla, a Bea, a los

abuelos..., y tal vez después, si se viera obligada por las circunstancias, a mí...

—¿Cómo lo has sabido?

—¿El qué?

—Que yo era Zagal.

—«Viajero»..., lo pone en la portada de tu blog.

—«Viajero»... —digo yo, y bajo la mirada desarmado—. Ya... —Y le sonrío.

—¡Vamos a llamar a tía Bea, ¿eh?!

—¡Vamos!

Media hora más tarde, Bea está en nuestra casa. Se lo contamos todo, le hacemos leer la carta.

—Increíble —no deja de repetir—. Increíble... Pero ahora, conociendo el contexto, ¡todo cuadra! Las personas que han sufrido un abandono traumático suelen tender a su vez a renovar ese dolor abandonando, aunque en apariencia sea con gestos imprevistos y drásticos... —Titubea un instante, a continuación añade—: Y eso explica toda esa necesidad de seguridad y garantías: ¡son las dinámicas del abandono y del compromiso! Para una persona que ha sufrido tanto, el compromiso se ve de una manera especial, a menudo problemática. ¡Y ella, pobrecilla, ha sufrido! Y ha sufrido mucho...

Bea está visiblemente disgustada mientras lo dice, como si analizar el caso de una manera tan racional y clínica pudiera representar de algún modo una falta de tacto ante nosotros, ante nuestra historia...

—¡Gracias, Bea, gracias de corazón! —le digo enseguida, intentando hacerle comprender lo importante que es para nosotros que esté aquí, dándonos una explicación, tratando de recomponer el puzle, estando a nuestro lado...

—«Más que mirar las estrellas fugaces, os deseo que sintáis estallar el corazón en vuestro universo por una colisión con otro corazón, en esa danza de cuerpos y pensamientos que sólo existe cuando dos almas se atraen desde el primer momento en que entran en la misma órbita. ¡Estallad! ¡Y haced ruido!» —Es Laura quien habla. A continuación, nos mira y añade—: Son

palabras de Luis Miguel, el músico callejero..., las dijo durante la fiesta de la hoguera en la playa, poco antes de cantar la canción que compuso gracias a la carta de mamá... Estábamos todos alrededor del fuego, el cielo estaba increíblemente estrellado y maravilloso. No sé a vosotros, a mí me parecieron muy significativas...

—Sí, la verdad es que son unas hermosas palabras, Laura —confirma Bea, y yo también lo pienso. Me provoca una sensación increíble que Laura se exprese de este modo delante de mí. ¡Dios, cuánto la echaba de menos!

—Tenemos que estallar —continúa diciendo Laura con un tono bajo, mirándonos a los ojos—. ¡Estallemos, hagamos ruido! ¡Hagamos ruido!

Bea se levanta y la abraza con fuerza.

—Me gustaría salir esta noche, papá, en el coche, ¿quieres?

—¡Claro que quiero! —Bea me mira y sonrío—. ¿Tal vez sea oportuno llamar también a Filippo y a Matteo, para avisarlos? —pregunto.

—¡Estaría bien! —dice Bea.

—Sí, es verdad.

»Y luego tú tienes que contarme mejor lo de vosotros dos...

—Ya tendremos tiempo, queridísimo amigo. Ahora pensemos en esto tan bello y extraordinario que os ha ocurrido...

—Lo vuestro también es extraordinario —contesto sonriéndole mientras marco el número de Filippo.

—¡Os prometo que después os lo contaré todo! —responde Bea, y luego añade—: ¡Os quiero mucho!

—¡Nosotros también! —digo yo.

—Nosotros también, tía Bea —se hace eco Laura, que corre a abrazarla.

Pero ¡qué bellos somos, joder!

Laura y yo estamos de acuerdo en el hecho de que no es oportuno avisar a mis padres, al menos por ahora: sería muy largo de contar, complicado, emocionalmente duro para todos. Les diré que me voy unos días con unos amigos. Y Laura todavía está oficialmente en Miconos...

Mientras tanto, nos ponemos manos a la obra para organizar nuestro

viaje.

¿ME LLEVAS EN BRAZOS?

7 de agosto

A medianoche estamos listos, las maletas preparadas, las ideas confusas y hechas un lío, y mezcladas con un montón de emociones contrapuestas, todas en el sitio equivocado, es decir, el más adecuado: el corazón.

Tengo la cabeza y el estómago patas arriba, siento el viento en la cara. Ésta es nuestra vida, ésta es nuestra historia.

Bea nos ha ayudado a poner algunas cosas en orden, a organizarnos aprisa y corriendo. Estaba más agitada que nosotros, parecía que la que tenía que salir de viaje era ella, mientras corría de un lado a otro de la casa, dividiéndose equitativamente entre mi habitación y la de mi hija.

Le he dicho a Laura que no se lleve demasiadas cosas: podemos comprar lo que necesitemos durante el viaje. Son nuestras pequeñas vacaciones y puedo permitirme hacerle algún regalo..., y además es mi hija, es todo lo que tengo. Me ha contestado: «¡Guay!», pero a juzgar por las dimensiones de su maleta me pregunto qué habría cogido si no llego a hacerle ese ofrecimiento...

Mientras tanto, llegan Filippo, Matteo y Emanuela. Nos abrazamos todos para despedirnos.

—¡Venga, joder! —me dice Filippo mientras me abraza. Yo le sonrío y

asiento. Él tiene los ojos brillantes y añade—: Si no te traes a Angela a casa, por lo menos hacedlo una última vez. Por mí, ¿de acuerdo?

La habitual broma absurda de Filippo, que, sin embargo, cuando lo miro, se echa a llorar a mares.

—Filippo...

—¡Vamos, márchate, idiota! ¡Haz lo que tengas que hacer!

—Claro. —Le sonrío.

—Te quiero, ¿de acuerdo? —dice, y está tan afectado que casi parece enfadado.

—De acuerdo, Filippo, lo sé.

—Bueno, pues mejor, mejor...

Mientras tanto se le ha acercado Bea, que lo abraza y le seca las lágrimas con las manos. Parece un niño, un niño de casi dos metros de altura. Cuando se vuelve hacia Laura para despedirse de ella, se echa a llorar otra vez. Laura lo abraza con fuerza.

—Te quiero, tío Filippo.

Emanuela también llora, de manera discreta. Matteo, en cambio, mantiene la calma, como siempre. Me estrecha la mano, seguidamente se acerca, me da una palmada en el hombro.

—¡Vaya como vaya todo esto, será algo bueno! ¡Os deseo buena suerte, y buen viaje!

—Es verdad, es verdad, Matteo..., ¡gracias!

—Adiós, tío Matteo.

—Adiós, pequeña.

—Adiós, tía Bea..., ¡te quiero muchísimo! —Esta vez es en los ojos de Laura donde veo turbación.

—Adiós, pequeña amiga..., ¡nos hablamos por WhatsApp o por Snap!

Mientras los miro, pienso que soy muy afortunado por tener amigos así. Una familia como ésta es un regalo precioso, almas poco comunes... Pero también es verdad que, sin amor, el que se escribe con «A» mayúscula, el que nos levanta los pies de la tierra, bueno, sin eso siempre faltará un trocito para ser felices, una pieza para estar completos. Un grado para completar nuestro ángulo de belleza.

Una vez que nos hemos despedido de todos, subimos al coche. Hace un tiempo estupendo y el cielo está lleno de estrellas, Laura está emocionadísima y, a decir verdad, yo también. Nos vamos de viaje y en eso tiene razón Matteo: será fantástico, sea cual sea el epílogo.

Qué bien huele la piel de los asientos, qué bien huelen las noches de agosto. Es un olor tan lleno de poesía... La poesía y el romanticismo, antes que buscarlos con arrogancia en la vida de los demás, debemos encontrarlos en nuestro corazón, en las pequeñas cosas que tenemos alrededor todos los días.

—¡Me gusta! —exclama Laura, mirando dentro del habitáculo del Alfa Romeo.

—¿De verdad? —La miro sonriendo.

—¡Sí! ¡Es tan... acogedor! —Ella también me sonrío.

—Te había contado que era un pequeño sueño de mamá y mío, ¿verdad?

—Sí..., y encuentro adorable que hayas querido cogerlo.

Creo que es la primera vez en los últimos años que Laura me dice algo tan bonito. La miro con gratitud.

—Dentro de la guantera hay un aparato para conectar el iPod, o el teléfono, bueno, sí, para la música... ¿Te ocupas tú?

—¿Te fías, papá?

—¡Por supuesto!

—Bien... —Sonrío.

—Mira, tenemos dos opciones para llegar a Sicilia en coche: la primera es ir por Nápoles y embarcar allí. Haremos menos recorrido en coche y unas horas más de ferri. La segunda es llegar hasta Calabria, cerca de Reggio, y coger allí el ferri hacia Messina, pero en ese caso el viaje en coche será mucho más largo. ¿Tú qué prefieres?

—El viaje más largo en coche. ¿Y tú?

—¡El viaje más largo en coche, de toda la vida! ¡Choca esos cinco!

—Papá, no empecemos con esas cosas de los años noventa, ¿eh? —Me riño de manera cariñosa, riéndose, después de haberme chocado la mano.

—¡Serás mocosa, mira que tu padre es supermoderno! ¿Qué dices de los años noventa?... —Finjo que me ha sentado mal, pero en realidad me encanta cuando me toma el pelo, me sabe a amor.

—Ya está el mecánico molón con todo su narcisismo —dice riéndose todavía—. Mecánico sexy y bloguero... ¡Mister Zagal en persona!

—¿Puedes dejar de burlarte de mí? ¿Estamos listos? —le pregunto mientras abro la puerta automática del garaje y pongo el coche en marcha.

—¡Listos! Venga, déjame que busque algo que poner. —Y empieza a trastear con su teléfono.

—Oigamos, oigamos...

Mientras tanto, dejamos nuestra casa a la espalda.

La primera canción que pone es *Human*, de Rag'n'Bone.

—¡Me gusta! —grito, dado que el volumen está alto.

—¡A mí también! —confirma ella, y mueve la cabeza adelante y atrás al ritmo de la música.

Yo, en cambio, me pongo a cantar:

—*I'm only human after all... Don't put your blame on me... Don't put your blame on me!*

Ella me mira y grita:

—¿Te la sabes?!

—¡Por supuesto!

—Pues entonces no eres tan viejo... —Vuelve a reírse, a continuación se une también—: *In what you believe... 'Cause I'm only human after all... You're only human after all... Ooooh!*

A continuación suenan Maluma con *Felices los 4*, un doblete de Marco Mengoni (*Parole in circolo* y *L'Essenziale*), Adriano Celentano con *Acqua e sale*, Tiziano Ferro y Amaia Montero con *El regalo más grande*, James Arthur con *Say You Won't Let Go*, los Red Hot Chili Peppers con *Otherside*, Lily Allen con *Fuck You*, Jain con *Come*, Robbie Williams con *Supreme...*

El tiempo pasa volando entre una canción y otra, y en un par de horas llegamos a Nápoles.

—¿Quieres que demos una vuelta antes de buscar un hotel para dormir?

—¡Sí, guay! —Me encanta su entusiasmo.

—Nunca has estado en Nápoles, tienes que verla.

—Mmm...

—¿Ya has estado?

—Sí...

—Y ¿cuándo?

—Estuve con Marco...

—Y ¿quién es Marco? —Estoy un poco molesto, pero me esfuerzo para que no se note. No quiero estropear la atmósfera que se está creando entre ella y yo.

—Un gilipollas. Un crápula.

—Ah... —Mientras tanto, ella mira por la ventanilla, observa una extensión de campo abierto que estamos bordeando por la autopista—. ¿Es un chico con el que saliste?

—Sí...

—Y ¿no fue bien?

—No. —Ahora está un poco triste.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que decir...

—¿Sabes?, las cosas no siempre van como nos gustaría...

—Lo sé.

—¿Estabas muy colada?

—Creo que sí.

Me quedo callado, no fuerzo las cosas. Mientras, la voz de Carmen Consoli entona *L'ultimo bacio*. Es ella quien reanuda la conversación:

—Perdí la cabeza, como siempre sucede con las personas que no me quieren, que no saben nada de mí, que no van más allá. Me tratan con ligereza, sin amor, no me dan nada, mientras que yo a ellas estoy dispuesta a dárselo todo... Así es como somos, nos enamoramos de un amor fallido, de lo que podría haber sido, de una canción a la que le falta el final...

No sé qué añadir para no herirla, sólo consigo decir:

—Te comprendo —porque lo que ha dicho es una verdad como un

templo. Después no puedo aguantar la curiosidad—: Y ese chico, ¿qué hace en la vida?, ¿estudia?

—Sí, estudia, pero poco y mal. Va por libre a Sociología, con eso te lo digo todo. Tiene veintiocho años, es muy atractivo, trabaja en un pub en Ostia... Y se lo monta con sus compañeras de trabajo. —Después de un instante de silencio, añade—: Y no sólo con ellas...

Se está desahogando, de modo que decido no interrumpirla. Y en ese momento explota:

—¿Cómo funcionan los sentimientos?, ¿tú lo entiendes? ¿Qué es lo que nos empuja a buscar el amor en el sitio equivocado? ¿Qué nos empuja a poner el corazón en manos de quien no es capaz de ocuparse de él? De quien no sabe tocar nuestro corazón... ¿Qué es?

—Yo no..., bueno, Laura, no, yo no lo sé. No sé contestarte. He entendido poca cosa del amor, ésa es la verdad... Dejé que se escapara de mis manos la única mujer a la que realmente he amado en toda mi vida, dejé que se marchara así, como un imbécil, y si lo pienso, sólo me dan ganas de maldecirme, ¡de insultarme! Tenía la respuesta delante de los ojos y no la vi, y así, ella se fue, se alejó de mí... Pues no, tesoro, lo siento, no sé nada del amor..., pero puedo decirte algo de lo que sí estoy seguro: puedo decirte que lo maravilloso de una mujer es todo lo que cabe en esas ganas locas de seguir a su corazón contra cualquier evidencia y lógica. Contra cualquier racionalidad. Contra todo y contra todos.

—Pero no fue culpa tuya, papá... Mamá tenía dentro algo que no funcionaba, eso fue lo que la empujó a huir tan de repente. Tía Bea también nos lo ha explicado, ¿no lo has oído? Y, además, ahora estamos aquí, ¿no? ¡La encontraremos! —Me mira y sonrío, y mi corazón se llena de alegría.

—Ahora soy feliz, Laura.

—Yo también, papá...

Mientras tanto, ante nuestros ojos aparecen las luces del golfo de Nápoles.

—¡Ostras, es espectacular! ¡Qué maravilla! —exclama Laura asombrada.

—Pero ¿no decías que ya habías estado?

—Sí, pero de día.

—¡Pues entonces todavía no has visto Nápoles de verdad!

Bordeamos una discoteca al aire libre, está llena de gente. Al lado hay un hotel de cuatro estrellas.

—Te voy a hacer una propuesta... —le digo.

—Venga.

—Vamos a ese hotel, preguntamos si tienen dos habitaciones para nosotros, dejamos las maletas y luego nos venimos aquí a dar una vuelta...

—¿A la discoteca? —pregunta, como diciendo: «¿Estás loco, carcamal?».

—¿Por qué no?

—¡Me apunto! —Ríe.

—¡Bien!

Le suena el teléfono. En realidad suena continuamente, pero esta vez parece distinto: lee el mensaje, sonríe y, por un instante, le brillan los ojos...

El hotel Clarinet tiene un aspecto pomposo: alfombras persas, moqueta, sillas de madera decorada, un poco pasado de moda, pero muy cuidado.

En recepción nos dicen que sólo les queda una habitación libre, pero tiene dos camas, una de matrimonio y una individual. Le pregunto a Laura si le parece bien y ella enseguida contesta que sí. Parece otra persona.

En cuanto subimos, va corriendo al baño con un montón de ropa y sale al cabo de diez minutos. Lleva un vestido de lino de color crema, muy sencillo, tacones, y el bronceado de los cinco intensos días en Miconos... Mi hija está maravillosa.

Mientras tanto, yo he cogido una camisa blanca y unos vaqueros, me doy una ducha rápida, me arreglo un poco el pelo, unas gotas de perfume y salgo del baño en cinco minutos.

—¿Listos? —me pregunta sonriendo.

—Listos —contesto.

—No me lo puedo creer, lo estoy haciendo de verdad, voy a salir de marcha con mi padre... —dice contenta, y yo más que ella. Éste es nuestro momento, nuestra segunda oportunidad.

Hay una larga cola para entrar en el local y, sin embargo, son más de las dos.

—Increíble —digo.

—Papá, es lo más normal, a estos sitios siempre se va a esta hora —me explica en voz baja.

—¿Ah, sí?

—¡Te lo juro, carcamal!

—Muy graciosa...

—Piensa que en los locales de Miconos se entra a las cuatro de la madrugada...

—¿Lo dices en broma?

—¡No!

—¿A las cuatro?

—Sí, está todo cambiado: cenas a medianoche, entras en los locales a las cuatro de la madrugada y después duermes hasta las cuatro del día siguiente..., ¡en fin, un lío! —Se ríe socarronamente para sus adentros y añade—: Pero es guay.

—O sea, te tienes que drogar para poder seguir ese ritmo... —Lo dejo caer como en broma, pero ella asiente.

—Pues sí.

Finjo no haberlo entendido, son nuestras vacaciones, nuestro momento. Y además me fío de ella, sé que tiene la cabeza en su sitio y sabe lo que hace.

Cuando estamos llegando a la entrada, el tipo de seguridad nos mira de arriba abajo y nos pide que nos acerquemos ante las protestas de un numeroso grupo de chicos, casi todos de sexo masculino.

—Bienvenidos, pasen. —Nos acoge, levantando el cordón para dejarnos entrar. ¡Es evidente que nos han tomado por una pareja!

En cuanto estamos dentro, Laura empieza a saltar y a bailar, está emocionadísima, suena Justin Timberlake con *Can't Stop the Feeling*. Yo también estoy entusiasmado, comienzo a moverme y no dejo de pensar: «Estoy bailando con mi hija, estoy bailando con mi hija...».

La discoteca se extiende por toda la playa que hay frente al local, sólo una pequeña parte es cubierta, el resto es una tarima construida encima de la

arena. Hay grandes hamacas con dosel aquí y allá, destinadas a hacer las veces de reservado, donde un montón de chicos bien vestidos se divierte bebiendo mojitos de vasos con unas cañitas muy largas.

—¿De quién es ésta, Laura?! —le grito mientras bailamos.

—¿DJ Snake y Justin Bieber, se llama *Let Me Love You*! —grita ella a su vez.

—¿Me gusta un montón!

No me da tiempo ni a terminar de decirlo cuando el DJ empieza a poner otra debajo... Laura levanta la mano y grita:

—¿Calvin Harris! ¡*My Way*! ¡Síiiiiii!

Luego se van sucediendo Gregor Salto con *Para Voce*, Luis Fonsi y Daddy Yankee con *Despacito*, Shakira con *Me enamoré...* Cuando empiezan a sonar los One Republic con *Kids*, el coro y los gritos de la gente de la discoteca realmente ponen la carne de gallina.

En el local debe de haber unas dos mil personas, tal vez más. Las luces son increíbles, diseminadas por todas partes, parece que estés en un plató de Hollywood.

Al cabo de un rato le pregunto a Laura si quiere tomar algo, ella no lo piensa ni un segundo:

—¿Sí, un vodka con limón!

Nos acercamos a la barra que está en la playa, una de las muchas del local, y cogemos nuestros combinados. Yo me bebo mi cubata y en pocos minutos ese mínimo grumo de tensión se disuelve y desaparece junto a la música, una parte de mi vida que no volverá nunca más...

A las cuatro vamos por la tercera copa cada uno, estamos cansados pero relajados, y ligeramente achispados. Estamos bien, el marco es encantador, noto un hilo entre ella y yo que no sentía desde hacía demasiado tiempo. Ponen a Calvin Harris y a Rihanna con *This Is What You Came For* y la cantamos a voz en cuello, estamos sudados y satisfechos, hasta el punto de que poco después ella saca lo que me doy cuenta que es un porro...

Por un instante, se me hiela la sangre.

—No es lo que me imagino, ¿verdad? —pregunto.

Ella se ríe y no contesta.

—Laura... —Me pongo serio—. ¿Eso es hierba?

Ella se pone a sonreír y vuelve a ser la Laura de los últimos años, tensa y a la defensiva. A continuación responde:

—Sí, perdona, he pensado...

—¿De dónde la has sacado?

—De casa —contesta, y deja de bailar.

—¿De casa?

Dejo de bailar yo también. La miro, enfadado, triste... Por un instante me pasan por delante los últimos veinte años: el intercambio de miradas entre Angela y yo, ese flechazo que me embrujó y me partió el corazón para siempre. La primera vez que la besé, la primera vez que hicimos el amor, cuando descubrimos que estaba embarazada, el nacimiento de Laura, esa condenada carta antes de salir huyendo sin que yo pudiera entender nada, y luego Laura de pequeña conmigo en casa, todas esas montañas que subir, todas esas preguntas, todo ese dolor, toda esa rabia, los intentos de llenar el vacío, los esfuerzos por no derramar demasiadas lágrimas. Me pasan por la cabeza las instantáneas de mi dulce pequeña durmiendo y buscando debajo de la almohada algo que no puede encontrar, y luego los vacíos de comunicación entre ella y yo, cada día más profundos, cada día más grandes, por culpa mía, que, maldita sea, era lo que debería haberla llenado, yo tendría que haber estado ahí..., y luego esas grietas en el corazón que nos han impedido hablar de ello, hablar y escucharnos de verdad, que nos han impedido bajar las defensas y abrazarnos, y querernos... Esas heridas que nos han puesto el uno contra el otro, que nos han dividido en vez de unirnos y ser lo que somos, una sola cosa... ¡No, no voy a hacer que salga corriendo otra vez! No la dejaré volver a caer en el vacío sin que yo esté allí para sujetarla, para cogerla de la mano. En el peor de los casos, seremos dos los que caigamos; si ella va hacia abajo, yo también iré hacia abajo, es mi pequeño ángel, mi niña, y éste es nuestro extravagante modo de perdonarnos, nuestra manera equivocada de hacer lo correcto. Tal vez estamos a punto de hacer una gilipollez, pero la estamos haciendo juntos, y eso es lo que nos vuelve invencibles, es lo único que en realidad importa.

De modo que la miro y pregunto sonriendo:

—Y ¿a qué esperas para encenderlo?

Ella está callada, completamente colorada, entonces estalla en una sonrisa maravillosa, llena de confianza y complicidad. Me mira, mira el porro. Titubea un segundo. Luego vuelve a mirarme. Lo enciende despacio, da una calada profunda, retiene un poco el humo y, a continuación, lo suelta al aire levantando la barbilla, me mira a los ojos. En su mirada hay amor, hay orgullo, hay perdón, está toda nuestra historia. Sin apartar la mirada, alarga la mano y me lo pasa. Bueno, en este momento, en este preciso momento, Laura y yo hemos cerrado cualquier cuenta pendiente con nuestro pasado, todas las hostilidades han acabado. Ahora, aquí, está nuestro futuro, nuestra vida vuelve a empezar desde aquí.

Lo que estoy haciendo tal vez no sea lo correcto, sin duda no es educativo..., pero a la mierda, ¡me importa una mierda! Porque acabo de recuperar una hija, me acabo de ganar una oportunidad para redimirme, para ser feliz y amar. La había perdido, nos habíamos perdido, un abandono había provocado más abandonos, muchas más pérdidas, mucho más dolor y rencor y rabia, y todo eso habría generado más abandonos, y más dolor, y más rabia, y más rencor... Pero nosotros podemos decir «no» a las consecuencias del odio, y podemos hacerlo de la manera más equivocada y maravillosa posible, por ejemplo, podemos hacerlo con un poco de confianza. Con un poco de amor. Y con un poco de hierba...

Mientras tanto ponen *Sofía*, de Álvaro Soler. Ella se acerca y me susurra:

—Te quiero, te quiero mucho, papá...

La última vez que me dijo algo parecido debía de tener once o doce años... Siento que ahora me va a estallar el corazón y se me humedecen los ojos; la miro y le contesto:

—Cariño, no sabes cuánto te quiere papá..., ¿lo sabes? —Y la abrazo con fuerza.

—Sí, lo sé... —responde bajando la mirada; luego apoya la cabeza en el hueco de mi cuello como hacía cuando era pequeña. Nada se aleja de ti si está dentro de ti.

Estamos al lado de la orilla. Son casi las seis de la mañana, a lo lejos todavía se oye la música, vamos descalzos y la sensación es agradable...

La luna se refleja en el mar, de vez en cuando alguna ola lame nuestros pies.

—Me habría gustado llamarte Federica, ¿sabes? —digo, mirando al horizonte.

—¿De verdad? ¡Federica es un nombre bonito! —Me mira sonriendo, a continuación se vuelve ella también hacia la maravilla de la naturaleza que tenemos delante de los ojos.

—Pero a tu madre le gustaba Laura, era muy importante para ella que te llamaras así... —Ella no dice nada, espera a que yo continúe—: Recuerdo ese día como si fuera hoy. Ya faltaba poco, tenía una tripa enorme, estaba tan guapa... Y yo le dije que Laura era el nombre más bonito del mundo porque lo había elegido ella, y porque ibas a llevarlo tú. Sabía que tú harías de cualquier nombre el más bonito del mundo.

—Dios mío, haces que me estalle el corazón... Y ¿ella qué dijo? —pregunta con un hilo de voz.

—Ella lloraba, como querías hacer tú ahora, pequeña...

Como querría hacer yo ahora..., así es...

No he acabado la frase cuando Laura me salta al cuello abrazándome y llorando a mares, sollozando. Mi niña está ahora entre mis brazos, liberándose de un poco de dolor.

—Papá..., ¿no te parece increíble que a pesar de todo ese amor mamá huyera?

—Sí, puede parecer absurdo... Y lo era también para mí, hasta ayer por la mañana. Pero ahora sé que mi instinto no se equivocaba: ella no huyó, siempre ha estado aquí, en mi corazón, y aquí, en el tuyo. Lo que pasó es que tuvo mucho miedo..., estaba aterrorizada, escapar físicamente fue su modo de decirnos que quería estar ahí a toda costa, y que nos amaba muchísimo... ¡Hay veces en que marcharse es la única manera de quedarse!

Me mira con dulzura intentando convencerse de que mis palabras en realidad tienen un sentido. Después me pregunta, del modo más tierno del mundo:

—¿Nos vamos a la cama, papá?

—Sí, cariño.

—¿Me llevas en brazos?

No puedo creer lo que oigo. Noto la respiración entrecortada por la enorme, inmensa emoción. En los últimos años habría pagado cualquier cosa por oírsele decir..., pero nunca había pensado que ese sueño pudiera volver a hacerse realidad.

—¡Por supuesto que te llevo en brazos!

Me echa los brazos al cuello y apoya la cabeza en mi hombro. El hotel está a unos trescientos metros, pero yo voy despacio, quiero tardar toda la vida en llegar. No siento el más mínimo cansancio, es más, me parece estar en el paraíso. Mientras camino, le acaricio la espalda y la noto respirar... ¡Qué bonito!

Una vez en la habitación, en algún momento, Laura se mete en mi cama, sin decir ni una palabra. Le hago arrumacos, caricias en la cabeza, como cuando era pequeña, espero a que concilie el sueño y luego miro cómo duerme. Es algo que siempre me ha encantado, lo hacía también con Angela, me parece el regalo más bello por parte de alguien a quien quieres: dejarse mirar mientras duerme. Es una cuestión de confianza, es un milagro. Al igual que es un milagro lo que está sucediendo entre Laura y yo, ocurra lo que ocurra en este viaje..., a pesar de que ahora pienso en ella.

Salgo de la cama y, como hago cada vez que experimento ese vacío dentro, me siento en un rincón y cierro los ojos. Casi siempre me canto una canción que me gusta, sólo unas notas, sólo unas palabras...

Esta vez la escucharemos juntos, Angela, ¿te apetece? ¿Te has fijado? No nos miran nunca por lo que somos, tal vez porque lo que somos nunca es lo suficiente, tal vez porque no saben lo que somos, tal vez porque no ven todo ese vacío, quizá no oyen todo ese ruido, porque al mundo le basta con la primera parte del paquete, la que tiene las estrellas y los fuegos artificiales,

mientras que nosotros también somos todo lo demás, mucho más que todo eso.

Pero al final tienes que ajustar cuentas con algo que no conoces. Sí, claro, te ponen un nombre, te asignan un papel, como si fuera importante, como si bastara para anular la distancia que nos separa, como si la batalla que estamos librando en nuestro corazón fuera inexistente sólo por el hecho de ser silenciosa...

Angela, ven, dame la mano, siempre he estado a tu lado, nunca me he ido, porque no es posible irse de tu propio corazón, la cabeza puede llevarte a cualquier parte, pero el corazón permanece ahí, pegado a tu vida, junto a las cosas más importantes, las que realmente cuentan, las que más cuentan, como tú, amor, como las palabras que me decías en silencio, las que no podías pronunciar, las que no tuve el valor de escuchar. Somos las palabras que decimos con los ojos, pero se necesita a alguien dispuesto a verlas..., y ahora estamos aquí, con una canción que escuchar y un final que reescribir. Una vez más. Una vez más juntos...

**LAS COSAS QUE QUERÍA
DECIRTE Y NUNCA TE HE
DICHO**

8 de agosto

Me despierto poco después de las doce y no, no... no es como si me hubiera pasado un día dedicado al deporte, a comer sano y a la salud, es evidente. Al contrario, estoy bastante destrozado.

Intento hacer acopio de fuerzas y energías y me pongo de pie, voy al baño y me lavo la cara... ¡Joder, qué cara! No tengo muy buen aspecto...

Laura todavía duerme profundamente.

—Laura, despierta... —La sacudo un poco, con delicadeza, hablando en voz baja, pero nada—. Laura, vamos, que es mediodía... Tenemos que movernos.

—Sí, ya me levanto —farfulla de un modo casi incomprensible.

Es cierto, estamos de vacaciones y no nos persigue nadie, pero hay algo que nos está esperando..., o tal vez no. La posibilidad de encontrarla, que nos ha empujado a partir y que también nos da tanto miedo. De modo que dormir un poco más tampoco es tan malo.

Al final, Laura se levanta, ella también está hecha polvo. Me mira y me

sonríe sin decir nada, con esa sonrisa un poco boba con los ojos todavía cerrados. Seguidamente, va al baño. Como un zombi.

A la una ya estamos fuera. Vamos a desayunar a un bar del golfo; a pesar de la hora, lo preferimos a una comida salada. El café de Nápoles no es café, es una obra de arte, es un gesto de inmenso amor. Estamos sentados a una mesa fuera, bajo un porche de madera, y mientras comemos me fijo con cierto orgullo en un grupito de personas que da vueltas alrededor de mi Alfa Romeo, aparcado al lado de la acera. La verdad es que viéndolo así, bajo el sol, rojo, con esas curvas que saben a buen gusto y estilo del pasado, ¡pues ni yo mismo puedo evitar pensar que es bonito de verdad! Angela se volvería loca si estuviera aquí con nosotros...

Un chico saca fotografías del coche con el teléfono y yo disfruto en silencio de la escena, como si hubiera ganado un pequeño premio. Laura se da cuenta y ríe mientras se come el cruasán.

—¿Has visto cómo lo miran? —le digo.

Ella asiente masticando y bebiendo el capuchino, en el que el camarero ha dibujado un corazón con la leche. A continuación mira el móvil, que lleva rato toqueteando, y dice:

—Es tía Bea. Te manda saludos y un beso fuerte.

—Esta mañana también he hablado con Filippo y Matteo, ellos también te mandan recuerdos.

—Somos una bonita familia, ¿verdad?

—Verdad...

Disfruto de esa frase, mi segundo premio en cuestión de pocos minutos.

Después de desayunar nos ponemos de nuevo en camino, por la Salerno-Reggio Calabria. No tenemos prisa, vamos despacio, sin mirar el reloj, durante un largo tramo de viaje con la capota bajada. Escuchamos música, hablamos, pero también permanecemos en silencio a menudo, en nuestras cosas, cada uno con sus propios pensamientos. Siempre he pensado que una

relación entre dos personas es realmente sólida cuando pueden permitirse pasar tiempo juntos en silencio, sin que ninguno sienta la obligación de hablar a la fuerza para llenar eso que se percibe como vacíos, para decir algo por incomodidad, o por miedo a que al otro le pueda sentar mal o lo incomode.

—¿Qué fue lo que te impactó de mamá cuando la conociste?

—Pues... hubo un momento en que fue como si me diera cuenta de que también existía su cuerpo. Su cabeza me había hecho perder los sentidos, bueno, primero fueron sus ojos ilegales con esa mirada ilegal. Luego su aroma. A continuación las palabras y sus pensamientos tan sexys. Después me fijé en un detalle estremecedor: además, era tan guapa que dolía. Pensé que todo aquello acabaría conmigo.

—¡Ostras!

—Cuando sucede eso, lo sientes. Y no te haces preguntas, viene y te tumba, vuelve a definir todas tus convicciones, las sombras, los contornos, los sabores..., no existe un motivo, ninguna lógica, no hay reglas, y no tiene un nombre; no puedes saberlo antes, porque no hace ruido. Es una magia, es la alquimia del amor, que a menudo es silencioso, hecho de palabras no dichas, de contactos frustrados o sólo rozados, y hay que buscarlo en ciertos silencios, en ciertas miradas, en ciertos vacíos..., pero es todo lo que necesitas, y después ya nada es lo mismo. Después nada es como antes... Encontrarla fue una casualidad, y me gustaría poder decir que quedarse fue una decisión. Pero la verdad es que desde que sucede ya no tienes elección, desde ese momento es la única posibilidad. Lo único que tiene sentido. A partir de ahí, tu vida es ésa.

Ella sonrío y no dice nada. Y es que, al final, es algo parecido a decirlo todo.

—Laura, aclárame una curiosidad..., ¿cómo era de concreto el texto de la canción de ese tal Luis Miguel?

—Era un grito pidiendo ayuda, y amor... en clave masculina. La he transcrito toda, si quieres te la leo...

—Pues sí, me gustaría mucho...

Saca un papel doblado, lo abre y empieza a leer:

*Era un día de hielo,
de dolor sin consuelo.
Leo te ha perdido,
Angela, éste es su grito:
mi amor, nunca terminará.
Sí, siempre se escribirá
un nuevo final.
Mi amor, nunca terminará.
Y cuando miedo tendrás,
te abrazaré una vez más.
A ti no renunciaré,
yo cada vez te buscaré,
porque sin ti estoy perdido,
mi corazón pierde latidos,
mi vida no tiene sentido.
Nuestro amor aún no había empezado
y ya era infinito...
Como un viajero,
que sin su mochila no puede viajar.
Como un zagal,
que, sin tiempo, futuro no tendrá.
Mi amor, nunca terminará.
Pero a veces lloro,
porque cada segundo te añoro.
Ahora, ¿dónde estás?
Cariño, ¿tú cómo estás?
Necesito mi mochila y mi futuro,
que ahora lo veo todo oscuro.
Necesito tu abrazo.
Nuestro amor no tiene plazo.
Dices que aquí estás,
dime que es verdad.*

Entonces bésame...
Entonces bésame...

—Ostras... —Me quedo con la boca abierta; a continuación añado—: Es preciosa.

—Sí, mucho —contesta ella, y después me mira—: Papá...

—Dime.

—¿Nosotros estamos haciendo eso? ¿Estamos inventando un nuevo final?

—Sí, tesoro, es lo que estamos haciendo.

—¿Y si no la encontramos? ¿Si se hubiera olvidado de nosotros?

—No puede haberse olvidado de nosotros. Eso no es posible. Y, si no la encontramos, dará lo mismo, porque tú y yo ya estamos escribiendo un nuevo final, un nuevo y maravilloso final, pase lo que pase...

Poso con delicadeza una mano sobre la suya, rozándola apenas. Luego nos miramos durante un instante y por su mirada comprendo que está de acuerdo, que es cierto: ya hemos escrito un nuevo, fantástico final.

—Falta poco para Reggio.

Ya son las nueve y estamos a menos de media hora de la salida de la autopista. A la derecha se ve el mar y se respira magia.

—Sí, tesoro, poquísimo. ¿Sabes que han determinado que el paseo marítimo de Reggio es el kilómetro más bonito de Italia? Se dice que es gracias al efecto Fata Morgana.

—¿Qué es?

—Hay un momento en que, por un juego de reflejos y temperaturas, puedes ver Sicilia en el agua..., casi como si surgiera mágicamente del mar, a pocos kilómetros de la costa. Es algo fantástico.

—¡Pues qué bonito! —dice extasiada.

—Los padres del abuelo nacieron aquí cerca. Es un pueblo muy pequeño, se llama Polistena, justo a pocos kilómetros de aquí.

—Es verdad, el abuelo habla a menudo de él.

—El padre de tu abuelo era un hombre que sabía lo que hacía, se habría

dejado matar por su familia. En la posguerra sufrió un descalabro económico, pasaron en poquísimos tiempos de tener una posición acomodada a no tener ni siquiera un mendrugo de pan.

—Ostras...

—Sí... Siete hijos y una esposa a los que alimentar no son ninguna broma. Y entonces vio que la única posibilidad para sacar adelante a su familia, paradójicamente, era que se separaran durante un tiempo. De modo que se armó de valor y repartió a su mujer y a sus hijos entre las casas de varios tíos y primos que podían ocuparse de ellos. Todos estaban en los alrededores de Roma: uno en la provincia de la Latina, dos en Frosinone, otra en Aprilia, y así sucesivamente... Mientras tanto él, con cincuenta años, buscó trabajo en Roma. Eran años en los que aún todo era posible, había mucho margen para alguien inteligente, humilde, dispuesto a sacrificarse, y a él en muy poco tiempo le fueron bien las cosas, ganó dinero y consiguió reunir a su familia en la casa de Ostia, y eso permitió a sus hijos tener un futuro.

—Ah, por eso luego el abuelo Maurizio escogió a alguien como la abuela como pareja, y ella lo escogió a él. ¡Y después te transmitieron tanto amor a ti también!

—Sí. —Le sonrío—. Un gesto de amor provoca efectos que pueden repercutir durante años en el futuro. Quizá no te lo parezca, quizá no lo veas (el amor, ¿sabes?, a veces es silencioso y, como todas las cosas bellas, es imprevisible), pero ¡luego llega con sus consecuencias, y el efecto de ese gesto que hizo alguien mucho tiempo atrás lo cambia todo! Por eso es tan importante no dejarse vencer nunca por el odio y la rabia, porque siempre vale la pena intentarlo... Piensa en el padre del abuelo: si tú y yo estamos aquí ahora, con nuestras expectativas llenas de pasión, es gracias a él y a su amor. ¡Tenemos que luchar por las cosas en las que creemos! ¡Tenemos que defenderlas!

Laura me escucha con atención, reflexiona y a continuación replica:

—Sí, es cierto... Sin embargo, el hecho es que una parte del mundo, hoy, una parte muy grande, ya no les da importancia a las palabras, a las emociones. No pelea por los sentimientos, por el amor, por la amistad, te dice que eres especial, pero se lo dice a todos, y si todos son especiales, no hace

falta decir que lo es nadie. Prefiere la vulgaridad a la dulzura. Se alinea con la prepotencia y la mezquindad porque es menos peligrosa. Piensa en todos esos episodios de acoso que se extienden de un modo tan inquietante entre los jóvenes: en el centro, una persona que es ridiculizada y maltratada por la chula de turno, y alrededor, una multitud de almas que se quedan ahí y permiten que ocurra. Tal vez muchas de ellas se proclamaban amigas de la víctima hasta unos minutos antes... Así es, este mundo no es un mundo bonito, papá. Es un mundo que no lucha, que no tiene el valor del amor porque no tiene ni amor ni valor. Es un mundo que no tiene nada...

Me veo obligado a aminorar la velocidad porque no puedo evitar observarla mientras habla: tiene magia en los ojos y belleza en el corazón. Es mi hija, y yo estoy enormemente orgulloso de ella...

—Pero el mundo tiene otro lado, Laura, ese en el que has decidido estar tú, lleno de belleza, valor y dignidad... —Me interrumpo un instante, la miro y sonrío; entonces añado—: Y yo estoy muy orgulloso de ti, cariño...

Ella me mira y me sonrío a su vez: es su preciosa manera de darme las gracias sin pronunciar ni una palabra. Porque las palabras más hermosas las decimos con los ojos.

—Laura..., no olvides nunca lo hermosa que eres. ¿Me lo prometes?

—¡Prometido!

Le llega un aviso al móvil, leo en sus ojos la misma luz especial de anoche.

—Otra vez esa mirada... ¿Buenas noticias, cariño? —le pregunto.

—¿Qué? Bueno, no, nada..., sólo un chico que conocí en Miconos... —dice sonriendo.

—¡Ah! Muy bien, me alegro.

—Me ha escrito un mensaje bonito y original, que me ha hecho sonreír...

—¿Qué te ha dicho? ¿Me has dejado intrigado!

—«Eres tan hermosa como ese mensaje que llega a las cuatro de la madrugada, el que llevabas tanto tiempo esperando, en el que pone: “No puedo dormir porque pienso mucho en ti. ¡Te amo con locura!”»

—¡Vaya!

—La verdad es que este chico parece distinto... —Piensa en voz alta y

mira hacia fuera.

—Si has tenido esa sensación, estoy seguro de que no te equivocas: hay sensaciones que están ahí a propósito para guiarnos, para que no nos equivoquemos.

—¿Tú crees? Eso espero...

Baja de nuevo la mirada: el enésimo aviso. Mira el móvil y a continuación exclama:

—¡Venga ya!

—¿Qué ocurre?

—Es Cami... ¿Sabes Marco..., el gilipollas? ¿Ese del que te hablé ayer...? ¿Ese que cuando lo conocí salía con una chica a la que engañó conmigo y que luego, cuando salía conmigo, descubrí que me engañaba con otra y quién sabe cuántas gilipollecitas más como ésta habrá hecho?

—Sí, me hablaste de él anoche. ¿Qué ha hecho?

—Ha pillado a su novia actual con otro. ¡En *su* cama! ¡En *su* casa! — Cuando dice «su» grita fuerte y divertida.

—Dios mío...

—¡Ja! ¡Eso es el karma, papá! ¡Antes o después, te pasa factura! ¡Ahora sabrá lo que se siente cuando te engañan y te humillan!

—Pues diría que sí... Pero ¿esa noticia te hace sentir bien, Laura? Di la verdad. ¿Te alegras de que él esté mal?

—En realidad esperaba que me alegraría más... En cambio, ¿sabes? ¡Me importa un pimiento! Y, no, en el fondo no me alegra que él esté mal. La verdad es que no me alegro de las desgracias de nadie, aunque sé que eso me hace distinta de muchos, puede que más vulnerable. Pero si no puedes ser mala como ellos, siempre puedes ser distinta, ¿no? —Dicho esto, riendo, añade—: Pero ¡por una fracción de segundo he disfrutado, joder, lo admito, su señoría!

—El acusado queda absuelto. ¡La sinceridad ha sido estimada por esta corte! —Me río yo.

—¡Fiuuu! —Se toca la frente como si se secara el sudor frío, fingiendo miedo.

—Laura..., mira, no sé qué sentías por ese tal Marco, no sé qué te

esperabas, pero quiero decirte una cosa que he aprendido: probablemente encontrarás el amor entre las páginas arrugadas de tu vida, en el sitio que no te imaginabas, en las palabras a las que no habías dado importancia, en las que nunca has tenido el valor de decir, entre las líneas finales de un capítulo olvidado; ¡allí encontrarás el amor! Pequeño e inmenso, sencillo como todas las cosas bonitas, fantástico como todas las cosas mágicas. El amor es un saco de dormir por la noche en la orilla del mar dentro del que se entrelazan dos almas que tienen mucho que decirse y lo hacen sin pronunciar una sola palabra, en silencio; se besan con los ojos, se abrazan con las miradas, se escuchan, se sienten hasta las vísceras, ante todo con el corazón.

—¡Me gusta, Zagal! Después de todo, no es por casualidad que seas mi bloguero favorito —me dice mientras me guiña un ojo.

—¡Para ya de burlarte de mí! Y, de todos modos, tú también escribes muy bien, cariño.

—¿Yo?

—¡Sí, tu! Siempre leo tus notas en Facebook y tus papelitos... Luego, si te parece, ya me dirás cuál es tu blog.

—¡Olvídalo! —Es taxativa, pero sin ningún atisbo de hostilidad—. ¿De modo que piensas en serio que escribo bien?

—¡Pues sí!

—En cualquier caso, no has leído nada, en Facebook sólo escribo cosas así, sobre la marcha...

—No lo dudo, pero se intuye. Se ve esa marca, tienes ese algo, no sé si me explico... ¿Me explico?

—Te explicas. Pero eso no significa que tengas razón...

—Estoy seguro, cariño. Nunca dudes de ti misma. ¡Nunca!

Ella se queda unos minutos en silencio, mirando por la ventanilla, las luces y el mar.

—A lo mejor luego te leo algo de las cosas que escribo en el blog, ya me dirás qué te parece. Esto es lo máximo que voy a concederte.

¡Dios, qué dulce es! Se muere de ganas de que lea sus cosas, de que entre en su mundo y le diga que es buena.

—¡Para mí sería maravilloso, de verdad! —Lo digo serio.

—¡Para ya, pelota!

Suena el teléfono: es mi padre. Le cuento una trola de mis breves vacaciones improvisadas y él parece creérselo todo, excepto el hecho de que esté con amigos: piensa en una novia más a la que voy a hacerle la revisión. Saludo también a mi madre, se alegra de que me haya ido de vacaciones. Todo va como la seda.

Al cabo de unos segundos mandan un sms a Laura para saber cómo le va en Grecia y para recordarle que la quieren «mucho muchísimo».

—Qué tiernos —dice Laura.

—Sí —contesto yo—. Es nuestro segundo secreto en dos días...

—Y ¿cuál era el primero? —me pregunta.

—Pues el primero... nos lo hemos fumado esta noche.

La miro como diciendo: «¡No te hagas la inocente!», pero en plan cariñoso.

—¡Ah! Ese secreto... —Se ríe socarronamente y mira por la ventana poniendo cara de listilla.

Mientras tanto, cojo la salida hacia Sicilia sin que ella se dé cuenta.

—De todos modos, volviendo al tema de antes, no, no soy un pelota. De verdad, me alegraría mucho que me leyeras algo tuyo.

—Vale, ya veremos, más tarde... ¡Puesto que tendrá que someterse al juicio del gran Zagal, déjame que escoja algún fragmento bien escrito!

—¿Lo ves?, ahora eres tú quien se burla de mí! —La apunto con el dedo y le guiño un ojo.

—¡No, te lo juro, lo pienso de verdad! Y, además, con todas las seguidoras que tienes, sin duda luego no podrías acordarte de mi comentario... —Ella se ríe.

—Dios mío, ¿has enviado algún comentario?

—¡Sí, sólo una vez! Pero no me contestaste...

—No contesto a nadie, cariño. Ese blog lo utilizo como una forma de dejar fluir mi conciencia emocional, no para tener interacciones...

—¡Dios, no puedo creerme que seas tú! Zagal es mi padre, la misma persona, increíble... Te he odiado durante mucho tiempo, ¿sabes? O sea, no odio de verdad, pero bueno, me caías fatal... —Intenta rectificar sus palabras

de manera torpe.

—Sí, Laura, tranquila, entiendo lo que quieres decir. —Salgo enseguida de esta situación embarazosa—: En cualquier caso, tú escribes mucho mejor que yo, cariño, confía en mí... ¡Ostras, y ahora tendré que leer todos los comentarios, uno por uno, para descubrir cuál es el tuyo!

—Vale, ya veo; en cuanto volvamos cerraré mi blog... —Se ríe—. Pero saber que piensas que tengo talento es importante para mí, de verdad... —dice, poniéndose seria durante una fracción de segundo—. Y para ya de hacerme la pelota, Zagal, ¿vale? —añade, echándose a reír de nuevo; a continuación cambia por completo de tema—: ¡Qué bonito es esto!

Señala el castello Ruffo, el pueblo y las luces que se reflejan en el mar, a lo lejos...

—Ése es el antiguo barrio de pescadores de Chianalea di Scilla, y allí en la punta está el castello Ruffo. ¡Bueno, cariño, lo que tenemos delante de los ojos en este momento es sencillamente uno de los espectáculos más bonitos del mundo! Una de esas cosas por las que vale la pena vivir. Había pensado en quedarnos a dormir aquí. Hay un hotel justo encima del agua, bajo el *castello*; podemos mirar si tienen habitación, ¿te apetece?

Ella, todavía embelesada por esa especie de maravilloso pesebre natural, contesta:

—¡Perfecto, papi! Me encantaría.

Le sonrío y no digo nada.

Al cabo de unos minutos de coche, llegamos frente a una gruta habilitada como aparcamiento, a cien metros del hotel: no se puede pasar de allí. Llegamos a pie recorriendo la calle principal, entre callejuelas, cuevas y pendientes. Entramos en el hotel Reale y pregunto si tienen dos habitaciones individuales, pero Laura me corrige diciendo que con una matrimonial tenemos bastante. La miro sorprendido. Estoy contento, muy contento.

Nuestra habitación tiene un pequeño balcón cerrado en parte, como si fuera un ojo de buey, suspendido sobre el mar. Si te asomas, puedes ver los barquitos de los pescadores amarrados alrededor de las rocas; el paisaje es

maravilloso.

El tiempo justo de darnos una ducha y salimos a cenar. Parece que estemos en otro planeta, el pueblo es de cuento, las casas antiguas pegadas y divididas por pequeños canales, está lleno de pequeños bares y restaurantes en los que sirven un pescado fresquísimo y productos típicos de la zona. Las luces amarillas, el aroma del mar, el sonido que hace cuando rompe contra las rocas, el marco del paisaje que tenemos alrededor, los arcos, las casas de toba, todo es mágico, todo es encantador. Entramos en una tasca muy pequeña, comemos un plato de pasta con pez espada, un embutido similar a la sobrasada llamado *'nduja* y pan caliente recién horneado, y un tinto de la casa. Nos fumamos un cigarrillo. Le pregunto si va todo bien y ella asiente. La miro y saco fotografías con mi corazón..., de las más bonitas de toda mi vida.

—Si te apetece, te leo un *post...* —me dice, mirando hacia el exterior de la tasca con una cara muy seria.

—¡Pues claro que me apetece!

Coge el teléfono y se pone a buscar.

—Vale, empiezo.

Me quedo callado y escucho.

Me siento en la orilla del océano. La arena es rosa. El agua está fría, demasiado fría. Siento la necesidad de hacer una pausa, una pausa de mí misma, porque siempre he sido la mayor enemiga de mí misma, armada hasta los dientes para luchar contra mí misma. Qué gracia...

Si recibes golpes de la vida, pues bueno, es mejor que aguantes de pie. Si te derrumbas, estás muerta. Si te derrumbas, se acabó. No importan una mierda la razón ni el sentimiento. No importa una mierda que te esfuerces en ser una buena persona o una buena amiga. Cuentan los golpes, pum, cuenta permanecer de pie o caer en la lona, pum. Cuenta gritar, cuenta pegar el primero. Cuenta ser referencia de uno mismo. Arrastrarse, el silbido de la vida, si te arrastras no te puedes caer. Tejer y tramar con inteligencia. Violencia, la violencia cuenta. El mundo dirá «¡Oooh!» durante un minuto, y después volverá a sonar la música. Siento una escalada de locura y mediocridad que crece a mi alrededor y dentro de mí, como en algunas pesadillas. La mediocridad te convierte en utilizable y ligera, te convierte en una verdadera hija de puta. La buenas personas no pueden matar, por culpa de su conciencia, y entonces vomitan, se contentan con vomitar. Pues yo vomito, vomito aunque no estoy segura de ser una buena persona.

El impulso competitivo es estimulante hasta que lees la obsesión en los ojos de quien te observa, hasta que entiendes que se trata de juego sucio, de almas negras. Hasta que se convierte en un

murmullo de leprosos. Hasta que me importa una mierda todo, y ya no siento nada, y ya no veo nada. Hasta que desconecto el cable y pongo el mundo en *mute*. No mato, no os mato, y sigo vomitando. Siento la necesidad de hacer una pausa de mí misma, tal vez porque estoy viva, tal vez, en el fondo, porque estoy sana, porque el veneno, a mí, no me alimenta, me mata. El odio no me alimenta, me devora. Y no daré nunca mi moralidad ni mi ética como pasto a los buitres, no les permitiré que me hagan peor de lo que soy. No me obligaré a quitar los espejos de casa, y una mierda. Necesito sencillez. Tradiciones. Una sopa de cebada y garbanzos. La cuchara de madera de los abuelos. El terciopelo de un sofá viejo. Una baraja de cartas napolitanas. Mi vinilo de «Bridge Over Troubled Water» de Simon and Garfunkel. Escribir para mis ojos, para mi corazón. Tocar el piano. Dormir. Silencio. No colmar el vacío con más vacíos. No aplacar el miedo con más miedo. No sé cómo ni cuándo, pero sé qué: yo misma. No sé cuánto durará, pero hace falta un punto, o al menos un cambio de rumbo, la deriva de estos últimos tiempos ya no me pertenece. O puede que esté en la barca equivocada. Tal vez ya no tenga fuerzas para remar a contracorriente. Y, sobre todo, bueno, tenía la necesidad de poner negro sobre blanco todo esto, este malestar, el asco que siento dentro, la quemazón en el estómago. Necesitaba cogerme de la mano. Abrazarme. Acariciarme. Recordarme quién soy, y de dónde vengo. Mirar la sangre que me resbala cuando me corto y nadie lo ve... Gritar. Correr al máximo hasta la extenuación. Me siento en la orilla del océano. La arena es rosa. El agua está fría, demasiado fría. Pero no para los tiburones. ¡Música, mundo!

Sudor frío. Es precioso y, al mismo tiempo, terrible. Es como si alguien me hubiera inyectado un líquido paralizante. Está claro que no ha elegido una publicación cualquiera, ha elegido una que cuenta cosas de ella que yo sólo había percibido con el corazón, con los ojos, pero nunca había racionalizado de una manera tan cruda y brutal.

Esa referencia a cortarse..., no lo he malinterpretado, sé que no era sólo una metáfora. En este momento lo entiendo todo: eso son esas pequeñas marcas debajo de las pulseras. Me da vueltas la cabeza.

—Ostras, Laura..., ¡es fantástico! —Me interrumpo un instante, ella me mira—. Pero eso que has dicho de... de los cortes..., bueno...

—Sí, a veces pasa, me corto... —Lo dice casi como una liberación.

Yo sólo siento que me muero por dentro: ¿cómo coño no me he dado cuenta? Mientras intento reunir algunas palabras, ella se me adelanta:

—Pero ahora, desde ayer, ya no lo necesito.

Me sonrío, y yo enloquezco, pero no digo ni una palabra, sólo le devuelvo una sonrisa llena de amor. Y de disculpas. Y de esperanza. Luego es ella quien vuelve a hablar, dulce, elegante y pequeña:

—¿Nos vamos a la habitación, papá? Quiero irme a la cama. Quiero ver el mar y la luna y las estrellas desde el ojo de buey.

—Sí, cariño, claro.

Se sienta sobre mis rodillas y yo la abrazo con fuerza. Y pido perdón al cielo por no haberle curado las heridas que se hacía, por no haberla cogido de la mano cuando se caía, cuando lo necesitaba. Por no haberlo entendido, una vez más...

—Laura, yo también tengo algo que leerte... Es una carta que escribí cuando tenías cuatro años. La escribí para ti, y la llevo siempre conmigo... Bueno, si quieres, te la leo...

—¡Sí, sí que quiero!

—De acuerdo. —Abro la cartera y cojo un papel doblado en cuatro partes

—. Pues empiezo...

—Empieza.

Quería decirte que sonrías siempre, incluso cuando sonreír te parezca imposible, incluso cuando la vida te ponga a prueba con todo ese ruido, ¡tú sonríe! Sólo así anularás cualquier intento externo de intoxicar tu felicidad.

Quería decirte que, cuando seas mayor, cuando seas una mujer, es importante que sigas mirando el mundo como lo mirabas cuando eras pequeña, como lo miras ahora, con los ojos de una niña: hermosos, limpios, sinceros, llenos de entusiasmo y de asombro...

Quería decirte que siempre habrá una parte de ti que sabe lo que es «justo», y otra que sabe lo que quiere: ¡tú escucha la voz de la primera, pero sigue siempre a la segunda, porque sólo esa voz hará que te sientas viva de verdad! Porque sólo esa voz hará que te sientas maravillosamente inadecuada, pero siempre en el lugar apropiado...

Quería decirte que vendrá el miedo, estará ahí, silencioso pero molesto, te aconsejará hacer lo más fácil, lo más cómodo, lo más alejado de tu corazón. Podrás elegir entre la seguridad de ser perfecta y el riesgo de ser feliz. Tuya es la decisión. Pero yo te deseo que seas imperfecta, que aparques cualquier certidumbre; la felicidad está ahí, inmediatamente después de todos esos cálculos, inmediatamente después de todo ese miedo... Y, cada vez que se presente, deberás decidir si seguir

a tu corazón o matar una parte de tus sueños, si escapar o luchar, si ganar o perder. Tú engáñalo y piérdelo. Y después piérdete...

Quería decirte que, de entre todas las maneras posibles de ser algo, estarás tentada de ser lo que les gusta a los demás, para que te acepten, para que no te excluyan, para conquistar un pequeño espacio en el corazón de quien dice que es tu amigo, pero sólo con esta o aquella condición. En cambio, tú intenta ser tú misma, sólo así te reconocerás siempre.

Quería decirte que llegará el amor, y te hará vibrar el corazón, te hará saltar de alegría, te llevará a la luna, a las estrellas, entre las nubes, a Júpiter, a Marte, más allá de las galaxias... Puede que después te deje caer, de repente, hacia el suelo, y hará que te vuelvas frágil, que te vuelvas insegura, y te hará gritar en silencio. Y no habrá nadie que te pregunte por qué, o cómo ha ocurrido. Así que dudarás de ti misma, de tu belleza. Del vestido que tal vez no te quedaba bien, que tal vez no era el adecuado. De las palabras que tal vez no eran lo bastante claras, o que fueron malinterpretadas. Y entonces te preguntarás «¿por qué no me eligió a mí?», y por la noche abrazarás la almohada buscando su mano sin encontrarla, y sin pegar ojo, aguantando la respiración, apretando los puños... Pero después un día volverá, ¡y serás feliz otra vez! ¡Eso, eso es el amor, una locura, la más bella y maravillosa de las locuras! ¡Recíbelo, cógelo siempre! Vuélvete loca de amor, vuélvete loca por amor. ¡Asegúrate de que toda tu vida sea una inmensa e incongruente locura, la más bella y maravillosa de las locuras!

Quería decirte tantas cosas, todas tenían relación con lo mucho que te quiero, con el amor que siento dentro. Con el vacío que a veces me envuelve. Pero tal vez las cosas que quería decirte tú ya las sabes, y cuando no esté a la altura de ser tu padre, cuando no lo logre, entonces intentaré ser tu hijo, y después tu amigo. Y si no logro ser nada de todo eso, entonces sólo seré las cosas que quería decirte y nunca te he dicho...

—Papá, es lo más bonito que he oído nunca... Créeme, eres mucho más que las cosas que querías decirme, porque me las has dicho, porque me has

criado, y perdóname, perdóname si a menudo soy mala y estúpida y he dicho cosas malas y estúpidas que no pensaba, ¡perdóname! Puede que sólo fuera mi tonta manera de pedir ayuda... Pued...

La interrumpo:

—¡Basta, cariño! Ahora estamos aquí..., ¿de acuerdo?

Sonrío. También ella, que está todavía con los brazos alrededor de mi cuello.

—De acuerdo.

—¿Vamos a ver el mar desde el ojo de buey de nuestra habitación?

—Sí.

Esta noche la luna está espléndida, recuerdo que una vez le pedí a Angela que me dijera adónde quería ir, cualquier sitio: cerraríamos los ojos y estaríamos allí. Ella no contestó, unos días después me dejó una carta debajo de la almohada.

Llévame a un columpio a mirar la luna y los sueños y los amores más bellos, los frustrados, los perdidos. Los imposibles e infinitos. Los de seda y de nubes rosa. Llévame a donde el rumor de la noche ya no da miedo, a donde el murmullo de los dedos que se entrelazan y se rozan sabe sonar de un modo más bello que cualquier melodía. Llévame allí arriba, a ese columpio, y empújame, empújame despacio, hazme volar, pero no te vayas.

Llévame a ese lugar en el que era pequeña, cuando mis ojos todavía eran limpios y sonreían al mundo con el entusiasmo de quien nunca ha visto el mal, con la ingenuidad de quien nunca se ha caído. Llévame allí y susúrrame al oído que un día vendrás tú, a cogerme de la mano, a lamer las heridas, a regalarme tus ojos. Para llevarme contigo.

He perdido mucho tiempo, pero ni un gramo de amor por ti.

Y CUANDO TENGAS MIEDO, VOLVERÉ A ABRAZARTE

17 de enero de 2000

Es un domingo por la tarde y acabamos de salir del cine de ver una reposición de *Titanic*. Antes de regresar a casa en Vespa, tomamos una crep con Nutella en una heladería al lado del cine, en la via Cola di Rienzo. Después, en vista de que hace frío, decidimos volver.

—Qué bonita, ¿verdad? —me pregunta mientras sube detrás de mí.

—¡Mucho! No me lo esperaba..., pensaba que sería más empalagosa, más superficial, sí, no sé —grito, para que me oiga mientras conduzco—. En cambio, me ha dejado dentro una sensación de belleza y romanticismo. ¡Y, además, los actores eran muy buenos, él está genial!

—Sí, a mí me ha emocionado..., una película sensacional, sincera, y además, ostras, ¿te has fijado en los efectos especiales? ¡Ahora me creo que sea la película más cara de la historia! —Titubea un momento, me estrecha con más fuerza desde atrás y, acercándose a mi oído, añade—: De todos modos, yo no me habría ido sin ti... O juntos o nada, no te dejaría nunca. Yo sólo me iría si tú no me quisieras...

—Yo tampoco me habría ido, pero habría querido que tú te salvaras.

—De todos modos, me habría muerto. Por dentro...

—¡Bueno, total, no parece que haya icebergs a la vista aquí, en Muro Torto!

—¡Tonto!

Cuando llegamos a casa, busco la guitarra y me pongo a aporrearla.

—Brrr..., ¡qué frío! —exclama ella.

—¡Coge la mantita y vente aquí al sofá, venga!

Ella coge la mantita de forro polar y viene corriendo.

—¿Qué cantamos? —pregunta, frotándose las manos.

Yo empiezo con De Gregori, *Pezzi di vetro*, después *Rimmel* y *Generale*.
Las cantamos de memoria, De Gregori es uno de sus favoritos.

—¿Cantamos la última de Battiato?

—¡Te refieres a *La cura*? ¡Sí, es maravillosa!

—¿Me la dedicas?

—No...

—¡Qué idiota! —Y finge ofenderse.

Seguimos así durante un buen rato, después, hacia las diez de la noche, decidimos hacernos una *panzanella* en nuestra versión simplificada, es decir, simplemente pan casero mojado, aceite, sal y tomates cortados un poco de cualquier manera. A ambos nos encanta, nos la comemos obligatoriamente con las manos, sin preocuparnos por nada, pringándonos por completo, qué gustazo...

Ella se levanta para ir a prepararla y yo empiezo a tocar *Una canzone per te*, de Vasco Rossi.

—*Una canzone per te... non te l'aspettavi, eh!... e invece eccola qua... una canzone per te... e non ci credi, eh! Sorridi e abbassi gli occhi un istante e dici: Non credo di essere così importante, ma dici una bugia, infatti scappi via...* —«Una canción para ti..., no te la esperabas, ¿eh?..., y, en cambio, aquí la tienes... Una canción para ti..., no te lo crees, ¿eh? Sonríes y bajas los ojos un instante y dices: No creo ser tan importante, pero me estás mintiendo, y de hecho te vas corriendo...» Y la miro mientras toco y canto. Ella se queda de pie, junto a los fogones, pone ambas manos delante de la boca y sus ojos se humedecen.

En cuanto termina la canción, dejo la guitarra en el suelo, delante del

sofá, y sigo mirándola. Hay un silencio extraño, es un silencio de esos que hacen un montón de ruido. Quizá obedece a cómo nos miramos, o a lo que querríamos decirnos...

—Angela, ahí la tienes, una canción para ti... —Ella se ríe y llora con las manos todavía en la cara, y yo sigo diciendo, con un hilo de voz—: Angela, ¿recuerdas la primera noche que salimos juntos? Hablamos de la felicidad, de que era un rollo perseguirla, ir detrás de ella...

Ella no dice nada, asiente apenas, y yo prosigo:

—Pues bien, hace unos días pensaba en ello..., «elementos de felicidad». Debería ser una asignatura que enseñaran en las escuelas desde la guardería, obligatoria para todo el mundo hasta el instituto. Estamos tan aterrorizados por la felicidad que hemos dejado de buscarla, o lo hacemos en el sitio equivocado. Lujo, dinero, poder... Tú y yo, que nos dormimos separados y luego, en plena noche, nos encontramos engarzados en un entramado de vida, eso para mí tiene el sabor de la felicidad...

—Te amo.

—Dímelo a mí...

Sí, ahora estamos flotando. De nuevo en esa nube rosa... Luego, de repente, me cambia la cara.

—¿Y la *panzanella*? ¡Oye! ¡Que tengo hambre! —Río. Y ríe ella también.

A continuación, viene corriendo y se abalanza encima de mí. Y me pide que la abrace con fuerza.

—Angela...

—Sí, cariño...

—Yo, por ti, recorrería el universo.

Me mira y luego vuelve a abrazarme, apoyando la mejilla sobre mi hombro sin decir nada más...

Te echo muchísimo de menos, echo de menos estar contigo. Echo de menos tus miedos. No sé dónde estás, a veces te busco en los reflejos de algunos de mis silencios, en esos espacios vacíos en los que necesitamos poner algo, un

poco de amor, para no estar solos, para no hacernos preguntas a las que no sabemos dar una respuesta.

No sé dónde estás, tú y ese jersey de rayas tan feo, tú y tus rizos infinitos, me encuentro a menudo mirando la puerta de mi habitación con la esperanza de verte entrar como si fuera la cosa más normal del mundo.

No sé dónde estás, pero sé que ninguna medida del tiempo y del espacio nunca podrá nada sobre el amor irreflexivo que siento en mi interior; todo me habla de ti y de tu fragilidad, esa fragilidad que tal vez te llevó lejos de mí.

Y cuando tengas miedo, volveré a abrazarte.

TU FLOR

9 de agosto

Hacia las doce estamos en Villa San Giovanni, embarcamos con el coche y ni siquiera bajamos. Total, el viaje en ferri es muy corto, en un instante ya estás al otro lado del estrecho. Me pregunto qué sentido tiene construir un puente aquí. Esta luz es realmente preciosa, algo a lo que no se puede renunciar. Aquí, en este espacio de agua que lleva a Sicilia, existe ya un puente, pero es invisible a los ojos de quien no quiere verlo: es el puente con nuestro pasado, con nuestra historia, con los mitos, con las tradiciones, con la magia, con la libertad, con el romanticismo... Tal vez lo que deberíamos hacer es esforzarnos en mejorar nuestra conexión con los demás, deberíamos aprender a construir puentes emocionales, puentes de amor sobre los que queremos incluso cuando parece imposible, incluso cuando no hablamos el mismo idioma y no nos entendemos, incluso cuando gritamos sin que realmente digamos nada. Puentes sobre los que levantar los brazos al cielo y bailar juntos incluso cuando la música no es la misma para todos. Puentes como el que debería haber construido con Laura hace mucho tiempo, para no perdernos, para no sentirnos abandonados, para no dejarnos llevar, para no confundir el amor con el odio.

Nada más llegar a Messina, nos arrollan los colores espectaculares de esta tierra fantástica. Aquí, el rojo de los tomates no es el clásico rojo, ni tampoco el amarillo de los plátanos o el verde de los viñedos: son más vivos, distintos, saben a historia y a poesía...

Me paro en la autopista a echar gasolina y veo un panel electrónico que marca la temperatura: ¡43 grados! El encargado me explica en su dialecto y con un tono un poco burlón, pero tampoco mucho, que en Sicilia no llueve nunca:

—*Sunniu anni che nun piove!* —«¡Hace años que no llueve!» —Ríe.

Bajo la capota y nos ponemos en camino. Ya faltan menos de tres horas para llegar a Palermo.

—Papá, ¿cómo me queda este vestido?

Suelto una carcajada impertinente. Sé que cuando una mujer te pregunta «¿Cómo me queda?», bueno, no puedes sentirte libre de responder a la ligera. No es un examen de respuesta abierta, es un examen de respuesta múltiple, con tres opciones: a) maravillosamente; b) maravillosamente; c) maravillosamente.

—Maravillosamente, cariño.

—Papá, eres un completo oportunista; lo sabes, ¿verdad? —contesta ella riendo.

—De acuerdo, Laura, ahora hablo en serio: ¡te queda genial! ¡Te lo digo de verdad! —Y me pongo la mano en el pecho como si lo estuviera jurando. A continuación, añado—: Me encantan las flores, me encanta el verde. ¡Y tú tienes un cuerpazo que quita el hipo!

—Mamá también tenía un tipo alucinante. He visto las fotos...

—Pues sí. Os parecéis muchísimo, mamá y tú.

De repente su cara se pone seria, mira por la ventana y deja de hablar.

—¿Todo bien, cariño?

—Sí, sí —contesta sin volverse.

La casa de los padres de Angela está exactamente igual que hace dieciocho años. Una elegante y lujosa villa de estilo *liberty* detrás de la piazza Verdi, rodeada por un muro cubierto de una enredadera de jazmín muy

cuidada. Fuera destacan unos cuantos árboles: un olivo, una higuera, un pino... Laura y yo echamos un vistazo todo lo que podemos por las ranuras de la valla, pero no se ve mucho. Hay un BMW negro aparcado, un gato que ya se ha puesto en guardia; las persianas de la planta baja y del primer piso están abiertas, parece que hay alguien en casa.

Laura está excitadísima y muy emocionada.

—Dios mío, papá, ¿qué hacemos?

—Llamemos al timbre, vamos.

—Vale —dice, y respira hondo.

—Vale... —Yo también respiro hondo.

No hay nada escrito en el botón. Lo pulso y, al cabo de un puñado de segundos...

—Sí, ¿quién es?

—Buenos días, señor Monaco, ¿es usted? Soy Leonardo, Leonardo Massa. Mmm... Angela..., ¿sabe... sabe quién soy?

Él no responde, sólo abre la verja y seguidamente silabea un telegráfico:

—Entre, por favor.

Llegamos hasta la puerta de entrada, por la que, poco después, sale precisamente el señor Monaco, bastante envejecido, pero en excelente forma.

—Hola..., ¿se acuerda de mí?

Me escruta unos segundos, pero me ubica enseguida.

—Sí, Leonardo, me acuerdo de ti. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias..., ¿y usted?

—Bien, te lo agradezco —contesta, esbozando una sonrisa de circunstancias con su habitual formalismo, compuesto e impecable—. ¿Qué te trae por aquí? —pregunta mientras sigue mirando a Laura. Se parece tanto a Angela que es imposible que no lo haya adivinado.

—Pues Laura y yo... Ah, sí, no se conocen... Le presento a Laura.

Mi hija le tiende la mano, él se la estrecha con una pequeña inclinación.

—Encantado, señorita.

Aclaro:

—Es su nieta, la hija de Angela...

Él la mira con los ojos brillantes. Siento que querría abrazarla, pero todo

lo que consigue decir es un monstruoso:

—Entiendo... —Después se concentra para apartar la mirada de Laura y se dirige a mí—: Bueno, Leonardo, estábamos diciendo..., ¿qué te trae por aquí? ¿Tal vez necesitas dinero para Laura?

—No, no necesitamos dinero, señor Monaco, hoy menos que hace dieciocho años, cuando rechacé su cheque... —Lo miro directamente a los ojos y continúo—: Estamos buscando a Angela, es a ella a la que queremos. La necesitamos, y sabemos que ella también nos necesita a nosotros. Lo sabemos todo: la adopción, los malos tratos, lo que tuvo que sufrir... Fueron estupendos ocupándose de ella, pero ahora es hora de ayudarla a salir de su burbuja de cristal.

—Pero... pero... ¿cómo lo habéis descubierto? —Encaja el golpe como si mis palabras hubieran puesto por primera vez de manifiesto una fisura en su coraza, pero después se recompone rápidamente y añade—: De todos modos, Angela no está aquí. No vive con nosotros, no sé dónde está. No puedo ayudaros, por favor, por favor, marchaos..., marchaos, ¡y no la busquéis nunca más!

Laura y yo nos miramos. Sabemos que miente, él sabe dónde está, pero nos da lo mismo: este viaje ha significado muchísimo, tal vez no encontremos a Angela, pero nos encontraremos a nosotros mismos, mejor dicho, ya nos hemos encontrado... De hecho, nos miramos a los ojos y nos sonreímos.

—Señor Monaco..., abuelo... —prosigue ella con tono inseguro—. Bueno, aunque desde fuera parezcas tan frío, yo sé que por dentro eres bueno. Hiciste un buen trabajo con mi madre, te ocupaste de ella, eres una buena persona. Nosotros nos las apañaremos, como nos las hemos apañado hasta ahora, nos queremos... Dile a mamá que también la queremos a ella. Dile que yo la siento aquí dentro, en mi corazón. —Mientras dice la palabra *corazón*, se toca el pecho con suavidad y las lágrimas le llenan los ojos. Lloro, pero con una inmensa dignidad—. Dile que, a pesar de que las cosas no fueron como esperaba, no es culpa suya. Y tampoco es culpa tuya...

Intento aguantar, porque debo darle fuerzas, pero está claro que el corazón se me retuerce de dolor y de rabia. Y de alegría.

El padre de Angela mira a su nieta petrificado. Es un hombre de una

pieza, él nunca ha intentado ser una pieza de todo. Es su papel, se lo ha asignado él mismo..., quizá precisamente ésa haya sido su prisión, o puede que le haya salvado la vida, nadie puede saberlo. Tal vez ni siquiera él...

—Lo siento —me dice Laura, una vez en el coche.

—¿El qué, Laura?

—Pensaba que era una buena idea venir aquí a buscarla, lo siento...

—¡Ha sido una idea maravillosa, cariño!

—Ya, pero mira..., mira...

—Escucha..., ¿no te lo has pasado bien? —le pregunto con dulzura, y a continuación añado—: ¿Sabes qué pienso? Pienso que todo esto, tu viaje a Grecia, Luis Miguel, la canción, la carta en la botella..., pues que todo esto ha tenido sentido de todos modos, ha sido un milagro. Tú y yo nos hemos reencontrado, y es gracias a mamá: su gesto de amor ha permitido que sucediera. Piénsalo..., el mensaje que confió al mar, en esa botella, ha provocado esta maravilla. Y yo me alegro, Laura. ¿Tú no te alegras?

Ella sigue llorando.

—Sí... —contesta, intentando retener las lágrimas.

—Y ¿podrías sonreírme?

Me mira con sus ojos negríssimos, brillantes y maravillosos. Después sonrío, y su sonrisa hace que el corazón me estalle de felicidad.

—Mira..., recuerdo que mamá siempre me hablaba de un sitio al que iba a leer y a pensar: una vieja casita abandonada en la playa. Era de sus abuelos, en la isola delle Femmine, un lugar a dos kilómetros de aquí. «La única casita azul y roja de toda la costa», decía siempre... ¿Vamos? Ahora ya estamos aquí...

—Papá... —dice ella—. ¿Sabes?, no creo que la encontremos..., pero tienes razón, todo esto es estupendo. Te he echado de menos un montón, y te quiero.

Tengo que retener las lágrimas. Los dos últimos días han dado sentido a los dieciocho años anteriores, y toda esta emotividad no es fácil de gestionar.

—Laura, sin ti mi vida no tendría ningún sentido. Tú lo eres todo para

mí... —digo con la voz rota—. No lo olvides nunca.

Ella pone la misma cara que cuando era pequeña y le contaba cuentos, con los ojos abiertos como platos. Me hacía muchas preguntas, era tan dulce... «Papá, entonces Caperucita Roja no muere, ¿verdad?», preguntaba amedrentada, y yo le contestaba que no, que no moría, porque Caperucita Roja era buena y creía en el amor, y el amor siempre vence. No muere nunca. «Ahora puedes soñar con los angelitos, cariño. ¿Estás tranquila?», y ella respondía asintiendo, con la expresión de quien todavía está algo impresionado pero confía en ti.

Y hoy estamos aquí, ocupándonos de nuestro presente. Recuperando un poco de amor...

En la isola delle Femmine el mar está en todas partes. Seguimos la costa durante unos ochocientos metros y al final de la carretera, donde ya no se puede proseguir a causa de una duna salvaje, bajamos del coche y vemos la casa roja y azul.

Es tal como me la había descrito ella, con el tejado a dos aguas y las ventanas blancas. Ahora parece realmente deteriorada. El camino para llegar hasta ella es de arena y maleza, está lleno de botellas de cerveza, latas, ropa vieja, zapatos, electrodomésticos abandonados y todo lo que se pueda imaginar... Además de un cercado de alambre, hay un pequeño patio con una valla de madera que se asoma al mar. Sillas rotas aquí y allí, ropa, basura, es desolador. De Angela, ni rastro.

Laura y yo nos miramos, le ofrezco un cigarrillo, yo también enciendo otro. Nos abrazamos sin hablar, luego nos sentamos en el patio, a pesar de la suciedad..., y fumamos en silencio.

Después le digo:

—Podríamos quedarnos un par de días de vacaciones en Taormina. Es fantástica, tienes que verla. ¿Qué te parece? Ahora ya estamos aquí, llegamos en tres horas de viaje, podemos aprovechar...

—Vale... —Me sonrío. En sus ojos hay un poco de decepción y resignación. Pero diría que también una pizca de felicidad, como cuando

sabes que has hecho todo lo que has podido y, a pesar de volver a casa con las manos vacías, sientes que has conseguido una pequeña victoria. Además, Laura y yo nos hemos reencontrado. Y eso para mí es mucho más que una pequeña victoria. Y creo que para ella también...

—¿Al coche?

Nos ponemos en marcha y volvemos a la ciudad. Poco después estamos de nuevo en el centro.

En el semáforo en rojo del viale della Libertà, una de las calles más conocidas y concurridas de Palermo, veo a mi izquierda, aparcado en la esquina delante de una tienda, un coche que conozco. Es un Audi A3 con un gran adhesivo verde en el cristal de atrás: aunque no trabajara de mecánico, sabría reconocer el inconfundible coche de Lucia, la señora de la sonrisa maravillosa y amable que acompañé al taller neumático hace un par de semanas, la que tenía la piel blanca y los ojos de color esmeralda. ¡Claro, es el suyo! Es increíble encontrarla aquí. Recuerdo que me habló de un viaje que debía hacer...

—Laura, tengo que ver una cosa, pero un momento... ¿Bajas conmigo?

—Por supuesto.

Aparco el coche en la avenida, en un sitio prohibido, cruzamos la calle corriendo. Laura me sigue sin hacer preguntas. Miro el interior del Audi, luego lo rodeo y veo el golpe en el parachoques de atrás: no hay duda, es el suyo. Una coincidencia realmente particular. Luego miro alrededor para ver dónde puede estar ella, la amable señora.

La tienda de la esquina es una floristería. Entro, levanto la mirada y me encuentro enseguida con la de Lucia: ¡está detrás del mostrador! Ella me reconoce al instante, es como si me estuviera esperando.

En la tienda hay cuatro o cinco clientes y, de golpe, tengo una extraña sensación: me tiemblan las piernas, me tiembla el corazón.

Una mujer, delante de la caja, sostiene la tarjeta cliente de la floristería, Tu Flor. Todavía estoy en el umbral, Laura está detrás de mí. Es una fracción de segundo: me da vueltas la cabeza, siento el vacío bajo mis pies, de repente

me sudan las manos, ya no siento nada, no siento nada aparte del olor de su piel, su perfume, que entró en mis huesos hace diecinueve años, cinco meses y seis días, en esa templada y memorable mañana de marzo, ese perfume que se clavó en cada una de las células de mi cuerpo, metiéndose en mi corazón sin volver a salir nunca más.

Vuelvo a mirar a Lucia, que no deja de sonreírme, luego la tarjeta, luego la mano que la sostiene.

Está de espaldas, pero la reconocería en medio de un millón de personas. Busco por enésima vez los ojos de Lucia para encontrar respuestas, para saber si estoy delirando..., y ella, sin emitir ni un sonido, simplemente moviendo la cabeza, me exhorta:

—¡Sí, muchacho, sí! ¡Es tu flor!

Veo caer la tarjeta de su mano, porque también ella, sin volverse, ya lo sabe. Ella también lo ha sentido...

—Angela —la llamo.

Ella se vuelve, y mientras lo hace inclina el eje de la Tierra. De repente, al volverse, hace estallar no sé cuántos planetas esparcidos por el universo, hace explotar los cristales de todas las casas del mundo, desencadena mil guerras estelares y apocalipsis y tsunamis y terremotos, incendia mundos lejanos y desconocidos, fuego y glaciaciones mientras se vuelve, música y poesía mientras se vuelve, se hace añicos lo que queda a nuestro alrededor, todo lo que nos ha separado hasta ahora. Las dudas y los miedos. Está aquí, está aquí... Nuestros ojos se encuentran de nuevo y es como la primera vez, la misma asombrosa impresión, la misma increíble emoción, como respirar después de horas de apnea y ahogo, como comer después de años de ayuno, es la cosa más bella del mundo en un mundo de cosas bellísimas.

Laura también lo adivina sin preguntar. Se miran, Angela le sonríe. Sabe a quién está mirando, sabe que es su hija. Sus ojos se llenan de lágrimas, a continuación vuelve a mirarme a mí..., doy un salto y voy corriendo a su encuentro, como la primera vez, como cuando corría sin aliento y balbuceaba palabras sin sentido. En el mismo idéntico momento ella hace lo mismo, y también Laura. Nos abrazamos los tres, y lloramos, lloramos a mares. Me aparto un instante y la miro, mientras sigo abrazando a Laura...

—¡Dios, qué guapa eres! —le digo.

—Entonces bésame —contesta.

Llorando.

Gritando.

Y yo la beso.

Feliz.

La beso muchísimo.

—No terminará nunca, porque inventaremos cada vez un nuevo final.

DÍA 5.002

El mar estaba embravecido, y verlo desde ese punto de vista, guarecido sólo por un fino cristal, me hacía sentir todavía más a merced de los elementos. Me encontraba en la costa griega (latitud 37° 26' 48.246" N / longitud: 25° 19' 43.982" E), a pocos kilómetros de Miconos.

Parecía que todo había terminado para mí, pensaba que estaba acabado. «Primero se me disolverá el contenido, esas pocas palabras que buscaban un remedio, que hablaban de amor, después me iré haciendo cada vez más fino y recortado, me hundiré en los abismos en mil pedacitos»: eso pensaba poco antes de acabar siendo empujado hacia el fondo por una ola gigantesca, con violencia, la misma violencia, paradójicamente, que un rayo de sol, o que un sople de viento. Esa violencia que hace lo que debe y nunca lo que quiere.

Sentía que el cristal se agrietaba, aumentaba la presión. Sentía frío, mucho frío. Me decía que así pues no era verdad, así pues no había un porqué, no tenían sentido todo ese amor y esa rabia y ese sufrimiento. Dudaba de mí mismo y de mi fuerza. Y entonces llegó un empujón letal que me engulló en un vórtice azul oscuro, tan oscuro que parecía negro; a continuación, el silencio, de ese surrealista, ese que puedes percibir sólo haciendo apnea, y al cabo de un momento, un contragolpe fortísimo desde el lado opuesto. Veía pasar rápidamente atmósferas y colores maravillosos, luego, *pluf*, acabé lanzado hacia fuera, como un delfín, como un fuego artificial, y en pocos segundos me encontré cabeza abajo, sin tener ni idea de dónde estaba.

No veía nada por el cristal, pero percibía el calor, un maravilloso calor:

era arena, granos de arena brillantes como diamantes, de repente podía verlos discurrir por los lados siguiendo la línea curva.

Después oí unos pasos que venían hacia mí, y aquí estoy, sacudido y levantado hacia arriba.

Se abre el tapón, me arrojan fuera y me cogen con la mano, tirando de mis extremidades. ¡Aquí estás, Luis Miguel, aquí estás! ¡Llevo tanto tiempo buscándote!

Si estás leyendo este mensaje, no es por casualidad: he luchado mucho para llegar a ti, trece años, ocho meses y siete horas. Y tú estabas aquí, para recibirme, para buscarme, para escogerme.

Ahora estoy en tus manos. Durante estos años se han fijado en mí, dentro de mi botella, diecisiete mil personas; de éstas sólo doscientas han decidido observarme con más atención, en algún caso tocando el cristal sin demasiado interés; cincuenta me han cogido y me han vuelto a tirar enseguida al agua; doce han abierto el tapón y han vuelto a cerrarlo sin ir más allá; tres, sólo tres, han querido saber qué había dentro, cuál era mi mensaje, por qué luchaba. Dos de éstas, al ver que no iba destinado a ellas, me dejaron ir deseándome que llegara a mi destino.

Sólo tú, Luis Miguel, has decidido tenerme contigo. Tal vez porque ese grito de amor y de ayuda lanzado hace tantos años te ha atravesado el corazón. Has escrito una canción para mí, maravillosa; la has ido cantando por las playas de Grecia, tú, que has decidido vivir la vida cantándola a los demás, renunciando a todo el resto: dinero, poder, lujo... ¡Sí, Luis Miguel, todo esto tiene un sentido!

Cuando llegue una chica que se llama Laura, díselo. Dile que el futuro está en sus manos, en las decisiones que quiera tomar.

Y dile que el amor vuelve. Siempre vuelve.

No terminará nunca

En los cascos suena Hayze con *Believer*, Original Mix (tú, que estás leyendo, ponte también los cascos, de lo contrario no nos besaremos nunca...).

La arena es rosa, el mar verde esmeralda con matices nunca vistos antes. Hay dos soles, uno rojo como el fuego e inmenso, el otro anaranjado y más pequeño; está la luna, y desde aquí, donde nos encontramos ahora, es como si la viéramos por un telescopio, nítida y fluorescente, gigantesca, fantástica. Al lado de la luna se ve la Tierra, pero está lejísimos.

Estamos en Marte. Es el año 3450. La humanidad se ha extinguido, pero el amor, a través de algunos antiquísimos gestos, sigue existiendo.

Hay carruajes que vuelan tirados por caballos blancos alados con unicornios y crines doradas, dejan estelas luminosas en el cielo, dibujan nombres, cuentan historias, evocan besos.

En los carruajes hay músicos llegados de otro planeta distinto: los he llamado para ti, los he diseñado yo. Llevan tachuelas en el cuello y cazadoras de piel, con violines y guitarras, con tambores y percusiones electrónicas; hay un piano que flota en el mar, justo delante de nosotros, y toca melodías en función del corazón de las personas que lo escuchan, en función de su necesidad de amor. La temperatura es suave, la luz es parecida a la del atardecer que los mortales estábamos acostumbrados a ver en la Tierra, la que casi se acerca a la penumbra, la que dibuja los contornos de las cosas manteniendo los colores y los trazos, pero con matices que la hacen mágica y fantástica, surrealista. Esos matices se los he cogido a Júpiter, es por eso por lo que nadie los había visto antes, es por eso por lo que los peces saltan del agua para mirar esos colores increíbles, es por eso por lo que las hojas danzan en la orilla y el mar se alza en preciosas cascadas verticales...

Y nosotros estamos todos aquí, sobre la arena rosa y suave como terciopelo, descalzos, vestidos sólo con túnicas de seda de Oriente. Detrás de nosotros, al otro lado del mar, hay una extensión de dunas vírgenes. En el cielo resaltan algunos planetas.

Laura está bailando con Francesco y me sonrío, Bea baila con Filippo, están Matteo y Emanuela, mis padres, mis abuelos, todos los amigos de toda la vida, todos bailan, están los del fútbol, reconozco a muchos compañeros de escuela, de la universidad, clientes, incluso al abogado gilipollas, están

Marta, Giada, Francesca y todas las demás... Federica, Lavinia, Silvia, Anna, Giulia... Están los amigos de Laura —Camilla, Benedetta, Piergiorgio—, está Giancarla, la tía de Filippo, están los periquitos, que ahora hablan y cantan, están algunos amigos de Matteo, algunos amigos míos, también reconozco a Mary y a Luca, los amigos de Filippo, esos con la magia en los ojos y el amor en su historia...

Estamos todos aquí y bailamos, bailamos con los brazos al cielo y los ojos cerrados, los músicos marcianos tocan sus instrumentos marcianos, vienen de un planeta muy lejano donde está encerrado todo el amor del mundo, están aquí sólo por ti, los he inventado yo, la música es toda para ti, la he escrito yo.

He recorrido el universo, te lo prometí, he invertido el eje de la Tierra: por eso nieva, caen copos de nieve turquesa, fría y caliente, pero a nosotros no nos interesa..., ¡nosotros bailamos, nosotros bailamos! ¡Y saltamos! ¡Y volamos! Después nos acercamos, como partículas que se atraen, como polvo cósmico, siguiendo el ritmo, el tempo, formando geometrías y trayectorias mágicas, un *flashmob* estelar, galáctico. Y reímos y nos abrazamos, detrás no queda nada, si me vuelvo ya no veo nada, ya no siento el peso sobre los hombros, ya no veo el agujero en mi alma, ahora está todo aquí, ¡Dios, qué bonito!

Abrazo a Laura, tiene los ojos felices y ríe. Está tranquila, por fin, se acabó la rabia, se acabó el veneno, se acabó apretar los dientes, se acabó el dolor. Luego te abrazo a ti, Angela. Tú también te ríes, tú también estás tranquila ahora, se acabó el miedo, se acabó el temor. Nadie te abandonará, nunca más se irá nadie sin un porqué. ¡Yo siempre estaré, siempre volveré! ¡Siempre volveré a buscarte!

Tú lloras y ríes, y yo lloro y río, y bailamos, y luego entrelazo mis dedos con los tuyos, nuestras manos se tocan, se encuentran, se cogen, y me pierdo en tus ojos negros negros negros negros..., y tú en los míos, que están húmedos como los tuyos, y bailamos, bailamos y te susurro: «¿Lo has visto? No te dejaré nunca, amor, siempre volveré. Nunca me cansaré de ti, nunca te cansarás de mí, inventaremos cada vez nuevas historias, nuevos cuentos, y tú serás la protagonista de todos. Escribiremos cada vez un nuevo final, así no

HACIA TU FELICIDAD

Se dice que el tren se va, y que si no subes a tiempo, estás jodido. Algunas veces, sin embargo, te encuentras en el tren equivocado, que te lleva a donde no quieres ir, que va en dirección contraria a tu corazón, que te aleja de los lugares que te hacen sentir bien. Siempre es un buen momento para bajar de ese tren y correr hacia tu felicidad.

ROBY

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Marco Emanuelli, por el amor que me das, por lo mucho que me quieres y por ser la persona limpia y honesta que eres, ejemplo de gran humanidad. Gracias, Federica Maccioni, amiga especial, hermana, psicóloga y no sé cuántas cosas más..., gracias por todo lo que haces por mí, tanto que sería imposible describirlo. Eres una de esas cosas que te hacen decir «¡yo quiero estar en esta vida, porque vale la pena!». Gracias, mamá, por haberme enseñado a sentir con el corazón, por haberme mostrado la dulzura y la nobleza de espíritu, lo que soy te lo debo a ti. Gracias, papá, que desde allí arriba disfrutas del espectáculo de este hijo que empieza, siempre cuesta arriba, e intenta conseguirlo. Gracias, Valentina Loi, por tu enorme ayuda en varios frentes, eres una perla rara, queridísima amiga, limpia, especial. Gracias, Nadia Manca, por tu amor, por tu apoyo, por tu sinceridad, por ser una amiga preciosa y fantástica. Gracias, Silvia Checchia, por tus consejos y por la belleza que sabes dar sin pedir nada a cambio. Gracias, Mimmo Calopresti, amigo y hermano mayor. Gracias, Alberto Di Majo, por haberme enseñado a ironizar sobre nuestra parte dramática. Gracias, Angela Barile, por tu apoyo, tus consejos, tu confianza y tu preciosa amistad. Gracias, Mara Abbati, por tu amistad y apoyo. Gracias, Franco Valenzano, por el solo hecho de ser mi amigo y por todos los regalos que has decidido hacerme en el transcurso de los años, entre ellos, una nube y un barquito. Gracias, Donatella Mugnano, gran amiga y gran abogada de derechos de autor. Gracias, Antonella Popolizio, amiga y gran abogada penalista, y también un poco psicóloga. Gracias, Giorgio Petrollo, amigos siempre y para siempre. Gracias,

Caffeina, por tu apoyo incondicional. Gracias, Giampaolo Emanuelli, por el amor que no pasa, te quiero. Gracias, Carlo Maria Bassi, por los motivos de siempre y por tu confianza. Gracias, Francy Meleleo, por tu querida amistad. Gracias, Vittorio Lattanzi, por tus consejos musicales. Gracias, Bruna Gottardi, por tu apoyo y tu amistad. Gracias, Silvia Gollini, por tu dulzura y tus raíces. Gracias, Alfredo Catalfo, por lo que hemos compartido, por la amistad que nos une más allá de cualquier debate dialéctico, eres una persona de bien y me alegro de haberte conocido. Gracias, Giusi Terranova, amiga especial. Gracias, Letizia Pierleoni, por tu amistad y tu confianza, te quiero. Gracias, Selene Maggistro, por tu amistad y tu apoyo. Gracias, Annarita Barone, por muchas cosas que tú sabes. Gracias, Valentina Sangiorgi, por tu amistad, tu apoyo y tu paciencia. Gracias, Rosaria Fallucchi, por tu apoyo y tu amistad. Gracias, Francesco Odoardi, por tu confianza, tu amistad y tu paciencia. Gracias, Nadia Falconieri, por haber entrado en nuestra familia de una manera tan bonita. Gracias, Francesca Merico, por tu apoyo y dulzura, buena amiga. Gracias, Stefano y Michele, por haber creído en mí, por haberme dado esta oportunidad de felicidad que he hecho mía sin reservas.

Gracias como siempre a todo el grupo surgido en torno a mis redes sociales, a los amigos y las amigas de Instagram y de Facebook..., ¡sin vosotros, nada tendría sentido en este viaje hecho de sueños y liberación! Debemos aprender a sonreír para sonreírnos. Al dar, aunque sea poco, es como si nos diéramos a nosotros mismos. Yo no daba nunca, lo cogía todo, pero en mis manos jamás había nada, y en mi corazón sólo mucho ruido, crujidos. El crujido más bello, en cambio, es el de dos manos entrelazándose y que, en vez de crear nudos, crean vínculos. Entramados de vida.

Nos cuesta ver, miramos pero no vemos. Escuchamos sin oír. Hablamos sin decir nada. Por eso se nos escapan los colores. Por eso el mundo a veces nos parece gris, vacío y sin poesía. Pero podemos volar y ser ligeros, como mariposas. Y podemos inventar y colorear el mundo, como niños. Es facilísimo, sólo hace falta quererlo.

El analfabetismo emocional nos vuelve incapaces de percibir incluso las más simples señales del amor. Por eso debemos entrenarnos todos los días en hablar la lengua de la dulzura y de la amabilidad. Deslizarnos hacia la rabia o

el rencor nos carga el corazón, mientras que para volar necesitamos ser ligeros, para volar tenemos que deshacernos del peso y el lastre de la vulgaridad. Mucha gente nos mirará con recelo, molestaremos a mucha gente; a menudo, quien no lo consigue, quien fracasa en su propia vida, intenta destruir la de los demás, como si eso pudiera aligerar el peso de su propio fracaso, como si la violencia hubiera resuelto algo alguna vez. Como si para fracasar bastara con no tener o no poseer...

Un agradecimiento especial, como siempre, a las mujeres de mi vida... Tengo muchos defectos, muchísimas debilidades. Me atraen también las cosas frívolas y superficiales, no sólo las profundas. Me enfado y me ofendo, a veces. Y un montón de otras veces me equivoco en el juicio y la valoración. Pero hay algo que hago como un hombre: cuando alguien me habla lo miro a los ojos, me pregunto cuál será su historia, me pregunto cuánto debe de haber sufrido o disfrutado y cómo puede haber sido su vida. Me pregunto qué pruebas estará afrontando y cómo serán de duras. Me vuelvo y veo que en mi pasado está todo el mundo, todos los errores del mundo, todas las alegrías y las virtudes. Y en los ojos de una mujer, a menudo, eso es más fácil de ver, porque una mujer, por su naturaleza, es generosa, ampara, acoge en su regazo, defiende, protege, ayuda, absorbe, sufre, grita, y da a luz. Da vida. Y yo siento debilidad por quien da vida, tengo una debilidad por quien es generoso conmigo o con cualquiera, por eso siento debilidad por todas las mujeres, de cualquier edad. Por eso cojo todo lo que este maravilloso universo me regala, así, sin pedir nada a cambio. Somos sensibles cuando nos hacemos las preguntas adecuadas, no cuando buscamos respuestas obvias, pequeñas y sin respiro. Creo en los abrazos que te calientan el corazón cuando hace frío. Frío dentro. Como hombre, os digo que sin la fusión de nuestros dos universos, el masculino y el femenino —prescindiendo de la orientación sexual—, el nuestro sería un mundo dividido en dos, incompleto. Roto. Violento. Equivocado. Y a veces, por desgracia, lo es. Por eso yo, como hombre, intento comprender. Por eso yo, como hombre, siento debilidad...

Gracias por haberme permitido llegar hasta aquí. Lo he hecho porque alguien me dijo que no estaba a la altura. Lo he hecho porque es lo único que

sé hacer, lo único que me hace sentir vivo. Lo hemos hecho porque se habían reído de nosotros, mirándonos por encima del hombro, diciendo que éramos pequeños. Te dirán «déjalo estar, es lo que hay». Y tú pondrás el doble de esfuerzo y determinación y demostrarás al mundo que las cosas que te importan no son «lo que hay», sino que son como tú quieres.

¡Nos dijeron que era imposible hacerlo, y nosotros hemos contestado haciéndolo!

Y nosotros, que hemos unido estos dos mundos tan hermosos y aparentemente alejados, ahora volamos juntos. ¡Los hombres y las mujeres no vienen de Marte ni de Venus, los hombres y las mujeres, juntos, son un solo y maravilloso universo!

Y a veces lo recorren...

La vida son dos días, entonces bésame

Roberto Emanuelli

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *E allora baciami*

Diseño de la portada, Lookatcia

© de la ilustración de la portada: Lookatcia

© Roberto Emanuelli, 2017

Publicado por Rizzoli Libri S.p.A / Rizzoli

© por la traducción, Maribel Campmany, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19656-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Libro, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

